

INTRODUCCIÓN. GRITA EL VENTRÍLOCUO: “¡ESTE ES MI MUNDO!”

En la primera década del siglo XXI nos habíamos acostumbrado a escuchar en los medios de comunicación el término “eje del mal”. Se trataba, probablemente, de un eje imaginario que entrelazaba a varios países soberanos cuyos gobiernos eran internacionalmente reconocidos; con los que había intercambios económicos, culturales, políticos... incluso se hablaba de alguno de ellos como de un fiel aliado de Occidente. Pero una mañana otoñal se desplomaron dos torres gemelas en Nueva York, aparentemente a causa de un ataque suicida planeado y ejecutado por una vigorosa organización cuyos miembros, desparramados por todo el planeta, podían llevar a cabo las operaciones más arriesgadas utilizando la más alta tecnología. El montaje fue preparado con tanta desgana que ya a las pocas semanas del trágico derrumbe nadie se creía la historia oficial, a excepción de la mayoría de los musulmanes sunnis, que aún hoy siguen convencidos de que el infortunado suceso se debió a la intrépida maniobra de sus hermanos correligionarios investidos de un cierto toque terrorista. Unos se sintieron orgullosos de que hubiesen sido los musulmanes los que hubieran asestado tan doloroso golpe al corazón de Occidente; y otros, quizás la mayoría, se alinearon con el FBI y la CIA para dejar claro de esta forma que Islam es paz, sumisión, y que esos grupos incontrolados debían ser puestos en cuarentena; y a todos les pareció que Guantánamo era una buena opción. Pero lo cierto es que un mes después del atentado un grupo de especialistas y de científicos norteamericanos presentaban públicamente un CD en el que a través de filmaciones, análisis, entrevistas y testimonios se mostraba claramente que el gobierno americano, sirviéndose de ciertos elementos internos y externos, se había auto-atentado, produciendo un escenario apocalíptico con el que exigir un cheque en blanco al mundo entero.

Las cosas habían llegado demasiado lejos y había que organizar un nuevo orden mundial en el que apareciesen dos Islam

-uno aceptable para Occidente, colaborador y amante de sus valores; siempre con un portavoz en los diálogos inter-religiosos apoyando las resoluciones finales que reforzasen la hermandad islámico-judeo-cristiana alrededor de un mismo dios al que no se podía llamar Allah para no herir susceptibilidades. Mientras los judíos masacraban a los musulmanes palestinos y los ejércitos cristianos invadían medio Oriente Medio, los musulmanes no paraban de aplaudir y de pronunciar panegíricos a sus correligionarios monoteístas. Para entonces los lobbies judíos ya habían acuñado el término “sionismo” -una especie de saco roto en el que echaban sus desmanes, pues también en el judaísmo había quienes se excedían y se olvidaban de que ante todo Dios es amor. Al comienzo de las sesiones los obispos cristianos se santiguaban en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; los ‘ulamah sunnis decían que en el Nombre de Allah; y los judíos recordaban alguna frase del Talmud, sugerente y esotérica, con la que comenzar sus disertaciones. Frente a este Islam se erigía otro -amenazador, radical y terrorista, inadmisibles para Occidente, que pasaría a ser el Islam falso, encubridor del mensaje profético que ante todo estratificaba la revelación divina en base a un orden cronológico incuestionable: Judaísmo-Cristianismo... e Islam.

El concepto de terrorismo islámico iba a sufrir consecuentemente alguna que otra matización, de forma que si en un principio los terroristas eran aquellos que utilizaban las armas para apoyar sus argumentos, más tarde recibirían esta misma denominación aquellos que negasen la validez de sus dos hermanas mayores. A la tuerca terrorista seguían dándole vueltas y ahora resultaban ser sospechosos de terrorismo los que mostraban reticencias a la hora de asistir a los diálogos inter-religiosos, los que se dejaban crecer la barba, los que desdeñaban las modas y, sobre todo, los que no participaban en los “eventos” culturales más destacados.

Audacia, siempre audacia -máxima preferida de los judíos, que más tarde adoptarían las logias masonas para continuar el trabajo de los “arquitectos”. Algo parecido había hecho Nerón con

los cristianos. ¿Quién habría osado acusar al emperador de haber incendiado la capital de su imperio, el símbolo del poder romano? La audacia, también en este caso, fue tan audaz que unos y otros decidieron seguirle la corriente al monarca, pagándolo con sus vidas los cristianos, declarados radicales y terroristas por los servicios secretos del emperador.

Todo ello nos hace ver que en torno a ese eje del mal no han dejado de girar países, pueblos, individuos, teorías, religiones, lenguas... que en su momento supusieron una clara confrontación con los audaces poderes investidos de legitimidad divina. Durante años Saddam Hussein era presentado ante los medios de comunicación occidentales como un aliado, como un instrumento de justicia y de civilización. Ahí están sus fotos en las que estrecha la mano de Rumsfeld, y ahí están los noticieros alabando el coraje de los soldados iraquíes en su intento de tomar parte del territorio iraní en torno al Golfo Pérsico... hasta que fue ahorcado ante las cámaras de televisión de medio mundo. Resultó que Iraq formaba parte del eje del mal, poseía armas de destrucción masiva y los servicios de inteligencia occidentales disponían de evidencia suficiente para concluir que su objetivo eran las capitales europeas. Todo el mundo veía asombrado cómo ese absurdo argumento podía ser esgrimido sin el menor reparo por los líderes occidentales, supuestamente mejor informados que nosotros y con mayor capacidad analítica. Estaba claro que Iraq, que sufría un boicot de años, no tenía armas de destrucción masiva, y ni siquiera contaba con un ejército convencional; pero se trataba, en definitiva, de acabar con el mal. Lo mismo ocurrió con Afganistán, y lo mismo querían que ocurriese con el resto de Oriente Medio. Pero resultó ser Oriente y Medio, y tuvieron que conformarse con unas guerras en las que perdieron miles de soldados y de las que no obtuvieron sino un devastador desprestigio internacional. De nuevo, fueron los musulmanes sunnis los que consolaron a América y a sus aliados europeos pagando los gastos de estas guerras, sosteniendo sus monedas y estrechando los lazos de amistad y colaboración.

Por otra parte, parece obvio que si existe un eje del mal, debería existir un eje del bien. Según la ecuación de los ventrílocuos que hablan por Occidente y mueven sus bracitos, este eje del bien, luminoso y resplandeciente como una estrella fugaz, atravesaría la tierra uniendo América con Europa y creando una fuerza centrípeta que atraería a Japón, Australia, Canadá y los países árabes del Golfo -un ciclón que iría engullendo a gran parte de África, de América del Sur y de Asia.

Parecía que el nuevo orden mundial iba a ser definitivo y planetario. Para ello se preparó, con más ganas y profesionalidad que en el caso de la torres gemelas, la primavera árabe -trágico y sangriento eufemismo de un bien orquestado todos-contra-todos. Esta vez no hicieron falta ejércitos extranjeros. Los ventrílocuos veían con agrado cómo el escenario de las cruzadas volvía a repetirse mil años más tarde -musulmanes contra musulmanes; árabes contra árabes. Sin embargo, la ecuación volvía a dar resultado erróneo, y Siria e Irán impedían que ese eje “del bien” atravesase sus territorios; y para colmo de ejes del mal Iraq se alineaba con sus dos vecinos. Por su parte, Rusia y China adquirían una nueva identidad al oponerse a Occidente, apoyando a Siria con su veto y con sus armas. Definitivamente, la ecuación se había descompensado más de la cuenta. El eje “del bien” decide batirse en retirada y planear otro orden mundial, otra primavera, otra guerra... algo que les haga recobrar de nuevo el protagonismo.

A nosotros nos parece bien esa visión dualista de dos ejes imaginarios y enfrentados, representantes del bien y del mal. Quizás no sea una visión muy original, pues trae reminiscencias del maniqueísmo, pero es, en definitiva, la forma más clara y acertada de presentar la realidad. El dilema que ahora se plantea es saber si ese eje del bien y ese eje del mal que nos han presentado los ventrílocuos, los controladores de Occidente, corresponde con el bien y el mal definido por el Creador del Universo, la única Entidad no aprisionada en el subjetivismo humano.

Al hacernos la pregunta acerca de si Occidente puede representar el eje del bien, nos asaltan imágenes inquietantes,

datos sobrecogedores, cifras alarmantes. No podemos evitar que desde lo más hondo de nuestro interior surja una voz sofocada por el llanto, por la rabia y por la ira que va desgranando, uno a uno, los desmanes que estos ventrílocuos, que estos lobbies judíos, han perpetrado valiéndose de los bracitos sin vida de sus muñecos occidentales.

Pregunta aterrada nuestra voz: ¿Puede Occidente representar el bien después de haber exterminado a cientos de pueblos de América; después de haber borrado las huellas de su conocimiento, de sus culturas, de su arte; después de haberles impuesto sus lenguas; después de haber esclavizado a millones de africanos por el mero hecho de ser negros y haberlos enviado al nuevo mundo para trabajar y morir en sus plantaciones; después de haber organizado dos guerras mundiales, en las que perdieron la vida más de 100 millones de seres humanos; después de haber arrojado un arma de destrucción masiva que segó la vida de 300 mil personas en escasos minutos; después de haber aniquilado a los aborígenes de Australia y Nueva Zelanda, arrebatándoles, como en América, sus tierras, su pasado, su historia y sus creencias; después de haber asolado Vietnam, Laos, Camboya y después de haber arrasado sus campos de cultivo; después de haber quemado en hogueras a sus mejores hombres solamente por decir “la tierra se mueve” o “Dios es uno”; después de haber mancillado a la naturaleza envenenando sus aguas, contaminado su aire, exterminando cientos de especies y llenando los fondos marinos de bidones con material radioactivo?

Responden gritando los ventrílocuos: ¡Este es nuestro mundo! ¡No tenemos otro juez que nuestro deseo!

No habrá otra solución que diseñar un nuevo patrón interpretativo y superponerlo sobre la historia para ver quién ha otorgado a Occidente el derecho a establecer el eje del bien y el eje del mal; quién ha investido a Occidente con la prerrogativa de juzgar a las naciones del mundo. Habrá que desenmascarar a esos ventrílocuos y arrebatárles su muñeco para que pueda éste vivir

por sí mismo y buscar su destino en la armonía y la fraternidad con el resto del mundo.

1. PROFECÍA Y CHAMANISMO

El hombre ha estado siempre rodeado de ángeles, de Libros Revelados y de Profetas. Fueron estas entidades multi-ontológicas las que le enseñaron a valerse del fuego, del barro y del hierro; a construir embarcaciones; a diferenciar los elementos beneficiosos que hay en la naturaleza de los dañinos, y a servirse de unos y de otros; le advirtieron del susurro del shaytán y le mostraron en qué consiste la rectitud; le señalaron al cielo y a sus constelaciones y le revelaron la forma de medir el tiempo y de dividirlo en años, meses, semanas y días; le iniciaron en la agricultura y en la construcción, y en todo aquello que necesitaba para establecer sociedades y vivir en un medio que le hubiera resultado desesperadamente hostil de no haber sido por las herramientas y el conocimiento con los que se le proveyó. Toda esta enseñanza, contenida en el Relato Profético, será sistemáticamente olvidada por el hombre, haciéndole adorar a esas entidades con las que ha convivido y de las que ha recibido la sabiduría y la guía. Es el olvido chamánico -elimina al Agente y deifica a los intermediarios. Este hecho, largamente comprobado en la historia de la humanidad, nos lleva a establecer una plantilla que podamos superponer sobre cualquier acontecimiento, sobre cualquier personaje, ideología o doctrina y comprobar, así, su procedencia profética o chamánica; ya que *todo aquello que no es Profecía, es chamanismo*.

Lo primero que evoca en nuestra mente esta palabra es la figura de brujos mejicanos o siberianos danzando alrededor de una hoguera o recitando fórmulas sagradas. Sin embargo, y aun a pesar de ser una imagen correcta, el término “chamanismo” abarca en sí

un significado mucho más amplio y se opone al método profético como la magia se opone a la Revelación. Cuando los magos de Fira'un arrojaron sus cuerdas y sus palos y éstos se convirtieron en serpientes que reptaban con gran rapidez, Musa (a.s) temió que los signos que su Señor le había dado no fueran suficientes para desbaratar aquel poder, aquella "realidad" que serpenteaba ante sus aterrados ojos. El corazón de Musa (a.s.) se estremeció. La magia funciona obnubilando el entendimiento y sumergiéndolo en las profundas aguas de la sugestión, donde la realidad es distorsionada y deformada, haciéndonos creer que el movimiento es quietud y la quietud movimiento; que el fuego es agua y el agua es fuego. En este sentido, la magia es el principal instrumento del *Dayyal*, del *gran encubridor*; pero no siempre actúa de esta forma. Está la magia del brujo, pero también la del filósofo, con su poder dialéctico; la del místico, con sus visiones sobrenaturales y sus trances; la del racionalista, con su poder analítico; la del demagogo, con sus programas de gobierno; la del científico, con sus artilugios que vuelan, fotografían galaxias, miden la presión sanguínea, computan los datos electrónicamente, o almacenan miles de libros en un centímetro cuadrado de silicona. Todos ellos son chamanes en el sentido que velan la existencia del Creador y presentan un universo regido por leyes, espíritus, misterios, fuerzas ocultas que sólo ellos conocen y controlan a través de la magia, el intelecto, la contemplación o los raptos místicos.

El chamanismo es siempre sacerdotal. Hay una casta de pastores y prelados, de hechiceros y santos, de tecnócratas y académicos, que constantemente dismantela el tawhid (la Unicidad absoluta del Creador) y el orden social, político y económico que de él deriva. Frente a la sencillez y la hermandad que imperaban en las sociedades que los Profetas establecieron, las castas sacerdotales erigen bastiones de soberbia en los que se asientan y viven en la más escandalosa opulencia. De las palabras de Isa (a.s.):

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen y donde ladrones minan y hurtan; sino haceros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Mateo 6:19-21

Y vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas. Jesús le respondió: Los zorros tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza.

Mateo 8:19-20

los chamanes con mitra construyeron el Vaticano y miles de palacios más donde guardar sus tesoros. Robaron el tawhid y lo adaptaron a su ávido deseo de cobrar el diezmo y legislar, en el nombre de Dios, las leyes que rigiesen los asuntos de los hombres. Los chamanes con turbante, en su desprecio por la vida de este mundo, construyeron Top Kapi, un suntuoso palacio a orillas del Bósforo, en Estambul. Hoy es un museo, y los lobbies judíos deciden la política de Ankara. Por su parte, los chamanes académicos no han dejado de construir catedrales y palacios en forma de universidades, observatorios astronómicos, centros de investigación espacial, centrales nucleares... apoyados “en su búsqueda del conocimiento” por laboriosos ratones de biblioteca desperdigados por el mundo entero con la secreta misión de robar manuscritos, libros, mapas, tablillas; de fotografiar inscripciones; de borrar u ocultar los vestigios que pudieran contradecir su cosmogonía; de preparar invasiones con la disimulada finalidad de eliminar pruebas y de llenar de valioso material sus departamentos de arqueología e historia antigua.

Estas castas sacerdotales han roto el equilibrio profético instaurando el monacato, el ascetismo, las drogas y las prácticas chamánicas con el fin de obtener poderes sobrenaturales que justifiquen su “divinidad”. Musa (a.s) tenía una gran familia a la que procuraba el sustento trabajando de sol a sol; mantenía relaciones sexuales con sus esposas y se ocupaba de la educación

de sus hijos; y mientras realizaba todas estas tareas propias de la condición humana -de la fiṭrah- recordaba a su Creador; recordaba su condición de siervo; recordaba la muerte y el Más Allá; suplicaba la guía, el perdón y el conocimiento; y cumplía sumiso las órdenes de su Señor.

En una ocasión en la que ‘Umar ibn al-Jaṭṭab visitó al Profeta Muhammad (s.a.s), éste yacía dormido en un colchón hecho de cuerdas. Al verle así, ‘Umar comenzó a llorar. Su llanto despertó al Profeta quien al verle empapado en lágrimas le preguntó: “¿Qué sucede, Oh ‘Umar? ¿Por qué lloras de esta manera?” ‘Umar le respondió: “Los reyes viven en palacios y duermen en colchones de plumas y sábanas de seda, mientras que el Mensajero de Allah tiene marcadas en su espalda las cuerdas sobre las que se acuesta.” El Profeta sonrió con inmensa ternura y le dijo: “Mira ‘Umar, no te preocupes por las casas de este mundo; antes bien, procura construirte un palacio en la Otra Vida.” No encontraremos otra enseñanza en la vida de los Profetas. Todos ellos trabajaron para ganarse la vida; nunca pidieron dinero a cambio de transmitir el Mensaje Divino; estaban casados y tenían hijos; lucharon en el Camino de Allah; denunciaron la injusticia y los privilegios; vivían como el resto de sus conciudadanos o aún más pobremente; cuando hablaban de ellos mismos, decían:

Pero no soy más que un advertidor y alguien que anuncia buenas nuevas a la gente que cree.

Qur'an 7:188

¿En nombre de quién los místicos de todas las tendencias se han impuesto el monacato, el celibato, el retiro y el ascetismo? De nuevo vemos la tendencia sacerdotal a desequilibrar la sunnah profética, su práctica, su modelo de comportamiento.

Luego, enviamos tras sus huellas a Nuestros Mensajeros e hicimos que viniera Isa, el hijo de Mariam, al que le dimos el Inyil.

Y pusimos en los corazones de los que le seguían compasión y misericordia; y el monacato fue una innovación suya que

nosotros no les prescribimos; lo que les prescribimos fue únicamente que buscasen el beneplácito de Allah. Pero no lo hicieron debidamente. A los que de ellos creyeron les daremos su recompensa, pero eran muchos los rebeldes.

Qur'an 57:27

El Todopoderoso ha creado este universo y todo lo que hay en él con la verdad y de la mejor manera; por lo tanto, desatender nuestra propia naturaleza e imponernos otra diferente por considerarla mejor, es un acto de ignorancia y de soberbia que sólo puede llevarnos a la destrucción.

Si comparásemos a los indios brujos de América con Buda o Lao Tse, no encontraríamos entre ellos, a simple vista, semejanza alguna que justificase tan insólito paralelismo. Sin embargo, tanto unos como otros son chamanes, ya que todos ellos encubren la existencia del Creador y la substituyen por su magia o su misticismo filosófico.

Tanto Buda como el chamán indio representan la última estación a la que puede aspirar el ser humano, ya que alcanzar el estado de "buda" significa devenir el Absoluto, de la misma forma que llegar al grado de chamán significa tener asidas las riendas con las que dirigir a los espíritus.

Ante el atractivo -pero también el desconcierto- que supuso en Occidente la llegada de las corrientes filosóficas orientales, especialmente el budismo y el propio Buda -un tipo de semidiós cuya vida, rodeada de leyenda, estaba marcada por sucesos extraordinarios- muchos prefirieron interpretar tan sorprendente fenómeno arguyendo que se trataba de diferentes manifestaciones de una misma realidad transcendental. Prueba de ello, esgrimían, era el hecho de que en los escritos Vedas de La India, o en los sutras de Buda, o en el Tao Te King taoísta había rastros de tawhid, sin tener en cuenta que el chamanismo es una forma distorsionada de la Profecía -única fuente de inspiración que tiene el hombre. Cuando las corrientes chamánicas no sufren una deformación radical que las aleje de la revelación convirtiéndolas

en meras leyendas, portan en su estructura mítica un cierto tawhid y muchos de los hitos proféticos. El hombre no puede salirse de las coordenadas espacio-tiempo ni puede imaginar o pensar algo fuera de ellas, y de la misma forma su estructura cognoscitiva no puede operar al margen del Relato Profético.

Sin embargo, la Profecía funciona de otro modo. Desde el comienzo de su misión todos los Profetas declaran abierta y públicamente su condición de mensajeros y de siervos, de transmisores de un mensaje procedente del Creador del universo que repiten sin añadir o quitar una sola tilde.

Di: Yo sólo soy un advertidor y no hay dios sino Allah, el Único, el Dominante. El Señor de los cielos y de la tierra y de lo que hay entre ambos; el Irresistible, el Perdonador.

Qur'an 38:65-66

Buda vivió en bosques y selvas de La India durante años, y allí recibió la enseñanza de al menos siete maestros que le iniciaron en la meditación, el control de la respiración y otras prácticas chamánicas. Durante todo ese tiempo su vida transcurrió en una total reclusión y en el más severo ascetismo. Los Profetas, en cambio, no tienen maestros, pues les enseña Allah a través de la inspiración y de los ángeles, especialmente Yibril. No son entrenados, sino elegidos. No alcanzan su rango de Profetas a través de prácticas ascéticas o intelectuales. El Altísimo elige a Sus enviados y los afirma en su misión poniendo certitud en sus corazones y guiándoles con el Libro que se les revela y con la hikmah -sabiduría aplicada- que les devuelve a la fiṭrah, a la naturaleza propia del ser humano. Los Profetas no buscan la Profecía; antes de recibirla son hombres corrientes que, en muchos casos, pasan desapercibidos entre sus conciudadanos. El último Mensajero de Allah, Muhammad (s.a.s), era huérfano e iletrado. ¿Quién podía imaginar entonces, cuando de joven caminaba por las calles de Mekkah, solo y sin una familia que le diera fuerza, que un día el Todopoderoso lo elevaría al rango más alto y le haría el Sello de la Profecía? Es cierto que era un hombre

respetado por su honestidad y su veracidad, pero de ahí a ser elegido para llevar el último mensaje del Altísimo a toda la humanidad había un abismo que muchos no lograron franquear nunca.

No esperabas que te fuera revelado el Libro; no es sino una misericordia de tu Señor.

Qur'an 28:86

A través de prácticas y ejercicios ascéticos, Buda alcanzó un estado mental que él identificó con la “realización espiritual”, con la “iluminación”, con el *nirvana*. Pero lo que de cierto hay en todo eso -si eliminamos los elementos legendarios y las transmisiones carentes de rigor- es que esa iluminación fue el fruto “amargo” del árbol chamánico que con tanta ansia fue cuidando, y de su posterior transformación en doctrina metafísica gracias a las nociones de tawhid que se habían conservado -en cierta manera- en los Vedas, y que él tomó de los brahmanes hindús durante las muchas conversaciones que mantuvo con ellos.

Tanto Buda como Lao Tse fueron los precursores del chamán místico y del chamán filósofo al apropiarse en secreto de la corriente profética, de forma que pareciera que esa “iluminación”, esa refinada elaboración metafísica, esa dialéctica irrefutable, era su obra, su trabajo, el fruto de sus prácticas ascéticas; pasando, de hecho, a encarnar el mundo invisible, el mundo oculto, inaccesible para quien no siguiera su “vía”.

Los Profetas nunca hablan por ellos mismos, sino que es Allah, el Creador del universo, el que habla, el que aconseja, el que ordena, el que amenaza y promete:

**Y no digas respecto a algo: Lo haré mañana a menos que añadas:
Si Allah quiere.**

**Y recita lo que del Libro de tu Señor te ha sido inspirado, no hay
quien pueda sustituir Sus palabras y aparte de Él
no encontrarás ningún refugio.**

Qur'an 18:23 y 27

Los chamanes, en cambio, hablan en primera persona, pues no ha quedado ninguna otra entidad que pueda hacerlo. Su “sabiduría” es el producto de su esfuerzo, de sus “ejercicios”, de su “poder”. Todo empieza y termina en ellos. Para llegar al estado de “buda” los adeptos deberán seguir sus mismos pasos, su mismo ascetismo, su mismo celibato; y como resultado de ese arduo trabajo alcanzarán la “iluminación”, el *nirvana*.

Las mismas secuencias configuraron el escenario en el que se desarrolló el taoísmo y en el que vivió su “fundador” Lao Tse.

En mi opinión, es altamente significativo que la “leyenda” relacione al autor del *Tao Te King* con el estado de *Shu*. Esta relación no puede deberse a una mera coincidencia, ya que hay algo del espíritu de *Shu* que fluye a lo largo de todo el libro. Con espíritu de *Shu* me refiero a lo que podríamos llamar la tendencia chamánica de la mente o al pensamiento chamánico. En el estado de *Shu* florecía todo tipo de creencias supersticiosas en seres sobrenaturales y espíritus, y abundaban las prácticas chamánicas.

Toshihiko Izutsu. *Sufismo y taoísmo*. Siruela

Si bien este texto de Izutsu hace referencia a la filosofía china, lo mismo se puede aplicar a la filosofía griega. No olvidemos que en tiempos de Aristóteles y de Platón se hablaba de los dioses y de los héroes -hijos de un humano y una diosa- con el mismo espíritu que en el estado de *Shu*. De hecho, en su libro *La República*, Platón nos asombra con las siguientes palabras:

Acompañado de Glaucón, el hijo de Aristón, bajé ayer al Pireo con propósito de orar a la diosa Bandis y ganoso de ver cómo hacían la fiesta, puesto que la celebraban por primera vez. Parecióme en verdad hermosa la procesión de los del pueblo, pero no menos lúcida la que sacaron los tracios. Después de orar y gozar del espectáculo, emprendimos la vuelta hacia la ciudad.

Platón. *La República*

Esta atmósfera primitiva y pagana es la que propició el desarrollo de una pseudociencia que alejó a Occidente del Relato Profético durante más de dos mil años.

La misma atmósfera produjo asimismo un tipo muy particular de pensamiento metafísico, probablemente porque la experiencia chamánica es de tal naturaleza que puede ser refinada y elaborada hasta alcanzar el nivel de experiencia metafísica. En cualquier caso, la profundidad metafísica del pensamiento de Lao Tze puede, creo, explicarse en gran medida si se relaciona con la mentalidad chamánica de los antiguos chinos.

Toshihiko Izutsu. *Sufismo y taoísmo*. Siruela

A este respecto, nos parece más acertado decir que el chamán místico-filosófico es el producto de una corriente chamánica milenaria mezclada con la enseñanza profética -anterior a ésta- del tawhid, de la Unicidad de Allah. Tarde o temprano, este nuevo chamán tendrá que enfrentarse a la noción de un Dios personal y Absoluto, y no verá otra forma de hacerlo que identificándose con Él. Este punto es muy importante porque en el chamanismo nunca se presenta el tawhid con absoluta rotundez. Incluso las nociones de Dios y de Absoluto están siempre ligadas a una experiencia personal, a una identificación, a una fusión. Fijémonos, si no, en estos textos sufís:

Yo soy Él a Quien amo,
Y ese a quien amo soy yo.
Somos dos espíritus morando en un solo cuerpo.
Si me ves, lo ves a Él.
Y si lo ves a Él, nos ves a los dos.

Husayn Ibn Mansur al-Hallay. Bayda, Persia, 857.

Somos el espíritu del Uno, a pesar de que moramos por turno en dos cuerpos.

Abdu'l Karim al-Yili

O en las palabras del dominico alemán Eckhart:

El padre engendra a su Hijo en la eternidad igual a sí mismo. Todavía digo algo más: él lo ha engendrado en mi alma. No sólo ella está junto a él y él junto a ella, por igual, sino que él está en ella; y el Padre engendra a su Hijo en el alma de la misma manera en que él la engendra en la eternidad y no de otra manera. Debe hacerlo, le guste o no. El Padre engendra a su Hijo sin cesar y todavía digo más: me engendra en tanto que Hijo suyo y el mismo Hijo; todavía digo más: no sólo me engendra en tanto que su Hijo, sino que me engendra en tanto que él mismo y él se engendra en cuanto a mí y a mí en cuanto a su ser y su naturaleza. En la fuente más interior, allí brotó del Espíritu Santo; allí hay una vida y un ser y una obra. Todo lo que Dios realiza es uno; por eso me engendra en tanto que su Hijo sin diferencia alguna.

Maestro Eckhart (1260-1328). *El fruto de la nada*. Editorial Siruela

Lo que los Profetas, en cambio, afirman es su naturaleza humana irreconciliable con la Naturaleza Divina, ya que Dios es, ante todo, el Creador del universo y no meramente una fuerza o un espíritu. Los romanos podían aceptar que los césares fuesen dioses en el sentido de estar investidos de una cierta divinidad, pero ningún romano creía que Julio César hubiese creado el sol y la luna y sostuviese el universo.

El Profeta no sólo desaparece como posible identidad divina, sino que, en algunos casos, es incluso amonestado y amenazado por su Señor:

A punto han estado los asociadores de desviarte de Lo que te hemos inspirado para que inventaras acerca de Nosotros otra cosa distinta a ello. Y entonces sí que te habrían tomado por amigo fiel. De no haber sido por la firmeza que te dimos no habría faltado mucho para que te hubieras inclinado un poco hacia ellos, y en ese caso te habríamos hecho probar el doble de la vida y el doble de la muerte y después no habrías encontrado quien te auxiliara contra Nosotros.

Qur'an 17:73-75

Es tan desconcertante la idea de una repentina aparición de civilizaciones, de lenguas, de doctrinas filosóficas o espirituales, que incluso historiadores sin ninguna tradición religiosa -como es el caso de Henri Maspero nombrado Profesor titular de la Escuela de Lenguas Orientales Vivas de Hanoi en 1911- se oponen a la opinión generalizada que pretende que el taoísmo apareció bruscamente a principios del siglo IV antes de nuestra era como metafísica mística, con Lao Tze; que tuvo un gran desarrollo con Tchuang Tse hacia finales de ese siglo y, a partir de entonces, fue corrompiéndose y degenerando hasta la dinastía Han posterior, en la que se transformó en un cúmulo de supersticiones, magia y brujería. Obviamente, nada surge bruscamente, y menos una doctrina tan elaborada como el taoísmo. Maspero sostiene que el taoísmo era una religión personal -a diferencia del tipo agrícola y comunal de religión de estado que nada tiene que ver con la salvación personal- y que se remonta a la más lejana antigüedad.

Esa lejana antigüedad está haciendo referencia a los periodos proféticos, y de ellos deriva el taoísmo y todas las demás corrientes místico-filosóficas. Aunque a simple vista esa religión agrícola y comunal parezca completamente diferente de la visión taoísta, se trata en realidad de una misma concepción chamánica de la existencia que circula en dos niveles diferentes. En el primer nivel, el chamán no tiene que explicar el concepto de Dios único y le basta con ocuparse de las cosechas, de traer la lluvia en el tiempo propicio y de curar a los enfermos. En el segundo nivel, el chamán se enfrenta a sociedades más sofisticadas, en las que la explicación metafísica de los acontecimientos requiere de una mayor sutileza. En otras palabras, nos encontramos en la intersección de dos caminos en la que conviven simultáneamente el chamán brujo y el chamán filósofo.

Debemos, pues, tener en cuenta que *el chamanismo deriva de la Profecía y se desarrolla en las sociedades que han abandonado el tawhid como práctica.*

El chamanismo primitivo de la China antigua habría conservado su tosquedad original de no haber sido por un tremendo trabajo de elaboración llevado a cabo en el transcurso de su historia por hombres de extraordinario genio.

Toshihiko Izutsu. *Sufismo y taoísmo*. Siruela

Los pensadores occidentales se ven obligados a una continua rectificación de fechas, de lugares geográficos y de interpretaciones, al no tomar en consideración la evidencia de que en el comienzo hubo un Centro del que emanó la Profecía y, a través de ella, las lenguas, la ciencia y la civilización; y de que la expansión profética a partir de ese Centro originó otros centros, otros asentamientos que, a su vez, fueron base para los siguientes.

Si continuamos dando forma a esa plantilla verificadora de la que hemos hablado al comienzo, nos será de gran utilidad introducir el siguiente postulado: *Siempre que observemos un brote de civilización en algún lugar de la Tierra y en un tiempo determinado, significará que en ese lugar y en ese tiempo se ha establecido la Profecía de forma directa o a través de las generaciones inmediatamente posteriores a ella.*

Al obviar esta realidad de la que poseemos tantas evidencias, los historiadores occidentales no tienen otro remedio que recurrir al genio extraordinario de ciertos hombres -algo que veremos repetido una y otra vez en cualquier historia de la ciencia que consultemos. Pero aquí, el genio no cuenta, pues para que se activen las capacidades cognoscitivas del hombre hacen falta programas que vengan del exterior y aporten la estructura narrativa, espiritual o técnica que en cada momento necesite. Sin esos programas, la razón humana permanecerá tan inoperativa como un ordenador en el que no se hubiera introducido el *input* que le permitiese desarrollar sus potencialidades. Y ese *input* es la Profecía no el genio, por extraordinario que sea, de ciertos hombres. Y es de la profecía de la que el chamán aprende los conceptos místicos y metafísicos, la geografía del Paraíso y del infierno, la cosmología, técnicas y muchos otros conocimientos

que se apropia para sí desvinculándolos del Relato Profético. Ibn Kazir relata en su libro *al-Bidaya wa al-Nihaya* el viaje que Zoroastro realizó a Damasco acompañando al Profeta Esdras - Uzeyr- de quien tomo no sólo el concepto del tawhid, sino también la historia de Adam y de otros Profetas. De vuelta a Persia comenzó a predicar “su nueva religión”, si bien no logró instaurar un verdadero monoteísmo que borrara definitivamente todo vestigio de dualismo.

Lao Tse es el producto de un proceso en el que el chamán pasa de ser un hombre público, social, dirigente de su tribu, a ser un filósofo empeñado en que los miembros de esa tribu alcancen la realización espiritual, la comprensión metafísica de “lo Absoluto”; y será ese empeño el que cree el rechazo de su gente.

“Tus doctrinas,” dijo Hui Tzu, “son grandiosas, pero inservibles, y esa es la razón de que nadie las acepte.”

Arthur Waley. *Three Ways of Thought in Ancient China*. Doubleday Anchor Books. New York. 1939

Por ello, el chamán filósofo se aleja de la comunidad con un grupo de adeptos. Se aísla, pues la “vía” sólo puede seguirse en el monacato, lejos de las sociedades y de sus problemas mundanos. El chamán, cualquier chamán, se retira y realiza prácticas ascéticas, se sacrifica; pero no lo hace para agradar a su Creador sino para adquirir poderes y de esa forma volver a la tribu y realizar “milagros” que prueben su alta estación espiritual, su cercanía con los espíritus, su unión con el Absoluto. El chamán místico, el chamán filósofo se convierte así en la encarnación divina. Ha vivido en el desierto o en los bosques; ha seguido la estricta vía de los ancestros. Nadie puede atribuirse el rango de maestro y al mismo tiempo estar inmerso en la vida social. Yamada Roshi, uno de los maestros zen más controvertidos del siglo XX, pero también uno de los más admirados por muchos de los seguidores de esta rama del budismo, nunca fue reconocido como tal por los monjes de Japón, para quienes alguien que está casado, tiene hijos y trabaja

como ejecutivo en la conocida compañía de automoción Mitsubishi, no puede llegar al grado de maestro.

El chamán filósofo ya no guiará a la tribu sino a los individuos, siempre que éstos se sometan a él como a la encarnación del Absoluto. Si el chamán brujo cumplía en la comunidad el papel de unificador y de aglutinador, el chamán filósofo será un elemento disgregador que utilizará sus concepciones místico-filosóficas para desmembrar las sociedades que frecuenta y propagar el monacato. Todo lo que es sociedad, organización, administración, le perturba y por ello introduce el caos y la duda -el sofismo- como la mejor defensa contra sus detractores, pero también como la mejor forma de vengarse.

En una ocasión, un maestro zen fue sorprendido por uno de sus discípulos bebiendo sake; aquel le preguntó divertido: “¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara de espanto?” El discípulo, muy compungido, le respondió: “¡Oh maestro! Usted dijo que el alcohol no entra en el zendo por la puerta grande.” “Así es,” respondió sonriente el maestro, “éste que estaba bebiendo entró por la puerta pequeña.” El sofismo es una forma cínica de protegerse de las propias trasgresiones, ya que el maestro, el gurú, el chamán están por encima del bien y del mal. Si alguien le preguntase por qué ha matado a ese hombre, respondería: “¿Acaso existe algo, de forma que yo pueda matarlo? ¿Hay algo real?” Pero si alguien intentase matarle a él, se defendería a capa y espada esgrimiendo que en determinados niveles ontológicos -concretamente en el que él se encuentra en esos momentos- la vida es sagrada. El chamán crea diferentes estratos de realidad por los que se mueve según las circunstancias.

Hay un intento constante de hacer pasar las prácticas chamánicas por prácticas proféticas para que de esta forma parezca que los fenómenos paranormales derivan de un alto grado de realización espiritual. Pero la realidad es que esas manifestaciones “sobrenaturales” son el resultado de ejercicios mágicos; de la ingestión de drogas; del monacato y la contención sexual que de él deriva; del silencio; de ciertas “técnicas” de

oración y de la soledad que ello conlleva... y no el reflejo del nivel de aceptación alcanzado ante el Creador.

Por una parte, la mezcla de *cipo* y de *folha* suscita diversas reacciones neuroquímicas basadas en sus propiedades moleculares. Por otra parte, sus alcaloides –divinidades inherentes a los componentes de ambas plantas- ayudan a que el hombre reintegre y comprenda un sistema de conocimiento que se remonta a sus orígenes. Además, el brebaje ajusta y reorienta el sistema nervioso, los meridianos y las energías internas que regulan las conexiones entre el cuerpo, el alma y la mente.

Alex Polari de Alverga. Citado por Patrick Drouot en su libro *el Chamán*. J.V. editor

Con el título: *Noticia de los brujos yoguis*, Ibn Battuta abre un capítulo en su libro de viajes en el que nos relata su experiencia con los chamanes de La India:

Los de esta taifa hacen cosas portentosas: pueden estar, por ejemplo, varios meses sin comer ni beber. A muchos de ellos les cavan hoyos bajo tierra y los taponan luego, dejando sólo un sitio para que entre el aire; el yogui aguanta ahí unos cuantos meses y he oído decir que algunos están hasta un año. En Manyarur vi a un musulmán que había aprendido de ellos, al cual le habían puesto una mesa (en la calle) y ahí encima quedó 25 días sin comer ni beber; ignoro cuánto tiempo más aguantó, pues así le dejé a mi marcha. La gente dice que estos yoguis fabrican unas pastillas de las que se toman una por un número determinado de días o meses, durante los cuales no necesitan, pues, comer ni beber. Predican también las cosas ocultas, por lo que el Sultán les tiene en gran estima y les admite en sus reuniones. Algunos se alimentan sólo de legumbres y casi ninguno come carne: Lo que sí es evidente en la condición de estos yoguis es su hábito de realizar ejercicios ascéticos y el no necesitar del mundo y sus pompas. Hay yoguis que pueden matar a un hombre con sólo mirarle; el vulgo dice que, en estos casos, si se abre el pecho del muerto, no se le encuentra el corazón,

pues “ha sido devorado”, según refieren. Esto ocurre sobretodo, con las mujeres yoguis, y a las que hacen esto se les llama *kaftar*.

El Sultán me envió a buscar un día, en la capital, y entré a verle en un reservado donde estaba con algunos de su privanza y con dos yoguis. Estos hombres se envuelven en almalafas y llevan la cabeza cubierta pues se la depilan con ceniza, como hacen otros con los sobacos. El Sultán me mando sentar, cosa que hice, y dijo a los dos yoguis: “Este distinguido amigo es de un país lejano; mostradle, pues, lo que no ha visto nunca”. “De acuerdo”, respondieron, y uno de ellos se acurrucó, elevándose luego en el aire por encima de nuestra cabezas, quedándose ahí como si estuviera encogido. Quedé pasmado y semejante ilusión me afectó tanto que caí al suelo; el Sultán mandó que me dieran un remedio que tenía ahí, volví en mí y me senté mientras el yogui seguía acurrucado en el aire. Su compañero sacó una sandalia de un saco que llevaba y se puso a golpear el suelo con ella, como si estuviera enojado; la sandalia subió hasta ponerse encima del cuello del que estaba en el aire y se puso a golpearle en la nuca, mientras iba bajando poco a poco, hasta que se sentó con nosotros. El Sultán explicó que el agachado en el aire era discípulo del dueño de la sandalia y añadió: “Si no temiera por tu buen juicio, les ordenaría que hicieran cosas mayores de las que has visto”. Me retiré y caí enfermo de palpitaciones, pero el Sultán me envió un bebedizo que me sanó.

Volviendo a nuestro relato, diremos que partimos de la ciudad de Barwan para el Alto de Amwari y luego para el de Kayarra, donde existe una gran alberca de casi una milla de longitud, junto a la que se alzan unos templos con ídolos que los musulmanes han destrozado. En medio del estanque hay tres pabellones de piedra roja, con tres pisos cada uno con otras tantas cúpulas en sus cuatro esquinas. Vive aquí una compañía de yoguis que se han empegado los cabellos dejándolos crecer hasta los pies, y que tienen la color muy amarilla a causa de los ejercicios ascéticos. Muchos musulmanes les siguen hasta aquí para aprender de ellos.

La Profecía, el tawhid, llegó de nuevo a La India, esta vez de la mano del Islam, y de La India volvió al Islam convertido en chamanismo. Esta misma chamanización de la Profecía la vemos impregnando el cristianismo a través de sus místicos y de la religiosidad popular repleta de santones, vírgenes, apariciones y reliquias. Es siempre la misma pista de doble carril: La Profecía penetra en el chamanismo con el tawhid y el chamanismo penetra en la Profecía con la magia bruja, la magia místico-filosófica o la magia cognitiva.

El siguiente texto pertenece a Teresa de Ávila; es un extracto de su libro autobiográfico en el que narra la experiencia del “rpto”, muy parecida a la de los yoguis de La India:

Quisiera poder explicar, con la ayuda de Dios, la diferencia entre unión y rpto, o elevación, o vuelo del espíritu, o transportación –pues todos ellos son uno y lo mismo. Quiero decir que todos ellos son diferentes nombres para la misma cosa, a la cual llamamos éxtasis. Es mucho más beneficioso que la unión, sus resultados mucho más elevados, y tiene también muchos otros efectos. La unión parece ser la misma al principio, en medio y al final, y es toda ella interior. Pero el final del rpto es de una naturaleza mucho más elevada, y sus efectos son tanto internos como externos.

Durante estos rptos, el alma deja de animar el cuerpo; de ahí que su calor natural parece disminuir y se va enfriando poco a poco, aunque con una sensación de gozo y dulzura. Aquí no hay posibilidad de resistir como en el caso de la unión, en la que nos encontramos pisando tierra. Contra la unión casi siempre es posible resistirse aunque nos produzca dolor y nos exija esfuerzo. Pero el rpto es, por ley, irresistible. Antes de que te des cuenta o te puedas ayudar de alguna manera, viene como una rápida y violenta conmoción; Ves y sientes esta nube, o esta poderosa águila elevándote y llevándote en sus alas.

Algunas veces, tras un esfuerzo enorme he sido capaz de oponerme a él. Pero ha sido como luchar contra un gigante, y he quedado exhausta. En otras ocasiones me ha sido imposible resistir; mi alma ha sido transportada, y a veces también mi cabeza sin que me haya sido posible evitarlo; y a veces ha afectado a todo mi cuerpo, que ha sido elevado del suelo.

Esto ha ocurrido raras veces; una vez, sin embargo, ocurrió cuando estábamos todas en el coro y yo estaba arrodillada a punto de tomar la comunión. Esto me deprimió mucho pues pareció algo fuera de lo común y era muy posible que diera lugar a habladurías, así que les ordené a las monjas –el suceso ocurrió después de que me nombraran superiora– no hablar de ello. En otras ocasiones, cuando sentí que el Señor estaba a punto de raptarme de nuevo, y sobre todo una vez, en particular, durante un sermón –era la fiesta de nuestro Patrón y estaban presentes una señoras muy importantes– me tumbé en el suelo y las hermanas vinieron para sujetarme, pero aun así se observó el rapto. Después le pedí fervientemente al Señor que no me concediese más favores si iban acompañados de signos externos y visibles, pues la preocupación en este punto me exhaustó, y siempre cuando se producían esos raptos, se veían.

Teresa de Ávila. Autobiografía de Santa Teresa de Ávila. 1560

El chamanismo va siempre asociado a algún tipo de manifestación paranormal, y eso es lo que confiere al chamán su rango. Los “milagros” son la prueba de la alta estación que ha alcanzado gracias a esos “ejercicios” transmitidos de maestro a discípulo según una “conocida” cadena que llega hasta la noche de los tiempos. La masonería, por ejemplo, pretende llevar sus orígenes hasta Hiram, confuso personaje bíblico que unas veces aparece como rey de Tiro y otras como arquitecto del Profeta Suleyman. Sus poderes demuestran que ha logrado fusionarse con el Absoluto y por lo tanto identificarse con Él.

Ibn Arabi, creador de una de las corrientes sufís más influyentes, se encuentra inmerso en esa misma asociación de la realización espiritual con los poderes supra normales. Según Ibn

Arabi, un “sabedor” puede, si lo desea, influir en cualquier objeto por el simple hecho de concentrar en él toda su energía espiritual. Puede, incluso, crear algo que no exista realmente. En definitiva, un “sabedor” es capaz de subordinar cualquier cosa a su voluntad. Está dotado del poder de *tasjīr* -infinitivo del verbo *saj-jara* que significa: imponer, someter, subordinar, obligar a alguien a hacer algo:

Cualquiera puede crear en su mente, mediante la facultad de la imaginación, cosas que no poseen existencia sino en la propia imaginación. Se trata de una experiencia común. Pero el “sabedor” crea, por la *himma* (literalmente significa, resolución, pasión, ansia; si bien Ibn Arabi le da el sentido de concentración mental), cosas que poseen existencia fuera de la mente.

Sin embargo, el objeto así creado por la *himma* continúa existiendo sólo mientras la *himma* lo mantenga sin verse debilitada por la conservación de lo que ha creado. Tan pronto como disminuya la concentración, y la mente del “sabedor” se distraiga y deje de sostener lo que ha creado, el objeto creado desaparecerá. Excepto cuando el “sabedor” ha obtenido un control firme sobre todas las Presencias (niveles ontológicos del Ser), de modo que su mente los tenga siempre a la vista todos a un tiempo.

Ibn Arabi. *Fuṣūṣ al-Hikam*

Los Profetas, en cambio, no pueden ofrecer el rentable espectáculo de los milagros y son, en muchas ocasiones, despreciados y minusvalorados por su propia comunidad:

Dicen: ¿Por qué no se ha hecho descender sobre él un signo de su Señor? Di: Allah tiene el Poder de hacer que descienda un signo, pero la mayoría de ellos no sabe.

Qur'an 6:37

El propio Ibn Arabi reconoce que los Profetas no realizan ninguna práctica especial para obtener manifestaciones

paranormales o milagrosas. La *himma* la utilizan únicamente para adorar y servir a su Señor:

Si reflexionas, advertirás que lo que caracterizaba a Suleymán no era el *tasjir* en sí sino el hecho de que el *tasjir* pudiera ser ejercido por su propio mandato. Para ello, no precisaba *himma* o concentración mental alguna. Lo único que tenía que hacer era “ordenar”.

Ibn Arabi. *Fuṣūṣ al-Hikam*

Los Profetas no llevaban a cabo ningún tipo de ejercicio o práctica chamánica porque todo lo que necesitaban para realizar su misión lo recibían del Creador. Su “magia” era real y estaba sometida al Todopoderoso; mientras que la magia chamánica, como la de los magos de Fir’aun, es ilusoria y al final es devorada por la Verdad.

Y dicen los que no tienen conocimiento: ¿Por qué no nos habla Allah o nos trae un signo? Eso mismo decían los que hubo antes de ellos, el mismo discurso; se asemejan sus corazones. Hemos aclarado nuestros Signos a los que tienen certeza.

Qur’an 2:118

Los chamanes se sirven de símbolos para transvasar su conocimiento de forma secreta y mágica a los adeptos -los alquimistas medievales y renacentistas; los masones... Todos ellos los utilizan para crear una atmósfera esotérica y espiritista, pero también para distinguirse de los demás, de los no-adeptos. En la Profecía, en cambio, no existen los símbolos sino la escritura:

**¡Lee que tu Señor es el Más Generoso!
El que enseñó por medio del cálamo.**

Qur’an 96:3-4

Allah el Altísimo nos muestra en el Qur’an a través del orden en el que enumera la facultad de oír y de ver que es la audición el factor decisivo y fundamental a la hora de comprender y aprehender los significados. Nos enseña que la guía penetra en el corazón cuando el hombre “escucha”.

Y os dio el oído, la vista y el corazón.

Qur'an 32:9

Por lo tanto, el vehículo que Allah Todopoderoso utiliza para enseñar al hombre y guiarle es la escritura, ya que cuando leemos, escuchamos; hay como una voz interior que lee, mientras que los símbolos penetran en la consciencia del hombre a través de la vista.

Ya hemos visto cómo al estudiar las grandes corrientes espirituales que atraviesan la historia, nos encontramos con periodos en los que hay una clara manifestación profética; y con otros, en los que hay una chamanización de la Profecía. Esta observación nos lleva a añadir un nuevo postulado a la plantilla verificadora: *Entre dos periodos proféticos habrá siempre un periodo chamánico.*

Estos periodos intermedios nos hacen perder de vista la Profecía como la originadora de todas las manifestaciones humanas, ya sean éstas narrativas, espirituales o científicas. Pero no son sólo los periodos intermedios chamánicos los que encubren el Relato Profético, sino también la equívoca visión que nos hace creer que la magia y los magos nada tienen que ver con los filósofos, los místicos o los científicos.

Esta forma de pensamiento chamánico contrasta violentamente con la forma realista y racionalista que representa la austera visión ética de Confucio y sus seguidores.

Toshihiko Izutsu, *Sufismo y taoísmo*. Editorial Siruela.

El “violento” contraste entre taoísmo y confucionismo es sólo aparente y se debe al error, que antes apuntábamos, de disociar la magia de la filosofía, del misticismo y de la “ciencia”.

La *ayahuasca* suscita una doble percepción: La del medio ambiente exterior y la de las cuatro dimensiones ocultas detrás de las cuatro dimensiones ordinarias. Lo que equivale a ver, a la manera lakota, el mundo oculto detrás del mundo.

Estas reflexiones me llevan a los universos octodimensionales del matemático inglés Roger Penrose. Estos universos poseen cuatro dimensiones reales -alto, ancho, largo, tiempo- y cuatro dimensiones imaginarias yuxtapuestas las unas a las otras y revelan la visión chamánica de un universo de 8 dimensiones.

Patrick Drouot. El Chamán. J.V. editor

Como afirma la primera ley de verificación histórica que ya hemos enunciado *-lo que no es Profecía es chamanismo*. En este sentido, tan chamán es el médico brujo oglala Wallace Black Elk como lo es Buda; tan chamán es el Maestro Eckhart como Lao Tze, o Ibn Arabi como el astrónomo británico Martin Rees, pues todos ellos encubren al Creador negándolo o identificándose con Él. Frente a los Libros Revelados, los chamanes, todos ellos, presentan un método capaz de explicar la existencia y el universo que la contiene sin necesidad de un Dios Vivo, Personal y Actuante en cada objeto y en cada nivel ontológico de Su Creación.

Quizás podemos encontrar indicaciones que apuntan a la existencia de otros universos. Puede que afecten a algunos detalles de la mecánica cuántica; pudiera haber interacción gravitacional entre nuestro universo y otro, separado por unos pocos milímetros, en otra dimensión.

Martin Rees. Universidad de Cambridge. *Entrevista con Latha Menon*, 2005

Se trata, en definitiva, de trabajar para hacer posible la transmutación del hombre ordinario en “hombre perfecto”, en “superhombre”:

Lao Tze habla de *sheng ren* un “hombre sagrado”. Es uno de los conceptos clave de su cosmovisión filosófica y, como tal, desempeña un papel extremadamente importante en su pensamiento. El “hombre sagrado” es el que ha alcanzado el grado más elevado de intuición de la Vía, hasta el punto de estar totalmente unificado con ésta, y se comporta en consecuencia, siguiendo los dictados de la Vía. Exactamente en el mismo sentido, Chouang Tze habla de *zhen ren* u

“hombre verdadero”, de *zhi ren* u “hombre extremo”, *shen ren* o “Superhombre”. El hombre designado por todas estas palabras no es, en realidad, sino un chamán filósofo cuya intuición visionaria del mundo se ha refinado y elaborado hasta convertirse en una visión filosófica del Ser.

Toshihiko Izutsu, *Sufismo y taoísmo*. Editorial Siruela.

Son los mismos conceptos que utilizaban los estoicos griegos. En su terminología aparece el “hombre perfecto”, un tipo de Superhombre que afronta los mayores contratiempos con ánimo sereno:

Veo hombres que repiten máximas estoicas, pero no veo estoicos. Muéstrame, te ruego, a un estoico, sólo pido uno. Un estoico, es decir, un hombre que, en la enfermedad, se sienta feliz; que, despreciado y calumniado, se sienta feliz. Si no puedes mostrarme a este estoico perfecto y acabado, muéstrame, al menos, uno que empiece a serlo.

Epiceto. *Entrevistas*, II, 49

Sin embargo, la perfección humana no reside en la imposibilidad ante el infortunio, ya que esa “perfección” es propia de las máquinas y de los androides. En el hombre, la perfección se expresa en el arrepentimiento, en un continuo volverse a su Señor suplicándole el perdón y la gracia.

Hay una desesperada búsqueda chamánica del superhombre, de la inmortalidad y del poder absoluto; hay en el chamán un ardiente deseo de ser dios o, al menos, de no necesitar ninguna entidad superior que le impida desarrollar el programa existencial que le dictan sus deseos, su exacerbado subjetivismo.

En varios lugares, Chuang Tzu describe, generalmente en verso, al maestro taoísta como: “el hombre supremo”, “el hombre verdadero”, “el hombre de un poder interior extremo”.

Lieh Tzu preguntó a Kuan Yin, diciendo: “El hombre del poder extremo... puede caminar sobre el fuego sin quemarse. Camina por encima del mundo y no se tambalea. ¿Puedo

preguntar cómo lo logra?” “Está protegido” -dijo Kuan Yin- “por la pureza de su aliento. El conocimiento, la capacidad, la determinación y el coraje, nunca le llevarían a eso.”

La idea de que las prácticas místicas pueden llevar a la invulnerabilidad se encuentra también en los tratados hindús sobre Yoga:

El Ambhasi es un gran mudra; el yogui que lo conoce nunca muere incluso en las aguas más profundas. Incluso si el adepto es lanzado al fuego, en virtud de este mudra (el Agneyi) preserva la vida. (Gheranda Samhita, 73)

El mismo tipo de inmunidad se les atribuye a los *Balian* (magos) de Indonesia y a los curanderos en muchas partes de África.

La persona que desempeñó el papel de mago en la China antigua era el *Wu*, un chamán danzante, a menudo, pero no siempre, una mujer. Si bien no suele considerarse que los legendarios santos taoístas fuesen *Wu*, se menciona un *Wu* en la obra de Chuang Tzu -un *Wu* sagrado- llamado Chi-hsien, cuya especialidad era adivinar el futuro.

Por supuesto, si consideramos a Chuang Tzu como filósofo y mantenemos que un filósofo es alguien que ofrece al mundo una alternativa racional por encima de la superstición, nos resultarán muy embarazosos los pasajes que describen la inmunidad sobrenatural del taoísta. De hecho, se ha sugerido muchas veces que pasajes parecidos en el Tao Te King (capítulo 50) son una interpolación posterior.

Arthur Waley. *Three Ways of thought in Ancient China*. Doubleday Anchor Books. New York. 1939

Es lo mismo que deseaba Adam (a.s), pero al comer del árbol que su Señor le había prohibido, se encontró con su naturaleza humana, demasiado humana, sujeta a la enfermedad, al hambre, a la sed, al frío, al calor y, ante todo, a la muerte. Es el continuo fracaso que experimentan las sociedades chamánicas.

Epiceto busca al estoico perfecto, aquel que se siente feliz cuando es calumniado, insultado, despreciado; cuando sufre calamidades y desgracias; de la misma forma que los taoístas buscaban al hombre extremo, el que puede sentarse en la nieve

sin sentir frío o en una hoguera sin sentir calor; o esos hombres capaces de levitar y de atraer objetos con la mirada. Todos esos sorprendentes “milagros” nos hacen olvidar que para que el chamán consiga que un vaso llegue volando hasta su mano ha necesitado años de ascéticas prácticas y no ha logrado, al cabo, sino producir un fenómeno que cualquier ser humano puede realizar en escasos segundos utilizando las manos. Pero el chamán necesita poder, necesita justificar su papel de dirigente. Este punto es fundamental a la hora de diferenciar el chamanismo de la Profecía. En el sistema profético todo deriva de Allah: la Ley, que rige el orden legislativo de la sociedad; la ciencia, con el conocimiento funcional que en cada época necesita el hombre; la hikmah -sabiduría aplicada- que el Todopoderoso transmite al ser humano a través del comportamiento de los Profetas -sus actos y sus dichos; la guía espiritual, social y política contenida en el Libro Revelado. Y todo ello impregna la sociedad entera de forma que es ella -y no determinados individuos- la que custodia el Dín y corrige las desviaciones que constantemente se producen. Por el contrario, el establecimiento de castas sacerdotales, de misterios, de ritos secretos, de experiencias transcendentales, de ejercicios iniciáticos o prácticas ascéticas, nos indica que el periodo profético está cediendo terreno al periodo chamánico.

En la película noruega “The Pathfinder”, escrita y dirigida por Niels Gaup en 1987, su secreta visión del “ciervo blanco” es lo que legitima al chamán como dirigente de la tribu. Se trata siempre de sucesos inverificables, como en el caso de Pablo de Tarso:

¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el agujón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, señor? Y el señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues, pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y de aquellas en que me apareceré a ti...

Hechos 26:14-16

Nadie más fue testigo de tan sorprendente acontecimiento; y si, como el propio Pablo afirma, un pequeño grupo le acompañaba en su viaje a Damasco, nada sabemos ni nada nos ha llegado de ellos.

Durante los primeros años de su Profecía, Muhammad (s.a.s.) estaba solo; nadie, a excepción de su esposa Jadiya y de su primo 'Ali, creía en él. Era un huérfano iletrado, indefenso contra los poderosos lobbies Quraishitas. Sin embargo, 23 años más tarde tenía en su haber un Libro que contenía una sabiduría y una elocuencia sin precedentes. Una a una, sus aleyas fueron acallando las voces que con tanta virulencia habían insultado y despreciado al Profeta. 23 años más tarde, toda Arabia se había sometido a la verdad que emanaba de ese Libro divino. Caliente aún el difunto cuerpo del Mensajero de Allah (s.a.s.), sus Compañeros, comerciantes y pastores, derrotaban al imperio persa y al imperio romano. Apenas un siglo después el mundo entero proclamaba: La ilaha illa Allah -no hay dios sino Allah. ¿Cómo pudieron aquellos hombres, inexpertos en la lucha, pobres la mayoría de ellos, y algunos esclavos, perseguidos, abandonados de sus familias... conquistar el mundo, civilizarlo y establecer en él la justicia y el buen comportamiento? Precisamente porque la “magia” de los Profetas es verdadera; no es el producto de hábiles trucos o de misteriosas prácticas, sino del poder del Creador del universo; y por ello, es irresistible y devora la magia chamánica.

Hemos visto cómo los “superhombres” taoístas caminaban sobre el fuego sin quemarse; cómo los “perfectos” estoicos eran inmunes a las desgracias y al desprecio de sus semejantes; hemos visto cómo levitaban y volaban los yoguis de La India y los místicos cristianos. Hemos escuchado las confesiones de maestros sufís afirmando ser uno con el Absoluto y de los chamanes brasileños a quienes las “plantas reveladoras” les ofrecían la visión del mundo antediluviano. Hemos leído declaraciones de renombrados astrónomos sobre mundos paralelos e invisibles. Y no podemos dejar de preguntarnos ¿dónde está su legado? ¿Qué hemos aprendido de ellos, incluso si juntamos todas sus enseñanzas? ¿En

qué se ha beneficiado la humanidad de sus milagros y portentosas realizaciones? Han pasado 1400 años de la muerte del Profeta Muhammad (s.a.s), y el número de musulmanes no ha dejado de crecer hasta contar en la actualidad con más de 1.500 millones de seguidores en los cinco continentes. Occidente, su más acérrimo detractor, mantiene hasta hoy -aunque sea en la letra- el espíritu civilizador y los valores propios de la fiṭrah humana que aquel huérfano indefenso -sin haber realizado otra “práctica” que la de someterse a la voluntad del Todopoderoso- transmitió a la humanidad.

Tampoco Musa realizó nunca ejercicios secretos o ascéticos para conseguir poderes sobrenaturales. Cuando la guardia de Fira'un estaba a punto de darle alcance y frente a él se extendía un mar tempestuoso imposible de cruzar, se sintió perdido. Fue entonces cuando Allah el Altísimo le inspiró que golpease las aguas con su vara. Así lo hizo, y al instante se separaron dejando paso a los Banu Israil. Su misión no era presentarse ante los hombres como un semidiós capaz de abrir el mar en dos, sino la de transmitir el mensaje del Creador. Los Profetas cumplen con la tarea que se les ha encomendado y desaparecen para que no haya intermediarios que deformen la relación entre el Altísimo y Sus siervos. Los creyentes se purifican siguiendo las instrucciones de los Libros Revelados y el comportamiento de los Mensajeros - hikmah. Y esa purificación les lleva a distinguir el susurro del shaytán de la inspiración divina. Hay un oído externo que permite escuchar los sonidos del mundo; y hay un oído interno, que sólo el hombre posee, a través del cual escucha el susurro y la inspiración. Cuanto más puro sea el corazón del creyente, más fácil le resultará diferenciar el extravío de la guía; y ese es el gran milagro que Allah el Altísimo concede constantemente a Sus siervos: el llevarles de la subjetividad chamánica a la objetividad profética:

Allah es el Protector de los que creen; los saca de las tinieblas y los lleva a la luz. Pero los protectores de los que encubren la verdad son los *taguts*; los sacan de la luz y los llevan a las

**tinieblas; éstos son los compañeros del Fuego; donde
permanecerán para siempre.**

Qur'an 2:257

Todos los chamanes -se manifiesten de la manera que se manifiesten- son *taghut*, encubridores de la verdad aunque mencionen a Dios, pues el “camino” que proponen a sus adeptos no conduce a Él, sino a la experiencia chamánica: Si no hay levitación; si no hay raptos; si no hay aniquilación en el Absoluto; si no hay viajes astrales... no hay realización espiritual.

Otro aspecto fundamental de la Profecía es la resurrección, que el chamanismo desvirtúa substituyéndola por la reencarnación para de esta manera eliminar el concepto de juicio final, de premio y castigo. El chamanismo de alguna forma transmite que el hombre, a través de su poderoso intelecto, de prácticas especiales, de la ingestión de hierbas o de sustancias obtenidas en el laboratorio... puede llegar a unirse al mental cósmico y a ser uno con toda la creación, con todos los mundos, visibles y ocultos; y si este viaje intersideral no llega a completarse en esta vida, habrá miles de oportunidades más de conseguirlo en las siguientes reencarnaciones, en las que el hombre se irá “perfeccionando” hasta lograr la “unión” con la divinidad, con el espíritu de los ancestros, o convertirse en polvo de estrellas. Según esta transmisión es así porque los grandes “maestros” han ido y han vuelto; se han unido y se han separado según un proceso ontológico imposible de comprender para el adepto. Han llegado a las más lejanas galaxias; han penetrado en los neutrones; han olido el aroma de los quarks... pero si les pides que resuelvan una simple ecuación de segundo grado, dirán que el suyo es un conocimiento metafísico.

“The Pathfinder” transcurre en el año 1000 de nuestra era, pero ninguna de las tribus que aparecen en la película tiene escritura ni Libro ni Ley, tan sólo un conjunto de normas sociales. Exactamente como los lobos y otros animales que viven en manadas. Si no hay “asentamiento” profético, no hay conexión y el

hombre queda vagando en la subjetividad de la misma forma que el astronauta, desconectado del cable que lo mantenía unido a la nave, queda vagando en el espacio infinito.

Sin embargo, en el caso de la Profecía la desconexión nunca es total, ya que ésta atraviesa los periodos chamánicos y se mantiene viva en el corazón de ciertos individuos hasta el siguiente periodo profético. Este es el caso de Arabia en el tiempo del Profeta Muhammad (s.a.s), donde el chamanismo mágico conformaba la estructura social de todas las tribus y de todas las ciudades. Sin embargo, todavía quedaba gente que se mantenía fiel al tawhid que Ibrahim e Ismail instauraran en Mekkah miles de años atrás. Se llamaban “hanifas” pues sólo aceptaban la existencia de un único Dios Todopoderoso, Creador del Universo.

**Ibrahim no era judío ni cristiano, sino hanifa, de los sometidos,
y no uno de los asociadores.**

Qur'an 3:67

Entre ellos estaban Waraqa ibn Nawfa, Abdullah ibn Yahsh, Uzman ibn Huwayrith, Zaid ibn Amr y Quss ibn Saida. Todos ellos habían rechazado siempre la adoración de los ídolos y las súplicas que los idólatras les dirigían como si fueran dioses. Zaid ibn Amr solía decirles:

Allah ha creado las ovejas, ha enviado el agua del cielo para que la tierra produzca de lo que comen, y aun así vosotros sacrificáis en nombre de otros que Allah."

Bujari, Manaqibu'l Ansar 24; Dhabaih 16

Aunque vivían en sociedades chamánicas, estos hombres seguían la guía profética antes incluso de que descendiese la Revelación. El Mensajero de Allah dijo en una ocasión con respecto a uno de ellos:

Veo caminando a Waraqah en el Paraíso, llevando una túnica de seda.

Haizami, IX, 416

Ya hemos visto cómo en la China del siglo VI a.C. -en pleno apogeo del chamanismo místico-filosófico representado por el taoísmo- se desarrolla el chamanismo racional a través del confucionismo; y lo mismo ocurrirá en Grecia en ese mismo periodo con Tales de Mileto, y en La India con las escuelas de Lógica (*Nyaya*), Atomismo (*Vaisesika*) y Materialismo (*Carvaka*), introduciendo la experiencia y la comprobación -y no los principios religiosos o metafísicos- como las herramientas básicas de toda epistemología.

Este fenómeno aparecerá en la visión interpretativa de muchos historiadores como una manifestación del eterno conflicto entre mito y realidad; chamanismo y racionalismo; superstición y ciencia. Sin embargo, el enunciado de este supuesto antagonismo parece olvidar que lo único que se opone al chamanismo es la Profecía y que por lo tanto todo lo que no pertenezca al ámbito de la Profecía será chamanismo.

Frente a este barzaj -barrera infranqueable- Occidente ha tratado de encontrar con paranoica insistencia un sistema que lo elimine y permita la transvasación de valores de la magia a la Revelación a través del misterio y de los secretos, de los yins y de los shayatines... mientras que en la Profecía todo es público y comprensible.

El chamán brujo y el chamán místico entran en trance a través de drogas, de danzas rítmicas, de la repetición de mantras o del control de la respiración. Estas prácticas, y otros ejercicios que permanecen secretos para los no iniciados, van a proyectarle a un nivel de consciencia imaginario que el chamán interpretará como la más profunda realidad. Ha tomado peyote, o mezcalina, o entona rítmicas melodías. Danza alrededor del fuego sagrado y, al rozar el éxtasis, parte al más allá; se pasea por ocultas dimensiones en las que se manifiestan los hologramas del ADN o la invisible estructura de las partículas subatómicas.

Milarepa, el último reformador del budismo tibetano, ha llegado a una pequeña aldea de la provincia de Quyang buscando la realización espiritual. Su maestro Marpa le hace pasar las más

desesperantes pruebas para comprobar hasta dónde llega su determinación, su himmah, su deseo de conocimiento. Debe construir torres triangulares de piedra para después derribarlas y construir otras circulares. Es ridiculizado y despreciado por su maestro delante de los otros adeptos. Y todo lo sufre Milarepa con infinita paciencia y férrea resolución. Cuando finalmente Marpa lo acepta como discípulo, le hace entrar en un pequeño habitáculo circular de adobe construido a las afueras de la aldea. Cierra la puertezuela de acceso y Milarepa se encuentra en la más profunda oscuridad. Ningún sonido llega hasta él, y todo lo que recibe como alimento es un trozo de pan al día y un cuenco con agua que alguien introduce en aquel minúsculo espacio a través de unos ventanucos en zig zag. Tras varios días de reclusión, Milarepa está listo para recibir la enseñanza. Ha visto luces y ha oído voces procedentes del más allá; ha tenido visiones y su consciencia ha traspasado el mundo material para penetrar en lo oculto y ver con el tercer ojo la realidad del ser. Los sufís llaman a esta práctica “entrar en *jalwah*”.

Es siempre la misma experiencia chamánica: ascetismo, monacato, silencio, mantras, palabras secretas con poder mágico, drogas, movimientos rítmicos, músicas repetitivas acompañadas de panderos, flautas o algún otro instrumento, visiones... Uno se pregunta ¿qué papel juegan, en estos ejercicios iniciáticos, el Libro de Allah y la hikmah de Sus Profetas? ¿Qué humildad puede haber en alguien que ya es uno con el Absoluto, con el Creador del universo? Muhammad, el último Mensajero de Allah, pedía perdón al Altísimo sesenta veces al día; ¿a quién puede pedir perdón aquel que se ha convertido en la encarnación de la verdad? Después de que el nafs -el sí mismo- ha sido aniquilado, ¿quién queda para pecar, para transgredir los límites? En su estado de consciencia *Shu*, el discípulo no logra comprender que esas visiones y alucinaciones sonoras son tan lógicas como el que aparezca el sudor después de una carrera.

Podríamos ahora preguntarnos, tras esta inmersión en el mundo chamánico, ¿qué permanecería del sufismo, del budismo o

del taoísmo si eliminásemos “las prácticas iniciáticas”? ¿Qué edificios surgirían de selvas y desiertos si no se ingiriese otra droga que el arrepentimiento? ¿Qué verdad aparecería resplandeciente en telescopios y microscopios si sus manipuladores viesan con el ojo objetivo de la fiṭrah humana? No permanecería ni surgiría ni aparecería, sino la Profecía con su “magia” real, con su poder irresistible.

El Profeta Muhammad (s.a.s) volvía a establecer el equilibrio entre el ascetismo y la pasión por la vida de este mundo. Frente al monacato y la reclusión, el Mensajero de Allah (s.a.s) animaba a sus seguidores a casarse y a tener hijos; a trabajar como medio de subsistencia; a estudiar y a enseñar a otros lo que hubieran aprendido. Les exhortaba a luchar en el camino de Allah contra la tiranía y el chamanismo. Es el equilibrio en el que vivieron todos los Profetas y el que enseñaron a su generación. Y es este equilibrio el que el chamanismo destruye, inclinando desmesuradamente la balanza hacia un lado u otro.

El tawhid no admite experiencias sobrenaturales ni ejercicios iniciáticos fuera de lo que Él ha ordenado expresamente. Y lo que ha ordenado, es suficiente.

Yo soy Allah, no hay dios sino Yo; adórame y establece la salah para recordarme.

Qur'an 20:14

2. LA FORTALEZA DE LA FIṬRAH Y SUS ASALTANTES

Cuando llega el ferrocarril al Cairo la elite espiritual de Egipto se derrumba. Aquella portentosa máquina llevaba a bordo un nutrido número de soldados del mal bajo la apariencia de exegetas bíblicos y pastores protestantes con la misión de entregar a los ‘ulamah (sabios) musulmanes la nueva ‘aqidah (credo) que deberían implantar en la ummah (nación musulmana). Les recordaban que habían perdido el primer tren del progreso, como quedaba de manifiesto en las letras grabadas a fuego en la

locomotora -Made in England; y les instaban a no perder el segundo. Todos esos criterios de clasificación de los dichos (ahadiz) del Profeta (s.a.s) y todas esas interpretaciones coránicas (tafsir) carecían de rigor y por lo tanto no podrían incluirse en la “akademia” -la nueva institución judía encargada de dictaminar sobre la veracidad o falsedad de cualquier juicio, teoría o postulado que se emitiera en el mundo. De esta forma, no pertenecer a tan “respetable” establecimiento significaba, llana y simplemente, no existir, ni siquiera como referencia. Muchos de esos ‘ulamah, de esos sabios islámicos, de esa elite espiritual, se pusieron manos a la obra y les faltó tiempo para intentar dismantelar el edificio que el Profeta (s.a.s), los sahabah y los imames de la ummah habían construido con un rigor hasta entonces desconocido y que nunca después se ha vuelto a repetir. Pero esa fantástica máquina que avanzaba hacia el Cairo como un portentoso dragón anulaba cualquier otro argumento. Allah estaba con Occidente, con la inteligencia judía, y parecía como si el mal hubiera encontrado su nueva morada en todos esos países que conformaban la nación musulmana y que seguían utilizando el caballo y el camello como medios de transporte. Nació el progreso y con él la gran pregunta, el gran eslogan “¿Por qué no?”

Allah el Altísimo había dado al hombre poderosos y eficaces medios para recorrer la tierra y llevar sus mercancías a los lugares más remotos del planeta. Le había enseñado a construir barcos capaces de transportar miles de toneladas sin otra energía que el viento; y le había subordinado robustos animales con los que moverse sin necesitar otro combustible que el pasto fresco del campo. Esos exegetas, en cambio, les decían a los atónitos ‘ulamah egipcios: “Sí, sí, desde luego... Pero ¿por qué no utilizar el tren? Probarlo; montaros en él; hacer algún viaje... ¿Estáis seguros que es un juguete del shaytan; de que es algo maléfico? Desde luego, nosotros no queremos otra cosa que mejorar la vida en la tierra.” Los ‘ulamah miraban aquella locomotora, compuesta de miles de piezas perfectamente ensambladas y conectadas entre sí, y decidieron subirse al tren y disfrutar de los cómodos asientos que

albergaban sus lujosos compartimientos, concluyendo que, efectivamente, ¿por qué no? ¿Por qué no subirse al tren del progreso aunque ello significara salirse del Entramado Divino y negociar con los judíos -que es como negociar con el mismísimo diablo- la nueva 'aqidah a la que deberían adherirse los musulmanes?

Estos eran los primeros centinelas que tomaron sobre sí la tarea de educar a las nuevas generaciones en la 'aqidah que los judíos les habían prestado. De forma parecida, los lobbies judíos fueron salvando las reticencias de las naciones occidentales que veían en el ferrocarril un artilugio satánico capaz de trastocar los valores de sus sociedades. El tren fue, de alguna forma, una de las primeras y más poderosas concretizaciones de ese ateísmo que inaugurara la gente del profeta Musa (a.s) cuando al pasar por un pueblo de idólatras le sugirieron que les construyera dioses como esos -dioses muertos, sin ningún poder sobre la actuación del hombre. Esa abigarrada locomotora con sus elegantes vagones era la prueba de que la voluntad y la inteligencia humanas no tenían límite ni, más importante aún, no necesitaban de un creador, de una autoridad impuesta desde el cielo. Pero todavía ese ateísmo tenía que explicar y despejar muchas incógnitas -el origen del universo, el origen de la vida, la voluntad de la historia, la psicología humana... De todo ello se encargaría el evolucionismo, consagrandolo a la materia como el único dios posible; el psicoanálisis, con su aberrante visión del ser humano como un cúmulo de frustraciones, pero que de alguna forma apoyaba el concepto materialista de la existencia; y el marxismo, que intentaría dar una coherencia a las relaciones humanas y a la propia historia. Con una Iglesia debilitada y corrupta, este triunvirato no tardó mucho en expandirse por todo Occidente y en sembrar la semilla de la rebeldía, incluso en los seminarios católicos y en las escuelas bíblicas protestantes. Sin embargo, la muralla de la fiṭrah seguía en pie y la puerta de acceso a la fortaleza bien cerrada, aunque con visibles marcas de haber intentado forzarla. Hacían falta contraseñas más sutiles,

argumentos más convincentes -un sistema, en definitiva, más completo y atractivo.

El susurro de los shayatines continuaba con su misión de transmitir a los judíos occidentales nuevos secretos del funcionamiento del universo -fuerzas y mecanismos de un poder sobrecogedor. En los últimos 15 mil años el hombre había cambiado muy poco su forma de vida, sus herramientas, sus construcciones, sus medios de transporte... Sin embargo, en algo menos de un siglo aparecía la electricidad, la radio, la televisión, el teléfono, el motor de explosión, los aviones, submarinos, helicópteros, naves espaciales, y un arsenal militar que dejaba atrás cualquier ficción... y todo ello reforzaba el concepto materialista y ateo de la existencia. Todos esos portentosos artilugios parecían dar la razón a aquellos denigrados positivistas, ahora visionarios, cuando afirmaban que el poder del hombre no tenía límites.

Una de las cerraduras más potentes y difíciles de forzar es la cerradura de la autoridad. Destruir este principio sería ya debilitar en gran medida la puerta de acceso a la fortaleza, pero los judíos encontraron la contraseña que les permitiría socavarlo -la llamaron "la igualdad". Este concepto iba claramente en contra de la fiṭrah, pero lo presentaron, cínicamente, como el más alto grado de justicia. Y decimos cínicamente pues nada hay más injusto que la igualdad. Donde quiera que miremos no encontraremos otra cosa que diferenciación, gradación y estratificación, tanto en los géneros como en los individuos. La respuesta de los centinelas no podía ser otra que la del rechazo, pero el eslogan "¿Por qué no?" hizo su trabajo: "Desde luego que es una impostura hablar de igualdad pero ¿estamos seguros de que una mujer no puede conducir un camión o arreglar un grifo? ¿Podemos afirmar que no hay ninguna posibilidad de que pueda luchar en los campos de batalla? Fijémonos en Juana de Arco o en Agustina de Aragón. ¿Realmente es absurdo imaginar a una mujer dibujando los planos de un edificio? ¿O dirigiendo una entidad financiera? No decimos

que sea lo más adecuado, pero quizás funcione. ¿Estamos seguros de no estar pisoteando los derechos de media humanidad?”

Los argumentos que respondían al eslogan “¿Por qué no?” seguían produciéndose y apareciendo en libros, en fotografías, en carteles, en máximas, en manifestaciones, en gritos y en llantos. Las mujeres, de la noche a la mañana, se sentían maltratadas, discriminadas -y eso era injusto, algo que la fiṭrah no podía tolerar. La contraseña “igualdad” había introducido de nuevo el virus de la duda y pronto ese virus se abriría camino hasta el corazón mismo de la fortaleza, haciendo creer a los centinelas que toda aquella sinrazón se debía a un reajuste del concepto de justicia que en algún momento de la historia se había malentendido. Muchos de los centinelas se negaban a aceptar que la mujer tomase ese papel de entidad independiente, capaz de competir con el hombre y de realizar sus mismas funciones, pero el trabajo del eslogan “¿Por qué no?” se veía ahora recompensado en los prolegómenos de la Revolución Rusa: mujeres conduciendo enormes cosechadoras, batiendo el acero, conduciendo autobuses, marcando el paso en el ejército rojo... La Revolución Rusa proclamaba la igualdad de todos los seres humanos y de esta forma se adelantaba a su gran rival - Occidente. Sin embargo, la fiṭrah no niega que una mujer pueda trabajar en unos altos hornos o en un astillero. Lo que la fiṭrah niega es que ése sea su papel. La mujer puede hacer todo eso, pero la fiṭrah le ha conferido una tarea mucho más importante: la de educar a sus hijos, la de transmitirles los valores de la fiṭrah, la de proteger el hogar y la de administrar la riqueza familiar; mientras que al hombre le ha conferido un trabajo subalterno -el de trabajar y luchar para que ella pueda llevar a cabo esa función.

Los judíos sabían que la mejor forma de salir ileso de una guerra es dirigiéndola y aprovechando la nueva situación de la mujer en la Unión Soviética, lanzaron todas sus huestes contra el sistema todavía patriarcal de Europa y América. El ateísmo, que desde el Renacimiento había ido horadando y desgastando la espiritualidad de Occidente, lanzaba con furia un nuevo eslogan “ya basta”. “¡Ya basta de ser esclavas! ¡Ya basta de tener que

taparnos para no ir al Infierno! ¡Ya basta de religiones, de dioses, de credos! ¡Ya basta de cadenas! ¡Ya basta de miedos y de supersticiones!” Eso mismo es lo que había proclamado Karl Marx en uno de sus más famosos eslóganes -“La religión es el opio del pueblo.” Parecía, pues, que todas las piezas encajaban y que todas las ideas apuntaban a una misma realidad, a una misma demanda - la igualdad dentro de un sano y vigoroso ateísmo.

En medio de todo ese barullo ideológico se materializaba uno de los susurros más rentables de cuantos han escuchado los judíos. En 1895 nacía el cine, una de las magias más potentes que han utilizado los shayatines a lo largo de la historia; y 15 años después se establecía en Hollywood, California, el primer estudio cinematográfico. De un primer periodo experimental se pasará rápidamente al cine de actores, a través del cual éstos pronto se convertirán en auténticas estrellas que iluminarán el cielo judío de la manipulación de valores. A través de ellos se irá proyectando la imagen del bien y del mal según convenga a los cada vez más poderosos lobbies judíos. El eslogan “¿Por qué no?” encontrará un argumento más a su favor al apoyarse en ellos: “Sí, es cierto que el adulterio es algo abominable, pero reconozcamos que hay situaciones y situaciones. Por ejemplo, en la película de Luis Buñuel *Belle de jour* (1969) no diremos que se justifique, pero es al menos entendible la posición que toma la protagonista.” El eslogan “¿Por qué no?” va a encontrar infinidad de argumentos para legitimar, o al menos justificar, no sólo el adulterio, sino también la prostitución, la drogadicción, el robo, la traición, la homosexualidad, el travestismo y numerosas otras actitudes propias de la cultura, que de establecerse en una sociedad, corromperán su fiṭrah, quedando ésta a merced de las fuerzas satánicas que penetrarán en ella disfrazadas de libertad y de derechos humanos.

Las películas del cineasta Almodóvar presentan todos estos elementos de corrupción juntos, en un mismo escenario. Sus personajes suelen ser drogadictos, prostitutas, homosexuales, enfermos de SIDA... pero en la pantalla aparecen rodeados de un

halo de candidez, de simpatía; los presentan como héroes, como la gente más sincera de sus sociedades.

La apología de la homosexualidad ha llegado tan lejos que la película de Ang Lee, *Brokeback Mountain* (2005), nos ofrece un realista y cándido retrato de la relación amorosa entre dos cowboys, símbolos, en principio, de la virilidad masculina. De esta forma, lo corrupto, lo anormal y criminal será presentado como algo deseable y superior. Toda una serie de producciones hollywoodenses llegarán incluso a justificar los asesinatos en serie. Como ejemplo de ello podemos citar la película sobre la vida de Aileen Wuornos, una asesina que entre 1989 y 1990 mató al menos a siete hombres en Florida y el sureste de Georgia, y que poco faltó para que llegara a convertirse en una celebridad y en ejemplo de mujer fuerte, defensora de los derechos del sexo débil frente a la agresividad masculina (más tarde, sin embargo, confesaría que mataba para robar), víctima de una sociedad hipócrita y machista. Aunque la película se titula *Monster* (2003), se esfuerza en mostrar que la infame protagonista, al igual que todos nosotros, tiene su lado bueno, y lo hace con tal ahínco que Charlize Theron recibió un Oscar por sus logros interpretativos en el papel de la asesina, ejecutada en 2002 con una inyección letal.

Cuatro décadas antes, y con un estilo muy diferente, Jean-Luc Godard ya había hecho lo mismo en su película *A bout de souffle* (*Sin aliento*, 1959). El protagonista es un criminal cuya amoralidad le confiere una sangre fría sólo comparable a la de su chica, una joven norteamericana que al final decide entregarle a la policía. Pero el actor que encarna al asesino -rodeado de un ambiente totalmente surrealista- es Jean-Paul Belmondo, una de las estrellas refulgentes del cielo cinematográfico, y por lo tanto todos los personajes que represente estarán exentos de cualquier juicio moral, pues cuando el que dispara a quemarropa es Jean-Paul Belmondo, los espectadores sentirán, como él, que nada malo hay en ello. No podemos imaginar, ni mucho menos aceptar, que una estrella de Hollywood o del gran cine occidental pueda encarnar a un personaje moralmente equivocado. Si Jean-Paul Belmondo ha

disparado contra un policía motorizado es porque en el fondo y más allá de cualquier mojigatería puritana, ese tipo se lo merecía. Comparado con Jean-Paul Belmondo, o con cualquier otra estrella, su vida carece de interés y de sentido, y matarlo puede ser, al menos, una opción a tener en cuenta. En *Pierrot le fou* (1965), sin duda su película más famosa, el protagonista, de nuevo Jean-Paul Belmondo, tras una serie de excentricidades y de audaces efectos, se envuelve en una ristra de cartuchos de dinamita y prende fuego a la mecha. Pierrot se arrepiente de lo que ha hecho y busca desesperadamente la mecha para apagarla, pero sin éxito. La última escena es una gran explosión precedida por el grito de Pierrot: ¡Merde! “¿Por qué no? Un crimen, un suicidio... pero ¿estamos seguros de que no es algo sublime -algo más allá de nuestras mezquinas concepciones morales? El crimen y el suicidio - ¿no son en realidad acciones que solamente los más fuertes, los más libres pueden realizar? En todo caso ¿por qué no? Lo ha hecho Jean-Paul Belmondo, mi actor preferido, el actor preferido de mi madre. Claro que se trata de una película, pero todo ello me hace pensar que en realidad vivimos atrapados en valores que nos encadenan y nos oprimen. Yo veo que Pierrot es un hombre libre, un hombre sin prejuicios sociales, sin miedos, que se lanza a la vida con coraje y lealtad a sí mismo. Sí, es cierto que acaba suicidándose, pero ¿por qué no? ¿Acaso no es superior una vida intensa que desemboca en el suicidio a una vida mediocre que termina sus días en un hospital de la beneficencia?”

Veamos otro caso. En 1969 aparece la película *Danzad, malditos, danzad* (*They shoot horses, don't they*), del director judío Sidney Pollack. La acción transcurre en los años 30 en una pequeña localidad de los Estados Unidos, en plena depresión económica y social. El crack del 29 ha dejado a América sin trabajo y sin esperanzas. Esta situación es aprovechada por todo tipo de estafadores. En el caso que presenta la película la estafa se produce con la organización de un baile de parejas que durará tres días con el objetivo de promocionar un nuevo restaurante. La

pareja que logre permanecer todo ese tiempo bailando ganará una suculenta suma de dinero.

Las primeras escenas muestran a un niño jugando con un hermoso caballo negro. Corre con él, lo monta, pero en una de esas correrías el caballo se cae partiéndose un hueso de la pata y quedando inmovilizado en el suelo. Tratan de curarle pero no logran que el hueso se vuelva a unir y el padre del muchacho decide matarlo. Él no entiende por qué tienen que acabar con la vida de ese hermoso animal al que tanto quiere. Su padre, mientras lo encañona con el rifle, le dice: “Debemos matarle porque está sufriendo.” La siguiente escena nos muestra a ese muchacho, convertido ya en un hombre joven que, como la mayoría de sus conciudadanos, busca algún medio de ganarse la vida. Lee el anuncio del concurso de baile y decide probar suerte. No tiene pareja, y lo mismo le ocurre a la protagonista, Jane Fonda, una mujer madura que ha decidido darse la última oportunidad de su vida. Las parejas se van inscribiendo una a una, y al final sólo quedan ellos dos, sentados uno frente al otro. No se conocen pero tampoco les importa. Lo único que cuenta es bailar; bailar hasta perder el conocimiento o ganar el fabuloso premio. El resto de la acción transcurre en una sala de baile, donde una veintena de parejas se mueven lentamente al son de una música decadente. Es la depresión que asola América, el gran desastre financiero, el fracaso de una sociedad que no ha podido proveer a sus ciudadanos de otros valores que el dinero y el bienestar; valores que ahora yacen por el suelo de la bancarrota más absoluta.

Han pasado 24 horas. Varias de las parejas no han podido resistir y han quedado eliminadas. La cámara va enfocando los rostros de esos hombres y mujeres que se mantienen agarrados unos a otros para no caer, para no sucumbir al agotamiento. Vemos en ellos dibujados la desilusión y el presentimiento fatídico de que serán los otros quienes logren vencer y ganar el dinero que les devuelva a la vida, al consumo y al bienestar. Tampoco los protagonistas parecen albergar la esperanza de alcanzar tan

deseado galardón. Es como si hubieran aceptado el destino fatal que les ha tocado vivir. Ha pasado el segundo día y sólo quedan unas pocas parejas en la sala de baile. El cansancio y el sueño hacen que más que bailar los participantes se apoyen unos en otros como dos púgiles que, sin fuerzas para seguir boxeando, deciden abrazarse. Ha pasado medio día, doce largas horas, y ya sólo quedan tres parejas. La protagonista siente ahora que pueden vencer. También los ojos del muchacho se han iluminado y parece haber sacado fuerzas de flaqueza. Se animan con entusiasmo el uno al otro. Quedan tres horas y sólo tienen una pareja rival... una pareja que, semiconsciente, apenas se mantiene en pie. El animador les advierte una y otra vez que no se pueden parar, que tienen que seguir bailando o de lo contrario quedarán descalificados. La protagonista quema su último cartucho y con la poca energía que aún le queda increpa a su pareja para que siga moviéndose. Una hora más y habrán ganado; habrán salido de aquel infierno en el que se ha convertido América. Cuando tan sólo faltan quince minutos, la pareja rival se derrumba. Se desploman desmayados y el ruido de sus cuerpos al caer anuncia que los protagonistas han ganado. Ahora se abrazan de alegría -parecía imposible, un sueño; un sueño que se ha hecho realidad. Era la primera vez que algo así ocurría en sus vidas, siempre devastadas por el fracaso. Se sientan en un banco, con los rostros desencajados pero sonrientes. A los pocos minutos el animador les invita a pasar a su despacho, en el que tiene lugar el siguiente diálogo: "Bueno, chicos, habéis hecho un buen trabajo. Es muy probable que se interese por vosotros algún estudio cinematográfico. Quién sabe, este concurso podría catapultaros al éxito, a la fama. En todo caso, aquí tenéis un pequeño regalo." El animador les entrega una caja de bombones. Al principio, parecen no entender lo que está pasando -"Ah, sí; gracias. Sí, muchas gracias... creo que el premio eran tres mil dólares..." El animador cambia de expresión -"Vamos, chicos. ¿De qué dinero estáis hablando? Esto era un concurso de baile para promocionar un restaurante. Lo del dinero lo pusimos para que se animara la

gente. No hay dinero. ¿De dónde pensáis que íbamos a sacar tres mil dólares? Tomad la caja de bombones y disfrutad de la vida.” Los dos protagonistas se miran totalmente desolados. Él parece aceptar su destino, pero para ella es el final -la última burla que le gasta la vida. Ya no tiene fuerzas para seguir luchando. Ésta había sido su última oportunidad; el último tren, y lo ha perdido. Intenta discutir con el animador. Le señala el cartel donde se anuncia que habrá un premio de tres mil dólares para los ganadores. Intenta explicarle todo el sufrimiento que han tenido que soportar durante esos tres días, pero todo es en vano. Salen del recinto y llegan a una balaustrada, cerca de un río. Es el final del camino. Para ella la vida acaba de perder todo su sentido y le pide a su compañero de baile que le dispare un tiro en la sien. Éste al principio se resiste, pero cuando ella le dice que eso es lo que hacen con los caballos heridos, el protagonista recuerda a su padre disparando a su amado caballo. Asiente con la cabeza, coge el revólver y le dispara como el acto más inevitable de su vida.

El eslogan “¿Por qué no?” argumentará que hay situaciones en las que el crimen es la mejor opción. La propia naturaleza, por lo tanto la fiṭrah universal, nos ordena a veces matar, como en el caso de los caballos heridos, para evitar el sufrimiento. Es un mensaje extremadamente sutil el que se intenta hacer pasar a los espectadores. Es evidente que un caballo no es un ser humano. Aquél no tiene consciencia de la vida ni de la muerte. Lo saben todos, pero de alguna forma se logra introducir la duda en su razonamiento, pues quizás el caso de la protagonista sea demasiado parecido al del caballo como para no utilizar con ella el mismo método de acabar con el sufrimiento. Nadie se atreverá a condenar a los protagonistas, pues hay toda una serie de escenas que han logrado que los espectadores se conviertan en sus cómplices al ser presentados como víctimas de un fraude que refleja la terrible decadencia moral que recorre América.

En la película no hay una tercera voz que exponga el problema en toda su amplitud -“¡Eh, chicos! ¿No os parece que estéis exagerando? ¿A qué viene esa historia de caballos y de

levantarle la tapa de los sesos a una persona? ¿Es esa la nueva estética que queréis implantar -una estética en la que la frustración y los caracteres enfermizos sean los modelos a seguir? ¿No sería mejor dar una alternativa al sistema que os ha arrojado a la miseria y a la desesperación? ¿No es mejor luchar que bailar y luego pegarse un tiro?” No hay interacción en las películas. Te sientas en la butaca y de forma pasiva miras lo que se proyecta en la pantalla, y eso hace que los mensajes que se lanzan a los espectadores sean mucho más efectivos, pues no hay réplica ni contra-argumentación.

En 1934 el *Production Code* (ley de censura cinematográfica) prohibía en los Estados Unidos que los actores mostrasen en la pantalla algún tipo de desnudez, ley ésta que será derogada en 1950, pero que permanecerá en la consciencia de los norteamericanos durante mucho más tiempo, como lo prueba el hecho de que la película de Roger Vadim *Et Dieu créa la femme* (*Y Dios creó a la mujer*), proyectada en 1956, causara una tremenda consternación a nivel internacional, pero sobre todo en los Estados Unidos. En esta película aparece por primera vez una mujer - Brigitte Bardot, totalmente desnuda. Sin embargo, escenas como ésta, que habían provocado el rechazo moral de una gran parte de los occidentales, pronto se convertirán en algo habitual y en símbolo del mundo libre. Hacía falta, no obstante, una coartada que acallara las protestas que surgían de la *fiṭrah*. Para ello se utilizó, de nuevo, el eslogan “¿Por qué no?”: “Acaso se debería acusar de inmoral al artista griego Alexandros por haber esculpido la Venus de Milo?” Afirmar algo así sería totalmente inaceptable ya que se trata de una obra de arte; y ésta fue la gran coartada judía - convertir al cine en el séptimo arte. A partir de ahora todo estaría permitido -cualquier escena debería ser interpretada, desde esta nueva perspectiva, como un fotograma sublime. De la misma forma que quien se atreviese a considerar impúdica la escultura de Alexandros sería tachado de bárbaro, así también, quien promulgase leyes contra la libertad de expresar a través del cine,

del séptimo arte, un sentimiento o una idea cualquiera, sería tachado de retrógrado y enemigo de la civilización.

El cine subió las faldas de las mujeres por encima de la rodilla; les puso un cigarrillo entre los dedos; les enseñó a coquetear con los hombres, a engañar a sus maridos, a desear el lujo. Pero sobre todo ha sido la herramienta más efectiva que los judíos han utilizado para presentar un mundo libre capaz de auto-defenderse de todos los males que puedan afligirle; capaz de curarse todas las heridas. El mundo libre significa justicia implacable hoy y aquí. No hacen falta dioses ni días del juicio; para eso está el FBI y los marines, y si éstos no fueran suficiente fuerza de choque para detener el mal o dar su merecido a los malvados, contamos con Superman, Spiderman y toda una serie de nuevas generaciones de entidades súper poderosas. Cientos de películas nos presentan cómo al final son desenmascarados y procesados jueces, senadores, gobernadores, sheriffs, y militares corruptos. El mensaje es claro: América tiene los mecanismos necesarios para impedir que el sistema pueda ser invadido y aniquilado. Lo intentó King Kong y lo han intentado los extraterrestres, pero América nunca será vencida. Y mientras millones de norteamericanos ven con exultante complacencia todas esas sandeces hollywoodenses, las productoras y distribuidoras cinematográficas recaudan millones de dólares “de” todo el mundo.

Durante decenios Hollywood nos mostró a unos esforzados colonos llenos de determinación, honradez y confianza en el Todopoderoso, maltratados y asesinados por unas criaturas que montaban a caballo y aullaban mientras disparaban flechas, cortaban caballerías, violaban a mujeres, torturaban a niños... sin que en ningún momento esas criaturas, esos indios, esos dueños legítimos de América, tuviesen la más mínima apariencia humana. No había en ellos piedad ni misericordia. Nunca se mostraban sus sociedades, sus creencias, sus valores. Generaciones enteras de occidentales crecieron odiándolos, tomándolos como uno de los símbolos del mal, de la barbarie. Cuando esa imagen empezó a generar sospechas, a perder credibilidad y a no ser rentable,

Hollywood cambió los rollos de las películas y los puso del revés, lanzando al mercado internacional grandes súper-producciones en las que descaradamente se invertían los términos de la ecuación. Ahora se presentaba a unos indios espiritualmente refinados, sabios, con un alto concepto de justicia, amorosos padres y esposos -en contraposición a unos desalmados hombres blancos sin ninguna sensibilidad y sin ninguna altura moral. De esta forma el mundo libre -América, Hollywood, los lobbies judíos- presentaban la verdad de los hechos aún a costa de su propia reputación; y sin embargo, este acto de extrema generosidad y autocrítica sólo era aparente, un truco más, una hábil estrategia para desembarazarse de la estúpida visión que habían proyectado en el pasado. Si nos fijamos en el verdadero protagonista de la película *Bailando con lobos*, veremos que es un militar norteamericano que se sitúa por encima de indios y hombres blancos, proyectando el mensaje de que en la América de los conquistadores, de los usurpadores, hay gente indeseable, como por otra parte la hay en todas las sociedades humanas, pero también la más noble, la más avanzada -que es la que cuenta a la hora de evaluar a un pueblo. El mismo fenómeno hemos presenciado con el tema de Vietnam -un pueblo invadido que tiene la osadía de defenderse y de tratar de expulsar a los invasores. Pero son presentados en la pantalla como una gente ignorante, sin cultura, con un lenguaje casi animal, convenientemente ridiculizado, frente a unos apuestos y valientes soldados norteamericanos a los que, entre disparo y disparo, les sobrevienen reflexiones metafísicas. No obstante, en la reacción crítica que trató de mitigar el descompensado escenario no se llegó a mostrar a esos marines que, tras haber sufrido un sobresalto aristotélico, abren en canal a una mujer vietnamita embarazada. Se prefirió hablar de crisis agudas propias de los campos de batalla -y todo el mundo pareció comprenderlo. Y nuevo chaparrón de dólares entrando en las arcas judías.

Ningún poder en la historia ha negado el derecho a existir de sus oponentes con la virulencia y el total encubrimiento con el que

lo ha hecho Occidente. ¿No es sorprendente que nunca hayamos visto una película de “indios” hecha por los indios; ni de la guerra de Vietnam hecha por los vietnamitas; ni siquiera de la Segunda Guerra Mundial hecha por los alemanes?

Los asaltantes saben que nunca podrán tomar la fortaleza de la *fiṭrah* si antes no se debilitan los muros; si antes no se logra que se tambaleen y hagan tambalear a la gran puerta de acceso -y ya hemos visto que uno de los contrafuertes de esos muros es el principio de autoridad. Hollywood jugará un papel fundamental a la hora de presentar el nuevo modelo de mujer occidental, es decir, universal. El concepto de igualdad, como ya hemos dicho, será esgrimido como sinónimo de justicia, de progreso, de reivindicación que todos los pueblos deberán enarbolar, presentando al mismo tiempo a la ama de casa que no trabaja fuera, que cuida de sus hijos, que organiza la economía doméstica, que se preocupa de respaldar a su esposo y de aconsejarle, como un elemento retrógrado de la sociedad, algo indeseable, algo que deberá poco a poco desaparecer. La igualdad, lógicamente, elimina el concepto de autoridad, el concepto de que hay grados, niveles y por lo tanto poder ejecutivo, poder decisorio.

En este sentido, el otro frente que deberá abrirse para promover y fortalecer el principio de igualdad será el de la educación. La figura del maestro, del profesor, respetado y temido por sus alumnos, pero también en muchos casos admirado por ellos, sucumbirá frente a un nuevo escenario en el que los estudiantes serán los protagonistas y al mismo tiempo las víctimas de esa autoridad educativa que los ha estado oprimiendo, minusvalorando y frustrando. Aquí se unirán los dos eslóganes, “¿Por qué no?” y “¡Ya basta!”

Si volvemos al cine, encontraremos en la película británica *If... (Si..., 1968)*, de Lindsay Anderson, un parangón del efecto de la igualdad en los sistemas educativos. La acción se desarrolla en un colegio en algún lugar de Inglaterra, donde los alumnos estudian en régimen de internado. La película nos presenta a un profesorado mojigato, cruel y sin ningún atractivo, frente a unos

alumnos que intentan sobrevivir al sistema de represión en el que viven. El protagonista es un joven lleno de vida, audaz, valiente, que se enfrenta a la crueldad y a las absurdas normas que rigen en el colegio. Los profesores tratarán de humillarle y recibirá numerosos castigos corporales, lo que no hará sino reforzar su oposición al sistema. Al final, este muchacho se aposta en la buhardilla del edificio y desde allí, con un rifle, como en un sueño, comienza a disparar a la directiva del colegio. Era el día de la fiesta de fin de curso y en el patio se habían congregado profesores y padres para celebrarlo. Los disparos... los cuerpos en el suelo... la sangre... han trastocado la fiesta en una inexplicable pesadilla. Acaba la película y todos los espectadores parecen estar pensando -“¿Por qué no? Desde luego que matar no es la solución, pero ya basta de que los alumnos tengan que soportar la tiranía de sus profesores.” La finalidad de la película *If...* no es la de armar a los estudiantes con rifles y carabinas, sino la de socavar la autoridad del profesor frente al alumnado y ofrecer un argumento para justificar el despotismo infantil que va a eliminar la autoridad educativa.

El escenario resultante no pude ser más desesperanzador. La muralla de la *fiṭrah*, que no ha dejado de sufrir continuos ataques, tendrá que enfrentarse ahora a un asalto que se llevará a cabo con sofisticadas máquinas de guerra. Como una barrena imparable se acercan la igualdad, la desintegración del principio de autoridad, y uno de los más añorados sueños judíos -la eliminación de lo prohibido; todo ello motorizado por dos poderosas turbinas: “¿Por qué no?” y “¡Ya basta!”

El cine hacía su papel apuntalado por los contrafuertes de la información -los mass media. Para lograr que éstos se convirtieran en la voz de la verdad y el sistema judeo-occidental de gobierno -la democracia- en baluarte de la justicia, se introdujo la crítica. En los regímenes comunistas cualquier tipo de información que pudiera dañar su imagen o desvelar algún aspecto corrupto de sus gobiernos era silenciada, ocultada; y esto creaba en los ciudadanos la sensación de estar continuamente engañados y, al mismo

tiempo, una desvinculación total con el poder. Los judíos habían descubierto que una cárcel con vistas es mucho más aceptable que una cárcel sin ventanas. Más aún, la cárcel occidental se presentaba con jardines, pistas de patinaje, lagos, bibliotecas, salas de cine... hasta que los prisioneros se olvidaban de estar encerrados en contra de su voluntad. Aquel idílico escenario a duras penas se podía seguir llamando cárcel. Había elecciones para elegir al director del presidio. Se organizaban manifestaciones para forzar a la administración a cambiar el menú de los domingos. Los presos habían creado varios periódicos y revistas donde denunciaban los abusos de ciertos guardianes; y más de una vez habían conseguido que se echara del cuerpo a alguno de ellos o, al menos, que se le cambiara de destino. En el lado comunista las cárceles no dejaban de parecerlo. A lo más que habían llegado era a celebrar una vez al año un campeonato inter-celdas de baloncesto. Sin embargo, la realidad que se afianzaba más allá de las apariencias era muy similar en ambos presidios, pero el hecho de poder gritar y denunciar y quejarse y escribir y aporrear las rejas con las tazas metálicas o los pucheros depositaba en el ánimo de los prisioneros occidentales un aroma de libertad y de control sobre las autoridades penitenciarias... un aroma, una sensación apenas perceptible... y eso era todo.

En Italia hay elecciones; sus ciudadanos deciden cada cuatro años quiénes les van a gobernar, siempre bajo su atenta supervisión; pero cuando se preparaba la segunda guerra contra Iraq, cuatro millones de italianos -es decir, Italia entera- se manifestaron para exigir al gobierno que no mandase tropas a luchar contra los iraquís. Nada les habían hecho, y ni el gobierno americano ni el británico habían mostrado ninguna de sus famosas evidencias de que Saddam poseyera armas de destrucción masiva que pensara utilizar para destruir Europa. Mientras los manifestantes recorrían las calles de las principales ciudades italianas protestando contra la guerra, el ejército hacía los preparativos para enviar un destacamento a luchar contra un pueblo cuyo único crimen era el de resistir a los invasores.

En 1982 el partido socialista español obtenía en las elecciones presidenciales la mayoría absoluta. Una de las causas de aquel atronador éxito se debía a la firme resolución de su secretario general, Felipe González, de exigir el desmantelamiento de las bases aéreas norteamericanas en suelo español y la rotunda negativa a formar parte de la OTAN. Unos meses después de haberse acomodado el Presidente en la Moncloa comenzaron a aparecer en los medios de comunicación los contra-programas de gobierno. Todos lo habían entendido mal, y de forma magistral esos novatos socialistas utilizaron el eslogan “¿Por qué no?” para cambiar la opinión pública 180 grados a favor de los nefastos vientos atlánticos. Cada día aparecían artículos en los periódicos más leídos del país que alertaban del peligro de perder el tren europeo, el tren occidental. Entrevistas televisivas, radiofónicas, libros, conferencias... y todo un montaje sobrecogedor advertía a la ignorante masa española del error que supondría decir NO a la OTAN, al progreso, al poder, a los vencedores. Obviamente, la gente dijo SÍ en un referéndum en el que se presentaba la opción de elegir entre un abismo delante y un fuego detrás. Mayoritariamente se prefirió el abismo por aquello de que nunca se sabe, siempre puede haber una rama a la que asirse.

La farsa de la democracia, no obstante, ha dejado de tener coartada. Todos ven cómo la bipolarización de la vida política en dos bandos, uno de derechas y otro de izquierdas, no ha hecho sino crear una dictadura de partidos en la que la verdadera mayoría la representan los que se niegan a votar. En Polonia, de un 90% de votantes en las primeras elecciones de 1991 se ha pasado a un 54% en las últimas. En Estados Unidos, más de una vez no se ha llegado ni al 50%. En Holanda, tras una total deserción electoral, se declaró obligatorio votar bajo pena de cárcel y multa. El resto de países democráticos no anda muy lejos de estos mismos resultados. Pero cuando alguien intenta denunciar esta tiránica imposición de gobierno, comienzan a aparecer los fantasmas del nazismo, de la miseria en África, de las sangrientas dictaduras en América Latina, del caos y de la represión en Asia, de la continua

violación de los derechos humanos en los países musulmanes... y todos cierran la boca, bajan la cabeza y reconocen que, a pesar de todo, viven en el paraíso del bienestar y de la libertad. Sin embargo, el cuadro nunca es blanco del todo. Quizás sea en este sentido en el que se deban interpretar las palabras del Ministro de Asuntos Exteriores francés cuando en septiembre del 2012 reconocía ante las cámaras de televisión que: “Si el gobierno sirio no cae en octubre, ello va a suponer un grave problema para Europa.” Hasta ahora, ningún país había osado enfrentarse -y menos militarmente- a los coaligados -América, Europa, Japón, Canadá y Australia. Todos habían aceptado sumisos la humillante situación de tener que dejar de ser una nación libre e independiente para convertirse en la cafetería, la playa o el almacén de Occidente. Sin embargo, Siria ha señalado con el acusatorio dedo índice a la “coalición”, advirtiéndoles que nadie puede robar el corazón de la Tierra, pues cuando un corazón se retira de su cuerpo, muere a los pocos segundos. Han pasado dos años y medio, once meses desde que el ministro francés proclamara abiertamente su temor, y cada vez el gobierno sirio está más firmemente asentado en la razón que los acontecimientos no hacen sino otorgarle día a día. Hoy vemos quién es el ejército libre, sus desmanes, sus crímenes, su vacuidad política y espiritual. Pero todo Occidente lo ha estado apoyando, lo ha estado armando, entrenando, financiando; y eso quiere decir que todo Occidente participaba de sus desmanes, de sus crímenes y de la vacuidad política y espiritual del FSA. Y también quiere decir que solamente Siria se ha mantenido en la verdad y en la justicia. Y este es el temor del ministro francés -que Siria sí pueda presentarse como el modelo universal de sociedad. Al poco de pisar suelo sirio uno se pregunta qué hacen siete patriarcados cristianos en un país que lleva 1400 años siendo musulmán. ¿Por qué no están en Madrid, en París, en Roma o en Lisboa? Precisamente porque de ahí huyeron; porque en Occidente no hay libertad de expresión ni derecho a ser distinto, a tener su propia creencia, su propia identidad; porque Occidente ha quemado a

millones de seres humanos por estudiar, por investigar, por reflexionar; ha quemado a cristianos heterodoxos, a judíos y a musulmanes; porque Occidente convirtió Jerusalén en un mar de sangre cuando entraron en ella sus cruzados. Este es el temor del ministro francés. ¿Hasta cuándo podrá seguir Occidente tapando la caja de Pandora?

Si volvemos ahora a los mass media, veremos que de una forma u otra han existido mucho antes de que se inventaran los periódicos, la radio, el cine, la televisión y el Internet. Los griegos escribían tragedias y epopeyas antes del segundo milenio; por esa misma época en China se escribían tratados filosóficos y jurídicos; en La India hay estudios de medicina y de matemáticas muy antiguos, y todavía se conservan numerosas tablillas con textos literarios de los sumerios y acadios. Sin embargo, para que esos mass media tuvieran un verdadero poder de influenciar a las sociedades y de cambiar sus valores, hacía falta que realmente fuesen medios de masas; que todos los miembros de la sociedad tuvieran acceso a ellos -amas de casa, campesinos, obreros, artesanos... Para conseguirlo había que crear un sistema educativo a través del cual la inmensa mayoría de los ciudadanos de todas las naciones occidentales aprendiese a leer. Ésta era una condición *sine qua non*, pues de nada habrían servido los periódicos si la mayoría de la gente no hubiera podido leerlos. Pero aún hacía falta otra condición para que todos esos textos escritos pudieran ejercer una influencia efectiva en las masas. Había que adocenar su contenido y vulgarizar su estilo. Para ello, desarrollaron una seudoliteratura científica que presentaron al gran público bajo el término de “divulgación”. Aunque la mayoría de la gente supiese leer, de nada serviría si los libros, los periódicos, las revistas no presentasen los temas de forma que fueran asequibles para todos, incluso para los profanos. La filosofía se va a trasladar ahora del ensayo a la literatura, a las novelas; a la poesía se le va a quitar la rima; los tratados científicos se van a escribir con dibujos explicativos, alegorías y ejemplos de la vida cotidiana. El conocimiento, pues, va a dejar de ser el alimento de las elites para

convertirse en pasto del ganado. Esta situación, por otra parte, no hacía sino desarrollar en la práctica el principio de igualdad. Incluso los tratados más escabrosos estaban ahora al alcance de todos gracias a los libros de divulgación.

Pero, obviamente, estas dos condiciones no eran suficientes. Por muy simplificado que fuese un tratado de astronomía, por muchos dibujos que explicasen su contenido, hacían falta para comprenderlo en su plenitud amplios conocimientos de matemáticas, de geometría y de física, así como estar familiarizados con ciertas teorías metafísicas sobre el origen del universo. En realidad, se trataba de otro truco de los ideólogos judíos para acallar las voces de las elites y eliminarlas de la vida pública, transformando sus medios de expresión en material inacabado e infantil y, en muchos casos, reducido a meros eslóganes. Aparecían los llamados grandes titulares que serán utilizados más tarde en el Internet. Un oficinista leía en la primera página del periódico que tenía entre las manos -“Encontrado el eslabón perdido. Se completa así la cadena genética que va del mono al hombre.” Ni que decir tiene que la letra pequeña, en realidad el artículo, nadie la lee pues se supone que va a decir lo mismo que el titular en grandes letras, si bien con algo más de explicaciones y detalles. Pero en realidad lo que dice el artículo de forma ambigua y confusa es que no se ha encontrado el eslabón perdido y que la cadena genética sigue incompleta. ¿Por qué, entonces, se había anunciado en el titular todo lo contrario? Porque a pesar de que cada día queda demostrado de forma más patente e irrefutable lo absurdo de la teoría de la evolución, esa teoría tiene que mantenerse en pie y tiene que llegar a ser tan familiar que se convierta en un axioma -algo que no necesita demostración por su obviedad. Aquí y allá, en esta publicación y en aquel artículo, de forma periódica se debe recordar a todos los ciudadanos de Occidente que son el último eslabón de la larga cadena genética del chimpancé. Cuando volvemos la vista atrás y nos sentamos junto a los distinguidos científicos que escucharon atónitos la propuesta de Darwin, nos parece imposible que tal

desvarío pudiese cuajar; pero de nuevo el eslogan “¿Por qué no?” ha vuelto a funcionar. Los propios científicos hablan de un universo perfectamente afinado, pero siguen obviando al Afinador. Prefieren tener encima de la mesa de trabajo un embrollado esquema lleno de incoherencias antes que someterse a la realidad y disfrutar de una creación, de un universo cuyo mecanismo está en perfecta armonía con su función -servir al hombre.

¿Es que no veis que Allah os ha subordinado todo cuanto hay en los cielos y en la tierra y os ha colmado de Su Favor tanto externa como internamente?

Qur'an 31:20

Y os ha subordinado todo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Realmente en eso hay signos para la gente que reflexiona.

Qur'an 45:13

Cuanto más examino el universo y estudio los detalles de su arquitectura, más pruebas hallo de que, de alguna forma, sabía que veníamos.

Freeman Dyson, *Disturbing the Universe*, Universidad de Cambridge

Y ¿cómo -surge ahora la pregunta- se fue construyendo este sistema educativo que ha permitido que la gran mayoría de los occidentales tenga acceso a la lectura a cambio de hacerles ignorantes ilustrados? El primer paso, y de hecho el más importante, fue el de cambiar la transmisión -el maestro- por el libro de texto. Se sustituía el sistema integral, en el que el conocimiento es ante todo responsabilidad y fuente de satisfacción, por un diploma aséptico que permitía el acceso a un puesto de trabajo y al prestigio social. Uno podía ser médico, ingeniero o arquitecto y, al mismo tiempo, carecer de toda decencia y compasión. La moral, los valores éticos, la espiritualidad... no tenían cabida en el nuevo sistema educativo. Se trataba ahora de llenar la cabeza de los estudiantes de datos, de informaciones inconexas y de vaciar sus corazones. Aquel sistema integral de transmisión tenía que morir, que desaparecer. Había

algo que se transvasaba del maestro al discípulo, algo que no era tangible, como una semilla de madurez, de comprensión, que hacía que pudieran desarrollarse a partir de ella gigantescos y frondosos árboles, llenos de frutos.

Por el contrario, había que crear un sistema totalmente homogéneo y controlado -y eso es lo que los jesuitas introducen por primera vez en el siglo XVI en la Universidad de la Sorbona, París, a través del libro de texto. En él se vertía, sin saber muy bien de dónde ni por quién, la verdad absoluta e irrefutable, haciendo innecesaria la figura del maestro. De esta forma se unificará la enseñanza, los criterios de interpretación, las opiniones, las teorías... hasta convertirlos en verdaderos textos sagrados. El profesor, el maestro, ha dejado de ser una autoridad. Se ha transformado en un mero magnetofón que repite lo que hay en el libro, ejerciéndose así un absoluto control de lo que acontece en las aulas. Los propios alumnos trabajarán para el sistema como eficaces agentes de información, delatando a todos aquellos profesores que se salgan un ápice del guión del libro; cada vez serán más comunes las quejas del tipo -“El profesor nos ha puesto preguntas en el examen sobre temas que no estaban en el libro.” La dirección del Centro llamará inmediatamente la atención de ese profesor, recordándole que en el “libro” está todo y que por lo tanto deberá atenerse a su contenido. La efectividad de este sistema se manifestará plenamente en los regímenes democráticos que pronto se establecerán en todo Occidente.

El nefasto resultado de haber cambiado el sistema educativo integral por el académico, basado únicamente en una amoral acumulación de datos, resultará más patente si prestamos atención al hecho de que la fiṭrah -el molde original, la naturaleza primigenia del hombre- modelada con la verdad y la misericordia, alberga elementos negativos que actuarán como una protección y no como una cualidad de la misma. Tenemos un claro ejemplo en el recién nacido. Una de sus características principales es el egoísmo. Cuando tiene hambre, llora sin importarle lo cansada u ocupada que pueda estar su madre. Después de haber satisfecho

su apetito, decide dormir sin mostrar el más mínimo gesto de agradecimiento. Nada más despertarse, comenzará de nuevo a llorar para que le cambien los pañales y le vuelvan a dar de comer. Esta actitud, totalmente tiránica, resulta imprescindible para que ese recién nacido pueda sobrevivir. Es como una autodefensa contra un medio que en muchos casos podría volverse indiferente a sus necesidades más perentorias. Sin embargo, como ya hemos dicho, estos elementos negativos de la fiṭrah no son del carácter. A muchos de esos recién nacidos los veremos, un tiempo después, convertidos en dulces y generosos hijos. Otro ejemplo lo tenemos en el pudor. Hasta una cierta edad los niños no se avergüenzan ni se ruborizan de su desnudez ni de la desnudez de los otros. Y esto también actúa como un sistema de protección, pues de lo contrario la vida de un pequeño resultaría muy difícil y angustiosa.

Por lo tanto, para que estos elementos negativos de la fiṭrah no se conviertan en cualidades del carácter, deberá establecerse un elemento externo que permita su eliminación y, al mismo tiempo, el afianzamiento de los elementos positivos, que sí son propios de la fiṭrah. Este elemento externo será la educación.

Aquí nos encontraremos, siguiendo la ley universal de los contrarios, con otro factor, esta vez altamente venenoso, que se opondrá a la educación y tratará de sustituirla haciéndose pasar por ella. Nos estamos refiriendo a la cultura. En toda sociedad el elemento educativo por antonomasia es la familia -los padres y el resto de miembros adultos de la misma; y éstos, a su vez, reciben la guía y la influencia de la elite espiritual de dicha sociedad. Pero ya hemos visto cómo los asaltantes han introducido en su engranaje una nueva pieza, a la que hemos denominado mass media. Ahora, esos educadores naturales recibirán cada vez más la influencia de la cultura a través de los medios de comunicación de masas como un elemento distorsionante que irá cambiando los valores propios de la fiṭrah, de la educación, por otros que, como un virus, penetrarán en las células, corrompiéndolas. A través de la cultura los educadores irán envenenando el corazón de sus hijos: “Yo he sido toda mi vida una esclava, pero tú, hija, estudia,

independízate, y no te cases.” La cultura actuará como el vehículo a través del cual se propagarán los valores que en cada momento sean los más adecuados para destruir y corromper la fiṭrah. Pero esa cultura, capaz de sustituir a la educación, no tendría ningún poder si las elites espirituales de cada sociedad hubieran impedido su implantación y su diseminación por todas las células y por todos los tejidos de la sociedad. Este hecho nos hace concluir que esas elites espirituales han sido compradas y trabajan para sus enemigos como agentes encargados de revalidar los valores de la cultura.

Y no diremos que este fenómeno sea contrario a la sunnah que rige el universo. El principio mismo de la entropía nos advierte que todo en la creación tiende a igualarse. En efecto, si colocamos un vaso con agua hirviendo en una habitación, al cabo de un tiempo veremos que la temperatura del agua se ha igualado a la temperatura ambiente. De la misma forma, la bondad de unos pocos acabará igualándose a la maldad de la mayoría, a no ser que haya una fuerza, una energía externa, que anule el principio de la entropía y permita que un pequeño número de buenos consiga elevar hasta la bondad a la mediocre mayoría. Este es el caso de los Profetas y de los hombres que han sido elegidos por Allah el Altísimo para cumplir con esta función, con esta excepcional función. Inevitablemente, pues, estas elites espirituales, que en su día forjaron sociedades de elevados valores morales y de gran conocimiento, irán perdiendo vigor hasta dejarse asaltar por los susurros de los shayatines y los eslóganes de los ventrílocuos judíos, dando como resultado la desoladora situación de una fortaleza atacada desde fuera con poderosas máquinas de guerra y debilitada desde dentro por centinelas que no sólo permiten que el enemigo penetre en el recinto de la fiṭrah escalando sus murallas, sino que, además, tratan de convencer a los educadores de que esa es la forma correcta de actuar, la forma de fortalecer y revitalizar la fiṭrah. Muchos de estos educadores sucumben a los argumentos de las elites espirituales, ahora convertidas en elites traidoras e ignorantes, porque en el propio sistema de la fiṭrah

deberían ser estas elites las encargadas de guiar a las sociedades, de interpretar los acontecimientos y de separar lo falso de lo verdadero. La ecuación, pues, no puede estar más desequilibrada.

Hablamos de estratificación, de gradación. Ya hemos dicho que no hay nada más injusto que la igualdad y eso mismo es lo que expresa la fiṭrah en todos los ámbitos de la creación -una creación basada en la diversidad y en la jerarquía de sus entidades. Por ello, la fiṭrah enseña al hombre a respetar, a obedecer y a ponderar; y al mismo tiempo, y desde el otro lado de la balanza, a servir, a proteger y a sacrificarse. La fiṭrah del ser humano, cuando está perfectamente desarrollada y dirigida por la educación y no por la cultura, hace que los individuos de una sociedad dada se organicen de forma natural según los grados o cualidades que hayan recibido. Los más fuertes se servirán de su fuerza para proteger a los más débiles, incluso sacrificando para ello su propia vida. Los más dotados de discernimiento y de hikmah -sabiduría aplicada a la práctica- servirán al resto de sus conciudadanos enseñándoles e interpretando para ellos los acontecimientos y las diversas situaciones que pudieran presentarse. El ciudadano ordinario, a su vez, exigirá a esta elite tres condiciones para ser aceptada como tal -una continua investigación (iytiḥad); una perfecta correlación entre su discurso y su propia forma de vida; y un conocimiento claro y profundo de su tiempo. Y será a las elites que posean estas tres características a las que obedezcan y respeten de forma espontánea. Pero si, como es el caso de hoy, este equilibrio se rompe, sobrevendrá, necesariamente, el caos y la tiranía. Ésta es la situación que presenciamos por doquier; una situación en la que la mayoría de los educadores están siguiendo las indicaciones y asumiendo los valores que les dictan unas elites espirituales corruptas, que de hecho trabajan para los ideólogos judíos -para los ventrílocuos que hablan por ellos.

Otro de los aspectos protectores de la fiṭrah es el apego. Hasta una cierta edad el apego a la familia, al clan, a las costumbres -el nacionalismo en una palabra- servirá para dar una entidad al individuo, un ámbito espacial y psicológico protegido, reconocible,

que jugará el mismo papel que el útero jugó para proteger al feto. Pero como en el caso del útero también el apego deberá abandonarse para alcanzar el estado de madurez e independencia espiritual, transformándose aquel en lealtad a la verdad. Esta lealtad se manifestará en el compromiso, siempre que sea la educación y no la cultura la encargada de llevar a cabo esta transvasación.

El nacionalismo es un fenómeno cultural, ideológico; un comodín que los asaltantes utilizarán siempre que les convenga para llevar a cabo sus planes de dominación y de destrucción de la fiṭrah. La cultura nos instiga a amar una bandera, un pedazo de tierra, un emblema; o, por el contrario, hace que nos sintamos ciudadanos del mundo -si conviene más a su estrategia de poder. Con el objetivo de delimitar claramente a las gentes del norte de las del sur, a las diferentes razas, a los aliados, a los vencedores y a los vencidos la cultura estableció el carnet de identidad y los pasaportes; y cuando esta noción discriminatoria se hizo demasiado pesada, se cambiaron los eslóganes y se empezó a hablar de un mundo sin fronteras, mientras el cerco seguía estrechándose. Para la fiṭrah, en cambio, no existe un vaivén de valores. Para este molde primigenio no hay más patria que la verdad ni más familia que aquellos que la siguen. Por ello, el compromiso es el verdadero lazo de los creyentes y uno de los contrafuertes de la fiṭrah. ¿Habían, pues, de dejar intacto los asaltantes este bastión? De ningún modo.

Por una parte, toda esa cultura afeminada que promueve la depilación, las cremas hidratantes, las gominas, las poses, el bienestar, las casas inteligentes, el consumo sin límite... ha ido introduciendo en el corazón de los occidentales el miedo a la muerte, a la pobreza y a la enfermedad. Les ha paralizado y ha hecho que rompan el compromiso con sus ideales, con sus visiones y, sobre todo, con la verdad que en un momento u otro de su vida han vislumbrado entre encubrimientos y bien estudiadas puestas en escena.

Por otra parte, el sistema democrático -ramificación política de la cultura- se ha encargado de desmontar los grupos de oposición y resistencia, convenciendo a los perdidos occidentales de que no hace falta organizarse para oponerse a los regímenes democráticos pues existe la libertad de expresión y el sistema electoral a través del cual ratificar a esos regímenes o cambiarlos por otros. Los programas de gobierno pretenden dar soluciones a todos los problemas cuando, en realidad, su único programa es el de mantenerse en el poder el mayor tiempo posible. Cuando los electores descubran que sólo ha habido un cambio demagógico y que los problemas de ayer siguen siendo los problemas de hoy no tendrán más remedio que volver a elegir al partido que anteriormente habían desalojado del poder. Esta dictadura hereditaria de partidos se presentará como la última y única forma posible de gobierno y por lo tanto quien se oponga a ella se estará oponiendo a la libertad, a la justicia, a la solidaridad y a la dignidad humana, mereciendo por ello el ostracismo, la prisión o el exilio, siempre que su oposición no tome el cariz de revuelta o haga tambalear al sistema, en cuyo caso la única opción a tener en cuenta será el homicidio o la desaparición. Los asesinatos de Malcolm X, de varios dirigentes del movimiento Black Panther, de Martin Luther King, de J.F. Kennedy, de Olaf Palme, entre muchos otros, hablan por sí solos.

Aun teniendo bien atados los cabos de la rebeldía y previendo la posibilidad de que la ciudadanía insistiera en agruparse y formar asociaciones, los asaltantes, con el fin de canalizar ese “enfermizo” deseo, han creado las ONGs, verdaderas líneas de fuga que actúan como válvulas de escape y que te llevan por parajes de rebeldía, de lucha contra la opresión, de ayuda a los damnificados de este terremoto o de aquella guerra hasta que te das de bruces contra el pilón que indica haber llegado al final de una vía muerta. No son más que escenarios artificiales en los que entretenerse, en los que pasar la vida sin lograr, de una forma absoluta, acallar el grito de vergüenza que surge del interior y que nos pide ser leales a la

verdad y cumplir el compromiso que hemos adquirido al tomar conciencia de ella.

**Y cuando tu Señor sacó de las espaldas de los hijos de Adam su propia descendencia y les hizo que dieran testimonio: ¡Acaso no soy yo vuestro Señor? Contestaron: Sí, lo atestiguamos.
Para que el Día del Levantamiento no pudierais decir:
Nadie nos había advertido de esto.**

Qur'an 7:172

Cuando la Iglesia católica y la protestante perdieron su poder ejecutivo, su poder militar, su poder jurídico, y su falso credo trinitario y el corrupto comportamiento de su clero se hizo patente sin que ahora pudieran hacer nada para reprimir su denuncia, Occidente cayó en una orfandad espiritual que no convenía a los asaltantes, entre otras cosas porque la mirada de esos huérfanos podía dirigirse ahora al Islam, que había permanecido al margen de las guerras de religión que asolaron Europa durante siglos y de los cismas y de los concilios con los que en vano habían intentado recobrar la credibilidad perdida.

Es cierto que en los libros de texto de historia, literatura, geografía y filosofía que se enseñaban en las escuelas y universidades occidentales se daba a entender que el Islam nunca había existido -no dejaría de ser realmente admirable haber logrado tapar un agujero de más de mil años si no fuera por la mezquindad que conlleva en sí este hecho. Sin embargo, la gran crisis que vivía la cristiandad dejaba abierta la posibilidad de un giro hacia una religión prácticamente desconocida, pero cuyo credo carecía de los absurdos de la Trinidad, de un dios crucificado y de la naturaleza divina de María. El Qur'an, a juzgar por lo poco que había logrado penetrar en la curiosidad de ciertas elites intelectuales de Occidente, trataba temas científicos y otorgaba a la mujer el estatus de criatura responsable, con capacidad de raciocinio y conciencia, diferenciándose del hombre únicamente en sus funciones -disipando de esta manera la duda, que ni siquiera Descartes había logrado despejar, sobre si esta criatura,

débil e inclinada de forma natural al mal, tenía alma. Había en él una lógica y una coherencia inexistentes en el resto de los libros, en cuyo origen divino se seguía insistiendo a pesar de las tremendas contradicciones de las que adolecían. Por ello, los asaltantes -los ideólogos judíos- arrojaron a la ciudadanía occidental la carnaza de las erróneamente llamadas religiones orientales, acompañada de dos fuertes soportes por si su propia estructura no bastase para sostenerlas: el esoterismo y la cábala. De repente, no sólo existía el budismo, sino que además era presentado como la religión más universal, con millones de adeptos, y que había estado esperando en un discreto silencio a que nos cansásemos de nuestras paparruchadas proféticas para salir a la luz y guiar a la humanidad al verdadero camino.

Como siempre, los lobbies judíos mataron dos pájaros de un tiro, que es lo mínimo que suelen matar -dirigieron la mirada de los occidentales hacia el Lejano Oriente, desviándola así del Islam, y obtuvieron con ello pingües beneficios editoriales. Por todas partes aparecían libros con la biografía de Buda, con los sutras y los upanishad; se publicaba el Tao Te-king en decenas de lenguas; se editaban los libros de Madame Blavatsky y de Gurdieyeff; la obra de Krishnamurti batía records de ventas, especialmente en Estados Unidos; las librerías rebosaban de libros sobre magia tibetana y sensualidad tantra. Junto a ellos se exponían amuletos, collares, colgantes y cientos de otros objetos, hasta crear todo un mundo alrededor de la cultura oriental. En miles de hogares se encendían barritas de incienso y millones de occidentales se sentaban en la posición de loto para meditar sobre el hecho de que en realidad todos éramos la consciencia universal -Dios, sin ir más lejos.

Semejante parafernalia parecía no tener fin -música, películas, libros y más libros; viajes a La India y al Tíbet -en muchos casos popularizados por los grupos de música pop de moda; visitas al Occidente de gurús y chamanes, a los que se otorgaba los mismos poderes que los indios del Nuevo Mundo habían otorgado a los hombres blancos cuando se encontraron con ellos por primera vez.

Aquella actitud de los nativos de América que con tanta mofa y desprecio había ridiculizado la literatura europea se volvía ahora contra ellos y les hacía venerar y arrodillarse ante un gordinflón que decía ser la reencarnación de Krisna, o de Shiva, o del mismísimo Brahma. En seguida aparecieron las sectas, las divisiones y las subdivisiones hasta rozar el infinito. Nadie sabía en realidad de qué se estaba hablando; la confusión no podía ser mayor. Para unos el Budismo era ser vegetariano; para otros era una cuestión de desarrollar energías que pudieran hacerles levitar e influenciar al resto de sus semejantes. Había quienes practicaban yoga para adelgazar y estar en forma; para otros se trababa de alcanzar el nirvana. Pero la realidad era que el budismo, que nunca llegó a cuajar en La India al ser considerado una herejía por la ortodoxia hindú, apenas sobrevivía en determinadas capas de las sociedades de ciertas regiones del Pacífico, como Corea, Tailandia o Vietnam. En Indonesia, el número de budistas no alcanzaba el 10% de la población y en Japón, el budismo zen carecía de presencia real en una sociedad mayoritariamente de tradición sintoísta, que tras la Segunda Guerra Mundial más se había dado al consumo que a las andanzas metafísicas. En China era la magia y las prácticas esotéricas lo que predominaba cuando llegó el budismo e intentó, sin éxito, instalarse en aquel vasto territorio. Ni siquiera el taoísmo logró aventajar en influencia y en poder al confucionismo.

A todo ello había que añadir la paulatina falsificación de datos necesaria para hacer recular los textos védicos a un remoto pasado que llegase hasta la noche de los tiempos. En este sentido se debe interpretar la épica hindú que databa la muerte de Shankara, sin duda el mayor exponente de la doctrina vedanta (literalmente “final de los Vedas”), a algo más de mil quinientos años a.C.:

Los representantes de la tradición Kanci Matha son los que con más fuerza argumentan que se debe situar a Shankara entre el 508 a.C. y el 476 a.C. Esta cronología monástica, que sitúa a Shankara en el siglo VI y V a.C., apenas necesita de una detallada refutación ya que contradice toda

la cronología de La India antigua, tal y como ha sido determinada por la historiografía científica. Los historiadores tienen una característica precisa para identificar a Shankara, y esta característica no puede pertenecer a nadie que haya vivido antes del siglo VII d.C.

Gobind Chandra Pande, *Life and Thought of Shankaracarya*,
Motilal Banarsidass, 1998, pag. 41-43

Se trataba de encubrir el origen adámico de la humanidad y el de la Profecía como único vehículo del conocimiento tanto espiritual como técnico. Había que hacer creer que los Rig Veda eran los textos más antiguos de cuantos habían escrito los pueblos y de que todas las doctrinas orientales eran, de alguna forma, una derivación de aquellos. La falsificación cronológica y geográfica de la historia va a permitir reescribirla, haciéndola coincidir con los intereses de los asaltantes.

Éstos habían logrado que todo ese orientalismo, en gran parte fabricado, avanzase hacia Europa como una avalancha dispuesta a barrer a todos sus oponentes, especialmente a Roma. En el Concilio Vaticano II, alertado por el ruido del aluvión que se le avecinaba, Juan XXIII, uno más de los judíos que habían alcanzado el rango de papa, siguió la sabia máxima -“Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él”; y en el texto final del Cónclave se declaraba que los católicos, clero incluido, podían introducir ciertas prácticas de meditación propias de los sistemas orientales sin que ello fuese contra la doctrina oficial de la Iglesia. Esta declaración, todo hay que decirlo, fue una jugada maestra del papa judío, pues en muchos zendos los maestros eran ahora monjas y sacerdotes que trataban de presentar una religión católica más completa y perfeccionada, añadiendo a su propio credo la meditación transcendental; podríamos decir que se trataba de un *non plus ultra*. Al mismo tiempo los monjes budistas hacían lo propio, introduciendo en su corpus doctrinal aspectos teístas del catolicismo. En las faldas de la Montaña de Montserrat se erige un monasterio benedictino, algunos de cuyos monjes lo han abandonado para vivir en cuevas que allí se encuentran por

doquier. Todos los veranos acuden a esta “montaña sagrada” monjes budistas que ocupan las pocas cuevas que aún quedan vacantes, unidos a sus colegas benedictinos por una especie de confraternización que está logrando salvar a ambas partes del descalabro final.

Sin embargo, este globo artificialmente hinchado no tardaría mucho tiempo en explotar y mostrar a los crédulos ojos que observaban el reventón el aire que contenía y el fabuloso engaño en el que habían estado entretenidas generaciones enteras. Para los asaltantes el fracaso de lo que podríamos llamar el espejismo oriental sólo había sido parcial, pues a su favor tenían el haber arrebatado a la mayoría de los occidentales la fuerza del compromiso y de haber ganado un tiempo precioso en el que preparar la siguiente estrategia contra el Islam.

Todas las fuerzas de los asaltantes seguían atacando el muro más resistente de la fortaleza de la fiṭrah -la autoridad. La guillotina se deslizaba diligente por los dos carriles que la sostenían, separando las cabezas de reyes y nobles de sus honorables cuerpos. Caía así la autoridad más emblemática, la más detestada, la que de forma más directa hacía recordar a los asaltantes la autoridad divina, ya que los reyes jugaban el papel de auténticos representantes del Creador del Universo en la tierra. Por encima del rey sólo podía estar el Todopoderoso, y de la misma forma que Éste administraba Su Creación, el rey se ocupaba de dirigir y organizar sus vastos territorios. En cierta medida, el rey y su corte pertenecían a la fiṭrah, si bien había en el sistema monárquico un elemento extraño e inaceptable para ésta -el derecho hereditario a la corona. En la fiṭrah el poder no se hereda, se merece de forma contundente e incuestionable. Cuando Abu Bakr as-Ṣiddiq (el segundo califa del Islam después del Profeta Muhammad -s.a.s) murió, no le sucedió su hijo Abdullah, a pesar de ser un hombre respetado y querido por todos los musulmanes. Fue ‘Umar ibn al-Jaṭṭab quien cargó sobre sí con el peso del califato. Y tampoco, tras su muerte, tomó el poder su hijo Abdullah ibn ‘Umar, uno de los compañeros del Profeta con más

conocimiento de fiqh (Ley Islámica). De haber sucedido a su padre, nadie habría puesto ninguna objeción a ello. Sin embargo, ni siquiera fue propuesto para el cargo. A ‘Umar le sucedió ‘Uzman, y a éste -‘Ali. Por lo tanto, la estructura de poder que emana de la fiṭrah es la de un jefe, una autoridad, alrededor de la cual se establece un consejo constituido por los mejores hombres de su tiempo, hombres de conocimiento, de temor y de lealtad a la verdad -un consejo encargado de asesorar y servir a esa autoridad, al mismo tiempo que de corregir y rectificar sus acciones; y si ésta autoridad fuese contra la Ley divina, la que armoniza la fiṭrah del hombre con su medio y con sus sociedades, el consejo deberá oponerse hasta que deponga su actitud o abandone la jefatura que ostenta. Es decir, una autoridad “absoluta” custodiada. Sin embargo, tras la muerte de ‘Ali, en el califato islámico penetró el mismo virus que había penetrado en la monarquía europea, instaurándose las dinastías -la omeya, la abasida... No obstante, y aun a pesar de esta innovación, la monarquía y el sultanato representaban las formas de gobierno más cercanas a la fiṭrah.

En la obra de teatro de Calderón de la Barca *El alcalde de Zalamea* el rey, en cuyos dominios no se ponía el sol, no sólo reconoce la superioridad argumental de un próspero agricultor de aquella pequeña localidad de la provincia de Huelva, sino que le nombra alcalde de la misma a perpetuidad. Un capitán del ejército real ha mancillado la honra de su hija pero él, haciendo gala de una exquisita actitud, intenta solucionar el problema de forma que sea satisfactoria para todos. Pide a este capitán que se case con ella, una muchacha dulce y hermosa, que sin duda será una buena esposa y una excelente madre para sus hijos. Pero el capitán se burla de él y de su propuesta, lo que aumenta el agravio causado a esta humilde pero noble familia. El padre intenta por todos los medios hacer entrar en razón al arrogante capitán, que se cree con derecho a pisotear la honra de la gente. En respuesta no recibe de él sino desprecio y mofa. Viendo que todos sus intentos de reconciliación y de reparación del daño causado resultan infructuosos, el padre decide ahorcarle. A los pocos días llega el

rey con sus huestes, de camino a palacio. Se detiene en Zalamea y pregunta por el paradero de uno de sus capitanes que, según le han informado, debería estar en esta localidad. El padre de la joven le confirma que sus noticias son ciertas y le muestra al rey el cuerpo ajusticiado de su capitán. Felipe II le reprocha haberse tomado la justicia por su mano, recordándole que es él, el rey, el único con potestad para castigar los agravios, a lo que el alcalde le responde: “Al rey, la hacienda y la vida se ha de dar; mas no el honor, que el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.” Al escuchar estas palabras, el rey muda de expresión y asiente con la cabeza, como si dijera -“Tienes razón. Nadie puede limpiar esta afrenta, sino tú.”

Imaginemos por un momento que esta misma situación se diese hoy en una localidad cualquiera de Occidente. El juez le diría al alcalde que nadie puede tomarse la justicia por su mano y le condenaría a prisiones para el resto de sus días. ¿Qué es lo que ha motivado que se produzca esta diferencia en los juicios? Este rey, este alcalde, los campesinos de aquella época, la gente... no supeditaban la *fiṭrah* a la ley. Han colgado a uno de sus capitanes, pero el rey, haciendo oídos a su *fiṭrah*, no puede condenar a este hombre, cuyo único delito ha sido ejercer su derecho -un derecho que nadie le puede arrebatar. El honor es patrimonio del alma, no de la ley ni de los hombres; y tan pura y sana era la *fiṭrah* del rey que le hace sentir una tremenda admiración por ese hombre, concediéndole la dignidad de ser alcalde de su pueblo a perpetuidad. En el otro lado tenemos a un pobre tipo que tras aprobar unas oposiciones se ha vestido la toga, y se le ha concedido el poder de condenar y absolver según los criterios de interpretación legal que su mediocridad le dicte.

Otra de las características contraria a la *fiṭrah*, propia del sistema monárquico y que vemos manifestada de igual forma en el sultanato otomano, es la de permitir, y quizás favorecer, que esa elite espiritual que actuaba como consejo asesor y vigilante de la política real se convierta en casta sacerdotal o chamánica. Esto hizo que se fuera construyendo una malsana connivencia entre

política y espiritualidad -monarca y elite espiritual. En el sistema de la fiṭrah, en cambio, este grupo de elegidos no tiene lealtad a otro que a la verdad y a Aquel de Quien emana; y esta independencia con respecto a los poderes políticos, del tipo que sean, es la que permite que la elite espiritual pueda cumplir su cometido de forma eficaz. Esto es algo que los asaltantes sabían y que utilizaron para debilitar el sistema de la fiṭrah, sustituyéndolo finalmente por otro que aparentase ser el mismo; acabando tal encubrimiento en decapitación real.

El sistema profético no convenía a los asaltantes y trataron de establecer un poder político que estuviera por encima del Poder divino, arguyendo, a modo de camuflaje, que todo se haría en el Nombre de Allah y para Su Gloria -y pidieron reyes:

¿No has visto a aquéllos nobles de entre los hijos de Israil, después de Musa, cuando dijeron a un Profeta que tenían: Nombra un rey entre nosotros para que luchemos en el Camino de Allah? Dijo: ¿No es acaso posible que si se os decreta luchar no luchéis? Contestaron: ¿Qué clase de gente seríamos si no luchásemos en el Camino de Allah cuando nos han expulsado de nuestros hogares y separado de nuestros hijos? Sin embargo, cuando se les ordenó combatir, todos, excepto unos pocos, se echaron atrás. Y Allah conoce a los injustos.

Qur'an 2:246

Con este primer paso, los asaltantes se deshacen de la molesta supervisión profética, instaurando un poder político que les desconecte de la vigilancia divina. Vemos en el texto coránico la continua traición de los asaltantes a sus promesas y a los compromisos adquiridos. Se trataba de luchar en el Camino de Allah con un rey, con un soldado, con un estratega, de modo que esa lucha resultase más eficaz; pero su verdadera intención era dismantelar la Profecía, la Ley divina, la misión de combatir hasta que el Mensaje del Todopoderoso llegase al último rincón de la Tierra -para dedicarse plenamente a establecer un reino terrenal en el que no imperase más ley que sus deseos. Como ya hemos

visto, la siguiente fase consistió en acabar con el sistema monárquico, en el que seguía presente el reflejo de la Autoridad divina. Para consumir semejante magnicidio, los asaltantes acuñaron un nuevo eslogan -“Libertad, igualdad, fraternidad”, tres conceptos intrínsecos a la fiṭrah, que ahora se enarbolaban como la nueva bandera de la humanidad, bajo la cual se acabarían todas las tiranías, toda la opresión y todos los privilegios. Pero la intención de los asaltantes era muy distinta a la que preconizaba su eslogan. Era otra vuelta de tuerca, otro hilo cortado de los que sostenían a la marioneta humana. Cada vez se estaba más cerca de lograr la total independencia ontológica, de sesgar el cordón umbilical.

Las regias cabezas yacían ahora en cestos de mimbre y la causa de ello había que buscarla en los hombros que otrora las sostuvieran. Esas dos características extrañas a la fiṭrah y consubstanciales a la monarquía y al sultanato -el derecho hereditario a la corona y el paso de la elite espiritual a casta sacerdotal y chamánica- habían sido las encargadas de desmembrar el poder real, humillándolo, despedazándolo o mandándolo al exilio, como en el caso del último sultán otomano (1918-1922), Mahmud Wahiduddin, que terminó sus días en la turística y jovial ciudad italiana de San Remo; y es muy posible que por la misma puerta por la que había salido entrasen los “jóvenes turcos” y a su cabeza Atatürk, y detrás, apoyándole, asesorándole - los asaltantes con sus jamelgos británicos. Cambió el alfabeto de la lengua turca del árabe al latín y se dedicó en los primeros años de su “reinado” a colgar en el largo paseo que se extendía frente a la Mezquita del Sultán Ahmad a los sabios musulmanes -esos mismos sabios que habían permitido la aberrante occidentalización del Imperio eludiendo su papel de consejeros, de correctores, de censores... de centinelas. Habían deseado el turbante del poder terrenal, como anteriormente el clero había deseado la corona imperial. Tras de sí dejaba el sultán enormes créditos adquiridos a la banca judía de Londres. Ya no vestía una larga túnica ni una frondosa barba cubría sus mejillas ni el turbante califal honraba su

cabeza. Un bigote y un gorro eran todos sus distintivos, y su traje de sultán era ahora una elegante guerrera, probablemente de corte italiano, con una pechera llena de medallas. El ejército imperial se había educado con expertos militares alemanes y franceses; y las madrasas, en otro tiempo auténticos santuarios de conocimiento, albergaban ahora a todos los jóvenes que no habían sido capaces de seguir los sistemas académicos occidentales. Se habían convertido en seminarios donde fabricar curas que dirigiesen la oración de los musulmanes y leyesen el sermón de los viernes que les dictase el encargado de los Asuntos Religiosos del Imperio.

Monarcas y sultanes desaparecían del escenario político de Occidente como justa recompensa por haber traicionado a la fiṭrah y haber vendido a bajo precio los Signos del Todopoderoso. Habían pretendido perpetuarse en sus magníficos palacios, rodeados de frondosos jardines, fuentes y lagos, manteniéndose sumisos a una corte de hechiceros y corruptos agentes que trabajaban diligentemente y en secreto para los asaltantes, complacientes con una iglesia que nunca había aceptado la supremacía monárquica. Ahora, unos y otros, reyes y sultanes, recibían el pago por haber sido negligentes a la hora de establecer y proteger la Ley divina.

Tras la muerte de ‘Ali -el último califa rectamente guiado- el califato se convirtió en un poder dinástico que determinadas familias trataban de preservar por “derecho divino”. El concepto de “ummah” que el Profeta Muhammad (s.a.s) instaurara como medio de universalizar el Dīn de Allah, acabando así con los prejuicios raciales, los privilegios de casta y las rivalidades tribales, pronto sería substituido por las dinastías familiares que acabarían en un desastroso nacionalismo tribal hábilmente utilizado y potenciado por Occidente. Es cierto que los británicos promovieron el panarabismo a través de agentes que lograron penetrar en la mismísima estructura de cabilas que constituía el tejido social de toda Arabia, entre ellos Thomas Edward Lawrence y la enigmática Gertrudis Bell -espía inglesa que jugó un importante papel en el establecimiento en Bagdad de la dinastía

Hashimita. Pero en realidad, el nacionalismo que les hizo luchar y desgajarse del Imperio Otomano hacía mucho tiempo que anidaba en el corazón de los súbditos de la Puerta Sublime. En Estambul se había ido configurando un poder familiar dirigido, en cierta manera, por el sheij al-Islam que se ocupaba, de facto, de la política del Imperio -un sistema chamánico de gobierno que nada tenía que ver con la fiṭrah. Es la misma estructura que vemos en la leyenda artúrica. El mago Merlín necesitaba un poder político, un poder militar, social y económico que le permitiera llevar a cabo su proyecto de dominación, y ese poder político lo encuentra en el rey Arturo, a quien “posee” y desde dentro lo va transformando y utilizando para sus propios fines. Vemos, pues, que la estructura chamánica -un druida, un mago, un chamán exorcizando a un poder político- es la estructura intrínseca que han utilizado los lobbies judíos a lo largo de la historia.

El título de “califa”, o de “sultán”, o de “emir de los creyentes” no se hereda; no es un privilegio familiar o dinástico. Antes bien, quienes detentan tales cargos se hacen depositarios de la responsabilidad de servir y dirigir a la ummah según la sunnah (método, forma de actuar) que Allah ha decretado para los hombres. Por otra parte, ese sheij al-Islam había logrado adquirir la posición de una supra-consciencia que decidía, en última instancia, los asuntos del gobierno. Se trataba, en realidad, de un druida, de un chamán que se atribuía poderes sobrenaturales y se arrogaba secretos que nadie más poseía. Poco a poco fue desmontando la estructura propiamente islámica de un consejo formado por un grupo de hombres con discernimiento y un claro sentido de la realidad, que tan importante es a la hora de asesorar a los gobernantes. Para perpetuar el poder de la tariqah a la que pertenecían esos sheij, el sistema chamánico se instauró en la corte poseyendo al sultanato y dirigiéndolo, de modo que toda la maquinaria imperial se pusiera al servicio de estos chamanes, en vez de ser ellos los que sirvieran a los sultanes encargados de establecer la Ley divina como único medio de proteger a la nación musulmana. Las historias de los sultanes van siempre

acompañadas de los milagros, las visiones, las profecías de sus sheij, y el mayor mérito que se atribuyen es el de seguir fielmente los consejos -ordenes inapelables- de sus maestros chamánicos. Nos gustaría preguntarles a todos esos sultanes, tan orgullosos de su fidelidad a los magos Merlines de su tiempo, dónde estaban las visiones, las profecías y los milagros de sus sheij a la hora de predecir y de evitar el derrumbe no sólo del poder político o militar, sino también el de la propia estructura social islámica. Podían predecir el futuro y realizar los más extravagantes milagros, pero no pudieron evitar que sus fieles lacayos entregasen el Imperio y la dignidad musulmana a los jumentos occidentales de los judíos.

De esta forma se fue debilitando el poder político del sultanato a favor de una seudoespiritualidad, de una seudotranscendencia, que impidió el desarrollo social y científico de los musulmanes. Esta errónea percepción chamánica del equilibrio que debe subsistir entre lo material y lo espiritual hizo que pronto Occidente estuviera en condiciones de derribar a “The Ill Man” (el hombre enfermo), como cínicamente se dio en llamar a la última dinastía que dirigió a la nación musulmana.

Sin embargo, no bastaba con un eslogan para arrebatarse la fiṭrah de aquellas gentes fieles al rey y a su religión. Tampoco la guillotina podía acabar con las inesperadas revueltas de campesinos y artesanos que estallaron en la región de la Vendée. Podía cortar cabezas, pero no los corazones de un pueblo que veía aterrado las masacres y los agravios de quienes pretendían estar guiados por la razón.

Muy probablemente, las guerras de la Vendée (1793-1832) sea uno de los acontecimientos históricos más documentado, más estudiado y, al mismo tiempo, menos conocido. Sobre todo, porque fue un elemento discordante que no convenía a los revolucionarios franceses de 1789. Los asaltantes presentaban la Revolución Francesa como un claro proceso a través del cual se iba a establecer la libertad de todos los pueblos; se iba a acabar con los privilegios de la clase aristocrática y se iban a hermanar todos

los hombres de la tierra, fuera cual fuese su condición social -un proceso en el que no había más opositores que la propia monarquía. Todo el mundo deseaba la revolución y todo el mundo dejó caer la guillotina sobre las reales cabezas. Sin embargo, las guerras de la Vendée ponían al descubierto la falacia de tal afirmación. Media Francia se levantó en armas contra el gobierno republicano para apoyar y defender una forma de vida, una religión y un poder divino encarnado en el rey. Estamos hablando de una vasta región que cubría el sur de la Loire atlántica (País de Retz), el suroeste de Maine y Loire (les Mauges), el norte de la Vendée (le Bocaje) y el norte de Deux Sèvres (le Haut Poitou). Toda esta región es conocida hoy con el nombre de “Vendée Militaire”. Y aun se puede decir que el escenario sobrepasó esta Vendée Militaire al atravesar el ejército vendeano la Loire y llegar hasta Granville.

La vida de los campesinos y artesanos de esta región, alejada de las ciudades y de su sofisticado progreso, transcurría dentro de la más absoluta austeridad. El trabajo y la adoración ocupaban la mayor parte de su tiempo. De igual modo, la forma de vida del clero, simple y sobria, se mantenía en armonía con la de los paisanos de esta región -carecía del lujo de los prelados instalados en las grandes urbes, en los grandes centros burgueses y comerciales. Y de la misma forma, la aristocracia de la Vendée vivía modestamente, ocupándose de sus tierras. Y todos ellos apoyaron la causa revolucionaria, convencidos de que se trataba de eliminar los abusos acumulados a lo largo del tiempo y de restablecer un dinamismo económico y social favorable para todos. Sin embargo, ya las primeras disposiciones republicanas van a decepcionar rápidamente a los vendeanos -**requisición del grano**. El nuevo estado, a través de los gendarmes de la República, requisaba el grano producido en los extensos campos de la Vendée para llevarlo a las ciudades, donde habitaban los burgueses -los nuevos “monarcas”. El 12 de julio de 1790 la Asamblea vota la **constitución civil del clero**. Esta ley tenía por objeto desligar a la Iglesia del poder de Roma, convirtiendo a los sacerdotes en

funcionarios elegidos civilmente. Los obispos ya no serían nombrados por el papa o el rey, sino por la Asamblea civil, y de la misma forma ésta sería la encargada de elegir y nombrar a curas y vicarios. Según esta ley, los sacerdotes que estuvieran ejerciendo como tales deberían prestar juramento a la nueva Constitución, pero en su gran mayoría se negaron a hacerlo y la población vendéana los apoyó. Aquellos que sí aceptaron y juraron fidelidad a la Constitución recibieron toda clase de privilegios, pero sus iglesias permanecían desesperadamente vacías. Muchos de ellos, víctimas de intimidación e incluso de agresiones, decidieron abandonar la Vendée. A los sacerdotes refractarios, como así se llamó a los que se negaron a prestar juramento a la Constitución, se les **prohibió el culto**. Sin embargo, las ceremonias continuaron y cada vez era mayor el número de asistentes a las mismas. A veces las misas se celebraban por la noche, clandestinamente; a menudo sin sacerdote -bajo la dirección de uno de los fieles. El 10 de agosto de 1792 se atacan las Tullerías y **es arrestado y encarcelado Luis XVI**. En septiembre de 1792 se expulsa a los sacerdotes refractarios. 264 eclesiásticos son agrupados en Angers y expulsados hacia España. El 21 de enero de 1793 es **guillotinado Luis XVI** y con su muerte se apaga para los habitantes de la Vendée la última esperanza de que el gobierno revolucionario respete su forma de vida, sus creencias y sus valores.

No obstante, el gran detonante, lo que va a hacer que el progresivo malestar que sienten las gentes de la Vendée desemboque en un alzamiento armado, va a ser la **conscripción**. Desde abril de 1792 el ejército republicano se bate en sus fronteras contra Prusia y Austria. En 1793 España e Inglaterra se unen a estas dos potencias para acabar con la Revolución Francesa y debilitar el poder republicano que deseaba anexionarse toda la ribera izquierda del Rin. El ejército francés, que no se encontraba en su mejor momento, no logra reclutar voluntarios. Obligado a luchar contra media Europa, no ve otra solución que la de recurrir al reclutamiento forzoso. Utilizando el método de sorteo, se van a reclutar 300 mil hombres solteros entre 18 y 40 años. Los

funcionarios quedarán fuera del sorteo, así como la burguesía, que siempre podrá comprar un reemplazo. Sólo quedan, pues, los campesinos y artesanos, y serán ellos los que entren en ese sorteo y tengan que partir lejos de sus hogares para defender a la República. Parecen estar viviendo el colmo del cinismo y no están dispuestos a permitir que los principales beneficiarios de la Revolución, funcionarios y burgueses, se salgan del sorteo. Ni campesinos ni artesanos desean morir por la República, ni mucho menos por defender los intereses de otros, por defender un concepto que les es totalmente ajeno -Francia. Para los habitantes de la Vendée no hay más patria que sus tierras, sus tradiciones, su religión y su rey. El día del sorteo, en Saint Florent le Vieil se reúne una gran multitud para rechazar el reclutamiento forzoso. Se produce un enfrentamiento con los patriotas, en el que muchos de ellos serán linchados. San Florent entra en guerra.

Durante más de 40 años una buena parte de Francia rechaza una revolución que bajo atractivas y demagógicas consignas lo único que pretendía era sustituir el poder monárquico, un poder todavía divino, por un poder laico, tan absoluto como aquel, pero legitimado por la Asamblea, un órgano civil que sustituye a la Divinidad y prepara el camino a la democracia y al sistema electoral, instituyendo la tiranía hereditaria de partidos como la única forma legítima de gobierno para toda la humanidad. Las guerras de la Vendée se acabaron militarmente hacia 1832, pero siguen vivas en la memoria y en el corazón de campesinos y artesanos de Francia; siguen vivas porque la *fiṭrah* del hombre nunca podrá ser destruida y el anhelo por vivir dentro del Entramado Divino surgirá una y otra vez en el corazón del hombre como una flor que las botas de los asaltantes nunca lograrán aplastar.

Hoy, tras años de silencio impuesto por los “vencedores”, muchos son los historiadores que asocian a las guerras de la Vendée la palabra “genocidio”, y no parece exagerado el uso de este término si se tiene en cuenta que el número final de muertos podía haber llegado a 500 mil, muchos de los cuales no perdieron

la vida luchando en el campo de batalla, sino en continuos y frenéticos fusilamientos que no reparaban en acribillar a hombres, mujeres y adolescentes. La mayoría de las sentencias de muerte respondían a una siniestra arbitrariedad, como fue el caso de Antoine Fournier. El 29 de diciembre de 1793 es arrestado en Cholet, y ese mismo día comparece ante el comité revolucionario de dicha localidad:

- ¿Está casado y tiene hijos?
- Sí, tengo dos hijos. Uno de ellos es sacerdote refractario, y ha pasado a España.
- ¿Sabe por qué se le ha arrestado?
- No, no tengo la menor idea.
- ¿Cuál ha sido su conducta durante la permanencia de las brigadas en esta ciudad?
- He continuado con mis ocupaciones ordinarias.
- ¿No tomó las armas para luchar contra los patriotas?
- No. Solamente monté guardia en el hospital, y en otros lugares donde había prisioneros.
- ¿Qué graduación tenía cuando sirvió en las brigadas?
- Soldado raso.
- ¿Ha dado alguna vez asilo a los sacerdotes refractarios?
- No. Solamente he recibido a mi hijo.
- ¿Desaprueba la conducta de esos monstruos de sacerdotes que han hecho degollar a nuestros hermanos?
- Sinceramente, no creo que los sacerdotes hayan sido capaces de dar malos consejos.
- Se le acusa de haber condenado la conducta de los republicanos, diciendo que habían profanado los santos cálices, destruido las cruces de misión, etc.
- Sí, he condenado y condeno la conducta de los que arrojan las cruces al suelo y profanan los cálices.
- ¿Estaríais dispuestos a morir por defender vuestra religión?
- Sí.

Tras este interrogatorio se envió a la Asamblea el siguiente informe: “Padre de un sacerdote refractario, y digno de serlo; además de fanático, montó guardia para impedir la fuga de los prisioneros patriotas. Asimismo, se le acusa de haberlos maltratado.” El domingo 12 de enero de 1794 es ajusticiado en el Champ des Martyrs, en Avrillé, en lo que fue dado en llamar el primer fusilamiento. Años más tarde sería beatificado por la nobleza de su fe.

Por fin se había llegado a la última fase -la fase del ateísmo, y con éste, la eliminación del concepto de la Otra Vida, del Juicio Final, del castigo eterno y de la recompensa del Paraíso. El sentido de la existencia, pues, había que encontrarlo en este mundo, en los designios de la razón, ahora convertida en el nuevo dios, en el nuevo becerro de oro; y como ya hemos mencionado anteriormente, para apuntalar aquella edificación de alambre se utilizó -el evolucionismo, el psicoanálisis y el materialismo dialéctico de Marx.

¿Cómo hemos podido llegar a esta situación!? ¿Cómo han podido penetrar los asaltantes en el recinto amurallado de la fiṭrah? Un recinto custodiado por expertos centinelas, conocedores de la verdad y de la falsedad, avisados y aguerridos vigilantes capaces de reconocer la hipocresía y el engaño en todas sus formas.

Cuando Allah el Altísimo reveló a Su Mensajero:

Hoy os he completado vuestro Dīn, he colmado Mi Bendición sobre vosotros y os he dado complacido el Islam como Dīn.

Qur'an 5:3

‘Umar ibn al-Jaṭṭab, compañero del Profeta y segundo califa del Islam (después de Abu Bakr), rompió a llorar. Los que estaban a su lado le preguntaron: “¡Oh ‘Umar! ¿Lloras cuando ha descendido tan buena nueva?” Pero la visión de ‘Umar penetraba en lugares inaccesibles para otros: “¿Qué puede venir después de la perfección?” -replicó entristecido.

Los centinelas se habían cansado de su monótona tarea de vigilar, de alertar y de sellar las grietas que fuesen apareciendo en los muros de la fortaleza. El soldado que lucha en el frente se mantiene despierto y activo porque ve al enemigo, escucha el fragor de los cañones, ve la sangre de sus compañeros caídos; constantemente tiene que cargar su fusil y disparar, esconderse, ir de un sitio a otro de la trinchera... El centinela, en cambio, debe permanecer atento con ojo avizor frente a un enemigo invisible que puede o no atacar hoy; acaso lo haga mañana, quizás nunca. Debe sujetar firmemente su rifle de asalto cuando en realidad no tiene otro adversario que la noche serena cuya apacible brisa reconforta su espíritu. Tarde o temprano se echará a dormir o dejará su arma en un rincón y abandonará el puesto para charlar con otros centinelas que también habrán relajado sus retinas, convencidos todos ellos de que se trataba de una falsa alarma, de una tarea inútil, innecesaria -como la tarea de Sísifo; un castigo, una maldición.

Los asaltantes, milenarios portadores de la Profecía, conocen la psicología humana y las peculiaridades propias de la fiṭrah, y por ello mismo saben que, un día u otro, los centinelas se cansarán de su trabajo, de su monótona tarea. Pero ¿a qué puede referirse este cansancio en el caso de los guardianes de la fiṭrah? Desde sus atalayas contemplaban con envidia la seductora orgía a la que se daban los asaltantes -desenfreno sexual, tecnología punta, artilugios, método científico, sistema académico, medios de comunicación, sofisticado armamento, libertad de expresión, moda, fama y el anuncio de que la obtención de nueva vida en sus laboratorios y la conquista de la inmortalidad era sólo cuestión de tiempo.

Frente a este goloso aquelarre los centinelas no podían oponer sino una purificada austeridad. Su ropa -invariablemente la misma; sus alimentos -sin aliño, siempre que el ayuno permitiera ingerirlos; su continuado esfuerzo en el estudio y en la adoración de su Señor, su hermandad, el reparto de su riqueza -todo ello se había convertido en una carga demasiado pesada para un ánimo

que se veía debilitado por los destellos del luminoso entramado que a lo largo de los milenios habían ido construyendo los judíos con la ayuda del susurro de los shayatines, sus mejores aliados. Mientras todos se divertían, ellos, los centinelas, tenían que permanecer inmóviles y vigilantes. Esta situación, prevista de antemano por los asaltantes, permitió que se estableciera el contacto y se firmasen acuerdos de cooperación. A cambio, los centinelas de la fortaleza, otrora sabios incorruptibles de la trama existencial, deberían introducir en el método de la fiṭrah los valores de los asaltantes a través de los sistemas educativos, económicos, sociales y sanitarios. Para crear un clímax de confianza los asaltantes añadieron nuevos términos a su engañoso lenguaje: “Se trata de unificar criterios; de crear plataformas de convivencia; de tender puentes de diálogo sobre el abismo de la intolerancia.” A los centinelas les pareció que con esos objetivos en la mano podrían convencer fácilmente a los educadores, a los planificadores y a los administradores de la fiṭrah para que derribasen los muros o, al menos, abriesen la puerta, de forma que hubiera un flujo continuo de ideas, proyectos e intercambio de tecnologías entre los asaltantes y la fortaleza.

Pero en el ánimo de los ventrílocuos, en sus legendarios planes de dominación planetaria, no cabía más intercambio que la resorción. Como en el caso de los dípteros, se trataba de expulsar una sustancia ácida que disolviera parte de la materia del objeto o del cuerpo sobre el que se hubiera posado para, a continuación, reabsorberlo, llevándose consigo lo que había expulsado y lo que había disuelto. Así pues, esa cooperación resultaba ser un continuo tomar de la fiṭrah -de la naturaleza humana- toda su energía para fortalecimiento de los asaltantes y paulatino debilitamiento de la muralla. Parecía que daban, que había reciprocidad, pero no era más que un espejismo. Cada vez la fortaleza estaba más vacía, más empobrecida, y el campo de los asaltantes más rebosante de riquezas. Los centinelas que habían mostrado una clara rebeldía habían pactado con los asaltantes las condiciones de su emigración; mientras que aquellos otros que se mantenían en el

interior del recinto y cuyo trabajo consistía ahora en acarrear la ideología atea de los lobbies judíos y diseminarla por todos los rincones de la fortaleza exigían de sus autoridades privilegios y honores. Sólo unos pocos de estos vigilantes y unos cuantos educadores seguían apostados en lugares estratégicos, denunciando el engaño y la falsedad de asaltantes y centinelas.

¿Cuál podía haber sido la causa de que esos aguerridos vigilantes, esos sabios, esos místicos anacoretas, traicionasen su misión y se arrojasen en brazos de los asaltantes? Dos fueron, fundamentalmente, las causas de este desvarío. Por una parte, el amor por los placeres de este mundo, el cansancio de vigilar día tras día, de alertar del engaño y la hipocresía hora tras hora -todo ello unido a la fascinación que sintieron al contemplar aquella deslumbrante orgía de placeres y riquezas de la que hacían gala los asaltantes -sus enemigos. Por otra parte, la duda que les sobrevino al contemplar el poder tecnológico y militar que constituía la base misma de sus sociedades.

Musa (a.s) era un Profeta, uno de los grandes, a quien Allah el Altísimo habló directamente y, sin embargo, cuando vio que los palos y cuerdas arrojados por los magos de Fir'aun comenzaban a reptar sintió miedo, pues tal era su habilidad hechicera que su magia se confundía con la realidad. Musa, a pesar de su rango, no pudo ver la falacia que subyacía en aquel acto, aparentemente prodigioso, y se sintió inferior a ellos. Por un momento pensó que su misión había fracasado. Solamente cuando oyó de su Señor las palabras de recriminación y al mismo tiempo de aliento:

No tengas miedo, tú estás por encima de ellos.

Qur'an 20: 68

pudo recobrar el ánimo y arrojar su bastón, que al instante se convirtió en una verdadera serpiente que se tragó las falsas culebras de los magos, mostrando de esta manera que sólo la verdad tiene poder; tiene todo el poder.

De la misma forma, sacerdotes y chamanes, patriarcas y místicos, monjes y 'ulamah quedaron aterrados ante la magia

judeo-occidental que se desplegaba ante sus atónitos ojos. Aquella portentosa locomotora, aquellas naves espaciales, la terrible deflagración de la bomba atómica... parecían indicar que el Todopoderoso se había confabulado con los magos de Fir'aun, mientras que ellos se encontraban sin bastón que arrojar, sin verdad, sin conocimiento, sin fe -pues todo lo habían vendido para poder comprar un trozo del paraíso terrenal que desde las atalayas de la fortaleza de la fiṭrah habían contemplado. Ante la denuncia de los pocos centinelas que se mantenían firmes en su puesto, estas elites espirituales, convertidas en leguleyos de los asaltantes, ofrecían a sus acusadores un nuevo concepto con el que blanquear aquel sucio negocio -"complementariedad". La argucia, no obstante, tuvo en seguida sus partidarios, reduciendo aún más el número de centinelas fieles a la verdad -"Occidente nos puede enseñar la parte material de la existencia, las ciencias exactas, la tecnología; y nosotros podemos enseñarle la parte espiritual. De esta forma, construiremos una civilización universal, con unos pies bien asentados en el barro y una cabeza de luz incrustada en los cielos."

Pronto quedaría en evidencia que aquel adefesio sólo trataba de divertir a los demagogos. Los robustos centinelas que aún custodiaban la fiṭrah acallaron sus gritos de triunfo recordándoles que todo el auténtico desarrollo humano había tenido lugar dentro del Entramado Divino, de la verdadera ciencia, del verdadero conocimiento, cuya función es la de recordarnos la Otra Vida, la de llevarnos una y otra vez al recuerdo de nuestro Creador y a Su adoración; mientras que el entramado judeo-occidental tiene por objetivo hacernos creer que no hay más vida que la de este mundo, y por lo tanto es aquí donde tenemos que construir el paraíso para gozar en él de la felicidad, del bienestar y de la realización de todos nuestros deseos. En el Entramado Divino hay austeridad, simplificación de todos los elementos existenciales, pero ¿acaso quien está profundamente enamorado necesita algo más que la contemplación de la amada? ¿Acaso no prefiere acariciar sus manos a contar monedas de oro, saborear un

delicioso manjar o vestirse con una túnica de seda? ¿Puede algún tesoro material proporcionarle la misma felicidad que le proporciona la risa de su amada? La austeridad del amado es, en realidad, una exuberante dicha que no cesa, mientras que la aparente voluptuosidad del entramado judeo-occidental está constituida, de hecho, de insatisfacción y miedo a la muerte. ¿Acaso la gran filosofía, los caminos espirituales, las ciencias, las grandes construcciones, la gran narrativa... no se desarrollaron en un tiempo en el que no existían los grandes “logros” del entramado judeo-occidental -electricidad, teléfono, electrónica, informática...? ¿Acaso no fue en ese tiempo cuando se recorrió el mundo por tierra y por mar llegando al último rincón del planeta? ¿No estuvo ese tiempo repleto de héroes, de santos y de sabios? ¿No se escribieron en ese tiempo, a la luz de las velas, libros con plumas de ganso, de los que todavía hoy se beneficia el hombre?

Pero el veneno de la codicia, el deseo de alcanzar la inmortalidad en este mundo, había penetrado en el corazón de los centinelas y ahora se desparramaba por la fortaleza de la fiṭrah como una sustancia viscosa que iba penetrando en todo el tejido. Con una membrana porosa y cómplice de los virus, la célula, todas las células, carecían de defensa y quedaban a merced de los elementos venenosos y dañinos que con tanta ansiedad habían estado esperando el momento de poder penetrar en el citoplasma, en el núcleo, en el recinto sagrado de la fiṭrah para corromperla y destruirla.

Ya hemos dicho que la fiṭrah es el “molde primigenio”, la “naturaleza original”. Ahora deberíamos preguntarnos de qué está hecha esta naturaleza; con qué material se fabricó este molde para de esta forma mejor entender el sentido de la existencia humana y el objetivo final de los asaltantes. La sustancia misma de este molde, de esta naturaleza, no es otra que la adoración.

**Y no he creado a los genios ni a los hombres,
sino para que Me adoren.**

Qur'an 51:56

Por lo tanto, la condición propia del hombre es la de siervo, pues tiene un Señor que le ha creado y ha creado para él todo cuanto existe en la tierra y en el cielo, y a cambio de ese inmenso favor su Señor le pide que Le adore sólo a Él, sin asociarle nada ni nadie, sin dar poder a ninguna entidad creada:

¿Es que no veis que Allah os ha subordinado todo cuanto hay en los cielos y en la tierra y os ha colmado de Su Favor tanto en lo externo como en lo interno?

Qur'an 31:20

Ahora bien, esta adoración, después de haber perdido el hombre el Paraíso, tendrá lugar en esta tierra, donde la provisión que necesita para subsistir deberá obtenerla con esfuerzo, haciendo frente a un sinfín de dificultades y contratiempos. Esta tierra está sujeta a cambios climáticos, a movimientos bruscos de su estructura interna, a sequías, a inundaciones; hay en ella elementos dañinos, terrenos inhóspitos... pero también hay vergeles donde crecen todo tipo de árboles frutales; hay agua fresca y dulce que brota de fuentes y manantiales de los que surgen ríos; hay mares por los que surcan las naves movidas por el viento. Hay, en definitiva, un entramado -un Sistema Divino para que el hombre pueda vivir en su nueva morada y adorar a su Creador. En este Sistema la vida transcurre sin conflictos y sin espejismos. Todo es real y al mismo tiempo efímero. La verdadera esperanza del hombre cuando vive plenamente en este Entramado está puesta en el Más Allá.

Sin embargo, el mismo susurro que sacó a nuestro padre Adam (a.s) del Jardín intenta seducir al hombre para que abandone su forma natural de vida, su fiṭrah, la adoración de su Señor y pase al entramado del shaytan, que pretende poder crear el Paraíso en este mundo, tratando, para conseguirlo, de satisfacer todos sus deseos. Y de este mismo peligro advertía el Profeta Muhammad (s.a.s) a sus Compañeros: “Vivís en un tiempo en el que la razón controla los apetitos, pero vendrá un tiempo en el que los apetitos controlarán a la razón” -Abdullah ibn Mas'ud.

El Entramado Divino está tejido con los hilos de la austeridad, de la sencillez y de la misericordia, ya que es un Entramado que busca purificar al hombre para que pueda alcanzar de nuevo el Paraíso perdido, los Jardines de Adn, en los que morará para siempre. Por el contrario, el entramado del shaytan, que los judíos han ido tejiendo a lo largo de los milenios, está hecho de seducción, de engaño y de falsas ilusiones -todo ello encubierto con un mundano bienestar y con artilugios y drogas que inhiben la consciencia del hombre y le hacen olvidar que hay pobreza, enfermedades y muerte.

Tanto el mundo judeo-cristiano como el musulmán se pavonean de sus grandes construcciones -de sus barrocas catedrales, en las que masones y alquimistas fueron codificando sus hallazgos esotéricos y aquello que los shayatines habían arrebatado al No-Visto y que ahora les susurraban. Dentro de la más estrepitosa paradoja el suntuoso Vaticano, en cuyas bóvedas los judíos renacentistas dejaron impresa su concepción antropomórfica de la divinidad rebajada al nivel ontológico humano, se erigía como el símbolo de la humildad y de la pobreza de los primeros cristianos. El mundo musulmán no se quedaba atrás -la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, la Aljafería de Zaragoza, el aparatoso Tay Mahal, el palacio otomano de Top Kapi, y cientos de otras construcciones se erguían como indicadores de haber llegado a la cúspide de la civilización, del conocimiento y de la más alta espiritualidad. Sin embargo, la realidad era muy distinta. Todos esos edificios eran auténticos monumentos a la presunción y a la ignorancia. Eran la prueba fehaciente de que se había abandonado el Entramado Divino y se estaba construyendo el paraíso terrenal, un paraíso en el que muy pocos tendrían cabida.

La austeridad en la que vivían el Profeta Muhammad y sus Compañeros no se debía a que en aquel tiempo no hubiera palacios, tronos, lustrosas mesas, preciosas telas de brocado, túnicas de seda... pues Oriente rebosaba de lujo y de un estilo de vida altamente sofisticado. Esta rigurosa sobriedad era la

consecuencia inevitable del último Mensaje del Todopoderoso que debían transmitir a la humanidad entera y cuya finalidad era precisamente la de volver al Entramado Divino y recordar el Pacto con el que el hombre, antes incluso de venir a la existencia, se había comprometido con su Creador.

Y cuando tu Señor sacó de las espaldas de los hijos de Adam su propia descendencia y les hizo que dieran testimonio: ¡Acaso no soy yo vuestro Señor? Contestaron: Por supuesto; lo atestiguamos. Para que le Día del Levantamiento no pudierais decir: Nadie nos había advertido de esto.

Qur'an 7:172

Pero el shaytan sabe que el hombre es impaciente y que es la ansiedad la que le mueve a realizar la mayoría de sus actos, a cometer la mayoría de sus equivocaciones. No puede esperar a que se cumplan las etapas propias de esta existencia y a que sea la muerte el corredor que le permita pasar a la Otra Vida, donde verá realizados todos sus deseos, todas sus aspiraciones en una nueva Tierra, en una nueva existencia, inimaginable para las capacidades cognitivas que operan en este mundo. Y ello porque en cada etapa hay un barzaj, una barrera, que nos impide ver lo que hay en la siguiente. Este barzaj, aunque invisible, resulta infranqueable fuera del sistema de transvasación decretado por el Altísimo.

La primera fase, de la que no tenemos ningún recuerdo consciente, consistió en conferir al cuerpo que se estaba gestando en la matriz -el nafs, o entidad operativa individualizada que correspondería, aunque de forma más amplia, a la palabra latina *ego*. Esta entidad, inaprehensible e inmaterial, es la que reagrupa y unifica todos los elementos que conforman un individuo.

¡Por una nafs y Quien la modeló! Y le insufló su rebeldía y su obediencia. Que habrá triunfado el que la purifique y habrá perdido quien la lleve al extravío.

Qur'an 91:7-10

No tenemos recuerdo de esta fase ya que se produjo fuera del ámbito de nuestra consciencia. Como nos informa esta aleya del Qur'an, al modelar el Todopoderoso la nafs, se produjo la unificación y el posterior desarrollo de todos los componentes constitutivos del individuo presentes en el embrión, hasta configurar un ser humano completo flotando en el interior de la matriz materna. Para este feto el único mundo existente es el cubículo acuoso del útero. Posee todas sus facultades pero en estado latente ya que si pudiera ver, oír, pensar, sentir, analizar... perdería la razón al contemplar aquella minúscula prisión, al sufrir una absoluta soledad y el terrible absurdo de estar provisto de tan sofisticados sentidos, tan poderosas herramientas cognoscitivas para al cabo flotar en una aterradora oscuridad y un angustioso silencio. En esta fase, pues, la inconsciencia, el sopor son parte de la misericordia del Creador; parte de Su inabarcable Sabiduría. Para salir de esta fase la voluntad del feto no juega ningún papel. Él no tiene poder ni conocimiento para hacerlo. Tampoco la madre tiene poder decisorio, ni siquiera sabe cómo se realiza todo ese proceso. Sin embargo, por el Decreto del Todopoderoso comienzan las contracciones musculares y se rompe aguas haciendo todo ello que se produzca un nuevo nacimiento. Después de atravesar este barzaj la criatura se encuentra en un mundo totalmente impredecible desde el útero. De ese minúsculo recinto ha ido a parar a un universo que podríamos calificar de inconmensurable -trillones y trillones de veces mayor que su habitáculo uterino. De la oscuridad ha pasado a la luz, a los colores, a millones de matices, a las formas; del silencio a la voz humana, a los ruidos, a los gritos; y es ahora, en esta tercera fase, donde podrán desarrollarse los sentidos y las capacidades cognoscitivas que son propios del ser humano. Ahora tiene sentido ver, oír, sentir, reflexionar, desear, lamentarse, arrepentirse. En cambio, deja de tenerlo el sopor y la inconsciencia que habían librado al feto de la locura y de la desesperación. Todo ello nos indica que en cada fase hay una armonía, un acuerdo, entre el nivel de desarrollo sensitivo y cognoscitivo del hombre y su medio;

y esto es lo que podríamos llamar una creación perfectamente afinada.

Sin embargo, el viaje continúa. Esta existencia, tal y como la conocemos, tiene también un barzaj, una barrera que sólo la muerte, a la que tanto tememos, nos permitirá atravesar. Este temor proviene de un erróneo desarrollo educativo. Ya hemos visto que en la fiṭrah hay elementos protectores -aparentemente negativos, que deberán transformarse en el transcurso del tiempo para cumplir su verdadera función. En este sentido, el miedo a la muerte nos protege en un primer momento de la temeridad y de la negligencia; queremos vivir a toda costa y haremos lo que sea para evitar la muerte. Sin embargo, si recibimos una adecuada educación, una educación surgida de la fiṭrah, el temor a la muerte se irá sustituyendo, poco a poco, por el anhelo de pasar al otro lado del barzaj y conocer así ese mundo tan impredecible y portentoso como el que el feto ha conocido al atravesar el barzaj del nacimiento.

Ahora bien, hay en esta fase dos elementos inexistentes en las anteriores -la consciencia y la responsabilidad. Solamente el barzaj de la muerte se cruza siendo plenamente conscientes de ello. Aquí vemos la importancia de una educación sin encubrimiento, como es el caso de la educación profética -la educación de los Libros revelados por el Todopoderoso, en los que se nos describe detalladamente esta geografía de fases. Por el contrario, la educación judía, la educación atea, la que surge de ese laicismo que con tanto esfuerzo y con tanta sangre se ha impuesto en el mundo de hoy, encubre la realidad y nos insinúa con “pruebas científicas” y “sana razón” que muy probablemente la muerte ponga punto final a la trama existencial. Siendo este el caso, lo que parece más lógico tras haber eliminado las impertinencias proféticas es seguir adorando al becerro de oro, ahora provistos de muchos más elementos lúdicos y medios tecnológicos que nos permitan hacer realidad todas nuestras fantasías.

En el entramado satánico se encubre asimismo la responsabilidad que hemos contraído con nuestro Señor al haber

testificado que es el Creador del Universo y habernos comprometido a no adorar ni dar poder a nadie excepto a Él. Aceptar esta realidad constituiría un elemento demasiado molesto para los planes judíos de construir el paraíso en esta tierra; por lo tanto, esta responsabilidad transcendental quedará limitada al ámbito de las leyes humanas. El ateísmo ha roto el vínculo entre el hombre y su Creador. Como última indulgencia, ha introducido el concepto de reencarnación para de esta forma calmar la ansiedad ante la muerte y eliminar, al mismo tiempo, la idea de que existe el fatídico Día de la Rendición de Cuentas. La fiṭrah, sin embargo, nos hace sentir en lo más profundo de nuestro ser que existe esta responsabilidad y los Libros Revelados así lo confirman, y aun añaden que habrá un juicio y una balanza en la que se pesarán todas nuestras acciones; y habrá por lo tanto una sentencia final que nos llevará al Fuego eterno, en el que ni se vivirá ni se morirá, o al Paraíso en el que seremos inmortales -justas recompensas para encubridores y creyentes.

Y es aquí donde surge la verdadera política -la de elegir entre una educación basada en el desarrollo de la fiṭrah y otra basada en la negación de la Otra Vida; en creer en la cuarta fase o en la aniquilación total. Pero esta elección, transcendental, sólo la podrá realizar plenamente el individuo dentro de un sistema de gobierno que favorezca a uno u otro entramado. Los regímenes políticos que mayoritariamente dominan hoy en el mundo son los que apoyan y permiten el desarrollo y proliferación del entramado satánico, del entramado judeo-occidental. Nuestra propuesta, pues, se dirige a todo gobierno que desee con férrea e inquebrantable voluntad establecer una sociedad basada en el Entramado Divino, en el entramado de la fiṭrah humana.

3. LOS JUDÍOS ABANDONAN LA MISIÓN QUE ALLAH LES HA ENCOMENDADO

Probablemente muchos se preguntarán en base a qué nos arrogamos el derecho de inculpar a los judíos de todos los males

que asolan a la humanidad. Para responder de forma objetiva a esta pregunta deberemos analizar el proceso educativo que permite el desarrollo integral de la fiṭrah y de las capacidades que contiene. Si nos servimos ahora del símil del ordenador, veremos que por muy potente que sea su procesador, si no recibe un *input*, todas sus funciones se limitarán a meras operaciones de comprobación. Necesita programas que le hagan cobrar vida, diseñar, almacenar información, organizarla, calcular, leer *software* y realizar miles de otras funciones más. Si en el caso del ordenador los programas son el *input* que necesita para desarrollar todas sus potencialidades, en el caso del ser humano ese *input* será la Profecía -es la Profecía la que provee al hombre con el enmallado de secuencias que irán activando su imaginación y el resto de sus capacidades cognoscitivas.

Adam y su pareja comen del árbol prohibido, desobedecen; cubren sus vergüenzas, sienten pudor. La envidia lleva a un hombre a matar a su hermano, lo que hace que la culpa entre en su corazón. Nuh (a.s) construye una gran embarcación donde él y los que con él han creído se salvan del Diluvio. A Lut (a.s) le toca vivir en medio de una sociedad degenerada, en la que la homosexualidad y otras perversiones conforman su vida cotidiana; su mujer le traiciona y él huye con un puñado de creyentes de la gran devastación que se avecina como castigo de Allah. Yusuf (a.s) es traicionado por sus hermanos y vendido como esclavo; resiste a la seducción de la mujer de su amo y llega a ser dirigente del gran territorio en el que vive; perdona a sus hermanos el daño que le han infligido y reunifica la familia. Ayyub (a.s) sufre terribles enfermedades, desgracias, calamidades... como ningún otro hombre había sufrido antes, y todo lo sobrelleva con una inquebrantable paciencia y confianza en su Señor. Musa (a.s) es recogido de las aguas por la familia de Fira'un, quien había ordenado matarle; crece en su casa y siendo ya adulto, se enfrenta a su protector; antes ha matado a un hombre por defender a uno de su tribu; más tarde recibe la Torá. Ibrahim (a.s) va a sacrificar a su hijo Ishaq (s.a), pero Allah le envía un animal -quizás un

cordero- como substituto. Yunus (a.s) desobedece a su Señor, elude su misión y es arrojado al mar y engullido por un gran pez. Daud y Suleyman controlan la magia, el viento y a los genios; conocen el lenguaje de los animales, trabajan el hierro; sus dominios abarcan toda la tierra. Isa (a.s) entrega la carta de repudio a los judíos, sana a los leprosos, devuelve la vista a los ciegos, el oído a los sordos y el habla a los mudos; intentan matarle valiéndose de la traición de uno de sus discípulos. Yahia (a.s) vive en la austeridad del desierto y es decapitado para satisfacer los deseos de una hermosa mujer. Muhammad (s.a.s), huérfano e iletrado, recibe el Libro, unifica toda Arabia, rompe los ídolos, y llevado por el burak viaja al último confín del Universo, donde se le muestran los Infiernos; conquista Mekkah sin violencia y perdona a los que antes le habían injustamente oprimido, a él y a sus Compañeros; instaura de nuevo el hayy y el tawhid.

Todas estas sugerentes historias -y muchas otras que hemos omitido- así como la tremenda sabiduría que contienen los Libros Revelados, nos llegan de la Profecía y se incrustan en nuestro raciocinio hasta constituir la base de nuestros valores, las referencias morales y éticas, la estructura alegórica y narrativa. Y estas mismas historias son las que van a conformar los mitos y leyendas de todos los pueblos de la tierra a lo largo de la historia de la humanidad. No puede haber ninguna narración -salvo las sandeces literarias a las que nos tienen acostumbrados los escritores de moda, los escritores premiados- que se salga un ápice de los relatos proféticos. Por lo tanto, todo el conocimiento lingüístico, literario, artesanal y técnico llegará a los distintos pueblos de la Tierra a través de los Profetas y de sus seguidores. El Relato Profético se extiende desde Adam hasta Muhammad a través de una secuencia de cinco periodos: de Adam a Nuh; de Nuh a Ibrahim; de Ibrahim a Musa; de Musa a Isa y de Isa a Muhammad -paz sobre todos ellos.

De esta forma, los judíos, los Bani Israil, han sido los portadores de la Profecía, del *input*, de los programas, del conocimiento, de la sabiduría desde Ishaq hasta Isa.

Probablemente estemos hablando de un periodo de más de 10 mil años. Por lo tanto, a lo largo de todo ese tiempo han sido el depósito en el que se ha vertido la comprensión exacta de la psicología humana, del funcionamiento de la fiṭrah, de su geografía, de sus puntos de acceso... en una palabra, de todos los elementos necesarios para dominar al resto de los pueblos.

Sin embargo, la misión que Profeta tras Profeta se les encomendó no era la de explotar y succionar la energía de los hombres -sus hermanos adámicos, sino la de transmitirles el Mensaje Divino consistente en el tawhid (Unicidad de Allah) y en la Ley. Allah el Altísimo los ha repudiado porque en vez de transmitir Su Mensaje se han dedicado a matar a los Profetas, a negarlos, a desprestigiarlos con falsas biografías y a tratar de imponer un sistema ateo, camuflado con castas sacerdotales, que lo único que ha hecho a lo largo de la historia ha sido engordar la idea de ser ellos un pueblo elegido; elegido por un dios en el que ellos mismos no creen; con derecho a utilizar al resto de los pueblos de la Tierra como pilas que les proporcionen la energía necesaria para desarrollar su plan de dominación universal, a través del cual poder crearse en este mundo un paraíso en el que disfrutar de todos los placeres que su imaginación, enfermiza y corrupta, les sugiera. Por ello mismo, Isa les entrega la carta de repudio y les anuncia que su tiempo ha terminado, y que el último Profeta saldrá de la Casa de Ismail para llevar a cabo la misión que ellos han traicionado una vez tras otra. Y estos serán los dos cuernos del shaytan que los judíos utilicen para mover los hilos de la historia y para conspirar obsesivamente contra el reino de la fiṭrah -tener en su haber el *input* divino, la programación profética; y haberse rebelado contra su Creador para satisfacer sus deseos y pasiones.

A través del conocimiento que fueron adquiriendo Libro tras Libro y susurro de los shayatines tras susurro han logrado poseer a Occidente copiándose indefinidamente en sus mejores hombres y mujeres, y hablando ventrílocuamente por ellos.

Es en este sentido en el que afirmamos que los judíos representan el mal, la rebeldía, la pasión por este mundo y la negación del Más Allá.

4. LA CONFECCIÓN DE LA BIBLIA SEPTUAGINTA

Hacía tiempo que los Banu Israil habían abandonado la adoración de Allah y sufrían ahora toda clase de penalidades en el territorio gobernado por Fira'un. El Todopoderoso, sin embargo, les dio otra oportunidad enviándoles a Musa (a.s) como su Profeta y libertador. Vieron con sus propios ojos cómo se enfrentaba al poderoso Fira'un sin más ejército que su hermano Harún. Vieron cómo su vara se tragaba las falsas serpientes de los magos y cómo estos reconocían -aún a costa de sus vidas- que el Dios de Musa era el Dios Verdadero. Más tarde, contemplaron atónitos cómo se separaban las aguas del mar, permitiéndoles escapar de las huestes de su opresor; después vieron cómo se volvían a juntar, quedando anegado en ellas el ejército de Fira'un. Vieron estos milagros, y muchos más, pero al pasar por delante de un pueblo de idólatras, sintieron envidia y desearon tener ellos también un dios mudo, un dios ciego, un dios inerte, que no pudiera reprocharles sus transgresiones. Había quedado atrás el peligro de Fira'un y nada les impedía organizar sus vidas acorde a sus deseos, a sus aspiraciones mundanas.

E hicimos que los hijos de Israil cruzaran el mar hasta que llegaron a una gente entregada a la adoración de unos ídolos que tenían. Dijeron: ¡Musa! Queremos que nos procures un dios como los que tienen ellos. Dijo: Realmente sois gente ignorante.

Qur'an 7:138

Codiciaban una tierra fértil que diera abundantes cosechas; deseaban mujeres hermosas -fueran o no creyentes; anhelaban acariciar el oro y la plata; vestirse de seda y ser servidos por esclavos. Pero Allah les advirtió de lo que les esperaba en caso de seguir por ese camino -un camino de perdición que el shaytan les embellecía:

Y quedaréis pocos en número, en lugar de haber sido como las estrellas del cielo en multitud, por cuanto no obedecisteis a la voz del Señor, tu Dios. Así como el Señor se gozaba en haceros bien y en multiplicaros, así se gozará el Señor en arruinaros y en destruirlos; y seréis arrancados de sobre la tierra a la cual entráis para tomar posesión de ella. Y el Señor te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará tu Señor corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida.

Deuteronomio 28:62-65

Pero ya hemos dicho que el plan de los judíos era el de establecer un poderoso reino laico con dioses permisivos, mudos... en el que labrar un paraíso sin árbol prohibido, sin vigilancia divina, sin ley profética que pusiera límites a sus fantasías. De una u otra manera, la historia de la humanidad girará en torno a este proyecto: intrigas, pactos, traiciones, alianzas, encubrimientos, falsificaciones, ordenes mundiales, guerras de religión, inquisiciones, tecnologías, magia, chamanismo, concilios, invasiones, genocidios, organizaciones internacionales, sistemas de control, mass media... detrás de todo ello habrá siempre una mente judía dirigiéndolo hacia su objetivo final de dominación planetaria.

No obstante, los materiales que les permitieran tal edificación no parecían estar al alcance de su mano. La fortaleza de la fiṭrah se

revelaba inexpugnable, pero los shayatines, sus grandes aliados, les fueron susurrando las estrategias a seguir, una a una, sin prisas, fundamentando bien los cimientos de futuras máquinas de guerra. En este sentido, la confección de la Biblia septuaginta bien podría ser considerada como su primer gran "logro" a la hora de falsificar la historia, de cambiar su geografía y su cronología, presentándose a sí mismos como el pueblo elegido.

Numerosos investigadores árabes -Salahuddin Kalas, Kamal Salibi, Ahmad Daud, entre otros- llevan alertando a la opinión pública y a la "akademia" desde hace algo más de 30 años de los gravísimos errores cronológicos y geográficos que se han ido infiltrando en la historiografía oficial; entre otras razones, por haber seguido ciegamente la falsa Torá, un libro reescrito y cambiado decenas de veces para adecuarlo a los intereses de la comunidad judía. Pero lo más sorprendente del caso es que incluso hoy, cuando la clase académica internacional ha reconocido que la Biblia no es un libro histórico fiable, se sigue utilizando como prueba irrefutable a la hora de situar geográfica o cronológicamente un acontecimiento o un pueblo. Veamos algunos ejemplos.

En 323 a.C., tras la muerte de Alejandro Magno, sus generales se repartieron el imperio, llevando la cultura helénica a todo Oriente. Pérdicas, uno de sus generales y hombre de confianza, actuando como regente provisional, nombró a Ptolomeo gobernador de Egipto y Libia. Sin embargo, el intento de mantener unido el imperio fracasará y en 305 a.C. Ptolomeo se declara gobernante independiente, nombrándose a sí mismo rey de Egipto. Durante su reinado un grupo de 72 rabinos llevaron a cabo la traducción de la Torá -probablemente en lengua siríaca- al griego koiné -forma vulgarizada del griego clásico. La sola evidencia con respecto a esta traducción, aparte del propio texto en griego, la encontramos en un documento llamado "La carta de Aristeas", escrita también en griego koiné. Este texto pretende ser una larga carta personal de un tal Aristeas a su hermano o amigo, en la que describe, entre otras cosas, cómo fueron traducidos al griego los

primeros cinco libros de la Torá para ser incluidos en la gran biblioteca de Alejandría (285–247 a.C.) Según el autor de la carta, el bibliotecario de Ptolomeo I habría pedido al gran sacerdote del templo de Jerusalén que enviase a Alejandría traductores con la Torá. Accediendo a la petición del bibliotecario real, el gran sacerdote habría enviado supuestamente a seis hombres por cada una de las doce tribus de Israil, haciendo un total de 72 traductores, de donde deriva el nombre de "Torá septuaginta", popularizado en el segundo siglo de nuestra era.

Según Aristeas, después de haber trabajado durante 72 días completaron la traducción y fue leída a la comunidad judía de Alejandría, la cual pidió al bibliotecario de Ptolomeo que les proveyese con una copia para su uso. La leyenda va más lejos aún, derivando en un escenario cada vez más estrambótico, cuando añade que el propio Ptolomeo I colocó a los 72 rabinos en habitaciones separadas, de forma que no pudieran copiarse ni consensuar los términos de la traducción. Al cabo de 72 días, los 72 rabinos dieron por finalizado su trabajo y el rey pudo comprobar maravillado que las 72 versiones eran idénticas y no se diferenciaban ni en una tilde unas de otras.

La razón de haber fabricado tan pueril historia yace en el estratégico plan de la comunidad judía de Alejandría de crear un “nuevo texto” que mostrase la supremacía del judaísmo frente a la creciente influencia de la cultura griega. Por otra parte, para eliminar cualquier duda con respecto a su autenticidad la traducción debería estar rodeada de una atmósfera divina y milagrosa. Se entiende, ahora, que se utilizase el griego vulgar, extendido por todo el imperio, y no el clásico que sólo una pequeña elite podía leer.

El trabajo surtió efecto a pesar de que los análisis filológicos detectaran que la carta era un fraude. Ya en 1684 se publica la obra *Contra historiam Aristeae de LXX interpretibus dissertatio* de Humphrey Hodyen, en la que argumenta que la tal carta de Aristeas es un trabajo de falsificación procedente de algún judío helenizado. Si bien algunos orientalistas trataron de minimizar el

trabajo de Hodyen alegando pruebas a favor de la autenticidad de "la carta", en 1958 Victor Tcherikover (Universidad Hebrea) resumió el consenso de los especialistas con estas palabras: "Las recientes investigaciones ven en *La Carta de Aristeas* el típico trabajo de apología judía realizado con un fin propagandístico en favor del judaísmo y dirigido a los griegos." En 1903 Friedlander escribe que la glorificación del judaísmo en "la carta" es una mera forma de autodefensa, cuyo verdadero objetivo consistió en refutar los ataques directos que sufría la comunidad judía. Por su parte, Tramontano habla de una clara tendencia laudatoria y propagandística. Vincent la caracteriza como una novela apologética escrita para los egipcios -es decir, los griegos que dominaban Egipto. Pfeiffer afirma que esta fantástica historia del origen de la Torá septuaginta es un mero pretexto para defender el judaísmo de sus detractores y tratar de convertir a los paganos de habla griega. Schürer clasifica esta carta dentro del género literario propagandístico, que en este caso tendría como objetivo promocionar el judaísmo entre los paganos.

La aparente fiereza de la crítica occidental no hacía sino ocultar el verdadero propósito de tal maquinación. A simple vista da la sensación de que la crítica histórica occidental ha sido implacable a la hora de desenmascarar el fraude de Aristeas y del origen de la Torá septuaginta. Y sin embargo, el verdadero problema ni siquiera se ha rozado. Alejandro Magno ha conquistado Egipto y se ha hecho con un imperio que llega hasta China, imponiéndose rápidamente en los territorios invadidos la cultura y la lengua griegas. La comunidad judía de Alejandría, quizás la más influyente de la zona, decide arremeter contra esta supremacía cultural griega traduciendo -o mejor dicho, reescribiendo- la Torá que poseía en siríaco. En el "nuevo texto" se van a introducir todos los cambios que consideren necesarios para apuntalar su proyecto, como la geografía histórica y la cronología, hasta hacerse herederos de los inmensos territorios que van desde el Nilo hasta el Éufrates. No podía presentárseles mejor ocasión, pues de esta Torá amañada surgirá la Biblia que, después de

traducirse al latín y al resto de las lenguas literarias, recorrerá el mundo entero portando una deformada y trucada descripción de la antigüedad. Veamos algunos ejemplos de esta falsificación de datos, la mayor que ha sufrido la historia.

El escenario en el que se desarrolla el relato del Profeta Yusuf (José), de su padre Yaqub (Jacob), de sus hermanos, de Musa (Moisés), del éxodo judío... lo sitúa la Torá original en “misr” (*msr*), la misma palabra que aparece en el Qur’an. “Misr” significa “lugar”, “emplazamiento”; y en su uso cotidiano designaba un centro urbano provisto de todos los servicios necesarios para acoger debidamente a las numerosas caravanas de comerciantes que periódicamente cruzaban la cornisa arábiga en su camino a Siria y Egipto.

**Dijo: ¿Queréis cambiar lo mejor por lo más bajo?
Id a un *misr* y tendréis lo que habéis pedido.**

Qur’an 2:61

En esta aleya vemos claramente que la palabra “misr” no es un nombre propio sino un nombre común como ciudad, pueblo, urbe o metrópoli; de ahí que se utilice en su forma indeterminada - “un misr”.

En las grandes rutas comerciales había pequeños asentamientos donde las caravanas podían aprovisionarse de agua y quizás de forraje para las monturas, pero en la mayoría de los casos se trataba de campamentos sin los servicios que ofrecían los misr, sin una verdadera organización administrativa, sin una autoridad provista de una guardia que garantizase la protección de las mercancías y sin posadas donde pudieran descansar los caravaneros. Posiblemente hubiera un *misr* más desarrollado que el resto, amurallado, con puertas que se cerraban por la noche, facilitando así el control de lo que acontecía en el recinto urbano. Y es posible que a ese misr las gentes del lugar lo conociesen como el misr, es decir el centro urbano por antonomasia, de la misma forma que a Yathrib se le denominará al-Madinah -la Ciudad- tras la emigración del Profeta Muhammad (s.a.s).

Entre ellos y las ciudades sobre las que hemos vertido nuestra bendición, hemos puesto ciudades de prominente posición, entre ellas hemos establecido etapas de viaje en la debida proporción: Viajad por ellas de noche y de día en completa seguridad.

Qur'an 34:18-19

Aquel escenario, pues, tan importante para la historia del pueblo judío, tuvo lugar en un misr, quizás el más importante de ellos, en algún lugar entre Yemen y el Asir. Sin embargo, en la Torá griega se sustituye esta palabra por otra altamente significativa -al Qibit, más tarde Al Kibit, eliminando, así, el sonido “q” que en árabe es gutural y difícil de pronunciar. Los griegos le quitarán el artículo y la pronunciarán Igept, derivando a Igyptus y, más tarde, con su latinización, acabará siendo Igypt. Desaparece de esta forma la palabra “misr” y, en su lugar, aparece “Egipto”, el territorio con mayor predominio cultural y económico de su tiempo.

El mensaje estaba claro: “Nuestro abuelo Ibrahim os enseñó la escritura y, desde entonces, no hemos dejado de civilizaros. Nuestro padre Yusuf administró la economía de estos vastos territorios, salvándoos de la hambruna, y Musa os dio la Ley. Todo lo que sois nos lo debéis a nosotros y a nuestros ancestros; ¿y cómo nos lo habéis pagado? Matando a nuestros hijos, esclavizándonos y deportándonos.” De nuevo, el victimismo judío que tan buenos resultados les ha dado siempre. Sin embargo, la historia es muy distinta y el escenario, como acabamos de ver, habría que situarlo unos 2.500 kilómetros más al sur.

Cabría ahora preguntarnos: ¿Cuál es la verdadera finalidad de todas estas falsificaciones? La respuesta la encontramos en la propia historia. El comportamiento general de los judíos es emigrar y establecerse en los centros de poder para dominarlos y alegar, en el futuro, que fueron ellos, en el pasado, los encargados de sentar las bases para que, hoy, esos centros sean los regentes del mundo.

Han pasado 300 años y el sueño judío de reconquistar Oriente Medio, arrebatándoselo de las manos a los musulmanes, y llevarlo hasta las costas atlánticas, ha fracasado. Los cruzados han sido expulsados de Palestina y los Templarios, tras un intento fallido de dominar económica y militarmente Europa, han pagado con sus vidas su pretencioso proyecto de establecer el primer poder masónico en el mundo. Los judíos pierden de nuevo la posibilidad de asentarse en un territorio que les sea propio y desde el cual lanzar sus tentáculos hacia el mundo exterior.

Sin embargo, surge una nueva oportunidad de lograrlo de la mano de un judío genovés o quizás español o portugués, para el caso que nos ocupa poco importa eso, llamado Cristóbal Colón. Obran en su poder mapas dibujados por los navegantes árabes que hace tiempo que recorren los océanos y sus costas, y en los que claramente aparece una tierra hasta entonces desconocida para los europeos; una tierra gigantesca en medio del Atlántico. Muy probablemente, junto con esos mapas hubiera descripciones del lugar, de su fauna, de su flora, de sus gentes y de sus ricos productos. Toda esta información pudo haber sido ratificada oralmente por árabes musulmanes residentes en al-Ándalus como una noticia que hubiera pasado de generación en generación o que incluso proviniera de boca de algún testigo ocular, de alguien que ya hubiera puesto sus pies en aquellas tierras.

La historia oficial nos relata que Cristóbal Colón, tras haber concluido que la tierra era redonda, se presentó con su hallazgo en diversas cortes europeas, proponiéndoles que sufragasen los gastos de la expedición a La India por mar -una forma mucho más rápida y segura de llegar al paraíso de las especias que por la tradicional ruta terrestre. Esta era la cantinela con la que encubría el verdadero trayecto de su viaje. Ante la repetida negativa de las monarquías occidentales, el judío genovés trasladó su proyecto a la corte española, al parecer arruinada, pero con una reina, Isabel II, muy amante de la ciencia y de las aventuras transoceánicas, que de inmediato se prestó a vender sus joyas para hacer frente a los gastos de la mencionada expedición. La historia así contada, con su

toque de romanticismo, parecía demostrar una vez más que todo en el devenir humano es una cuestión de casualidad, de coincidencias más o menos felices. Pero la realidad era muy diferente.

Estamos en el año 1492 -año en el que cae Granada, último reducto del poder musulmán, y año en el que son expulsados los judíos. Pero esta expulsión atañerá únicamente a la plebe judía, a campesinos y artesanos, no a las elites, a los poderosos lobbies judíos que alegrarán su conversión al cristianismo pasando a formar parte de la corte del rey Fernando. Todos sus asesores y hombres fuertes, sus cortesanos, serán ahora judíos conversos, judíos que por arte de magia, nunca mejor empleada la expresión, se habrán convertido en devotos seguidores del “Cristo crucificado” y de la Virgen María. Y serán estos judíos conversos los que manipulen la política de la cada vez más poderosa corona española. Ellos, como Cristóbal Colón, conocen la verdadera geografía del mundo y saben que, en efecto, en medio del Atlántico se extiende un inmensa y fértil continente que se convertirá, siguiendo sus planes, en la tierra prometida. Estos cortesanos judíos serán los encargados de convencer a Fernando para que organice la expedición de la que tantos beneficios esperan obtener en un futuro cercano.

Sin embargo, aquel sueño pronto se convertirá en pesadilla. Aquella tierra prometida está cubierta de interminables selvas; plagada de enfermedades hasta ahora desconocidas para el hombre blanco, y con unos indígenas que no ven con buenos ojos a estos intrusos que no parecen albergar el deseo de establecer relaciones comerciales con ellos, sino más bien de usurparles sus tierras y sus riquezas. Al emponzoñado aguijón de los mosquitos-transmisores de fiebres se unirán ahora las flechas envenenadas de los hijos de América. Tendrán que esperar, pues, a que los conquistadores y más tarde los colonos provenientes de Europa se establezcan en el norte de América, en zonas en las que el clima y la topografía faciliten la construcción de “misrs”, de centros urbanos. Allí se asentarán judíos provenientes de Escandinavia,

estableciendo todo un sistema bancario que reciba las grandes fortunas que irán amasando ganaderos y terratenientes. Sin embargo, como en el caso de Egipto, los judíos volvían a necesitar de una historia que atestiguara que habían sido ellos el origen, los ancestros de los indios -primeros pobladores y únicos dueños de aquellas tierras. El asunto, dada la situación geográfica de América, no parecía fácil. Hacía falta un montaje capaz de hechizar de nuevo a la historia y de presentarles, una vez más, como el pueblo elegido y originario también de ese recién “descubierto” continente.

Si la traducción de la Torá al griego, con toda la parafernalia mítica que conlleva, estuvo apoyada en la carta de Aristeas, el origen israelita de América se sustentará en la traducción, en 1830, de unas inscripciones en lengua egipcia gravadas en placas de oro que realizó Joseph Smith tras haberlas encontrado en el sótano de un edificio de Nueva York -en otras versiones será un ángel quien le muestre la colina donde habría enterrado dichas placas. De esta traducción surgirá el “Libro de Mormón” como base doctrinal de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días -los mormones. La historia que allí se narra es la del pueblo de Nefi, de origen israelita, que llegó al continente americano desde Oriente Medio, guiado por inspiración divina. El relato cubre un periodo que va, aproximadamente, desde el año 600 a.C. hasta el año 400 d.C. Según este libro, habría habido una emigración anterior, la de los Jareditas, pueblo de la época de la torre de Babel, pero que habría sido exterminado antes de la llegada del grupo de Nefi. La trama principal trata de un clan familiar de israelitas que abandona Jerusalén antes de que sea sitiada y tomada por las tropas de Senaquerib, rey asirio, y llega a América, atravesando los océanos, guiado por Dios y por una brújula especial llamada “Liahona”. Tras alcanzar su destino se multiplican grandemente para después dividirse en dos grupos rivales -los nefitas y los lamanitas. Los nefitas serán finalmente derrotados por los lamanitas en 428. Los lamanitas que sobrevivieron se transformaron en un pueblo feroz y muy distante de las costumbres nefitas, constituyendo la

ascendencia de los indios americanos. La historia de Josep Smith, por inverosímil que nos parezca, no ha hecho sino empezar.

Unos cuantos papiros y once momias fueron descubiertos en Tebas por Antonio Lebolo entre 1818 y 1822. Antes de su muerte, acaecida en 1830, logró vender todo ese material arqueológico a un tal Michael Chandler, quien en 1833 lo envía por barco al puerto de Nueva York. Durante dos años Chandler hace una turné por el este de los Estados Unidos, exhibiendo y vendiendo algunas de las momias. En 1835 regresa con las cuatro que le quedaban y unos cuantos papiros a la ciudad de Lirtland, en Ohio. Dada la fama de Joseph Smith como traductor de las inscripciones en lengua egipcia del “Libro de Mormón”, Chandler le pide que eche un vistazo a los papiros y vea de qué tratan. Después de haberlos examinado cuidadosamente con la ayuda de Joseph Coe y Simeon Andrews (judíos y artífices de la maquinación), Smith decide comprarlos por la nada despreciable suma de \$ 2.400. El propio Smith nos cuenta el suceso: *"Con la ayuda de W.W. Phelps y Oliver Cowdery comencé la traducción de algunos de los caracteres o jeroglíficos, y para nuestra inmensa dicha encontramos que uno de los papiros contenía los escritos de Abraham -Ibrahim- y otro los de José -Yusuf- de Egipto..."*

"Lamentablemente," estos papiros desaparecieron tras el incendio de Chicago. Una vez terminada la traducción, el libro fue dividido en cinco capítulos -el primero trataba sobre la vida de Ibrahim y su lucha contra la idolatría que dominaba la sociedad de su tiempo, así como el intento de varios sacerdotes de sacrificarlo; intento frustrado gracias a la ayuda de un ángel que le rescató. El segundo incluía información sobre el Pacto de Allah con Ibrahim. Del tercero al quinto se relata la visión sobre la creación del universo y del hombre.

El relato de Joseph Smith no concuerda en absoluto con la información biográfica que de Ibrahim (a.s) nos da cuenta el Antiguo Testamento, donde está incluida la Torá. En cambio, esa misma descripción es la que encontramos en el Qur'an, secuencia a secuencia:

PRIMER CAPÍTULO

Y cuando Ibrahim dijo a su padre Azar: ¿Tomas a unos ídolos por dioses? En verdad que te veo a ti y a los tuyos en un claro extravío.

Qur'an 6:74

Dijeron: Quemadlo y ayudad así a vuestros dioses, si sois capaces de actuar. Dijimos: Fuego, sé frío e inofensivo para Ibrahim.

Qur'an 21:68-69

SEGUNDO CAPÍTULO

Y cuando su Señor puso a prueba a Ibrahim ordenándole lo que éste cumplió plenamente, le dijo: Voy a hacer de ti un imam (guía) para los hombres. Dijo: ¿Alcanzará Tu promesa a mis descendientes? Dijo: Mi Pacto no alcanza a los injustos.

Y cuando hicimos de la Casa una morada para la gente y un lugar seguro; y tomad la estación de Ibrahim como lugar donde ofrecer la salah. Y pactamos con Ibrahim e Ismail que mantuvieran pura Mi Casa para los que cumplieran las vueltas alrededor de ella, para los que allí estuvieran dedicados a la adoración, y para los que se inclinaran y postraran.

Y cuando dijo Ibrahim: ¡Señor! Haz de esta tierra un lugar seguro y provee de frutos a aquellos de su gente que crean en Allah y en el Último día. Dijo: Y a los encubridores, les dejaré disfrutar un poco y luego les llevaré por la fuerza al castigo del Fuego.

¡Qué mal destino!

Qur'an 2:124-126

DEL TERCERO AL QUINTO CAPÍTULO

Y así fue cómo mostramos a Ibrahim el domino de los cielos y de la tierra para que fuera de los que tienen certeza.

Qur'an 6:75

Los papiros desaparecieron de forma tan milagrosa como habían aparecido, pero el Qur'an hacía más de mil años que había revelado a la humanidad la historia completa de Ibrahim con sus fases, en las que se detalla el establecimiento del tawhid (Unicidad

de Allah); la denuncia de la idolatría que proyectaba la cosmogonía de su gente; el conflicto con su padre -fabricante de ídolos; el intento por parte de la clase sacerdotal-chamánica de sacrificarle arrojándole a una enorme hoguera, de la que fue salvado por la misericordia de su Señor, Quien ordenó al fuego que fuese frío para Ibrahim; el Pacto por el cual el Todopoderoso elije a su descendencia como depositaria de la Profecía, y la visión del mecanismo interno del universo, tal y como hemos visto que aparecen en las aleyas citadas del Qur'an. Por lo tanto, donde Joseph Smith se inspiró para escribir el "libro de Ibrahim" fue en el Qur'an y no en los pretendidos papiros de Chandler.

El segundo ejemplo de falsificación histórica que encontramos en la Torá griega es consecuencia del primero, del cambio de nombres y lugares geográficos que supuso la eliminación de la palabra "misr" y la aparición, en su lugar, de la palabra "Egipto". Este cambio hizo que Fira'un (Faraón) figurase ahora no como gobernante de un "misr" en el sur de Arabia, sino como soberano del poderoso imperio egipcio. En aquella época poco importaba la veracidad o la falsedad de los datos que se fueran incorporando a la historia, pues no existía la arqueología ni la geología, ni tampoco había especialistas que pudieran descifrar el significado de los textos escritos en las lenguas orientales que ya nadie hablaba. Más tarde, sin embargo, con el desarrollo de todas estas ciencias se buscaría, en algunos casos desesperadamente, la concordancia entre lo que se iba descubriendo y la información contenida en el Antiguo Testamento, considerado en Occidente durante siglos como el único documento histórico y científico fiable. Los judíos habían hecho su trabajo. Ahora se trataba de hallar la prueba que demostrase que el escenario en el que se había desarrollado la historia del Profeta Yusuf y, más tarde, la del Profeta Musa, había que situarlo en Egipto, en un periodo en el que a sus reyes se les llamaba "faraones". Pero todos los hallazgos que iban apareciendo en las excavaciones de las misiones arqueológicas occidentales esparcidas por todo Oriente Medio no hacían sino evidenciar que nunca había existido tal título ni rey egipcio había portado jamás

tal nombre. A nivel popular esta noción estaba de tal manera arraigada en la consciencia de los occidentales que negar que hubiesen existido los faraones y que la vida tanto de Yusuf como de Musa hubiera transcurrido en Egipto, habría resultado tan inadmisible como negar que existiera Australia o afirmar que La India se encontrase entre Canadá y Alaska. Sin embargo, según iba avanzando la crítica histórica y se iban desenterrando más tablillas y desempolvando nuevas inscripciones, surgía la necesidad de dar un cuerpo argumental a todos los cambios que se habían operado, hacía 2000 años, al traducir la Torá al griego.

El problema, no obstante, se iba complicando cada vez más, ya que no sólo no aparecían reyes egipcios portando el título de Faraón, sino que además tampoco había noticia alguna sobre el éxodo judío, el Profeta Musa ni su persecución a manos de ningún rey egipcio. No parecía lógico este silencio por parte de unos escribas que anotaban hasta el último detalle de una transacción mercantil. Más aún, en el Antiguo Testamento, Faraón hace al Profeta Yusuf su igual en poder y en dignidad:

Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú. Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú. Dijo además Faraón a José: He aquí que yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto. Entonces Faraón quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José.

Génesis 41: 39-42

El hecho de que no haya ningún registro sobre acontecimientos y personajes tan importantes parece indicar que tales sucesos debieron ocurrir en algún otro lugar y en un tiempo muy diferente al de la cronología oficial.

Por otra parte, resulta extraña la historia de los hermanos de Yusuf cuando vinieron a “Egipto”, según la Torá griega, y le pidieron personalmente a Fira’un que les diese grano dada la hambruna que asolaba toda aquella región. Y decimos que es

extraña por dos razones. La primera, por el hecho de que unos simples y pobres pastores se dirigieran al todopoderoso regente egipcio para pedirle grano. La segunda razón que nos alerta sobre la falsificación que ha sufrido la historia de Yusuf y de su familia en la Torá griega es el hecho de que hubiera hambruna en la tierra más fértil del planeta, atravesada por el Nilo. ¿Pudo haber sequía en esa tierra? Si hoy el valle del Nilo y toda la región hasta Sudán es una inagotable fuente de riqueza natural, con abundantes cosechas de cereales, frutas y hortalizas, en aquella época, hace miles de años, todavía lo era más, ya que muchas zonas de esa región que ahora son desérticas o semidesérticas, eran entonces exuberantes vergeles, auténticos bosques.

Pero si ahora situamos “Egipto” en el Nayd, entre el Yemen y las montañas de Asir, y a Fira’un como su gobernante, la historia de Yusuf y su familia resultará más entendible. “Este Egipto”, Misr, no es un imperio, sino una ciudad, muy probablemente amurallada y con puertas que por la noche se cerraban para la seguridad de sus habitantes y de sus mercancías. Así nos lo hace entender esta aleya en la que Yaqub (a.s) envía a sus hijos de vuelta a “Egipto”, Misr, esta vez acompañados del hermano pequeño de Yusuf:

**Y dijo: ¡Hijos míos! No entréis por una sólo puerta,
entrad por puertas distintas.**

Qur’an 12:67

Obviamente es imposible poner puertas a un país, como sería en el caso de Egipto o de cualquier otro. No se pueden poner puertas a Francia o a Italia ni tampoco a una isla ni a una región. En cambio, todas las ciudades en la antigüedad estaban amuralladas y tenían varias puertas de acceso que se cerraban por la noche o durante un ataque.

Por otra parte, el gobernante de ese “misr” muy probablemente viva en una casa y camine por las calles como todo el mundo, no entrañando dificultad alguna el dirigirse personalmente a él para solicitar algún tipo de ayuda o para quejarse de alguna anomalía en el funcionamiento administrativo

o comercial de la ciudad. Seguramente resultaría muy difícil, o incluso imposible, visitar al alcalde de Madrid en su despacho sin cita previa. Sin embargo, si quisiéramos entrevistarnos con el alcalde de una pequeña localidad de Murcia, podríamos hacerlo sin ningún protocolo.

Sin embargo, la idea de que todo eso ocurrió en Egipto, y de que “Fira’un” es un título y no el nombre propio del gobernador de un “misr”, está de tal forma arraigada en la consciencia de los occidentales, que aun viendo escrita la palabra *mlk* (*malik*, rey) en los textos que traducen, los historiadores siguen diciendo “faraón”. Éste es el caso del investigador finlandés Ivan Starr. En su libro *Queries to the Sungod, Divination and Politics in Sargonid Assyria. State Archives of Assyria*, volume IV, leemos en la introducción, página LXIII: “Ello fue únicamente posible después de la ocupación de Egipto en 671, cuando Esarhaddon, habiendo derrotado al **Faraón Tahaska** y conquistado Memphis, incorporó gran cantidad de soldados egipcios y cushitas a su ejército.” Starr da a Tahaska el calificativo de “faraón”, queriendo significar “soberano”. Sin embargo, cuando leemos el texto original con su transliteración latina y al lado la traducción al inglés, vemos que no aparece la palabra “faraón”, sino que en su lugar lo que aparece una y otra vez es la palabra “rey”, junto a su transliteración latina *mlk* -*malik*. En la página 98, por ejemplo, tenemos el siguiente párrafo: “84- ¿Debería Esarhaddon ir a Egipto y hacer la guerra a Tahaska? 4- Debería hacer la guerra a Tahaska, **rey** de Cush, y a sus tropas?” En la misma página, un poco más adelante, leemos: “88- ¿Será atacado el jefe Eunuch Sa-Nabu-Su por los egipcios? 5- Después de que él... alcanzó la ciudad... Assur..., será Necho y Sarrulu Dari, reyes egipcios y los egipcios...”

El texto es caótico debido a que en algunos casos el original está muy deteriorado y a que en otros la traducción no resulta evidente y se trata, más bien, de un trabajo de adivinación. Sin embargo, lo que a nosotros nos importa es mostrar hasta qué punto la clase académica internacional está apegada a las falsificaciones históricas que se han derivado del cambio drástico

que sufrió el texto de la Torá cuando fue traducido al griego durante el reinado de Ptolomeo I. Ivan Starr habla de Tahaska como de un faraón de Nabia cuando en el texto que él mismo ha transliterado en caracteres latinos y posteriormente traducido al inglés, utiliza los términos *mlk* y *king* -rey; y lo mismo sucede en el segundo texto que hemos citado, donde se habla de “reyes egipcios”.

Marie Parsons, en su libro *Royal Titles for Kings of Egypt* reconoce que la palabra “faraón” no existe en la lengua egipcia, en la lengua de los Coptos. Se trataría, más bien, de la pronunciación del término “per-aa” por parte de los judíos, y que empezaría a utilizarse hacia 1500 a.C. Este vocablo constaría de dos palabras: “per” y “aa”, y significaría “la gran casa”, refiriéndose al palacio real.

Sólo hay una forma de entender todo este galimatías -empezar por el final. En la Torá griega, en la Torá septuaginta, convertida más tarde en parte integrante de la Biblia, el único texto “histórico” y “científico” admitido en Occidente durante siglos, aparece la palabra “faraón” como título del regente de Egipto ya que “misr” ha desaparecido, y el escenario en el que se desarrolló la historia del Profeta Yusuf y tras ella la del Profeta Musa se ha trasladado al Valle del Nilo. Por lo tanto, esta denominación -faraón- tendrá que aparecer no sólo en inscripciones, papiros y tablillas encontradas en territorio egipcio, sino también en los de los pueblos con los que se hubiera establecido algún tipo de correspondencia en base a tratados comerciales o bélicos. Habrá, pues, que buscarla hasta debajo de las piedras cueste lo que cueste; y si a pesar de todo dicha búsqueda resultase infructuosa, se hará derivar la palabra “faraón” de otro vocablo sobre la base de cierta “evidencia académica”. El asunto no resultó fácil, pues a medida que se avanzaba en el área de la arqueología y de la lingüística comparada, iba quedando cada vez más claro que los títulos o panegíricos referidos a los reyes egipcios eran cinco: Her (o Horus), Nebti, Sa-ra, Hr-Nub y Nso-Bto, y ninguno más. ¿De qué palabra, entonces, iba a surgir “faraón”?

El eslabón perdido resultó ser “per-‘aa”, “La Gran Casa”. Como ya hemos dicho, la metamorfosis tuvo que realizarse a presión. Utilizando la teoría del cambio consonantal, algunos “expertos” decidieron que la “p” pasaba a pronunciarse “f”. No obstante, el problema fundamental residía en el hecho de que no existe acuerdo en cuanto a la transliteración de los jeroglíficos. Para unos lingüistas la correcta pronunciación sería “pre-‘aa”; para otros “par-‘aa”; para L. Austine Waddell es “prabhu” la palabra de la que derivaría “faraón”, si bien en otra parte de su libro *Egyptian Civilization, its Sumerian Origin and Real Chronology* utiliza los términos “para an”, “par” y “bar/baru” como origen de “faraón”.

En cuanto al significado, “la Gran Casa”, el asunto se vuelve todavía más escabroso. No tenemos ningún ejemplo histórico del uso de un elemento arquitectónico como título con el que designar a un rey o a un emperador. Los otomanos utilizaban el término “La Puerta Sublime” (Bab-i-‘ali, la puerta que daba acceso a la corte pública y a las dependencias del sultanato) para referirse al gobierno, pero nunca se substituía la palabra “Sultán” o “Gran Visir” por “Babi’ali”. De la misma forma, se utiliza el término “la Casa Blanca” como sinónimo de gobierno norteamericano, pero no como sustituto de presidente. Decimos, por ejemplo: “La Casa Blanca anunció ayer que...”, pero no decimos: “La Casa Blanca se entrevistó ayer con su homólogo italiano...”. En este caso nos veremos obligados a decir: “El Presidente norteamericano se entrevistó...” o, en su defecto, a utilizar el nombre propio del Presidente. Y lo mismo ocurre con “trono” o “escaño”. Es decir, cualquier palabra que designe un objeto, sea arquitectónico o mobiliario, hará referencia a un concepto, como gobierno o poder, pero nunca sustituirá a una persona concreta ni será utilizado como título honorífico de un gobernante.

Sin embargo, la evidencia más clara de que “faraón” era el nombre propio de una persona, del gobernador de “misr”, la encontramos en el Qur’an, donde esta palabra aparece como nombre propio, sin el artículo determinado que llevan los títulos

honoríficos. Decimos “vi al rey, hablé con el emperador...” y no “vi a rey, hable con emperador...”

Luego, después de ellos, enviamos a Musa con Nuestros Signos a Fira'un y los suyos que los negaron injustamente. Y mira cómo acabaron los corruptores.

Qur'an 7:103

Y lo mismo ocurre en el Antiguo Testamento, donde leemos:

Aconteció después de estas cosas, que el copero del rey de Egipto y el panadero delinquieron contra su señor el rey de Egipto. Y se enojó Faraón contra sus dos oficiales, contra el jefe de los coperos y contra el jefe de los panaderos.

Génesis 40:1-2

Este pasaje confirma doblemente la falsificación de nombres y lugares geográficos que se operó en la traducción de la Torá siriaca a la Torá griega. Por una parte se habla de “rey de Egipto” y se repite este título por segunda vez en el mismo versículo. Por otra, se da a entender claramente que el nombre de este rey era Faraón -no se dice “se enojó el faraón”, sino “se enojó Faraón”. Si volvemos al texto original siriaco, la lectura correcta de los versículos citados sería: *“Aconteció después de estas cosas, que el copero del rey de Misr y el panadero delinquieron contra su señor, el rey de Misr. Y se enojó Faraón contra sus dos oficiales, contra el jefe de los coperos y contra el jefe de los panaderos.”*

Asimismo, la palabra “rey”, *malik* en lengua árabe y en el resto de sus dialectos, no significa necesariamente “soberano de un país”, rey o emperador en el sentido que hoy damos a estos términos. *Malik* significa literalmente “dueño de algo”, de forma que quien poseía rebaños, o una tierra, o siervos, era un “malik”, era un “rey”. En el caso que nos ocupa la mejor traducción sería: *“Aconteció después de estas cosas, que el copero del gobernante de Misr y el panadero delinquieron contra su señor el gobernador*

de Misr. Y se enojó Faraón contra sus dos oficiales, contra el jefe de los coperos y contra el jefe de los panaderos.”

Cuando los judíos tradujeron al griego la Torá, estaba claro que Fira’un era el nombre propio de un gobernante, del gobernante de un “misr”. Para ellos, sin embargo, este dato carecía de relevancia, pues lo importante entonces era situar el escenario en Egipto. No podían imaginar que unas ciencias en aquel tiempo aun inexistentes -la arqueología y la lingüística comparada- iban a revelar que nunca hubo un rey egipcio con el nombre de Fira’un, lo que les obligó a transformarlo en título honorífico, pero ya era demasiado tarde para introducir el artículo determinado que acompañase a “Fira’un” en todos los pasajes bíblicos.

Por otra parte, no deja de ser altamente significativo que desde hace ya unos años se esté borrando del material referencial la palabra “faraón”, apareciendo en su lugar la de “rey”. En la Enciclopedia Británica de 2010, cuando buscamos las entradas de los Ramses de la dinastía XIX y XX, descubrimos que ha desaparecido el título de “Faraón”. En todos los casos se refiere a ellos como reyes -el rey Ramses I de Egipto, el rey Ramses II de Egipto... Dado que no han podido amañar el asunto, pretenden ahora que nunca ha existido. En de dos o tres generaciones más los escolares de todo el mundo muy probablemente estudien los nombres de los reyes de Egipto sin que en ningún momento aparezca en sus libros de texto la palabra “faraón”.

5. PABLO DE TARSO PROTEGE EL JUDAISMO FABRICANDO EL CRISTIANISMO

Tras haber logrado los judíos cambiar todo lo que necesitaban para reescribir la historia con la traducción de la Torá al griego, Pablo de Tarso será el encargado de levantar el segundo pilar sobre el que se erigirá el edificio de su poder laico.

El Todopoderoso había encomendado a Sayyidina (nuestro señor) Isa (Jesús) una doble misión. En primer lugar entregar a la casta sacerdotal judía la carta de repudio de su Señor:

Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.

Mateo 21:43

En la crónica de Lucas encontramos uno de los pocos fragmentos del Nuevo Testamento que muy probablemente forme parte del Inyil, del libro que se le reveló a Isa. En todos los Libros Revelados es Allah el que habla, no los Profetas, cuya misión es la de transmitir el Mensaje Divino, no el de redactarlo. En los versículos que citamos a continuación Allah el Altísimo anuncia a los judíos que el Pacto profético se ha terminado:

¡Jerusalén! ¡Jerusalén, que matas a los Profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta.

Lucas 13:34-35

Es el mismo anuncio de divorcio entre Allah el Altísimo y Judá que encontramos en Isaías:

Así dijo el Señor: ¿Qué es de la carta de repudio de vuestra madre, con la cual yo la repudié? ¿O quiénes son mis acreedores, a quienes yo os he vendido? He aquí que por vuestras maldades sois vendidos y por vuestras rebeliones fue repudiada vuestra madre.

Isaías 50:1

Allah el Altísimo no rompe el Pacto con Ibrahim, pero divorcia a la ummah judía, a la ummah israelita. El vaso de la ira del Misericordioso se ha colmado. Ya a Ibrahim se le anunció este divorcio cuando tuvo lugar el Pacto con el Todopoderoso:

Y cuando tu Señor puso a prueba a Ibrahim con palabras que éste cumplió, le dijo: Voy a hacer de ti un dirigente y un ejemplo para los hombres. Dijo: ¿Y lo harás también con mis descendientes?

Dijo: Mi Pacto no alcanza a los injustos.

Qur'an 2-124

El segundo aspecto de esta doble misión era el de anunciar la venida del último Profeta -Muhammad (s.a.s)- que ya no saldrá de la rama de Ishaq, sino de la rama de Ismail:

Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza de ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?

Mateo 21:42

Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos.

Mateo 21:45

La piedra que desecharon los edificadores, que despreciaron, que relegaron al olvido es Ismail, el verdadero constructor de la Ka'bah.

**Y cuando Ibrahim e Ismail erigieron los fundamentos de la Casa:
¡Señor, acéptanoslo! Tú eres Quien oye, Quien sabe.**

Qur'an 2:126

Y esa piedra ha venido a ser cabeza de ángulo, es decir, pilar sobre el que ahora se va a sustentar el Dīn de Allah -Muhammad (s.a.s). Así pues, la casta sacerdotal, los que detentan la enseñanza del Dīn, han comprendido claramente las palabras de Isa -el divorcio de Allah con la ummah israelita, cuya carta de repudio les está entregando. De esta forma se hace realidad la maldición con la que Musa despidió a los judíos:

Pero acontecerá, si no oyes la voz de tu Señor, para procurar cumplir todos Sus mandamientos y Sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán.

El momento, durante tanto tiempo anunciado, ha llegado. Isa abroga las falsificaciones que la casta sacerdotal judía ha introducido en la Torá y les anuncia que vendrá “el Profeta”, el último, con la Ley que será válida hasta el Día del Levantamiento. Esto quiere decir que se ha secado la rama israelita y que va a surgir de la rama ismaelita un nuevo brote, un nuevo cántico, una nueva vida. Así pues, Sayyidina Isa ha finiquitado lo que hoy conocemos con el nombre de judaísmo. ¿Acaso puede haber mayor desastre para el poder judío? Se acabaron sus privilegios, sus abusos, sus manipulaciones, su pretendida identidad de pueblo elegido. Sin embargo, aún les quedaba una bala en la recámara. El proyectil se dirigió derecho al corazón de la fortaleza de la fiṭrah -al iman, a la fe.

En el Talmud hay un apartado que trata de la vida de Isa. En ese capítulo se habla de Pablo bajo el nombre de Simón bin Kifa, como nos lo relata Ziad Muna en su libro *Talfiq Surat al-Ajar fi al-Talmud*. Según se menciona en este libro, Pablo habría sido enviado por el Sanedrín a la comunidad de los seguidores de Isa para crear una nueva religión, desligada del judaísmo, de modo que éste pudiera sobrevivir y continuar existiendo aun después de haber recibido la carta de repudio que el Todopoderoso había ordenado a Isa que entregara a la casta sacerdotal judía. De esta forma se introduce un elemento distorsionador en el ámbito doctrinal. Se rompe el concepto de un solo Dios, de un solo Creador y de un solo Mensaje revelado a la humanidad Profeta tras Profeta, Libro tras Libro. Para obtener este falso desdoble, Saúl (Pablo) deberá presentar a los discípulos de Sayyidina Isa una nueva ‘aqidah (credo) que entre en claro conflicto con la tradición profética y la Torá. Pero ¿cómo podría Pablo conseguir este efecto -alguien que ni siquiera ha conocido personalmente al Maestro; un judío fariseo, enemigo por lo tanto de la nueva comunidad de creyentes? Obviamente, necesitaba de una audaz coartada, tan audaz que por imposible que pareciese tuviera que ser aceptada. Y

ninguna mejor que haber recibido del propio Sayyidina Isa la confirmación de ser él el depositario de la verdadera comprensión del Mensaje Divino.

La puesta en escena tuvo lugar, según la tradición cristiana, en la Vía Recta de Damasco. Llevaba una carta de los principales sacerdotes judíos con la orden de detener a varios discípulos de Sayyidina Isa, pero antes de llegar a su destino, en esa misma calle, una potente luz le cegó derribándole del caballo, al tiempo que escuchaba una voz que le decía:

¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, señor? Y el señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues, pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y de aquellas en que me apareceré a ti...

Hechos 26:14-16

Según la versión del Nuevo Testamento, Pablo no iba solo cuando tuvo lugar este acontecimiento que podríamos calificar, sin temor a exagerar, de transcendental:

Vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo.”

Hechos 26:13

Sin embargo, y a pesar de lo muy afectados y sobrecogidos que debieron quedar sus compañeros, el relato de Pablo es el único que nos ha llegado. Nada sabemos de la identidad de los que supuestamente iban con él -son mudos personajes de cuya existencia real no tenemos noticia alguna. Por esa misma razón, de no haber sido por el apoyo que recibió de Bernabé, los seguidores de Sayyidina Isa lo habrían expulsado de su comunidad sin dudarle un solo instante.

Había llegado el momento de llevar el mensaje de Sayyidina Isa a otras tierras. Bernabé fue a Tarso y trajo a Pablo de vuelta a Antioquía. De esta manera, Pablo volvía a estar, cara a cara, con aquellos a los que una vez había

perseguido. Fue recibido en Antioquía por los discípulos de Sayyidina Isa con la misma frialdad con la que le habían recibido los de Jerusalén. Una vez más, gracias a la intervención de Bernabé, Pablo fue aceptado en la comunidad. Finalmente, Bernabé y Pablo, acompañados de Marcos, sobrino de Bernabé, partieron hacia Grecia en su primer viaje misionero. Los griegos adoraban a una infinidad de dioses. No les importaba aumentar su número pero se oponían a la afirmación de la Unicidad Divina que negaba cualquier otro objeto de adoración. Pronto resultaría evidente que Pablo estaba dispuesto a comprometer las enseñanzas de Isa para lograr que fuesen aceptadas por ellos. Bernabé no pudo tolerar esa forma de proceder:

Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre, y Pablo, escogiendo a Silas, salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor.

Hechos 15:39-40

Pablo se iba desviando cada vez más de las enseñanzas de Sayyidina Isa, poniendo el énfasis en la figura de Cristo, quien, según su versión, se le habría aparecido en visiones. Su nueva 'aqidah se basaba enteramente en una comunicación sobrenatural y no en el testimonio histórico de un Jesús vivo. Su defensa contra aquellos que le acusaban de estar cambiando la guía que Isa había traído consistía en recordarles que lo que él predicaba tenía su origen en una revelación directa de Cristo y que por lo tanto había sido investido de autoridad divina. Al mismo tiempo insistía en la idea de que la ley de Musa no sólo era innecesaria sino además contraria a lo que Dios le había revelado: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley" -Gálatas 3:13. Las enseñanzas de Pablo lograron cambiar completamente la figura histórica de Jesús.

Ahmad Thompson, *Blood on the Cross*. Ed. Taha, pag.4-7

La versión de Pablo no tiene testigos independientes y por lo tanto es la única a considerar o a rechazar, y el que se elija una u

otra opción dependerá de la habilidad narrativa y del carisma de quien relate la historia. En este caso la historia la relata Pablo, un sabio fariseo, gran conocedor de las Escrituras y experto orador. Estas cualidades serán las que consigan que Bernabé le apoye una y otra vez frente al rechazo general de la comunidad de creyentes, y que nuevos adeptos a las enseñanzas del Profeta Isa adopten su ‘aqidah. A su elocuente discurso se va a unir la transcendental misión para la que el “Señor le ha elegido”:

El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido Me es éste, para llevar Mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los Banu Israil.

Hechos 9:15

Con la confirmación por parte del “Señor” de que -a pesar de haber vivido Sayyidina Isa rodeado de fieles discípulos a los que en numerosas ocasiones les había otorgado un alto rango en la tierra y en los cielos- será él, Pablo, el depositario del Mensaje Divino, de su correcta comprensión y el encargado de llevarlo a toda la humanidad. Con estas credenciales se presentará ante los seguidores del Maestro con la nueva ‘aqidah, que le ha sido entregada personalmente y en secreto por el “Señor”.

La resistencia de Pedro y de otros discípulos a admitir la historia de Pablo y, sobre todo, su interpretación del Mensaje Divino, queda de manifiesto en el Nuevo Testamento -unas veces sin ambages, y otras distorsionada por el cambio de personajes que introducen los escribas, o los encargados de “revisar” periódicamente la Biblia y editar “nuevas versiones”:

Pero cuando Pedro vino a Antioquia, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por ellos a aquella hipocresía. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio,

dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, y no como judío, ¿cómo es que obligas a los gentiles a judaizar?

Epístola de Pablo a los Gálatas 2:11-14

Hay un virulento conflicto entre la 'aqidah que los discípulos de Sayyidina Isa han aprendido directamente del Maestro y la que ahora predica Pablo, en la que introduce elementos contrarios al Mensaje Divino. En el siguiente texto vamos a ver más claramente cuáles son:

Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesárea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan, el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. Entonces él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo (el Mesías). Pero él les mandó que no dijese esto de él a ninguno.

Marcos 8:27-30

Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan, el Bautista; otros, Elías; y otros que algún profeta de los antiguos ha resucitado. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Entonces respondiendo Pedro, dijo: El Cristo (el Mesías) de Dios. Pero él les mando que no dijese esto encargándosele rigurosamente.

Lucas 9:18-21

Viniendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan, el Bautista; otros, Elías; y otros Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo (el Mesías), **el Hijo del Dios viviente**. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre,

sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos. Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era Jesús el Cristo.

Mateo 16:13-19

Si leemos cuidadosamente estas tres citas, veremos que corresponden a un mismo suceso y que su semejanza sólo puede deberse a que son copias del texto original sobre el que se ha montado gran parte del Nuevo Testamento.

Los investigadores están acercándose cada vez más a la comprensión de cómo y cuándo se escribieron los evangelios. Se acepta que los nombres Marcos, Mateo, Lucas y Juan son atribuciones tardías; los autores reales son desconocidos. Ahora hay acuerdo casi unánime que Marcos escribió primero y que fue reformado por "Mateo" y "Lucas", agregando éstos material adicional.

Earl Doherty, *Buscando la Verdad: El rompecabezas de Jesús*

Isa pregunta a sus discípulos quién dice la gente que es él; y la respuesta es siempre la misma: un profeta de los que quedaban por venir, o uno de los antiguos que hubiera resucitado. Bajo ningún concepto podía pensar nadie que se tratase del hijo de Dios ni que el Creador del Universo pudiera tener hijos. A continuación, Isa les pregunta quién dicen ellos que es él, a lo que Pedro contesta en los tres textos que es el Cristo (término griego para Mesías, *Mesiah* en árabe, y que significa el “ungido”) -un hombre, pues, un profeta. Sin embargo, en la crónica de Mateo se añade: "*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente*". Pero -*el Hijo del Dios Viviente*- no puede ser del texto original ya que la crónica base es la de Marcos, en la que no se menciona “ese detalle” ni tampoco en la de Lucas. De haber pertenecido al texto original, todos ellos lo habrían mencionado puesto que no se trata de un dato

marginal, aleatorio. El pasaje en cuestión está construido sobre una pregunta fundamental: “¿Quién decís vosotros que soy yo?” y una respuesta decisiva de la que va a depender la comprensión religiosa del cristianismo. Esa respuesta es: “El Mesías”. Si la respuesta hubiese sido: “El Mesías, el Hijo del Dios Viviente”, ni Marcos ni Lucas la habrían omitido. En ningún otro texto se menciona este hecho de forma clara; bien al contrario, en todos ellos se refuerza la idea de la Unicidad de Allah y de Isa como Profeta.

Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israil; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos. Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él.

Marcos 12:29-32

En el siguiente texto de la crónica de Marcos, Isa rehúsa ser alabado, y mucho menos deificado, dejando claro que las alabanzas pertenecen sólo a Allah:

Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios.

Marcos 10:17

De forma general, la Unicidad de Allah está presente a lo largo de todo el Nuevo Testamento:

Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios les entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que

cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es Bendito por los siglos. Amén.

Romanos 1:23-25

Vemos en este texto la incompatibilidad de asociar nada ni nadie con Allah. Cuando decimos “Dios incorruptible” o “Dios les entregó...” ¿a quién nos estamos refiriendo? ¿Quién entrega; quién da las órdenes? En el texto que citamos a continuación la afirmación de la Unicidad de Allah es rotunda:

Acerca, pues, de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores) para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él.

1 Corintios 8:4-6

Analicemos ahora los versículos en los que supuestamente Pedro declara la deidad de Isa y es enaltecido por él, conjuntamente con los tres siguientes en los que Isa maldice a Pedro:

Viniendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan, el Bautista; otros, Elías; y otros Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo (el Mesías), **el Hijo del Dios viviente**. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la

tierra será desatado en los cielos. Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era Jesús el Cristo.

Mateo 16:13-19

Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar el tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

Mateo 16:21-23

Un texto realmente inexplicable y fuera del hilo conductor de la historia. Repasemos bien la escena: Este discípulo, Pedro, quien acaba de declarar que Isa es hijo de Dios, le recrimina, le pide que rectifique; lo lleva aparte y le dice: “¡Pero qué estás diciendo!” Un hombre, un simple humano, se atreve a dar lecciones al hijo de Dios, a Dios mismo. Por su parte, Isa, quien acaba de otorgar a Pedro los más altos honores con los que honrar a un hombre (“y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”) le llama shaytan, satanás -el peor calificativo que se puede dar a un creyente. ¡Qué diálogo tan extraño! Algo no termina de encajar en esta escena. Pero ya hemos visto que en el texto de Mateo había una interpolación, precisamente la que afirma por boca de Pedro que Isa es el hijo del Dios viviente. En realidad, el añadido no sólo es el texto, sino también la persona que lo dice. El escenario real tuvo que ser muy diferente.

Imaginemos por un momento que los dos personajes no hubieran sido Pedro e Isa, sino Pedro y Pablo. Reconstruyamos la escena. Pablo está diciendo a la gente que Isa es el hijo de Dios y que su muerte en la cruz y posterior resurrección al tercer día ha servido para redimir al hombre que crea en ello y salvarle del fuego eterno. Esa era la misión que los principales sacerdotes

habían encargado a Pablo -anunciar la deidad de Isa y abrogar la Ley divina; y desde que entra en Damasco no hace sino predicar este nuevo credo:

Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco. En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el hijo de Dios. Y todos los que le oían estaban atónitos...

Hechos 9:19-21

Parecía como si esa noticia fuese nueva, algo que nunca antes habían escuchado de boca de los otros discípulos de Isa. Y así era en efecto, pues se trataba de la nueva doctrina que traía Pablo para desplazar con ella a la de los discípulos más próximos al Maestro y establecerla como el “verdadero evangelio”. No es un dato a pasar por alto el que las epístolas de Pablo ocupen nada menos que el 47% de todo el Nuevo Testamento, un buen porcentaje para alguien que ni siquiera conoció personalmente al Profeta Isa.

Al oírle, Pedro le llama aparte y le recrimina por lo que está diciendo, por aquellas aseveraciones tan contrarias a la ‘aqidah que ha escuchado de los mismísimos labios del Maestro -ni éste era hijo de Dios ni había muerto crucificado ni había resucitado al tercer día; de la misma forma que la Ley no puede abrogarse, sino cumplirse, acompañándola de buenas obras. Pablo se da cuenta de que la gente les está escuchando y es entonces cuando arremete contra Pedro para dejarle en evidencia ante los demás, llamándole shaytan -satanás- y acusándole de buscar la vida de este mundo más que la Vida del Más Allá.

En la epístola de Pablo a los Gálatas vemos que esta disputa va a continuar hasta la escisión de la comunidad de seguidores de Isa en dos grupos: los paulistas -los seguidores de la ‘aqidah de Pablo, basada en la deificación de Isa y en la sustitución de la Ley divina por la fe; y los seguidores de la ‘aqidah de Isa, transmitida y defendida por sus principales discípulos -Pedro, Bernabé y otros.

Este dilema lo resolverá Constantino al dar poder absoluto a la Iglesia católica -paulista- y al perseguir a muerte a los arrianos, a los donatistas y a otros grupos que negaban la deidad de Isa y la Trinidad.

En esta epístola Pablo arremete contra Pedro de forma virulenta, acusándolo de hipócrita y de no actuar conforme a la verdad del “evangelio”. De nuevo, contrasta este maltrato con el alto grado al que el propio Isa le había elevado. ¿Quién es este Pablo que sin haber siquiera conocido al Maestro se atreve a recriminar y a declarar “públicamente” que aquel a quien Isa le ha dado las llaves del cielo está actuando en contra de su “palabra”?

Pero cuando Pedro vino a Antioquia, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por ellos a aquella hipocresía. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, y no como judío, ¿cómo es que obligas a los gentiles a judaizar?

Epístola de Pablo a los Gálatas 2:11-14

Mas Pedro nada tiene que ocultar ni de nadie tiene que esconderse. Ha sido uno de los más próximos a Isa y conoce perfectamente el espíritu y la letra del mensaje del Mesías.

Y empezó Pedro a explicárselo punto por punto, diciendo: “Yo estaba orando en la ciudad de Jopa, cuando vi en éxtasis una visión: un recipiente como un mantel grande que descendía, bajado del cielo por sus cuatro puntas, y que llegaba hasta mí. Yo lo miraba con la vista fija en él, y vi cuadrúpedos de la tierra, bestias, reptiles y aves del cielo. Oí asimismo una voz que me decía: "Anda, Pedro, mata y come." Pero yo dije: "De ninguna manera, Señor; jamás cosa profana o impura entró en mi boca." Y me respondió de nuevo la voz

del cielo: "Lo que Dios ha declarado puro, tú no lo llames profano." Esto se repitió hasta tres veces, y de nuevo fue retirado todo al cielo. Al instante se presentaron en la casa donde estábamos tres hombres enviados desde Cesarea en busca de mí. Y el Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar en modo alguno. Vinieron también conmigo estos seis hermanos y entramos en la casa de aquel hombre. Él nos contó cómo había visto en su casa al ángel que se le presentó y le dijo: "Envía a Jopa a buscar a Simón, por sobrenombre Pedro; él te dirá palabras en virtud de las cuales serás salvo tú y toda tu casa." Y en comenzando yo a hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como al principio sobre nosotros. Y recordé la palabra del Señor cuando decía: "Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo." Si, pues, Dios les otorgó el mismo don que a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder impedírselo a Dios?" Al oír esto, se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: "Según esto, Dios ha dado también a los gentiles la conversión que conduce a la vida."

Hechos de los Apóstoles 11:4-18

Es cierto que el mensaje que trae Isa no va dirigido a la humanidad de forma indiscriminada, sino, antes bien, a "las ovejas descarriadas de los Banu Israil", a los corruptos sacerdotes, a los escribas y fariseos, al pueblo que, engañado por los falsos maestros, ha seguido sus mismos extravíos.

El último mensaje, el que sí irá dirigido a toda la humanidad hasta el Día del Levantamiento, aún no ha llegado. Es el mensaje que brotará de la otra rama del tronco santo de Ibrahím, la rama ismaelita, y que será transmitido por Muhammad (s.a.s). Pedro, consciente de esta realidad, no habla a los gentiles, pero tampoco los rehúye o los desprecia. Es un creyente, alguien que se ha sometido a la voluntad de Allah: "*Si, pues, Dios les otorgó el mismo don que a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder impedírselo a Dios?*" De la misma manera actuó Isa con la samaritana:

El respondiendo, dijo: No soy enviado, sino a las ovejas perdidas de la casa de Israil. Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. Y ella dijo; Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Isa, dijo: Oh, mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora.

Mateo 15:24-28

Esta actitud contrasta con la de Pablo, que es enteramente política. Por un lado, trata con ella de ganar adeptos en vez de transmitir el Mensaje Divino sin ningún tipo de concesiones; por otro, presenta la nueva ‘aqidah como el final del proceso profético -ya no habrá más enviados ni libros ni revelaciones. El hijo de Dios ha descendido sobre la tierra y nos ha redimido con su pasión y muerte; por lo tanto, el mensaje de Isa es el último y debe ser llevado a toda la humanidad; y ésta será la ‘aqidah con la que Constantino cristianice a todo el Imperio Romano.

Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley.

1 Corintios 9:19-21

Ya hemos dicho que el otro cambio doctrinal de la nueva ‘aqidah que trae Pablo a los seguidores de Sayyidina Isa es la salvación por la fe, quedando de esta forma abrogada la Ley.

Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Isa, nosotros también hemos

creído en Isa, para ser justificados por la fe del Mesías y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado.

Gálatas 2:15-16

Lo cual iba en contra de la propia enseñanza de Sayyidina Isa:

No penséis que he venido para abrogar la Ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido.

Mateo 5:17-18

En estos dos versículos, Isa desmiente la ‘aqidah de Pablo: Nadie puede abrogar la Ley, la cual permanecerá vigente hasta el Último Día *-hasta que pasen el cielo y la tierra*. Isa no es el sello de la Profecía, sino su anunciador, y así lo manifiesta Yahia (Juan el Bautista) al ser interrogado por un grupo de fariseos:

Este es el testimonio de Yahia cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú quién eres? Confeso y no segó, sino que confesó: Yo no soy el Cristo (Mesías en griego). Y les preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el Profeta? Y respondió: No.

Juan 1:19-21

Los que interrogan a Yahia no son judíos iletrados, sino sacerdotes y levitas, conocedores de la Ley y de la profecía. Yahia les tiene intrigado, pues no aparece en sus libros, y el Sanedrín decide enviar a un grupo de sabios para que le interroguen y averigüen si es él el Mesías; por lo tanto, está claro que esperaban su llegada. Sin embargo, no acaba aquí el interrogatorio, pues los judíos esperaban también al “Profeta”, y del versículo que hemos citado se desprende claramente que el Mesías era alguien distinto del Profeta. En efecto, Isa era el Mesías y Muhammad (s.a.s) el Profeta.

Ese fue el gran trabajo de Pablo, su misión, su encomienda - separar el judaísmo del Mensaje que había traído Isa y que, de prosperar, daría al traste con la casta sacerdotal judía. Pablo derriba los dos pilares básicos de la Revelación: el monoteísmo y la Ley. Ahora Dios tenía un hijo y la fe en este hecho -totalmente absurdo e inaceptable- bastaba para salvarnos. Pablo había colocado una bomba de relojería programada para explotar en algún momento de un futuro impredecible para él, pero cuyo efecto diabólico sería el de dismantelar el cristianismo y desacreditar el Islam. Al caer los católicos -y más tarde los protestantes- en la trampa de la Trinidad y de la fe sin ley, se estaban condenando a un futuro ostracismo y a la repulsa de la humanidad. Los judíos mantienen el monoteísmo y la Ley basados en un Libro Revelado, la Torá. Y lo mismo sucede con los musulmanes, quienes proclaman el tawhid (la Unicidad absoluta de Allah) y la necesidad de seguir los preceptos contenidos en la shari'ah (Ley divina), basado todo ello en su Libro Revelado, el Qur'an. Los cristianos, en cambio, tienen ahora frente a sí la imposible tarea de rectificar el absurdo de la Trinidad y paliar su orfandad legislativa. Hay una clara división teológica y legal entre el judaísmo -que se "mantiene fiel" a los Profetas, a la Ley divina y al mensaje de la Unicidad del Altísimo- y el cristianismo, que ha deificado a un Profeta, a un Enviado, y ha eliminado la Ley divina.

De esta forma, podemos decir que uno de sus enemigos potenciales quedaba fuera de combate. Habían ganado una batalla, es cierto, pero no la guerra, pues el Islam no sólo desmentía la Trinidad y la crucifixión de Isa (a.s), sino que además denunciaba la falsificación que había sufrido el Libro Revelado a Musa (a.s), la Torá, a manos de los escribas judíos; unificaba toda la genealogía profética desde Adam hasta Muhammad (s.a.s), y daba respuesta a la tan esperada venida del Mesías -Isa, y del Profeta -Muhammad, anunciada repetidamente en los rollos y pergaminos que manejaban los fariseos. De esta forma se cerraba el círculo, quedando fuera el judaísmo y el cristianismo como

religiones fabricadas por el hombre y, dentro, el Islam como la forma universal de adoración.

El Profeta Musa (a.s) no menciona en la Torá la palabra “judaísmo” ni los Profetas se refieren a este término en el Antiguo Testamento; de la misma forma que la palabra “cristianismo” no aparece en ningún lugar del Nuevo Testamento. Ningún enviado dijo nunca -¡Sed judíos o sed cristianos! Ni consta en ninguno de Sus Libros Revelados que el Todopoderoso lo hubiera dicho. Sin embargo, el último cántico sí va a tener un nombre -Islam- con el que delimitar la forma de adoración aceptada por el Altísimo, y abrogar todas las demás.

**Es Él Quien mandó a Su enviado con la guía y el Dīn verdadero
para hacerlo prevalecer sobre todos los demás;
y Allah basta como Testigo.**

Qur'an 48:28

**Y quien busque un Dīn otro que Islam, no le será aceptado, y en
la Última Vida será de los perdedores.**

Qur'an 3:85

No obstante, la lucha por conseguir que el mundo entero abrace el laicismo como sistema político y social, y el ateísmo masónico como la nueva religión para la humanidad continua y continuará hasta el Último Día. La mayoría de los hombres estarán apostados en su trinchera, frente a la cual se abrirá la de los creyentes; la de los que mantienen el Pacto con Allah el Altísimo. Los asaltantes enarbolarán la bandera del hombre como única entidad superior, por encima de la cual no habrá más cielo que el de su razón ni más paraíso que el de sus deseos.

6. JOSEFO AÑADE MÁS LEÑA A LA HOGUERA DE LA FALSIFICACIÓN HISTÓRICA

Los cimientos del edificio laico iban robusteciéndose, pero los judíos querían un templo indestructible. Había, pues, que seguir levantando pilares hasta construir una estructura capaz de

soportar los vientos más huracanados. Y eso hicieron con la ayuda del judío romanizado, Flavio Josefo, quien presentó un texto llegado -según su versión de los hechos- de la antigüedad egipcia. Veamos cómo se confeccionó la artificiosamente afamada *Historia de Egipto* de Manetón. El libro se consideró durante siglos como una certera interpretación de la antigüedad, provisto de una clara y definitiva cronología perfectamente afinada con la bíblica. Las perspectivas no podían ser más halagüeñas. Sin embargo, cuando analizamos los estudios sobre la obra, aparece el desencanto junto con la sospecha de estar ante un trabajo inútil y tendencioso. En primer lugar, porque del autor de la obra mencionada no tenemos sino unos exiguos y ambiguos datos biográficos, de los que ni siquiera podemos deducir su realidad histórica. Incluso su nombre resulta controvertido, sin poder llegar a un acuerdo en cuanto a su significado, resultando, en algunos casos, las opiniones de los "expertos" realmente dispares. Para algunos, podría significar "Verdad de Tot". W.G. Waddell, en cambio, se inclina por "Don de Tot", "Amado de Tot" o "Amado de Neit". Cuando llegamos a Cerny la disparidad se acentúa aún más ya que al hacerlo derivar del copto, le da el significado de "mozo de cuadra". Tampoco podemos estar seguros de si Manetón es un nombre propio o hace referencia a un cargo sacerdotal. Por su parte, Plutarco, en su libro *Isis y Osiris*, menciona el hecho de que Suidas considerase que Manetón no era el nombre de un solo autor sino de dos diferentes, adscritos a dos ciudades distintas.

De esta forma, los primeros datos que nos llegan parecen indicar que Manetón pudo haber sido el nombre de un individuo, un título, o un aglutinador de varios nombres correspondientes a personas diferentes. La falta de una mínima información biográfica fiable descalifica el texto como material histórico verificador. Tampoco la pretendida pertenencia de Manetón al clero egipcio parece probada, ya que su propia identidad como alguien que vivió en un lugar y en un tiempo determinados, y que ejerció una función específica y conocida, resulta indemostrable.

Por otro lado, la mayor parte de sus obras nos han llegado de forma fragmentaria, y presentan serias dudas de que fuera Manetón el autor de las mismas.

El *Libro de Sozis* es una lista de 86 monarcas que Sincelo atribuyó a Manetón. No obstante, se dan en esta obra algunas circunstancias que nos hacen poner en duda que fuera escrita realmente por él. Los *Apotelesmatika* se atribuyeron frecuentemente en la Antigüedad a Manetón. Los Libros I y V aparecen con dedicatorias al rey Ptolomeo aunque no resulta claro si se pueden atribuir a Manetón – como lo plantea W. Scout en su *Hermetica*. Eruditos como W. Kroll y Köchly señalan incluso diferencias cronológicas a la hora de datar el libro que van desde el 120 a. C. hasta el siglo IV d. C. en algunos de los fragmentos. Aún mayor dificultad nos plantean las obras restantes.

César Vidal Manzanares, *Introducción a la Historia de Egipto de Manetón*.

El libro de bolsillo, Alianza Editorial.

No obstante, la obra que realmente nos interesa analizar es la *Historia de Egipto*, cuyo texto original no existe. Lo único que tenemos a nuestra disposición son fragmentos que nos han llegado a través de dos transmisiones diferentes -la primera la constituyen las citas del propio Flavio Josefo; y la segunda, las referencias que los Padres hacen a Manetón, si bien éstas no provendrían de la obra misma de Manetón, sino de otras, a las que no se menciona. En todo caso, la finalidad del montaje Josefo-patristica era la de hacer coincidir los relatos bíblicos con la cronología de antiguas civilizaciones como la egipcia.

Empezamos a comprender la importancia oblicua de esta obra. De forma elíptica se nos está diciendo que tal prodigio de la literatura egipcia, en realidad, nunca existió. Si escudriñamos convenientemente la vida de Josefo, entenderemos la maniobra que llevó a cabo para apuntalar el prestigio de la cultura judía frente a la griega, y confirmar la "verdad histórica" del éxodo judío.

Josefo nació alrededor del año 37 d.C. en el seno de una familia sacerdotal de Judea ligada a la monarquía de los Asmoneos

o Hasmoneos, denominación adoptada por Flavio Josefo para designar la dinastía judía de los Macabeos, desde Simón (143-135 a.C.) hasta Antígono (40-37 d.C.), tomándola de Hasmon, un antepasado de la misma. La principal fuente para acercarnos a los Asmoneos es Flavio Josefo, pues los dos libros del Antiguo Testamento sobre los Macabeos sólo abarcan desde Seleuco IV (187 a.C.) hasta el asesinato de Simón Macabeo (134 a.C.) De esta forma, Flavio Josefo se erigió en uno de los grandes artífices de la historia antigua, haciéndola coincidir, geográfica y cronológicamente, con sus intereses de judío resentido.

En el año 64 se trasladó a Roma para conseguir de Nerón la liberación de algunos sacerdotes judíos, amigos suyos, capturados durante las revueltas judías contra los romanos, causa por la que será procesado y encarcelado, siendo liberado al poco tiempo gracias al “apoyo” de Sabina Popea, esposa del emperador.

Tras su vuelta a Jerusalén, en el año 66, estalla la Gran Revuelta judía y es nombrado por el Sanedrín de Jerusalén comandante en jefe de Galilea, con la misión de organizar y dirigir su defensa. Capitula en el verano del año 67 tras seis semanas de haber defendido la casi inexpugnable fortaleza de Jotapata. La mayoría de sus compatriotas fueron asesinados. Josefo será capturado y llevado ante la presencia del por entonces general Vespasiano, ante quien hará gala de su gran formación y le vaticinará que pronto será nombrado emperador. Al cumplirse su predicción es liberado en el año 69, pasándose a llamar Flavio Josefo. En ese mismo año se unió al séquito de Tito, hijo de Vespasiano, en su marcha hacia Judea, siendo testigo ocular de la destrucción de Jerusalén y del Segundo Templo, y participando como mediador entre ambas partes. Preferimos no imaginarnos en qué consistió la mediación de Josefo; en todo caso, no debió de ser muy favorable a sus compatriotas judíos, pues en el año 71 viaja a Roma y por orden del emperador se le otorga una pensión vitalicia, la ciudadanía romana bajo el nombre de Tito Flavio y la casa que fuera otrora residencia del mismísimo Vespasiano. Josefo se ha movido entre dos aguas -luchando contra los romanos y

sirviéndoles. Si esa simpatía fue sincera o movida por intereses de salvaguardia, lo cierto es que al final de su vida sufre el desencanto de la gran Roma y decide escribir una historia de Egipto en lengua griega que demuestre la longevidad del pueblo de Israel y lo bien fundado de sus tradiciones religiosas.

¿Existió verdaderamente Manetón? Si existió, no fue, desde luego, el autor de *Historia de Egipto* tal y como nos ha llegado, fragmentada, de la mano de Josefo. Quizás hubo un texto base -y muy probablemente no en griego- que el historiador judío utilizó para su trabajo apologético, modificando el texto original o creándolo él mismo para demostrar la supremacía racial, histórica y cultural-religiosa de los israelitas.

Cómo llegó Josefo a valerse del texto de Manetón y en qué medida es fiel al citar al mismo es algo cuya respuesta está inevitablemente sujeta a la conjetura. Aparte de la equivocada interpretación histórica, Josefo no utilizó a Manetón de una manera uniforme. Aunque entramos en un terreno discutible, creemos que el uso pudo acercarse bastante a lo que exponemos a continuación:

- Los párrafos 75-82, 94-102a y 237-249 son citas fundamentalmente literales de Manetón.

- Los párrafos 84-90, 232-249 y 251 pudieran ser citas libres de Manetón.

- Los párrafos 254-261, 267-269, 271-274, 276-277 y, posiblemente, 102b-103 indican controversia, por lo que es dudoso su valor real. Es probable que Josefo los deformara para que sirvieran a sus propósitos.

- Los párrafos 83, 91 y 250 quizá fueron adiciones al Manetón auténtico.

Josefo no confiaba en Manetón como historiador sino en la medida en que pudiera justificar sus interpretaciones apriorísticas de la historia de Israel; en tanto no se diera tal circunstancia, estaba preparado para tergiversarlo o incluso para denigrarlo como fuente histórica poco fiable. Por desgracia, Josefo fue antes ideólogo tendencioso que historiador y nos privó de todo el testimonio manetoniano,

sustituyéndolo por unos apaños del texto insostenibles y que, para nosotros, revisten mucho menos interés.

César Vidal Manzanares, *Introducción a la Historia de Egipto de Manetón*.

La historia, sin embargo, no termina aquí; tampoco sus consecuencias. Eliminando la fuente primera -si es que alguna vez la hubo- Josefo pasa su visión -apoyada en un Manetón inventado o manipulado- al cristianismo, que enseguida la acepta necesitado como estaba de identificar su origen con el judío, con la Torá y sus Profetas. Esos Padres "historiadores" se encargarán de corromper lo poco que Josefo había dejado intacto, añadiendo y cambiando todo aquello que sirviese para lograr un nuevo texto a su favor.

La patrística -la segunda fuente a través de la cual nos ha llegado la obra de Manetón- tomó como tarea el adulterar un texto que ya estaba adulterado. Eusebio elaboró en su *Crónica* una serie de cuadros sincrónicos cuya finalidad consistía en probar que la religión judía era la más antigua del mundo y, a través de ella, como su legítima sucesora, lo era la cristiana. Prescindiendo de su valor en relación a la obra de Manetón, lo cierto es que en el curso de la Edad Media la *Crónica* se convirtió en elemento base para la historiografía de la época. Se puede decir, sin exagerar, que constituyó un auténtico pilar de la investigación histórica durante siglos. De esta forma, los judíos y sus escribas cristianos han ido construyendo la historia sobre textos manipulados de procedencia incierta. Los ventrílocuos judíos hablaban y sus muñecos paulistas gesticulaban.

Por su parte, Jorge el Monje, también denominado Sincelo, escribió una historia del mundo titulada *Eklogué Cronografías*, que se extendía desde Adam a Diocleciano. Con esta obra trataba de demostrar que Cristo había nacido en el año 5500 después de la Creación del mundo. Utilizó la obra de Manetón al hablar de la historia de las 31 dinastías egipcias que iban del Diluvio universal hasta Darío.

Parece indiscutible que Jorge utilizó a Eusebio, ya que el texto griego del Padre nos ha llegado en parte citado

precisamente por aquél. Más discutible resulta afirmar que Jorge utilizara directamente a Julio Africano y cabe la posibilidad de que lo hiciera a través de otra obra, es decir, que se trataría de un uso indirecto. Por último, llegó a conocer la *Crónica Antigua* y el *Libro de Sozis*, considerado, al menos el último, como genuinamente manetoniano. En esto se equivocaba, puesto que ambas obras son seudo manetonianas y desde luego utilizan fuentes distintas de Manetón.

César Vidal Manzanares, *Introducción a la Historia de Egipto de Manetón*.

De esta forma los judíos volvían a apropiarse de un texto, en parte real y en parte inventado, para secuestrar la historia, la investigación, la lógica y presentar un bochornoso escenario que sólo lograría mantenerse en pie esgrimiendo la amenazadora espada de la Iglesia católica. Todo ese cúmulo de anomalías y falsificaciones cronológicas y geográficas se convertirá en la base “científica” sobre la que se levantará el edificio de la historia.

Pero gracias a este montaje el pueblo judío lograba erigirse de nuevo como el más antiguo de la tierra, portador de la civilización y del monoteísmo. El tercer pilar trasladaba a Occidente la cosmogonía judía y la plantaba con tal fuerza y destreza que de ella florecería la comprensión histórica y la demostración inequívoca de que la Biblia era la única fuente fiable y segura para datar los acontecimientos históricos y situarlos geográficamente.

La influencia de los escritos de Flavio Josefo podría abarcar muchos más campos que el de la historiografía. Autores como E. Schürer o F.C. Burkitt han señalado posibles influencias de la obra del historiador judío en el libro de los Hechos del Nuevo Testamento. Aunque otros investigadores mantienen ciertas reservas al respecto, no parece en absoluto descabellado que Josefo haya tenido que ver con la elaboración de textos bíblicos.

El comentario de Gary William Poole sintetiza de forma clara el valor de la obra de Josefo que durante siglos ha servido como única fuente sobre la antigüedad -todavía hoy se sigue manteniendo su división del antiguo Egipto en 30 dinastías: “Como

historiador, Josefo comparte los errores de la mayoría de los escritores antiguos: sus análisis son superficiales; su cronología falsa; sus comentarios exagerados; sus discursos apañados. Es especialmente tendencioso cuando su reputación está en juego. Su estilo griego, cuando es realmente suyo, no merece el epíteto de “el Livio griego”, que a menudo se ha asociado a su nombre.”

7. EL ANTIGUO TESTAMENTO ABSORBE EL INYIL

Los ventrílocuos, saeteados por los aguerridos centinelas de la fiṭrah, no logran conciliar el sueño. El primero en sacudirse el sopor, alarmado por las voces de guardianes y educadores -voces perturbadoras que podrían interferir en el buen ritmo con el que se estaba construyendo el gran edificio laico judío- ha cogido al muñeco que yacía en el suelo con los ojos abiertos; ha introducido la mano en su famélico cuerpecito de trapo y le ha hecho decir con voz gangosa: “Uno de los grandes misterios de la historia es la desaparición del Inyil.” Todos se miran con gesto inquisitivo; nadie conoce el significado de esa palabra; es la primera vez que la oyen. El muñeco gira a derecha e izquierda con un rápido movimiento; después, mira al ventrílocuo y mueve los labios de arriba abajo: “Están confusos.” Levanta los bracitos y grita a la muchedumbre con voz infantil: “¡No lo necesitamos!”

Así es. A los cristianos les parece bien su Nuevo Testamento, sus cuatro evangelios escritos por unos cronistas anónimos que en ningún momento declaran escribir bajo inspiración divina; muy al contrario, afirman hacerlo por propia voluntad e iniciativa. Lucas, o quien quiera que sea la persona a la que representa ese nombre, dedica el primer capítulo de su crónica a un tal Teófilo:

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia

todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, o excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.

Lucas 1:1-4

El muñeco se lleva las manitas a la cabeza y el ventrílocuo exclama: "Según todos los concilios, el tema está sellado -cuatro evangelios, cuatro santos, cuatro soplos divinos entrando en sus corazones, cuatro ángeles dictándoles palabra por palabra, frase por frase." El muñeco gira la cabeza hasta colocar su mirada frente a la del ventrílocuo y dice con inusitada temeridad: *"Me ha parecido también a mí... Eso es lo que ha dicho Lucas."* Nadie sabe qué carta jugar; se miran unos a otros con nerviosismo. El muñeco rompe el hielo: "Quizás se trate de una invención de los musulmanes. Aparte del Qur'an, en ningún otro sitio se menciona este libro. El Mesías no estaba para recibir libros. Además, en cuanto que hijo de Dios, ¿qué falta le hacían?" Los 'ulamah musulmanes están de acuerdo con los cristianos: "El asunto está zanjado; allá cada cual con su libro. Lo importante es amarnos y firmar resoluciones finales tras las clausuras de los congresos interreligiosos."

A las atalayas de la fortaleza de la fiṭrah no llegan los gritos del muñeco ni las reflexiones de los "sabios". Sabemos que el Inyil le fue revelado a Isa y sabemos que está en alguna parte, como sabemos que están las primeras hojas, las de Ibrahim y las de Musa. Todo ese material con el que fue instruido el hombre yace mezclado con textos escritos por las manos mentirosas de los escribas judíos; textos eclécticos que siglo tras siglo han ido engordando el Antiguo Testamento.

Es posible que desapareciera en el gran tumulto político-religioso que siguió a los años posteriores a Isa y que culminó con las persecuciones -ya en tiempos de Constantino- de todos los grupos "unitarios" que negaban la deidad del Mesías y lo proclamaban Profeta. Otra teoría -mucho más plausible- sería la de que el texto completo, o parte de él, se fue añadiendo a los libros del Antiguo Testamento, mezclándose con ellos, hasta dar con la

actual construcción bíblica -un apaño mucho más reciente de lo que se nos ha hecho creer.

Lo primero que llama nuestra atención cuando abrimos el Antiguo Testamento en lengua árabe y vemos la lista de Profetas que allí aparecen es la similitud consonantal entre algunos de sus nombres; similitud que se pierde cuando los transliteramos a una lengua europea. Así, entre Isaías, Oseas y Josué no parece que haya semejanza alguna; pero si ahora tomamos su forma árabe o siríaca, el resultado que obtendremos será sorprendentemente distinto: Isha'ia, Husha', Isha'a. En cuanto que lengua consonantal, en el árabe como en sus inmediatas derivaciones -siríaco y fenicio (el arameo y el llamado hebreo son dialectos del siríaco)- la verdadera estructura de las palabras viene marcada por las consonantes, ya que las vocales se pronuncian pero no se escriben y pueden variar dialectalmente de una zona a otra. Si ahora extraemos de estas tres palabras las partículas que no forman parte intrínseca de su estructura consonantal, veremos que se trata, en realidad, del mismo nombre: I(sha')ia, Hu(sha'), Ia(sha'). La partícula "ia" no es parte de la palabra; hace referencia a Dios -en la mitología sumeria a la deidad del agua se la denomina "ia"- o puede indicar una forma admirativa que acompaña a alguno de Sus atributos. El segundo nombre, Husha', aglutina los vocablos "hua" o "huwa" -que significa "él"- y "sha'". El signo '-' indica la letra 'ain, cuyo sonido no existe en ninguna lengua europea. Si ahora extraemos la vocal que une las dos consonantes, obtendremos una misma estructura consonantal -sh'. Por lo tanto, tenemos tres nombres, tres profetas que, en realidad, hacen referencia a una misma identidad. Esta identidad es Jesús -I'sa, cuya estructura consonantal es idéntica a las de Isaías, Oseas y Josué. En el paso del árabe al siríaco y al fenicio, el sonido "sh" se intercambia en muchos casos por el sonido "s". Este mismo cambio consonantal se ha producido en la lengua española al no existir en ésta el sonido "sh". Por otra parte, si hacemos uso de la metátesis -cambio del orden de las consonantes en una misma palabra- la letra 'ain del final pasaría al principio de la palabra: de

Isha(')ia derivaría a I(')sa; de Isha' a I'sa. Esta metátesis se manifiesta claramente en el nombre que utilizan los cristianos orientales para Jesús -Iasu'. Aquí vemos el paso de "sh" a "s" y de la letra 'ain del principio -en I(')sa- al final -en Iasu(').

Este fenómeno, este generar identidades diferentes a partir de un mismo nombre, es algo que se repite constantemente a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Lo vemos asimismo en los nombres propios que se le dan al Creador: Jehová y Yahvé -lahowah (o Yahowah) y lahweh (o Yahweh) en siríaco respectivamente. Ya hemos visto que la partícula "ia" o "ya" nunca es de la palabra; significa Dios, o indica admiración, o alabanza. Por lo tanto, la estructura consonantal es *hwh* y hace referencia al pronombre personal "Él" -huwa, al que se añade el prefijo "ia" o "ya", dando lugar a la palabra "Yahuwah" o "Yahweh", que podríamos traducir por "Oh Él", "Él es", o también "Él, el Dios". La utilización del pronombre personal "Él" para dirigirse al Creador es muy común también en el Qur'an; en numerosas aleyas aparecen los términos "Huwa" -"Él"- o "Huwa-l-ladhi" -"Él es aquel" o también "Él es quien". En cuanto al término "Jehová" nos parece acertada la idea de que se trata de un cambio de vocales en la palabra "Yahweh".

Es un nombre artificialmente formado para designar al Dios de Israil que aparece por primera vez en el siglo XVI de nuestra era en los textos cristianos. Esta nueva forma fue el resultado de un cambio de actitudes con respecto al uso del nombre de Dios. El término "Yahweh" dejó de pronunciarse a partir del tercer siglo a. C. aparentemente para no profanar tan sagrado nombre. En su lugar, se comenzó a utilizar la palabra "Adonai" que en griego significa "señor". Cuando se fue vocalizando el texto bíblico (aprox. 1000 d.C.), las consonantes de Yahweh se conservaron pero las vocales de "Adonai" fueron las utilizadas para recordar a los lectores el verdadero nombre. La tradición cristiana del Renacimiento combinó erróneamente las consonantes de Yahweh y las vocales de "Adonai" dando lugar a "Jehovah".

Oxford Companion to the Bible, Jehovah

Como ya hemos visto, al transliterar los nombres bíblicos a las lenguas europeas, perdemos de vista las similitudes que hay entre ellos y sus derivaciones. Muchos cristianos de habla hispana podrían preguntarse cómo el nombre Jesús puede derivar de Isa – l'sa. Sin embargo, si damos a la letra “j” española el sonido que tiene en la mayoría de las lengua europeas -“ya” o “ia”, tendremos el término “Iesus” o “Yesus”. Si ahora retiramos las vocales de la palabra, nos quedará “Iss”, y entre ambas eses podemos colocar “a” en vez de “u”, ya que las vocales en las lenguas consonantales varían fácilmente con el transcurso del tiempo o al pasar de una región a otra. Por otra parte, la “s” final desaparece en muchas lenguas, sustituyéndose por una “h” aspirada; como por ejemplo en el caso de Isaías que en inglés se escribe Isaiah. Ahora el nombre Isas -o Isah- ya no es tan lejano de ‘Isa como nos parecía en un principio.

Para comprender este fenómeno y evitar sus dañinas consecuencias debemos tener en cuenta que al trabajo de falsificación y manipulación de los escribas judíos se debe añadir la ignorancia de unos y el estricto ateísmo de otros. Estos factores eran los que les impedían entender el material que tenían en sus manos. No lograban darse cuenta de que muchos de esos nombres a los que asignaban un libro y una identidad profética hacían referencia a una misma persona. De esta forma se fue desparramando el Inyil no sólo por los libros de Isaías, Oseas y Josué, sino también por el de Jeremías, los Salmos y por la práctica totalidad del Antiguo Testamento. Sin embargo, y a pesar del trabajo de encubrimiento al que se han dado los escribas judíos milenio tras milenio, siguen quedando pasajes en este y en aquel libro que señalan a una realidad muy distinta de la que intentan presentar rabinos y prelados.

Desde las atalayas de la fiṭrah hemos alcanzado con la vista hermosos escenarios en los que nuestros más lejanos antepasados copiaban y preservaban las hojas de Ibrahim y de Musa, el Zabur, la Torá y el Inyil. Todas esas tablillas sumerias y akadias; esos

textos fenicios; esas inscripciones yemenís y de África oriental... no son sino memorándums de la Revelación Divina.

Nuestro trabajo de investigación se asienta sobre la certeza de que el hilo conductor del Relato Profético nunca podrá cortarse ni destruirse. En Iraq los asaltantes han robado cientos de documentos, de tablillas, de inscripciones, de tratados; lo mismo que han hecho en Afganistán, en Egipto, en Turquía, en toda África... pero hemos encontrado uno de los cabos que puede llevarnos a una nueva y saludable interpretación bíblica.

En los capítulos 52 y 53 del libro de Isaías encontramos varios versículos que han sido "tradicionalmente" utilizados para demostrar que ya en el Antiguo Testamento estaba anunciado el Mesías. Sin embargo, si abandonamos el gregarismo de los "investigadores" bíblicos, enseguida caeremos en la cuenta de que la persona a la que están haciendo referencia estos versículos no puede ser Isa:

Cómo se asombraron de ti muchos, de tal manera fue
desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más
que la de los hijos de los hombres.

Isaías 52:14

La misma idea de la falta de hermosura en la persona de la que se habla se repite en el capítulo 53:

... no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin
atractivo para que le deseemos.

Isaías 53:2

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de
dolores, experimentado en quebranto; y como que
escondimos de él el rostro fue menospreciado y no lo
estimaron.

Isaías 53:3

Nada más contrario a la realidad que atribuir a Isa esta descripción. Sabemos que era un hombre de gran atractivo y belleza, y que en absoluto fue menospreciado o desestimado, pues

en el Nuevo Testamento se relata cómo la gente le seguía por doquier y quedaba cautivada por su elocuencia y su semblante. Sus únicos enemigos -lógicos- eran los sacerdotes judíos que veían en sus palabras y en su comportamiento una seria amenaza al *status quo* que habían conseguido con sus enredos políticos.

Por cárcel y por juicio fue quitado.

Isaías 53:8

Tampoco esta información concuerda con la vida de Isa. Según la tradición cristiana fue detenido y torturado, pero nunca sufrió prisiones. En las cuatro crónicas queda claramente descrito el itinerario que siguió después de haber sido arrestado. En ningún momento se dice que fuera encarcelado.

Y se dispuso con los impíos su sepultura...

Isaías 53:9

Otro episodio extraño y disonante con la historia de Isa. También aquí hay discrepancia entre la información que nos llega de Isaías y lo que afirman los cuatro cronistas:

Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús.

Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo.

Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

Mateo 27:57-60

Así, pues, Isa fue enterrado solo y en sepultura nueva. Revisemos de nuevo el capítulo 53.

Subirá cual renuevo delante de él y como raíz de tierra seca.

Isaías 53:2

Se habla aquí de un renuevo y de raíces que saldrán de una tierra seca; es decir, de una tierra estéril; y así es como los árabes

denominan a la mujer que por su edad ya no puede engendrar y que por lo tanto es como tierra seca, muerta, que no da fruto. ¿Cómo, pues, de esa tierra seca puede surgir una raíz, una planta, un árbol? Sabemos que, precisamente, ese fue el caso del Profeta Yahia -Juan el Bautista. Era hijo de Zakariah y el Qur'an nos informa que su madre lo concibió a pesar de ser estéril:

Dijo: ¡Señor mío! ¿Cómo es que voy a tener un hijo si he alcanzado ya la vejez y mi mujer es estéril? Dijo: Así es, Allah hace lo que quiere.

Qur'an 3:40

Así pues, de esa tierra estéril surgió una planta, un árbol, una raíz fuerte -el Profeta Yahia.

Ahora podemos entender mejor por qué se habla de la fealdad, o al menos de la falta de hermosura, y de la tosquedad de la persona mencionada. Sabemos que Yahya vivía en el desierto y se vestía con pieles de animales; y también sabemos que su rostro estaba semicubierto por una larga cabellera y una frondosa barba. Así se le describe en la crónica de Mateo:

Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y su comida era langostas y miel silvestre.

Mateo 3:4

Y fue el cuerpo de Yahia el que se dispuso con los impíos. Después de ser decapitado muy probablemente su cuerpo fuera arrojado a una fosa común junto con algunos delincuentes ajusticiados. En Mateo y Marcos se dice que sus discípulos se llevaron el cuerpo una vez decapitado, pero no se dice que fuera enterrado solo. En Lucas no se menciona este hecho.

... como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.

Isaías 53:7

En la crónica de Mateo (14:10) se dice que Herodes ordenó decapitar a Yahia en la cárcel. Por lo tanto, él sí sufrió prisiones y corrió la misma suerte que los corderos cuando son llevados al matadero. Según la tradición cristiana Isa murió crucificado y según la tradición musulmana no murió de forma violenta:

**...Pero aunque así lo creyeron, no lo mataron ni lo crucificaron.
Y los que discrepan sobre él, tienen dudas y no tienen ningún
conocimiento de lo que pasó, sólo siguen conjeturas. Pues con
toda certeza que no lo mataron. Sino que Allah lo elevó
hacia Sí. Allah es Poderoso y Sabio.**

Qur'an 4:156-157

Es obvio, pues, que no se está hablando de Isa, ya que ninguna de las informaciones mencionadas hasta ahora concuerda con lo que sabemos de él. En cambio, todas ellas coinciden con las noticias que nos han llegado de Yahia.

En Isaías tenemos parte del Inyil -el Libro que le fue revelado a Isa y en el que se relatan acontecimientos relacionados con Yahia. En el capítulo 8, Isaías revela claramente su verdadera identidad -Isa:

He aquí, yo y los hijos que me dio el Señor somos por
señales y presagios en Israil, de parte del Señor de los
ejércitos, que mora en el monte de Sion.

Isaías 8:18

Isaías habla en primera persona y habla de sus hijos, de sus seguidores. No los ha elegido él. Son los que Allah le ha dado; y los ha hecho por señales y presagios, haciendo que los milagros fuesen su principal elocuencia a la hora de mostrar a sus contemporáneos que era un enviado de Allah. Sabemos por los manuscritos de Qumran que los seguidores de Isa eran esenios, que en árabe son designados con el término "al-asiniin", de la raíz "asaa", que significa "el que cura". Los milagros que realizó Isa y sus discípulos eran mayoritariamente curaciones -devolvían la vista a los ciegos, el oído a los sordos, o curaban a los leprosos.

Nunca ha existido un profeta llamado Isaías; con este nombre no se ha hecho sino suplantar la identidad de Isa.

En un pasaje del libro *Who Wrote the Bible* de Richard Elliott se menciona a Isaías como prueba de la diversidad de autores que a lo largo de los siglos habrían ido escribiendo el Antiguo Testamento y creando nuevos libros y apartados -en Isaías se mezclarían pasajes de un periodo de tiempo de casi 800 años. Sin embargo, en *Oxford Companion to the Bible*, en el artículo dedicado a Isaías, se dice que este libro mantiene una unidad teológica y literaria que no vuelve a repetirse en ningún otro libro del Antiguo Testamento. Esto entraría en contradicción con ese dilatado periodo que abarcaría el libro de Isaías -800 años, o 400 como viene siendo la cifra que dan las nuevas investigaciones bíblicas:

El primer Isaías (capítulos 1-39) habría sido escrito en el siglo 8 a.C.; el segundo (capítulos 40-55) en el 6 a.C.; y el tercero (capítulo 56-63) en el 5 a.C. No obstante cada vez hay más especialistas que adelantan el periodo en el que fueron escritos los tres Isaías 400 años.

Oxford Companion to the Bible, Isaías

Esta contradicción es sólo aparente si tenemos en cuenta que nunca existió un Profeta llamado Isaías ni la mayoría de los que se citan en el Antiguo Testamento. Ya hemos dicho que muchos de los escribas judíos que a lo largo de la historia han ido manipulando los textos que caían en sus manos eran ignorantes y no profesaban más creencia que la de mantener sus privilegios sacerdotales. Los 400 años que abarca el libro de Isaías corresponderían al periodo en el que se fueron recopilando e introduciendo en él los textos del Inyil. La pretendida Torá no es sino un amasijo de recopilaciones eclécticas en las que podemos encontrar pasajes revelados mezclados con comentarios y añadidos de esos ignorantes y -en muchos casos- ateos escribas.

Pasajes del Inyil están interpolados entre otros textos a lo largo de todo el Antiguo Testamento. De la misma forma, en este

libro y en aquel otro se repiten las mismas historias con diferentes nombres y lugares geográficos. A algunos de los Profetas se les cambia su identidad dándoles diferentes nombres según los pasajes en los que se les menciona. En el libro de Daniel se narra la historia de sus tres compañeros arrojados al fuego por los sacerdotes de su ciudad -casi idéntica a la que nos transmite el Qur'an cuando habla de lo que le aconteció a Ibrahim antes de su emigración:

He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.

Entonces Nabucodonosor se llenó de ira contra Sadrac, Mesac y Abde-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado. Y esos tres varones cayeron atados dentro del horno de fuego.

Entonces el rey Nabucodonosor se levantó espantado y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Respondieron: En verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí que yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses. Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno y les dijo: Salid y venid. Y todos veían cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabeza se había quemado; sus ropas estaban intactas.

Daniel 3:17-27

Dijo: ¿Es que adoráis a parte de Allah lo que en nada os beneficia ni os perjudica?

¡Lejos de mí vosotros y lo que adoráis fuera de Allah!

¿Es que no podéis razonar?

Dijeron: Quemadlo y proteger así a vuestros dioses, si es que sois capaces de actuar.

Dijimos: Oh fuego, sé frío y benigno para Ibrahim.

Qur'an 21:66-69

La interpolación en el libro de Daniel es doble. Por una parte se incrusta en el texto general la historia de Ibrahim y por otra se suplanta su identidad; pues ¿quién es Daniel? Su nombre consta de la partícula “el”, que significa Dios, y de “danī”, participio activo del verbo dāna; una palabra del árabe antiguo que significa cercano, amigo íntimo. Si ahora unimos las dos partes del nombre, tendremos que Daniel, en realidad, significa “amigo cercano, amigo íntimo de Dios, de El, de Allah”; y sabemos por el Qur’an que el amigo íntimo de Allah es Ibrahim:

Y Allah tomó a Ibrahim como amigo íntimo.

Qur’an 4:125

En el libro de Josué encontramos otra repetición de relatos. Esta vez se ha interpolado la escena de Musa cuando sube al Monte y le habla el Altísimo:

Y el Príncipe del Señor respondió a Josué: Quítate el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo.

Josué 5:15

**En verdad, Yo soy tu Señor, quítate el calzado
pues estás en el valle santo Tuwa.**

Qur’an 20:12

De la misma forma, vamos a ver estas interpolaciones en las crónicas del Nuevo Testamento. Pasajes de Isaías como el que citamos a continuación:

Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil.

La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres.

Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña.

¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?

Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: Le quitaré su vallado, y será consumida: aportillaré su cerca, y será hollada.

Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella.

Ciertamente la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israil, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza, justicia, y he aquí clamor.

Isaías 5:1-7

aparecen literalmente transcritos en las crónicas de Mateo, Marcos y Lucas:

Oid otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores...

Mateo 21:33

Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se ausentó por mucho tiempo.

Lucas 20:9

Entonces comenzó Jesús a decirles por parábolas: Un hombre plantó una viña, la cerco de vallado, cavó un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores y se fue lejos...

Marcos 12:1

En los textos del Nuevo Testamento que acabamos de citar no se dice al relatar la parábola de la viña que se haya tomado de Isaías ni se hace referencia alguna a las Sagradas Escrituras. Sin embargo, esta no era su práctica habitual. En Marcos vemos el uso

de fórmulas introductorias para advertir al lector que el texto que viene a continuación se ha tomado de los libros de los Profetas:

Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz.

Marcos 1:2

El Inyil está diseminado por todo el Antiguo Testamento, especialmente en Isaías, y es muy probable que ninguno de los cronistas del Nuevo tuviera consciencia de ello.

También en Jeremías encontramos pasajes del Inyil en los que se relata parte de la historia de Yahia:

Y yo era como cordero inocente que llevan a degollar, pues no entendía que maquinaban designios contra mí, diciendo: Destruyamos el árbol con su fruto, y cortémoslo de la tierra de los vivientes, para que no haya más memoria de su nombre.

Jeremías 11:19

"Como cordero inocente que llevan a degollar" -la misma expresión que aparece en Isaías; la misma historia repetida en dos libros diferentes. A continuación se habla de la trama que urden para matarle. Pero no sólo buscan acabar con su vida, sino también con su recuerdo: *"para que no haya más memoria de su nombre."* Y así fue. Yahia desaparece del Antiguo Testamento y su papel en el Nuevo es el de mero anunciador de Isa -curiosa tarea si tenemos en cuenta que ambos profetas eran contemporáneos.

Sin embargo, Allah el Altísimo no podía permitir que el nombre de Yahia cayera en el olvido. El Inyil lo rememora en Jeremías y en Isaías, como también lo hace el Qur'an; y aun en el Nuevo Testamento se le menciona en una historia que se mezcla y mal interpreta con la del propio Isa -sobre ellos dos la paz. En este caso, el asunto se complica, pues se añade un elemento inventado que forma parte del acervo cultural y religioso de Occidente -José el carpintero. ¡Qué extraño personaje! Para haber sido el esposo de la madre de Dios y tutor de ese Dios encarnado es

sorprendente que no sepamos nada de él y que desaparezca totalmente tras el nacimiento de Isa. Si murió antes de que Isa fuese "crucificado", ¿cómo es posible que ni siquiera se mencione su muerte? Y si estaba vivo durante su Pasión, ¿cómo es que tampoco se dice nada de su actitud ante hecho tan transcendental? Lo cierto es que en aquel tiempo no era fácil falsificar o reescribir un libro que estaba esparcido por decenas de rollos, pergaminos, pieles y otros soportes. A través de esta torpe manipulación, se creó el personaje "José" al confundirlo con dos entidades, una humana -Zakariyah -Profeta, padre de Yahia y tutor de Mariam; y otra divina -el Ruh con forma humana que se presentó a Mariam y que la acompañó hasta que dio a luz a Isa. Veamos ambos episodios.

En la crónica de Lucas encontramos el texto donde se confunde el relato del nacimiento de Yahia con el de Isa:

Cuando a Elizabet se le cumplió el tiempo de su alumbramiento, dio a luz un hijo.

Y cuando oyeron los vecinos y los parientes que Dios había engrandecido para con ella su misericordia se regocijaron con ella.

Aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño; y le llamaban con el nombre de su padre, Zakarias;

Pero respondiendo su madre, dijo: No, se llamará Juan.

Le dijeron: ¿Por qué? No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre.

Entonces preguntaron por señas a su padre, cómo le quería llamar.

Y pidiendo una tablilla escribió diciendo: Juan es su nombre. Y todos se maravillaron.

Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua y habló bendiciendo a Dios.

Y se llenaron de temor todos sus vecinos; y en todas las montañas de Judea se divulgaron todas estas cosas.

Y todos los que las oían las guardaban en su corazón diciendo: ¿Quién, pues, será este niño? Y la mano del Señor estaba con él.

En los primeros versículos se relata el nacimiento de Yahia y en los últimos el de Isa. En esta mezcla de secuencias es donde se produjo la confusión, que para más tarde subsanarla se inventaría el personaje de “José el carpintero”. El primer error del cronista radica en el hecho de dejar mudo a Zakariah durante todo el embarazo de su esposa, y aun después de éste hasta el octavo día. El ángel Yibril le ha anunciado que tendrá un hijo. A Zakariah esta noticia le resulta increíble, pues él es un hombre mayor y su esposa estéril. Por ello pregunta al ángel: “¿En qué conoceré esto?” Es decir, ¿cómo sabré que lo que me estás anunciando realmente va a suceder? El ángel le responde que permanecerá mudo hasta que “esto se haga”; es decir, hasta el momento de la fecundación, no hasta el momento del parto. Más aún, si Zakariah hace ocho días que tiene al pequeño Yahia en sus brazos, qué sentido tiene permanecer mudo. ¿Qué mejor confirmación que ver al recién nacido con sus propios ojos?

Dijo Zakarías al ángel: ¿En qué conoceré esto, porque yo soy viejo y mi mujer es de edad avanzada?

Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto se haga.

Lucas 1:18-20

Según el Qur'an fueron tres noches (con sus días) las que permaneció mudo. Al no haber ninguna causa natural que le impidiera hablar, su mudez durante este periodo era una clara señal para él de que el anuncio de Yibril era cierto y se iba a cumplir.

En el versículo 65 se produce la amalgama de textos -“y se llenaron de temor todos sus vecinos; y en todas las montañas de Judea se divulgaron todas estas cosas”. ¿Qué es lo que pudo causar el temor de todos los vecinos? Más aún, ¿qué son “todas esas cosas” que se divulgaron por las montañas de Judea? ¿Resultaría lógico concluir que los vecinos se llenaron de temor

porque Zakariah se echó a hablar, porque se abrió su boca, se desató su lengua y bendijo al Altísimo? Veamos la narración coránica de la historia del nacimiento de Yahia y el de Isa, y su simultaneidad:

**¡Oh Zakariah! Te anunciamos un hijo cuyo nombre será Yahia,
nadie antes de él ha recibido este nombre.**

Qur'an 19:7

El diálogo que aparece en Lucas es una invención del cronista. A Zakariah se le dijo desde el día del anunciamento que su hijo se llamaría Yahia, un nombre que ningún mortal había llevado antes de él. Una forma en la que el Altísimo tuvo a bien honrarle, como más tarde honraría a Muhammad (s.a.s) dándole un nombre con el que tampoco nadie había sido llamado antes de él.

**Dijo: ¡Oh Señor! ¿Y cómo tendré un hijo siendo mi mujer estéril y
yo un anciano? Dijo: Así lo ha dicho tu Señor, eso es fácil para Mí;
igual que una vez te creé y no eras nada.**

**Dijo: ¡Señor mío! Dame un signo. Dijo: Tu signo será que durante
tres noches no pondrás hablar a la gente aunque
no adolezcas de ningún mal.**

Qur'an 19:8-10

El signo que Allah le da es quedarse mudo durante tres noches -con sus tres días. Por lo tanto, cuando nace Yahia, Zakariah ya habla, pues la señal que le ha dado el Altísimo nada tiene que ver con la comprobación del embarazo ni del posterior alumbramiento. Al quedarse mudo durante tres noches y tres días, Zakariah adquiere la certeza de que su esposa dará a luz un hijo varón, por nombre Yahia.

**Así apareció ante su gente desde el mimbar y les hizo saber que
debían glorificar mañana y tarde.**

Qur'an 19:11

Zakariah ha recibido la buena nueva de Yahia y pide a la gente que glorifique al Todopoderoso y le dé gracias por tan gran bendición.

¡Yahia! ¡Toma el Libro con fuerza! Y siendo un muchacho le dimos el juicio, así como ternura procedente de Nosotros y pureza, y era temeroso (de su Señor).Y bueno con sus padres sin ser arrogante ni rebelde. Paz sobre él el día en que nació, el día de su muerte y el día en que sea devuelto a la vida.

Qur'an 19:12-15

En el Inyil que aparece en Isaías y en Jeremías vemos que la función de Yahía fue muy importante. Allah el Altísimo le pide que coja la Ley, el Mensaje Divino, con fuerza y denuncie las falsedades y la corrupción de la casta sacerdotal. En este sentido hay que entender su papel como anunciador -no de Isa, sino de su tarea, la de denunciar a la casta sacerdotal y proclamar la venida del último Profeta:

¿Cómo decís: Nosotros somos sabios, y la ley de Jehová está con nosotros? Ciertamente la ha cambiado en mentira la pluma mentirosa de los escribas.

Jeremías 8:8

Y en Oseas -Husha'- Yahia arremete con fuerza contra la sociedad judía que sigue, sin ningún conocimiento, a la corrupta casta sacerdotal:

Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos

Oseas 4:6

Veamos ahora el relato del nacimiento de Isa:

Y menciona en el Libro a Mariamⁱ cuando se apartó de su gente retirándose a un lugar al este.Y se ocultó de ellos con un velo; y le

enviamos Nuestro Rûḥ que asumió la forma de un bashar -ser humano- en todos los aspectos. Dijo: “Me refugio en el Misericordioso de ti, si eres temeroso (*de Él*).” Dijo: “En verdad que soy un Mensajero de tu Señor para concederte un niño puro.” Dijo: “Me anuncia un niño pero con ningún bashar -mortal- he tenido relaciones ni soy una fornicadora?” Dijo: “Así ha dicho tu Señor: ‘Eso es algo de poca importancia para Mí; será un Signo para los hombres y una Misericordia. Es un asunto decretado.’ ” Y concibió; y se retiró lejos de allí. Y le sobrevino el parto junto al tronco de una palmera. Exclamó: “¡Ojala hubiera muerto antes de esto, y hubiera quedado olvidada de todos!” Y la llamó desde abajo: “No te entristezcas, tu Señor ha dispuesto debajo de ti un arroyo. Sacude hacia ti el tronco de la palmera y caerán dátiles maduros y frescos. Come y bebe, y reconforta tu ánimo. Y si ves a algún bashar -humano- dile: ‘He hecho promesa de ayuno al Misericordioso y hoy no puedo hablar con ningún insân.’

Qur'an 19:16-26

Aunque relata la historia de forma muy concisa, el Qur'an nos hace sentir la angustia y la soledad en la que Mariam alumbró al bendito Isa. Ahora tiene que volver a su gente, y no va a ser fácil explicarles cómo ha tenido ese hijo que trae en los brazos:

Y llegó a su gente llevándolo en sus brazos. Dijeron: ¡Mariam! Has traído algo insólito. ¡Oh hermana de Harún! Tu padre no era un hombre de mal ni tu madre una fornicadora.

Entonces hizo un gesto señalándole. Dijeron: ¿Cómo vamos a hablar con un niño de pecho?

Dijo: Yo soy el siervo de Allah. Él me ha dado el Libro y me ha hecho profeta. Y me ha hecho bendito dondequiera que esté y me ha encomendado la salah y la zakat mientras viva. Y ser virtuoso con mi madre; no me ha hecho ni insolente ni rebelde. La paz sea sobre mí el día en que nací, el día de mi muerte y el día en que sea devuelto a la vida.

Qur'an 19:27-33

Esta es la razón de que sintieran temor y divulgaran “todas esas cosas” por las montañas de Judea. No es Zakariah quien abre la boca y a quien se le desata la lengua, sino a Isa quien, aun siendo un recién nacido, habla con juicio y sabiduría.

En otro relato se vuelve a interpolar la figura de José esta vez para confundirla con la del Ruh en forma humana enviado por Allah a Mariam.

Hay numerosas Aleyas en las que se menciona a Mariam como la madre de ‘Îsâ, pero hay 5 en las que se relata su historia y como se llevó a cabo la concepción de su hijo, el bendito ‘Îsâ -estas son 4:171, 5:110, 19:16-22, 23:50 y 66:12. Veámoslas.

¡Oh Gente del Libro! No estéis tan erróneamente apegados a vuestro Dîn y no digáis de Allah sino la verdad. El Masîh, hijo de Mariam, no fue sino uno de los Mensajeros de Allah, una Orden Suya de creación depositada en Mariam y un Rûh proveniente de Él.

Qur-an 4:171

Quando Allah dijo a ‘Îsâ hijo de Mariam: “Recuerda la Gracia que te concedí a ti y a tu madre cuando te apoyé con el Rûh Qudus y de esta forma pudiste hablar a la gente cuando estabas en la cuna y ya de mayor.

Qur-an 5:110

En estas dos primeras Aleyas, se habla de una Orden Suya de Creación y del Rûh como los instrumentos que propiciaron la concepción de ‘Îsâ; sin embargo, estas indicaciones no tienen demasiado sentido para nosotros pues no entendemos cómo se materializaron, cómo fecundaron a Mariam. La tercera Aleya, en cambio, es mucho más explícita:

Y Mariam, la hija de Imrân, la que guardó (*supo cuidar bien de*) su abertura, e insuflamos en ella parte de Nuestro Rûh. Y la que creyó en la veracidad de las Palabras de su Señor y en Sus Libros y fue de las piadosas.

La palabra árabe utilizada en el Qur-an es -faryy- y en esta Aleya viene acompañada del pronombre posesivo -de ella, hâ- resultando la expresión -faryahâ- que significa -su apertura, su vulva. Y fue allí, en la apertura, donde se insufló el Rûḥ. Pero seguimos sin comprender cómo se manifestó ese acto de insuflarle el Rûḥ. La explicación completa la encontramos en la sûrah de Mariam:

Y menciona en el Libro a Mariam cuando se apartó de su gente retirándose a un lugar al este. Y se ocultó de ellos con un velo; y le enviamos Nuestro Rûḥ que asumió la forma de un bashar -ser humano- en todos los aspectos. Dijo: “Me refugio en el Misericordioso de ti, si eres temeroso (*de Él*).” Dijo: “En verdad que soy un Mensajero de tu Señor para concederte un niño puro.” Dijo: “Me anuncia un niño pero con ningún bashar - mortal- he tenido relaciones ni soy una fornicadora?” Dijo: “Así ha dicho tu Señor: ‘Eso es algo de poca importancia para Mí; será un Signo para los hombres y una Misericordia. Es un asunto decretado.’ ” Y concibió; y se retiró lejos de allí.

19:16-22

En estas Aleyas se nos aclara que el Rûḥ se manifestó en forma de hombre, de bashar, y se añade la palabra -sawiya- que significa -completo, correcto, sin que le falte nada, en todos los sentidos, en todos los aspectos. Es decir, una entidad humana con todos sus elementos o, si se quiere, con todos sus órganos, con todos sus miembros. Y fue a través de ese Rûḥ -con apariencia humana- como se le eyaculó a Mariam el agua primordial, dando lugar a un ser humano con características muy especiales.

Cuando se acerca el momento de alumbrar, Mariam se retira a un lugar apartado de su gente y es acompañada no por José -un personaje que probablemente nunca existió o si realmente existió no tuvo relación alguna con Mariam- sino por el Ruh en forma

humana quien la protege durante el viaje y la “asiste” en el alumbramiento:

Y le sobrevino el parto junto al tronco de una palmera. Exclamó: “¡Ojala hubiera muerto antes de esto, y hubiera quedado olvidada de todos!” Y la llamó desde abajo: “No te entristezcas, tu Señor ha dispuesto debajo de ti un arroyo. Sacude hacia ti el tronco de la palmera y caerán dátiles maduros y frescos. Come y bebe, y reconforta tu ánimo. Y si ves a algún bashar -humano-dile: ‘He hecho promesa de ayuno al Misericordioso y hoy no puedo hablar con ningún insân.’

Qur-an 19:23-26

La escena es aclarada en la siguiente Aleya:

E hicimos del hijo de Mariam y de su madre un Signo. A ambos les dimos cobijo en un lugar elevado, protegido, donde había arroyos.

Qur-an 23:50

Mariam ha alumbrado a Isa **-en un lugar elevado, protegido, donde había arroyos**; el Ruh con forma humana, desde abajo, le conforta y le indica cómo abastecerse de dátiles y dónde purificarse. Más tarde vuelve a su gente con el niño en sus brazos.

La historia de Mariam y la concepción de su hijo Isa aparece en el Nuevo Testamento de forma muy similar a como es relatada en el Qur-an a condición de que eliminemos la figura de José el Carpintero, una figura no sólo a-histórica sino también contraria a la propia naturaleza humana. Su irracional relación con Mariam queda puesta de manifiesto en los primeros versículos del Evangelio de Mateo.

El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de se juntasen, se halló que había concebido de Espíritu Santo.

Mateo 1:18

No sabemos el tiempo que transcurrió entre el día de su boda hasta que se halló que había concebido del Espíritu Santo, pero obviamente no debió ser la misma noche de bodas. ¿Por qué no se juntó entonces a María esa misma noche como hacían y hacen todas las parejas del mundo? ¿Qué impidió a Mariam recibir a su esposo y qué hizo que José no se acercase a su esposa, sin duda una joven dulce y bella? La historia de Mariam se reviste de irracionalidad al introducir la figura de José el Carpintero. El Qur-an nos relata que Mariam era una joven piadosa, dedicada por completo a la adoración de su Señor, y que estaba bajo la custodia de Zacarías, esposo de su parienta Elizabeth. Y es en esta situación, como ya hemos relatado, en la que concibe por “obra” del Ruh de Allah que se le aparece en forma humana. Y es ese Ruh en forma humana quien le acompañará al lugar donde dará a luz a su hijo Isa. De esta forma, el Qur-an devuelve la naturalidad y racionalidad a la historia de Mariam y de su hijo Isa.

Vemos pues que Isa y Yahia son figuras claves en la historia de la humanidad que hay que eliminar o al menos trastocar para que los poderosos lobbies judíos de todos los tiempos puedan continuar sus negocios sin mayores molestias.

Yahia arremete contra la casta sacerdotal judía denunciando su ceguera y su falta de conocimiento, pero ésta logra que lo degüellen como a un cordero. Ahora será Isa quien tome su relevo y entregue la carta de repudio de su Señor a la ummah israelita.

De nuevo, en el libro de Jeremías encontramos pasajes del Inyil en los que se sigue hablando de Yahia:

Vino a mí palabra de Jehová diciendo: No tomarás para ti mujer ni tendrás hijos ni hijas en este lugar.

Jeremías 16:1-2

Yahia no se casó ni tuvo descendencia, pues su corta misión consistió en preparar el terreno a Isa y pasarle el testigo. El propio Qur'an confirma este hecho:

Y los ángeles le llamaron mientras permanecía en pie rezando en el lugar de oración: Allah te anuncia la buena noticia (del nacimiento) de Yahia, que será confirmador de una palabra de Allah, señor, casto, y de entre los justos profeta.

Qur'an 3:39

La palabra “casto” es *hasuuran* en árabe, y significa “aquel que no tiene relaciones sexuales con nadie ni está casado”, y es solamente a Yahia a quien el Qur'an da este calificativo.

En el siguiente pasaje del Inyil incrustado en el libro de Jeremías encontramos una prueba más de que con este nombre se está ocultando a Yahia:

Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.

Y yo dije: ¡Ah! ¡Ah! ¡Señor! He aquí, no sé hablar, porque soy niño.

Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que envié irás tú, y dirás todo lo que te mande.

Jeremías 1:4-7

Un texto extraño; incluso podría pasar por cabalístico si no fuera porque el Qur'an nos desvela la identidad de ese “muchacho” dotado de juicio y discernimiento:

¡Yahia! ¡Toma el libro con fuerza! Y siendo un muchacho le dimos el juicio.

Qur'an 19:12

Todo el Antiguo Testamento está impregnado del Inyil. Ello evidencia que gran parte de los libros que lo componen fueran escritos después de Isa y después de Muhammad (s.a.s) -una constante falsificación que el Todopoderoso desvela una y otra vez en el Qur'an:

¡Ay de los que escriben el Libro con sus propias manos y luego dicen: Esto ha venido de Allah! Vendiéndolo a bajo precio.

En el siglo XVII el filósofo inglés Thomas Hobbes y unos pocos años después Isaac de la Peyrere, un calvinista francés, afirmaban rotundamente que Musa no era el autor del Pentateuco. Esto significa que lo que llamamos "la Torá" pasó más de 1000 años de la era cristiana sin que nadie hiciese un estudio crítico desde el punto de vista lingüístico, histórico o literario. Este hecho contrasta con la repetida advertencia que se hace en el Qur'an a los judíos del castigo que recibirán por reescribir su libro y ocultar ciertos manuscritos (rollos).

Y lo que con más ahínco ha ocultado la pluma mentirosa de los escribas es la misión de Isa anunciada por Yahia y contenida en el Inyil, diseminado por todo el Antiguo Testamento. Esta misión es doble -entregar la carta de repudio a la casta sacerdotal judía, y proclamar la venida del último Profeta -Ahmad (s.a.s). Así lo vemos anunciado en el Qur'an:

Los Banu Israil que cayeron en la incredulidad fueron maldecidos por boca de Daud e Isa, hijo de Mariam.

Qur'an 5:78

Y en la siguiente aleya encontramos descrita la segunda tarea encomendada a Isa:

Y cuando dijo Isa, hijo de Mariam: ¡ Banu Israil! Yo soy el Mensajero de Allah para vosotros, para confirmar la Torá que había antes de mí y para anunciar a un mensajero que ha de venir después de mí y cuyo nombre es Ahmad.

Qur'an 61:6

Son las mismas encomiendas que aparecen en el libro de Isaías -en primer lugar, el divorcio de Allah con los Banu Israil:

Así dijo Jehová: ¿Qué es de la carta de repudio de vuestra madre, con la cual yo la repudí? ¿O quiénes son mis acreedores, a quienes yo os he vendido? He aquí que por

vuestras maldades sois vendidos y por vuestras rebeliones
fue repudiada vuestra madre.

Isaías 50:1

¡Importantísimo este pasaje! Allah el Altísimo no rompe el Pacto con Ibrahím, pero divorcia a la ummah judía, a la ummah israelita. El vaso de la ira de Allah se ha colmado. Ya a Ibrahím se le anunció este divorcio:

**Y cuando tu Señor puso a prueba a Ibrahím con palabras que éste cumplió, le dijo: Voy a hacer de ti un dirigente y un ejemplo para los hombres. Dijo: ¿Y lo harás también con mis descendientes?
Dijo: Mi Pacto no alcanza a los injustos.**

Qur'an 2:124

En segundo lugar, se anuncia la llegada de Muhammad (s.a.s), quien sellará la profecía:

Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo que la boca del Señor nombrará.

Isaías 62:2

En el Qur'an Allah el Altísimo pronuncia este nuevo nombre:

**Y quien busque otro Dīn que Islam, no le será aceptado,
y en la Última Vida será de los perdedores.**

Qur'an 3:85

En Isaías 11 encontramos la confirmación de este mismo anuncio:

Saldrá una vara del tronco de Isai, y un vástago retoñará de sus raíces.

Isaías 11:1

Según algunos comentaristas, Isai sería el padre de Daud, pero ya hemos visto que los nombres propios en el Antiguo Testamento se utilizan, en muchas ocasiones, de forma arbitraria por

ignorancia de los escribas o para ocultar la verdadera identidad de la persona a la que se está haciendo referencia. En este texto se ve claramente que se refiere a Ibrahim, ya que él es el tronco -el tronco fuerte de donde ha surgido toda la Profecía. Daud fue un Profeta más, una rama más del tronco primigenio -Ibrahim, con quien Allah hizo el Pacto y a cuya descendencia concedió la Profecía.

¿Y quiénes serían entonces esa vara y ese vástago que retoñarán de sus raíces? Parece como si se refiriese a dos personas distintas, pero en realidad se está hablando de una sola. Es una cuestión de estilo. Se utiliza también en la poesía árabe. Se anuncia algo y se repite en el siguiente verso con otras palabras. Es como si dijésemos: “Saldrá una vara del tronco. Sí, saldrá un vástago de sus raíces.” Está claro que se refiere a la misma persona, pero se hace referencia a ella con diferentes nombres. Ahora la pregunta es ¿de quién se está hablando? ¿A quién se hace mención al decir que una vara saldrá de ese tronco, es decir, de Ibrahim? De ese tronco fuerte han salido dos ramas, la de Ishaq y la de Ismail. Pero todos los Profetas -Musa, Yusuf, Suleyman, Daud... proceden de la misma rama, la de Ishaq; y esa rama hace mucho tiempo que ha salido, que ha retoñado del tronco. Aquí, sin embargo, se está hablando de un nuevo vástago, de una nueva rama. Por lo tanto, tiene que ser diferente de aquella de la que surgieron todos los Profetas hasta Isa, él incluido. Esta vara surge del mismo tronco, pero es diferente. Tiene otro origen. Es la rama de Ismail que llega hasta Muhammad (s.a.s). Esta transferencia de poderes viene anunciada en el Génesis:

No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Shiloh; y a él se congregarán los pueblos.

Génesis 49:10

Es la profecía que Yaqub narra a sus hijos en el lecho de muerte. En ella anuncia que llegará el día en el que la Ley -es decir la Profecía- y el poder le serán quitados a Judá y a sus

descendientes. Eso sucederá cuando llegue “Shiloh”, que en hebreo significa “paz”, lo mismo que significa “Islam” en árabe, y Muhammad (s.a.s) es el Profeta del Islam. Él viene con la nueva shari‘ah, renovada y libre de adulteraciones.

Cuando llega Isa no queda un sólo levita o fariseo de entre los justos. Los hombres y mujeres dispuestos a ayudarle en su misión son gente del pueblo. Tiene que elegir a sus compañeros de entre la gente llana, ya que toda la casta sacerdotal judía se ha corrompido. No es un divorcio caprichoso: “*por vuestras maldades*”. ¿Y quién entrega esta carta de divorcio a los judíos? Precisamente Isa. Les anuncia que les ha sido quitado el cetro y que han sido divorciados. Se lo anuncia con estas palabras que encontramos en Mateo:

Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.

Mateo 21:43

En el mismo capítulo Isa aclara todavía más esta nueva situación:

Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza de ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?

Mateo 21:42

La piedra que desecharon los edificadores, que despreciaron, que relegaron al olvido es Ismail, el verdadero constructor de la Ka’bah.

**Y cuando Ibrahim e Ismail erigieron los fundamentos de la Casa:
¡Señor, acéptanoslo! Tú eres Quien oye, Quien sabe.**

Qur’an 2-126

Y esa piedra ha venido a ser cabeza de ángulo, es decir, pilar sobre el que ahora se va a sustentar el Dīn de Allah -Muhammad (s.a.s). Así mismo lo entendieron los sacerdotes que le escuchaban:

Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos.

Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta.

Mateo 21:45-46

Aquí tenemos dos puntos muy importantes. El primero de ellos, que la casta sacerdotal, es decir, los que detentan la enseñanza del Dīn, han comprendido claramente las palabras de Isa -el divorcio de Allah, cuya carta de repudio les está entregando. El segundo punto es que Isa era tenido por Profeta y en ningún momento por hijo de Dios, ya que ese concepto, aparte de ser totalmente pagano, era contrario a las enseñanzas que de generación en generación, y a través de las Escrituras, el pueblo judío había recibido. No había más que un Dios y Su forma de comunicarse con el ser humano era a través de Sus Profetas y de los Libros Revelados.

En este pasaje de Isaías vemos de nuevo el anuncio de Muhammad (s.a.s):

He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones.

Isaías 55:4

La clave de este versículo está en las palabras “jefe y maestro”. Ningún Profeta reunió estas dos cualidades excepto Muhammad (s.a.s). Él fue jefe, califa, emir... y, al mismo tiempo, maestro que educó a toda una generación y cuya sabiduría, contenida en sus dichos y en su comportamiento, seguirá educando a los hombres hasta el Día del Levantamiento.

Pero la misión de Isa (a.s) no podía reducirse a un simple anuncio de la llegada del “Profeta”. El Mesías revela en el Inyil que encontramos en el libro de Isaías la tarea que se le ha encomendado a Ahmad (s.a.s) -restablecer el tawhid (la Unidad de Allah) y el hayy (la peregrinación a la Casa, a la Ka’bah).

De esta forma se cierra el arco profético; se asientan los dos basamentos sobre los que se apoya el puente de la Profecía. Ibrahim (a.s) restablece el tawhid de forma que no pueda haber el menor resquicio por el que filtrarse alguna forma de asociación, de idolatría. La firme posición de Ibrahim (a.s) le lleva a un enfrentamiento directo con su familia, con su clan, con la casta sacerdotal y con su gente.

Tenéis un hermoso ejemplo en Ibrahim y en los que con él estaban, cuando le dijeron a su gente: Somos inocentes de vuestra forma de actuar y de lo que adoráis fuera de Allah. Renegamos de vosotros. Habrá enemistad y odio entre nosotros hasta que creáis solamente en Allah.

Qur'an 60:4

Por orden de su Señor reconstruye la Ka'bah y llama a la gente a que peregrine a la Casa de Allah en la Tierra. Establece los ritos y el sistema completo de adoración.

**Y después de levantar Ibrahim los fundamentos de la Casa e Ismail... ¡Señor nuestro! Acéptalo de nosotros!
Tú eres Quien oye, Quien sabe.
Muéstranos los ritos de adoración, y vuélvete a nosotros;
realmente Tú eres el Indulgente, el Compasivo.**

Qur'an 2:127-128

Y esta misma misión es la que se le encarga a Muhammad (s.a.s). Desde la noche de los tiempos, Ibrahim (a.s) pide al Todopoderoso que levante un Profeta de entre la gente que vive junto a la Casa y la custodia:

¡Señor nuestro! Levanta un mensajero de entre ellos, que les recite Tus Aleyas, y les enseñe el Libro, y la Hikmah, y los purifique. En verdad que eres el Poderoso, el Sabio.

Qur'an 2:129

En los escritos inter testamentarios de los esenios encontrados en el Mar Muerto leemos un sorprendente y revelador diálogo -según traducción de André Dupont-Sommer- que supuestamente tuvo lugar entre el Altísimo y el profeta Esdras -posiblemente se esté haciendo referencia con este nombre a Idris:

Esdras -¿Cómo van a ser divididos los tiempos? ¿Cuándo terminará el primer tiempo y cuándo empezará el siguiente?

El Altísimo: De Ibrahim a Ibrahim. De él nació la'qub (Ya'qub) y Esaú. La mano de la'qub agarraba, desde el principio de la Creación, el pie de Esaú. El final del primer tiempo es de Esaú y el principio del siguiente es de la'qub. La mano es el comienzo del ser humano y el final es el talón. Y entre la mano y el talón no busques ninguna otra cosa.

Según el texto se anuncia que habrá dos tiempos -el primero y el último. Y cuando Esdras pregunta cómo van a ser divididos, cuándo empezará uno y terminará otro, todo lo que recibe como respuesta es -“*de Ibrahim a Ibrahim*”. Parece un mensaje encapsulado en el más desesperante laconismo. La única forma de descifrarlo será dando a cada personaje su verdadero nombre.

La primera parte de la frase “*de Ibrahim*” indica que todo ha principiado con él. Antes ha habido otros Profetas, muchos quizás, pero ese tiempo preparatorio ha terminado. Ahora Allah ha hecho un pacto con Ibrahim hasta el final de los tiempos. ¿En qué consiste ese pacto? En que la Profecía saldrá siempre de su casa, de la rama de Ishaq (por la línea de la'qub) y de Ismail (de cuya descendencia se levantará el sello de la Profecía -Muhammad - s.a.s). Por lo tanto, la respuesta que recibe Esdras es estrictamente correcta -de Ibrahim a Ibrahim- ya que no habrá Profeta que no pertenezca a una de las dos ramas del tronco originario. A continuación se le informa a Esdras que de él nació la'qub y Esaú - extraño personaje que es mencionado una sola vez en el Antiguo Testamento como el hermano gemelo de la'qub, y que nunca más se vuelve a nombrar en ningún otro libro. Sin embargo, en los textos esenios se le otorga una importancia casi comparable a la

del propio Ibrahim. ¿Existió realmente Esaú? ¿Qué identidad se está suplantando con este nombre? En el diálogo entre el Altísimo y Esdras se dice que el final del primer tiempo es de Esaú. Sabemos que el primer tiempo es el que va de Ibrahim vía Ishaq vía la'qub hasta Isa; es él quien cierra ese tiempo; es Isa el último fruto de la rama de la'qub. Esto es una clara indicación de que el nombre Esaú está suplantando al de Isa. A continuación se dice que el principio del siguiente tiempo es la'qub, pero "este la'qub" no puede referirse al hijo de Ishaq, muy anterior a Isa. ¿Cómo podría ser este la'qub el comienzo del segundo tiempo? En todo caso sería el comienzo del primer tiempo. El propio Muhammad (s.a.s) nos da la clave para entender esta aparente contradicción. En un conocido hadiz -transmitido por an-Nasai en su al-Kibrā y por Imam Malik en al-Muaṭṭā- el Profeta menciona sus cinco nombres: Muhammad; Ahmad; al-Mahi -el que abroga lo anterior; al-Hashir -al que se acudirá el Día del Levantamiento; y al-'Aqib, que significa el que viene después, el último, el que llegó después de todos. El nombre 'Aqib tiene la misma estructura consonantal que la'qub -'qb- y es a este 'Aqib a quien está haciendo referencia el texto.

Veamos ahora, tras esta nueva correspondencia de nombres e identidades, cómo queda la secuencia que desarrollaría la enigmática respuesta que recibe Esdras: El tronco primigenio es Ibrahim y de él salen dos ramas -la de Ishaq (vía la'qub), que dará origen a la línea profética, cuyo último profeta es Isa, que cierra el primer tiempo; y la de Ismail -de cuya rama saldrá Muhammad (s.a.s), el primero del último tiempo, el 'Aqib. "La mano de la'qub agarraba desde el principio de la Creación el pie de Esaú." Es decir, Muhammad (el primero del último tiempo) sucede a Isa (el último del primer tiempo) en la Profecía -agarra su pie, se mantiene unido a él, sostiene el arco profético, de cuyo otro extremo (Ibrahim) es remedo y reflejo: restablece el tawhid y el hayy. Y esta es la misión de la que habla Isa (a.s) en el libro de Isaías:

He aquí, llamarás a gentes que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa del Señor tu Dios, y del Santo de Israil que te ha honrado.

Isaías 55:5

La referencia a la Ka'bah y al hayy se va haciendo cada vez más nítida en Isaías:

Yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptados sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.

Isaías 56:7

En Mateo, Marcos y Lucas vemos repetido el texto de Isaías:

... y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Mateo 21:13

Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Marcos 11:17

Escrito está: Mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Lucas 19:46

Los textos se repiten porque forman parte del mismo libro - el Inyil, sin que los cronistas del Nuevo Testamento, sumidos en ignorancia y confusión, se dieran cuenta de ello.

Podríamos preguntarnos ahora ¿a qué Casa hacen referencia estos versículos? ¿Qué santuario es Casa de oración para todas las naciones? Obviamente, no puede referirse al Templo de Jerusalén como lugar de reunión, pues la Jerusalén palestina no ha dejado nunca de ser lugar y centro de discordia. Los pueblos se han reunido en su Templo para destruirlo y profanarlo; para cambiar las Escrituras y laicizar sus credos. Únicamente la Ka'bah es lugar

de reunión desde los tiempos de Ibrahim e Ismail. Isa (a.s) profetiza el restablecimiento del hayy y nos informa que la Casa de Allah el Altísimo ha sido convertida en “cueva de ladrones”, mancillada por cientos de ídolos.

La idolatría llegó a Mekkah de la mano de Amr ibn Luhai, un rico comerciante que en uno de sus viajes a Sham se encontró con una gente que adoraba ídolos a los que les pedían lluvia y fuerza contra sus enemigos. Le aseguraron que siempre respondían favorablemente a sus súplicas, por lo que Amr les pidió que le dieran uno de ellos -quizás Hubal- y lo llevó a Mekkah. A los mekinenses les dijo que era un intermediario entre ellos y Allah. Lo puso delante de la Ka’bah y éste fue el primer ídolo en el Hiyaz. Según algunas transmisiones, Amr ibn Luhai vivió 300 años antes del nacimiento del Profeta Muhammad; y según otras, 350. En un hadiz recogido en el sahih de Bujari, el Mensajero de Allah (s.a.s) ratifica su nombre y el hecho de que fuera él quien introdujo la idolatría en aquella región de Arabia: *“He visto a Amr ibn Luhai arrastrarse descuartizado en el Fuego. En verdad que fue el primero en cambiar el Dīn de Ismail trayendo ídolos...”*. Y así continuó hasta que Muhammad (s.a.s) y su ummah conquistaron Mekkah, le devolvieron su santidad y comenzaron a realizar los ritos de adoración que Ibrahim había establecido miles de años antes.

En este otro versículo se profetizan los tiempos que vendrán después de Muhammad (s.a.s):

Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isai, la cual
estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las
gentes y su habitación será gloriosa.

Isaías 11:10

También este versículo ha sido interpretado “gregariamente” como anunciador de Isa (a.s). Pero a quien se anuncia es a Muhammad (s.a.s). Isai es Ibrahim, el tronco profético, con quien Allah el Altísimo ha realizado el Pacto; y la raíz de Ibrahim es Muhammad y no Isa, que es quien lo anuncia y profetiza la

tremenda expansión y poder del Islam a través de los tiempos. Isa desaparece de este mundo perseguido por su propio pueblo, los judíos, y sin haber establecido un reino o un territorio donde sus seguidores pudieran establecer el Dīn de Allah. Esa gloriosa habitación es la de Muhammad (s.a.s), ya que él sí estableció un territorio seguro, el Hiyaz -y por lo tanto Mekkah- y ya en vida se sometieron a él todas las naciones árabes. Esta profecía está más ampliamente desarrollada en el capítulo 42:

Cantad al Señor un nuevo cántico, su alabanza desde el fin de la tierra, los que descendéis al mar y cuanto hay en él, las costas y los moradores de ellas.

Alcen la voz el desierto y sus ciudades, las aldeas donde habita Cedar; canten los moradores de Sela y desde la cumbre de los montes den voces de júbilo.

Isaías 42:10-11

Ya nadie entona el cántico judío. La ummah israelita ha sido arrancada del tronco primigenio -Ibrahim (a.s). Es tiempo, pues, de entonar un nuevo cántico, de establecer un nuevo Dīn. Pero esa no es la misión de Isa como se ha pretendido en la exégesis "gregaria" de las Escrituras. En la crónica de Mateo, Isa niega que haya traído un nuevo cántico:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.

Mateo 5:17

La misión de Isa no es la de entonar un nuevo cántico, sino la de denunciar la corrupción de los judíos y la de proclamar la venida de aquel que sí traerá el nuevo Dīn -Muhammad (s.a.s). En Isaías se menciona incluso la manera en la que será revelado el Qur'an -portador del Nuevo Cántico:

La palabra, pues, del Señor les será mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá;

hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos.

Isaías 28:13

Y no es nuevo ese Dīn porque cambie la creencia anterior, la misma creencia que habían enseñado los Profetas desde Ibrahim. Es nuevo porque restablece el Dīn perenne y eterno del Altísimo que la casta judía había cambiado y falsificado. Este hecho nos advierte de la falacia que hoy recorre los círculos religiosos de que cada uno puede elegir el Dīn que más le convenga o el que mejor se adapte a sus intereses. El Dīn lo elige Allah el Altísimo para toda la humanidad y quien no lo siga, estará siguiendo su propia perdición:

**Y quien busque otro Dīn que Islam, no le será aceptado,
y en la Última Vida será de los perdedores.**

Qur'an 3:85

Y ese Dīn llegará a todos los lugares, también a las costas y a sus moradores. En pocos años el Islam llega a las costas africanas y asiáticas -Indonesia, Malasia, las Islas Filipinas, las Islas del Océano Índico... En el versículo 11 se dice: *“Alcen la voz el desierto y sus ciudades, las aldeas donde habita Cedar.”* Cedar es Qedar en árabe y en siríaco, y sabemos que éste era el nombre de uno de los hijos de Ismail. Se está haciendo referencia, pues, a las tribus del Sur de Arabia. Esta idea queda reforzada por la siguiente frase: *“y canten los moradores de Sela”*, que en árabe es Selah -el nombre de una de las montañas de Medina. *“Y desde la cumbre de los montes den voces de júbilo.”* Es la misma escena que encontramos en las crónicas que relatan la llegada de Muhammad a Medina, cuando él y sus Compañeros emigraron desde Mekkah.

No hay un solo estudio bíblico en el que se mencionen, ya sea de pasada, elementos constructores de la Profecía, como el Islam, su Profeta, la Ka'bah, etc. Y sin embargo, lo que hemos descubierto a lo largo de nuestras investigaciones es todo lo contrario -

precisamente que la Biblia y las tradiciones más antiguas de la humanidad están impregnadas de ellos.

Pero el hombre prefiere, por naturaleza, imitar a reflexionar. La imitación no exige iytiḥad, que es esfuerzo, búsqueda, investigación, comprobación... incluso el estilo literario con el que expresamos nuestros hallazgos lo tomamos de la akademiya judía. Simplemente imitamos. No importa que nos choquen ciertas proposiciones o ciertas teorías. La verdad ha dejado de ser nuestra responsabilidad, ya que existe una supra-institución que se encarga de dirigir nuestros pasos. Hay unos elocuentes y sabios ventrílocuos que hablan por nosotros, que nos publican si nuestros labios se mueven al unísono de sus palabras.

8. SIÓN: EL CAMBIO GEOGRÁFICO QUE HA TRASTOCADO LA HISTORIA

Los asaltantes habían logrado cambiar la Torá al traducirla al griego koiné. Habían alterado la historia de la antigüedad -su geografía y su cronología. Habían hecho desaparecer el Inyil y las primeras hojas -las de Ibrahim y las de Musa. Habían suplantado nombres e identidades... pero aún quedaban dos lugares, dos símbolos, dos testigos incorruptibles que había que eliminar u ocultar como se oculta a un muerto bajo la tierra -Mekkah y la Ka'bah.

Los hijos de Ismail se quedaron junto al Santuario, junto a la Casa -la Ka'bah, mientras que los hijos de Israil se alejaron de allí y se desperdigaron por el mundo entero, olvidándose con el transcurso del tiempo de su verdadero origen. Buscaban la tierra prometida, el paraíso terrenal, pero no encontraron sino esclavitud y perdición. En un momento determinado de la historia, comenzaron a buscar Sion, la Jerusalén perdida, modificando sus propios textos, cambiando los nombres y la geografía hasta hacerlos coincidir con sus aspiraciones.

Sin embargo, no lograron borrar todas las huellas, todos los indicios de esta falsificación, y así en el Antiguo Testamento hay

suficiente evidencia para probar que la verdadera Jerusalén, la originaria, es Mekkah; y Sion -la Ka'bah.

A la mayoría de los investigadores les ha resultado imposible rastrear la etimología de la palabra Sion -o Zion. Sin embargo, si tomamos el término original, en árabe o siríaco "sihiun", sin transliterarlo a ninguna lengua europea, no resultará tan difícil llegar hasta sus primeros significados. El sufijo "un" actúa como intensificador. Si añadimos "un" a una palabra, ésta queda engrandecida, magnificada. El término en sí es "sihi" o "sii" si hacemos muda la "h". Su primera acepción es "lo más alto y lo más bajo", y también "el lomo del caballo". Ambos significados proyectan la imagen de un valle, una zona baja entre dos zonas altas; exactamente como el lomo del caballo, o como decir que un valle representa lo más bajo -el desfiladero, y lo más alto -las montañas. Una imagen muy acertada de la Ka'bah. Por una parte, es una torre muy alta -10 metros- lo que, sobre todo en aquella época, significaba la edificación más alta de la ciudad; y al mismo tiempo se encuentra en una hondonada, en un valle, por lo que resulta ser lo más bajo entre las montañas que la circundan.

Dice el Profeta Ibrahim en el Qur'an:

"¡Señor nuestro! He hecho habitar a parte de mi descendencia en un valle en el que no hay cereales, junto a Tu Casa Inviolable;

Qur'an 14: 37

Según el diccionario *Al Lisan*, "sihi" también significa "torre sobre la montaña" o "torre debajo de la cual corre agua". Si pidiéramos a un beduino que nos describiera la Ka'bah, muy probablemente utilizaría alguno o varios de estos significados.

Sin embargo, ya en los primeros textos del Libro de los Salmos, Zion no se refiere a la Ciudad de David, sino a la casa de Yahweh, a la "colina sagrada" de Yahweh. De esta forma, el término Zion se referiría al área del Templo o, incluso, a toda la ciudad de Jerusalén. Al mismo tiempo, Zion era un símbolo de seguridad, un lugar de refugio, especialmente para los pobres. Todos estos nombres han dado lugar a la

noción de Zion como un lugar inviolable hasta el punto de que Zion permanecerá incluso después de la destrucción de Jerusalén.

The Oxford Companion to the Bible, Zion.

En esta descripción de Ben C. Ollenburger vemos que las características de Sion son las mismas que las de la Ka'bah: Es la Casa de Allah; en ella hay seguridad e inviolabilidad, y es lugar de refugio.

**Y cuando hicimos de la Casa un lugar de reunión
para la gente y un lugar seguro...**

Qur'an 2:125

**En verdad que la primera Casa que fue erigida para los hombres
fue la de Bakka, bendita y guía para todos los mundos.
En ella hay signos claros: La estación de Ibrahim;
quien entre en ella, estará a salvo.**

Qur'an 3:96-97

Es la misma descripción con la que Isa (a.s) profetiza el hayy y los lugares santos, todo ello encubierto en el libro de Isaías:

Pero Sion dijo: Me dejó el Señor y se olvidó de mí.

¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide, yo nunca me olvidaré de ti.

He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros.

Tus edificadores vendrán aprisa; tus destruidores y tus asoladores saldrán de ti.

Alza tus ojos alrededor y mira: Todos éstos se han reunido, han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor, que de todos como de vestidura de honra serás vestida; y de ellos serás ceñida como novia.

Porque tu tierra devastada, arruinada y desierta, ahora será estrecha por la multitud de los moradores, y tus destruidores serán apartados lejos.

Aun los hijos de tu orfandad dirán a tus oídos: Estrecho es para mí este lugar, apártate para que yo more.

Y dirás en tu corazón: ¿Quién me engendró estos? Porque yo había sido privada de hijos y estaba sola, peregrina y desterrada; ¿Quién, pues, crió estos? He aquí, yo había sido dejada sola; ¿dónde estaban éstos?

Así dijo el Señor: He aquí yo tenderé mi mano a las naciones, y a los pueblos levantaré mi bandera y traerán en brazos a tus hijos y tus hijas serán traídas en hombros.

Reyes serán tus ayos y sus reinas tus nodrizas; con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies; y conocerás que yo soy Jehová, que no se avergonzarán los que esperan en mí.

Isaías 49:14-23

El texto comienza con un diálogo imaginario entre la Ka'bah y Allah: *"Me dejó el Señor y se olvidó de mí."* Después de haber sido el centro del tawhid y lugar de peregrinación, quedó abandonada durante siglos y convertida en mero almacén de ídolos. Pero en los versículos siguientes Allah el Altísimo le asegura que jamás se olvidará de ella, y describe cuán amada Le es y cómo es Su símbolo en este mundo. A continuación, se anuncia que los que quieren destruirla, los que quieren ocultar su verdadero significado se irán de allí. Ni judíos ni cristianos dieron a la Ka'bah ningún valor y ambos grupos ocultaron su verdadero significado -"La Casa de Allah en la Tierra", centro de peregrinación y lugar de adoración para los hombres, y ello a pesar de que fue Ibrahim (a.s) -el padre de todos- quien la construyó. Hoy vemos cómo esta profecía se ha hecho realidad con la llegada del Islam, y cómo judíos y cristianos han sido expulsados de Mekkah y Medina, y nunca más han podido volver a circunvalar la Ka'bah, la Casa de Allah, a la que durante tanto tiempo habían ocultado.

En el siguiente versículo, Allah el Altísimo le dice: *"Alza tus ojos alrededor y mira: Todos éstos se han reunido, han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor, que de todos como de vestidura de honra serás vestida; y de ellos serás ceñida como novia."* Bellísimo pasaje en el que se describe la sorpresa y felicidad de la Ka'bah al verse

de nuevo visitada por los creyentes venidos de todo el mundo. Si tuviéramos antes nuestros ojos una imagen de la Ka'bah desde lo alto, la veríamos vestida con un rico atuendo y circundada por miles de peregrinos vestidos de blanco que parecen ceñirla como a una novia. ¿Es esta la imagen que vemos en la Jerusalén palestina? ¿Alguna vez en su dilatada historia ha ocurrido algo así?

En el versículo 19 se refuerza esta idea recordando cómo esa Ka'bah abandonada y desierta se ha convertido en el centro de reunión de multitudes: *"Ahora será estrecha por la multitud de los moradores. Y ya no habrá quién la destruya, pues éstos serán apartados lejos."* Aquí se habla de un lugar de reunión, de congregación, a donde las multitudes acudirán ahora -después de haber estado abandonado- en tal número que no cabrán en la propia ciudad. La segunda idea que nos transmite este versículo es la de que este lugar, esta ciudad nunca será destruida ya que los que deseaban que lo fuese han sido alejados de ella.

Fuera de Mekkah resulta imposible imaginar otra ciudad a la que pudiera referirse este texto. La Ka'bah fue abandonada como lugar de peregrinación y adoración durante mucho tiempo, hasta el punto que las naciones del mundo se olvidaron de ella. Se podría pensar que Allah se había desentendido de su otrora "Casa en la Tierra", como se lamenta la propia Ka'bah; pero tras establecerse Islam en toda Arabia, Mekkah volvió a ser el centro de adoración y peregrinación de antes, ahora de forma universal y multitudinaria, convirtiéndose en paradigma del concepto mismo de peregrinación. Vemos, pues, que Mekkah y la Ka'bah cumplen históricamente con la descripción del versículo 19.

En el 21 se describe la sorpresa de la Ka'bah -privada de hijos, sola, desterrada- al verse rodeada de miles y miles de peregrinos: *"¿Quién me engendró éstos, quién pues crió éstos, dónde estaban éstos?"* Después de haber estado abandonada y como mujer estéril vuelve a ser el centro de la tierra, el lugar de encuentro de todos los creyentes del mundo, de todos los seguidores del verdadero monoteísmo, del verdadero tawhid.

Y en el versículo 23 la descripción se vuelve aún más detallada y precisa: *“Con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies”*. ¡Sorprendente en verdad! Como si se tratara de un fotograma, se describe el acto de adoración por excelencia enseñado por todos los Profetas -la postración.

A lo largo de estos diez versículos se detalla el periodo anterior al Islam, la desolación que rodeaba la Ka'bah, la conquista de Mekkah y el establecimiento del Nuevo Cántico, del nuevo Dīn.

La idea de que Sion es la Ka'bah está esparcida por todo el Antiguo Testamento. En Joel 3, leemos:

Y conoceréis que yo soy Jehová, vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella.

Joel 3:17

¿Qué ciudad podemos decir hoy que sea santa y por la que no puedan pasar extraños, es decir, extraños al Dīn que en ella se practica? ¿La Jerusalén palestina? Sólo Mekkah reúne estas condiciones; sólo la Ka'bah es lugar santo al que no tienen acceso sino los creyentes purificados.

En Miqueas encontramos estas reveladoras palabras:

Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos.

Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.

Miqueas 4:1-2

Se habla aquí de los “postreros tiempos” y se dice que hacia la Casa de Allah correrán muchos pueblos y acudirán muchas naciones. ¿En qué otra ciudad, aparte de Mekkah, acontece esta reunión de naciones? Al final del versículo 2 se da una noticia

definitiva en cuanto a la verdadera identidad de Sion y Jerusalén: de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová. Sayydina Isa ha dado a los judíos la carta de repudio. Allah no ha roto el Pacto con Ibrahim, pero ha dejado que se seque la rama de Ishaq. Será ahora de la rama de Ismail de la que surja la Profecía. La nueva Ley, el Nuevo Cántico saldrá de Mekkah, donde habitan los hijos de Sadoq -Ismail, y la Ka'bah volverá a ser el centro del tawhid y lugar de encuentro de los creyentes.

¡Señor nuestro! He hecho habitar a parte de mi descendencia en un valle en el que no hay cereales, junto a Tu Casa Inviolable...

Qur'an 14:37

¡Qué terrible paradoja para los ventrílocuos! Han creado el movimiento sionista para revindicar una tierra que nunca ha sido la suya, perdiendo de esta forma para siempre su origen y su conexión con el Relato Profético.

9. LOS MASORETAS TERMINAN EL TRABAJO

Las traducciones del Antiguo Testamento de las que disponemos en la actualidad derivan del texto vocalizado que elaboraron los masoretas -escribas y "sabios" judíos medievales de Babilonia y Tiberias, Palestina. Este sistema de vocalización y puntuación fue denominado masorah -de "masoreth", tradición, tarea ésta que habría comenzado en las academias de Talmud de Babilonia y Palestina alrededor del siglo VI, finalizándose en el siglo X. Sin embargo, no nos ha llegado ningún manuscrito de ese tiempo que demuestre que la actividad de los masoretas comenzó en fecha tan temprana. En algunos textos de principios del siglo X se mencionan el "Codex Mugah" -sin especificar su fecha, y el "Codex Hilleli" -escrito, según alega la tradición judaica, en el siglo VI por el rabino Hillel ben Moisés ben Hillel, pero de cuya existencia nunca se ha llegado a tener evidencia material. En la actualidad existen solamente 31 textos masoréticos del Antiguo

Testamento -no todos completos, con una datación que va desde finales del siglo IX hasta 1100 d.C. Es decir, el fragmento más antiguo de un texto masorético -“Profetas” del Cairo, de Moisés ben Asher, datado en Tiberias en 895 es cuatro siglos posterior al periodo en el que supuestamente comenzaron su trabajo los masoretas.

Se trataba ante todo de presentar a unos sabios temerosos del Altísimo y aplicados, con la mayor honestidad de la que es capaz un corazón ferviente, a la noble tarea de fijar y vocalizar un texto profético definitivo, de modo que pudiera ser comprensible para todos los judíos. También se trataba de seguir al pie de la letra el dicho -“A río revuelto ganancia de pescadores”. Y eso, revolver, ha sido siempre uno de los elementos fundamentales de sus estrategias.

Se trataba, en definitiva, de crear en la gente una sensación de exactitud, rigor y excelsa profesionalidad en el trabajo de los masoretas, enturbiando las aguas de forma que nadie pudiera ver el fondo. Iban apareciendo a lo largo de los siglos, y paralelamente al trabajo de vocalización y puntuación (masorah) decenas de lenguas, de pueblos, de rutas, de profetas y de textos “revelados”. Aquel vergel de civilización encajaba bien en el proyecto judío, sobre todo al presentarse ellos como los artífices de aquel prodigioso entramado. La realidad, no obstante, distaba mucho de ajustarse a su estrafalario corte.

Hay una lengua original -el árabe fuṣḥa- de la cual derivan todas las demás. De esta lengua se habrían originado de forma directa el siríaco y el fenicio, que a su vez habrían dado lugar al persa, al sanscrito y al griego, y éstas a cientos de otros dialectos. Este portentoso fenómeno se habría llevado a cabo a lo largo de miles de años a través de migraciones y continuos asentamientos. Pero los judíos, aprovechando lo revuelto que bajaban las aguas del río de la historia, añadieron al escenario el arameo, el cananeo, el hebreo, el acadio, el sumerio... formaron familias lingüísticas... hablaban de lenguas semitas, de lenguas indoeuropeas, afroasiáticas, etiosemitas, caucásicas... de modo que ya no bastaba

con enturbiar las aguas; había que generar remolinos que se tragasen la lengua árabe y parte de Arabia. Se trataba de subir la historia 2.500 kilómetros y de redactar un texto definitivo del Antiguo Testamento en el que, bajo pretexto de vocalizarlo y puntuarlo, se introdujeran los cambios oportunos y se terminase la tarea que los autores de la Torá septuaginta habían dejado inconclusa. Entenderemos la importancia de este trabajo si tenemos en cuenta que se realizó en el siglo X de nuestra era, en pleno apogeo del Islam.

El llamado hebreo -mucho más acertado sería decir dialecto siríaco- en cuanto que lengua derivada del árabe, es consonantal, es decir, sólo se escriben las letras consonantes y las vocales se deducen por el habla cotidiana y las reglas gramaticales. Si, por ejemplo, un árabe ve escritas las letras *ktb*, automáticamente le vendrá a la mente la palabra *kitab*, ya que cada día la ha escuchado decenas de veces y ha visto esas mismas letras asociadas a las vocales “i” y “a”; y si antes de esas letras viniera un marcador que indicase cantidad, asumiría que debe leerla en su forma plural, y la pronunciaría *kutub*. Por el contrario, si alguien que no es árabe ni ha escuchado nunca esta lengua, viera estas mismas letras, podría concluir que se trata de la palabra *kutab*, o *katub*, o *kituba*... o cualquier otra que resultase de una combinación arbitraria de vocales. Teniendo en cuenta este hecho, no resultará difícil entender la imposibilidad de vocalizar un texto - el del Antiguo Testamento- escrito en un dialecto que había dejado de hablarse 1500 años antes de que los masoretas se impusieran tan arriesgada, pero al mismo tiempo rentable, tarea. Pero ya hemos dicho que, en realidad, se trataba de terminar el trabajo de los traductores de la Torá septuaginta, ahora con el texto coránico como principal referencia lingüística y doctrinal.

El trabajo de los masoretas, no obstante, iba a ser mucho más quirúrgico que el de sus hermanos alejandrinos.

Las normas judaicas establecían la necesidad de destruir los manuscritos deteriorados y defectuosos. Y cuando,

finalmente, los eruditos establecieron el texto en el siglo X, todos los manuscritos anteriores, que representaban las etapas más tempranas del texto, se consideraron defectuosos y, con el paso del tiempo, desaparecieron.

Ernst Würthwein, *The Text of the Old Testament*, Erdmans pag. 11.

La elección de un texto único en el siglo X coincide con la introducción de *masorah* -sistema de signos y puntuaciones utilizadas como protección contra más cambios. Este sistema, junto con la purga de los manuscritos “defectuosos”, pudo llevarse a cabo gracias a que la importante colonia judía de Babilonia (la escuela del Este) había perdido su relevancia y se deshizo en los siglos X y XI.

Muhammad Mustafa al-Azami, *The History of the Qur’anic Text, A Comparative Study with the Old and New Testaments*, Azami Publishing House, Riyadh, Saudi Arabia, 2008, pp. 283.

Una vez más el Occidente asumió el liderazgo espiritual del judaísmo y los masoretas del Oeste decidieron eliminar todas las huellas de los textos que fueran diferentes a los suyos. El punto de vista de la escuela occidental de Tiberias fue determinante para el futuro, y durante un milenio la tradición del Este quedó olvidada.

Ernst Würthwein, *The Text of the Old Testament*, Erdmans pag. 11.

Uno de los ventrílocuos cogió al muñeco y le puso un gesto sonriente con cierto aire de triunfo -“Queridos amigos, hermanos todos, he aquí el texto definitivo por inspiración del Señor de los ejércitos.” Un texto repleto de errores y falsificaciones era el producto final del rigor masoreta.

Su tarea habría resultado de todo punto imposible si el “hebreo” hubiera sido una lengua original e independiente, pero en cuanto que dialecto del árabe a través del siríaco, pudieron transvasar la gramática, la entonación y puntuación del árabe faših a su lengua, que yacía muerta hacía más de mil años.

Más de un milenio separa a los masoretas de Tiberias de los días cuando el hebreo era la lengua viva de una nación, y es más que probable que la pronunciación sufriera cambios,

especialmente si se tiene en cuenta que se escribía sin vocales... No sería, pues, de extrañar que aparecieran en el sistema de Tiberias una considerable cantidad de formas artificiales, debidas al deseo de los masoretas de ofrecer una correcta pronunciación -cosa que les hizo susceptibles a las influencias externas, tales como el siriaco y la filología islámica.

Ernst Würthwein, *The Text of the Old Testament*, Erdmans pag. 27.

Durante varios siglos después de la conquista de Babilonia por los musulmanes, ésta continuó siendo el centro de los estudios rabínicos... El contacto con los eruditos árabes sirvió en alguna medida como un nuevo estímulo, y así los siglos IX y X vieron el principio del estudio filológico y gramático de la literatura hebrea. Fue Hai Gaon quien escribió el comentario más antiguo que existe sobre el Mishnah... Se ocupa casi por completo de los problemas lingüísticos y en su búsqueda de las derivaciones de palabras desconocidas se apoya grandemente en la lengua árabe.

H. Danby (trans), *The Mishnah, Introduction*, pag. xxviii-xxix.

Manteniendo el texto consonantal podemos cambiar su significado a través de la vocalización y de la puntuación. Y eso es lo que ha sucedido con los manuscritos del Antiguo Testamento. La crítica bíblica ha clasificado sus errores en auditivos, visuales, exegéticos y deliberados. Un error en la vocalización nos puede llevar a confundir la partícula negativa “lo” con la preposición “lo” que significa “a él”; o a leer “seguro” en vez de “hermano”; o “cuervo” en vez de “árabe”; o “le mataron” en vez de “mató”. La vocalización correcta depende del conocimiento “hablado” de la lengua. Las dudas acerca de la vocalización masorética de los textos bíblicos han existido desde el principio mismo de la crítica bíblica, si bien casi nunca han sido escuchadas. Un ejemplo de esta sordera académica es la que ha sufrido Kamal S. Salibi, gran conocedor de la lengua árabe y sus dialectos, y autor de *The Bible Came from Arabia* y *Secrets of the Bible People*:

Mucho más llamativo es el ejemplo de la llamada Alfarería de Lachish, encontrada en Tall al-Dawir, al sur de Palestina entre 1935 y 1938. Por lo general se acepta que estas piezas con inscripciones ofrecen una prueba “incuestionable” que Tall al-Duwair es el bíblico Lachish (lkyš). De hecho, no la ofrecen en absoluto, como lo demostraremos a continuación.

La Alfarería de Tall al-Dawir, como se la debería llamar correctamente, contiene unos informes y quejas enviados por un tal Hoshaiiah (hws ‘yhw), comandante del destacamento judío estacionado en un lugar sin especificar a su superior Yaosh (y’ws), a quien se dirige con la fórmula “mi señor”, y quien debía encontrarse en Tall al-Duwair si tenemos en cuenta que estos fragmentos se encontraron allí. Los eruditos bíblicos, como W.F. Albright, estaban convencidos de haber encontrado una clara mención del bíblico Lachish y del bíblico Azakah en el fragmento IV. Al mismo tiempo les parecía ver en el fragmento VI una “irrefutable” referencia a Jerusalén -la única hasta la fecha en una inscripción palestina.

En el caso del fragmento IV esa suposición debería seriamente cuestionarse. Se ha mantenido hasta ahora la traducción: “Que sepa mi señor que estamos esperando las señales de Lachish...” De una traducción más cuidadosa resultaría un texto algo diferente: “Que sepa mi señor que estamos esperando los suministros de comida...” En el caso del fragmento VI, la lectura “Jerusalén” adolece de una flagrante falta de honestidad. En un fragmento -dañado para más datos- se pueden discernir las letras “slm”. Como palabra hebrea puede tener diferentes significados: “una chispa”, “paz”, “buena salud”, “acuerdo”, “totalidad” o “recompensa”. Puede ser también el saludo -shālôm, o algún nombre personal o toponímico. Nada, en cambio, justifica la lectura de “slm” como “Jerusalén”.

Salibi refuta la traducción oficial y analiza a continuación todas las frases mencionadas, palabra por palabra. Citaremos, a modo de ejemplo, tres instantes de su refutación:

1- No aceptamos que “lks” se deba leer como una sola palabra, concluyendo a continuación que se trata del nombre bíblico Lachish (lkyš). Si se lee “lks” como “l-ks”, con la “l” inicial como preposición, el significado será “a la comida”. Si “ks” se interpreta como un sustantivo derivado de “ksh”, significará “estar lleno, satisfecho de comida” -comparar con el árabe kš’, arrancar mordiendo.

2- Nos parece incorrecto asumir que “smrm”, como plural de “smr”, signifique “observando”; también podría significar “esperando”.

3- Tampoco nos parece correcto afirmar que “azekah” (‘zqh) solamente pueda referirse a la ciudad bíblica del mismo nombre. En este contexto es más plausible entenderlo como nombre personal.

Así pues, Salibi descarta cualquier posible asunción de que el fragmento VI, muy dañado, hable de Jerusalén. Lo que queda legible de la inscripción es: ‘dny hl’ tktb’... kt’swz kz’t... slm. Una traducción más objetiva de esta frase, si es que fue una frase en el original completo, sería: “Mi señor... ¿no escribirá?... lo hace pues... *slm*.” La traducción oficial, en cambio, rellena los espacios vacíos de forma arbitraria para justificar que las tres consonantes finales -“slm” forman parte de la palabra “yrwšlym” (Jerusalén).

La traducción, una vez más de Albright, es descaradamente dogmática: “(Ahora) mi señor, no les va a escribir, diciendo: ¿Por qué lo hacéis a Jerusalén?” Ni siquiera indica correctamente las interpolaciones del traductor. Es un hecho que ni este fragmento ni ninguna de la inscripciones “hebreas” descubiertas hasta ahora en Palestina hacen la menor referencia a Jerusalén o a cualquier personaje o lugar bíblicos.”

Kamal Salibi, *The Bible Came from Arabia*, pag. 65-67

El dogmatismo de los investigadores bíblicos responde al intento desesperado de hacer pasar un texto que es el producto de un trabajo de adivinación por las Palabras del Altísimo reveladas a Musa (a.s) y a los Profetas posteriores a él -un texto del siglo X

vocalizado cuando la lengua en la que estaba escrito se había dejado de hablar hacía más de mil años.

Lo que realmente cuenta a la hora de poder leer y pronunciar un texto es la lengua hablada, no el alfabeto en el que está escrito. La lengua turca se escribía con caracteres árabes hasta que Atatürk introdujo el alfabeto latino. De esta forma se perdió gran parte del legado cultural del pueblo turco, pero oralmente se mantuvo la misma lengua. El caso “hebreo” fue el contrario -se mantuvo el alfabeto, pero se dejó de hablar, de modo que las consonantes escritas no permitían deducir las vocales correctas ni la pronunciación ni la entonación. El trabajo, no obstante, pudo llevarse a cabo, a pesar de los muchos errores y cambios intencionados que introdujeron los masoretas, por tratarse de un dialecto siríaco -una variante del árabe faṣih.

El muñeco ponía paz donde los críticos ponían guerra y nos recordaba que lo importante es el mensaje, la clara asunción de que el pueblo judío era y es el elegido.

10. LAS CORRIENTES SUBTERRÁNEAS Y EL PATRÓN INTERPRETATIVO DE LA HISTORIA

El edificio laico se iba construyendo con falsificaciones que fácilmente eran aceptadas debido a la ignorancia o a la confluencia de intereses. Sin embargo, la buena marcha con la que los judíos edificaban el templo de su religión atea sufrió una ralentización al encontrarse con un hecho insólito que seguramente no esperaban -la llegada del Islam a la Europa meridional a través del Norte de África. Con él llegaba un sistema completo basado en un conocimiento revelado que corregía las adulteraciones que se habían ido introduciendo en el Relato Profético a lo largo de los siglos; restablecía la Unicidad de Allah e instituía la Ley que le había sido revelada al Último Profeta -Muhammad (s.a.s), por el que tanto habían preguntado a Isa (a.s) y a Yahia (a.s.), y que con tanta ansiedad esperaban los judíos de Medina. Este Nuevo Cántico, de hecho el último, entonaba la canción de la libertad.

Liberaba al hombre de la ignorancia y le recordaba su deber de investigar, de observar y de analizar, guiándose con el gran libro de la creación.

En pocos decenios la luz que emanaba de al-Ándalus sería la única que iluminaría a Occidente, a Europa entera. Se había establecido un puente invisible desde Bagdad hasta al-Ándalus, por el que circulaban los más sorprendentes hallazgos científicos y las más refinadas estructuras sociales que el atrasado Occidente pudiera imaginar.

Sin embargo, no vamos a caer en la trampa de pensar que la *fiṭrah* se sustenta en la sofisticación, pues esta característica es propia de la cultura y lleva al hombre a desear vivir en este mundo la felicidad que es propia del Otro. La *fiṭrah* nos habla de esfuerzo, de lucha, de sacrificio, de entrega -valores todos ellos propios del guerrero que combate con la espada, con el estudio y con la adoración. Hay una historia que celebra el “progreso” y todo aquello que sirva para establecer el paraíso terrenal. Es la historia que interesa a la cultura -los grandes palacios, los magníficos coliseos, los teatros... Pero la *fiṭrah* prefiere otra historia:

Tarik volvió a Córdoba y se estableció en ella, después que se hubo adentrado en el país de los cristianos (Rum). Llegó en su incursión hasta que dio con un pueblo que era como las bestias y las fieras; hasta que a la gente se le hizo largo el viaje y sus cuerpos estuvieron exhaustos por la larga e incesante marcha. Ellos entonces le dijeron: “¿Acaso no estás satisfecho con lo que Allah te ha favorecido?” Él sonrió y contestó: “¡Por Allah! Si me ayudaseis, llegaría con vosotros hasta hacer alto a las puertas de Roma o a las de Constantinopla la magna, y las conquistaría con el permiso de Allah, pero puesto que ya os habéis cansado y hastiado, ¡volvamos!”

Ibn al-Kardabus, *Historia de al-Ándalus*, ed. Akal, p. 65

Apenas hacía unos meses que había comenzado la conquista de la Península Ibérica y de gran parte del sur de Francia cuando ya vemos en la actitud del ejército musulmán el germen de su caída y

destrucción. La fiṭrah nos recuerda constantemente lo mismo que la inscripción que el califa Marwan II hizo gravar en su sello: “Recuerda la muerte, ¡Oh negligente!”

Pero la muerte iba a ser pronto olvidada y al-Ándalus iba a convertirse en un paraíso de tolerancia religiosa en el que se establecería la magia, el esoterismo, la alquimia, la astrología y el chamanismo venidos del Lejano Oriente, de Persia y Arabia; y todo ese conocimiento, junto con el de los Libros Revelados, era compartido no sólo por judíos, cristianos y musulmanes, sino también por gnósticos que eran invitados a formar parte de sus debates. Al-Ándalus fue el crisol donde se fraguaría el siguiente pilar que los judíos añadirían a su templo; y así nos lo hace saber Wolfram von Eschenbach cuando habla del Grial en su obra *Percival*:

Este conocidísimo maestro, llamado Kiot, habría encontrado en Toledo la leyenda del Grial en lengua árabe entre unos manuscritos abandonados. En ese manuscrito se narra que un árabe llamado Flegetanis, famoso por su saber, físico y sabio en ciencias cosmológicas, descendiente de Salomón -ya que sus padres pertenecían a una familia de Israil- fue quien escribió la leyenda del Grial.

En esta descripción de Eschenbach vemos los tres elementos que constituían la base social, filosófica y religiosa de al-Ándalus. Flegetanis escribe en árabe, como referencia al Islam; es hijo de una familia israelita; y el manuscrito en el que se habla del Grial se habría encontrado en Toledo -la que fuera otrora capital de la cristiandad. Al mismo tiempo, quien nos da noticia de todo ello es un tal Guiot -o Guyot- de Provins, posiblemente originario de Cataluña, a quien encontramos en la corte de María de Champagne en la misma época en la que en ella servía Chrétien de Troyes -el primero en tratar la historia del Grial. Según algunas crónicas, llegó hasta la corte de Federico Barbarroja; más tarde se hizo monje pasando por varias órdenes y escribió la famosa *Bible Guiot*, en la que critica las costumbres de su siglo y elogia

grandemente a los caballeros Templarios, lo que muestra que muy posiblemente se tratase de un gnóstico como símbolo de la corriente laica que, tomando todo ese conocimiento que había en al-Ándalus, tratará de fundamentar una nueva religión y un nuevo poder basado en la concepción chamánica de la existencia. Brotaba, así, el primer germen de la masonería.

Mas ¿por qué conformarse con el aprovisionamiento de aguas embarradas cuando el nacedero de ese gran río de conocimiento les llamaba con sus murmullos desde Oriente? ¿No sería mejor ir a la fuente, a los textos originales, a las transmisiones aún vivas en aquellos lejanos territorios? Nacen así las cruzadas como una nueva oportunidad de establecer un dominio al otro lado del Mediterráneo, desde el que poder, más tarde, ir avanzando hacia el poniente hasta tomar Europa entera. De esta forma, se abren dos frentes -el de la adquisición de conocimiento, de libros, de mapas, de fórmulas matemáticas, de cálculos astronómicos... de secretos más allá de la pobre y desnutrida imaginación europea; y el de un poder militar capaz de respaldar con la espada el proyecto de dominación judeo-masónico. En este sentido habría que entender la creación de las “Órdenes de Caballería”, especialmente de los Templarios. Y no vamos a decir que las cosas fueran mal en un primer momento. Tras la debacle que sufre la primera cruzada liderada por Pedro el Ermitaño, pronto los cruzados se asentarán en el litoral mediterráneo desde Líbano a Jordania, pasando por Siria; conquistan a sangre y fuego Jerusalén y fase a fase van adquiriendo una clara idea de las doctrinas ortodoxas islámicas, cristianas orientales y judías, así como de las esotéricas, especialmente la cábala y el sufismo, y de otros grupos que podríamos denominar, en el mejor de los casos, como heterodoxos. Sin embargo, el encuentro más decisivo será con los ismaelitas, verdaderos instructores de los Templarios.

La derrota final que sufren los cruzados frustra algunas expectativas, pero deja intacto el proyecto de tomar al asalto una Europa pobre e ignorante con la ayuda de las ahora bien instruidas órdenes de caballería. Es innegable que uno de los misterios más

fascinantes de la historia europea es el de los Templarios. Y sin embargo, en su aparición, en sus actividades y en su, para muchos historiadores, trágico e incomprensible final se encuentra una de las claves para entender el obsesivo proyecto judío de construir un poder laico planetario.

Según el historiador franco Guillermo de Tiro, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y el Templo de Salomón se fundó en 1118 por un tal Hugues de Payen; al parecer un noble de la región de la Champagne, vasallo del conde de la misma. Un buen día, Hugues y ocho de sus camaradas se presentaron en el palacio de Balduino I, rey de Jerusalén, con la estrafalaria propuesta de formar una fuerza de choque que les permitiera velar por la seguridad de caminos y carreteras y, de muy especial manera, por la de los peregrinos que venían a tierra santa. Decimos “estrafalaria” porque uno no puede por menos de preguntarse cómo ocho hombres, por muy diestros que fuesen con las armas, podían proteger los numerosos caminos que recorrían Oriente Medio, así como a los peregrinos que los transitaban. Sin embargo, según el cronista franco, Balduino los recibió con la mayor cordialidad y lo mismo hizo el patriarca de Jerusalén, líder religioso del nuevo reino y emisario especial del papa. Y no sólo hubo cordialidad, sino que el rey puso toda un ala de su palacio a disposición de los caballeros. Más sorprendente aún es el hecho de que durante los nueve años siguientes los nueve caballeros no permitiesen que nadie más entrase en la orden. Miguel el Sirio (m. 1199) da otra versión de los hechos, afirmando que en esos primeros años la Orden habría alcanzado el número de treinta caballeros. Suponiendo que este dato estuviese más acorde con la realidad, sigue siendo totalmente inverosímil que treinta hombres pudieran proteger aquellas tierras. Sin embargo, todos los historiadores coinciden en que Hugues de Payen fue entusiastamente recibido por los poderes políticos y religiosos de Jerusalén.

El objetivo de los Templarios no podía ser el de proteger a los peregrinos -en primer lugar porque el problema de su seguridad

nunca existió. Da la sensación, cuando leemos a los historiadores occidentales, que por Oriente Medio corrían ríos de peregrinos venidos de toda Europa. Podía tratarse, en el mejor de los casos, de algunos nobles acompañados de sus vasallos que hacían ese viaje una vez en la vida. ¿Cómo podrían los europeos de aquel tiempo -pobres campesinos, iletrados en su mayoría, desempleados o mercenarios al servicio de algún señor- interesarse por realizar tan largo, difícil y costoso viaje? ¿Con qué medios? ¿Había realmente una religiosidad en la gente tan fuerte como para incitarles a tamaña aventura? Si, por otro lado, se trataba de proteger a los cristianos de Oriente, la toma de Jerusalén en 1099 puso claramente de manifiesto que la intención de los cruzados estaba exenta de cualquier sentimiento de hermandad. Los asesinaron como asesinaron a judíos y musulmanes; les robaron sus propiedades y torturaron a muchos de sus obispos para que les entregasen las reliquias que poseían.

Los jefes francos celebran su triunfo con una matanza indescriptible y luego saquean salvajemente la ciudad que dicen venerar.

Ibn al-Atir escribe: “Mataron a mucha gente. A los judíos los reunieron en su sinagoga y allí los quemaron vivos los *frany*.”

No se salvan ni sus propios correligionarios. Una de la primeras medidas que toman los *frany* es la de expulsar de la iglesia del Santo Sepulcro a todos los sacerdotes de los ritos orientales –griegos, georgianos, armenios, coptos y sirios- que oficiaban en ella conjuntamente en virtud de una antigua tradición que habían respetado hasta entonces todos los conquistadores. Estupefactos ante aquel fanatismo, los responsables de las comunidades cristianas orientales deciden resistir. Se niegan a revelar al ocupante el lugar en el que han ocultado la “verdadera” cruz en que “murió” Cristo. Pero los invasores no se dejan impresionar en absoluto. Detienen a los sacerdotes que tienen la custodia de la cruz, y los torturan hasta que les arrebatan el secreto y consiguen

quitarles por la fuerza a los cristianos la más valiosa de sus reliquias.

Amin Maalouf, *Las cruzadas vistas por los árabes*. Alianza editorial, 1999.

La población fue pasada a cuchillo por los *frany*, quienes saquearon la ciudad durante una semana. En la mezquita al-Aqsa los francos degollaron a más de 70.000 personas, entre ellos había un gran número de imams, ‘ulamah y de otra gente piadosa que se habían recluido en el Sagrado recinto.

Ibn al-Athir, *Kamil at-Tawarij* - Los frany conquistan Jerusalén, X, 193-95

Todas sus expectativas de formar una sola iglesia capaz de contener la diversidad de las distintas congregaciones de Oriente y Occidente fueron cercenadas por el brutal y despótico liderazgo de la Iglesia latina, que daba a sus hermanas “heterodoxas” como única opción la de abandonar sus “peculiaridades” y entrar sin paliativos en la poderosa Roma.

El camino a la unidad resultó imposible. Los ortodoxos se sentían resentidos al darse cuenta de que, a pesar de la retórica de ser una misma iglesia, tendrían que ceder para unirse a la iglesia latina, para que les tomaran seriamente como iguales. Los ortodoxos se sentían desilusionados. Finalmente su desencanto se manifestó abriendo las puertas de Jerusalén a los Ayubis en 1187. Habían optado por la liberación.

Lucy-Anne Hunt, *The Christian Heritage in the Holy Land*.
Scorpion Cavendish, 1995.

A todo ello habría que añadir de nuevo la imposibilidad de que nueve o treinta caballeros pudieran acometer semejante empresa. De hecho, Fulk de Chartres, historiador oficial al servicio del rey, y que escribía durante los años en los que supuestamente se fundó la Orden, no nombra a Hugues de Payen ni a sus compañeros ni nada relacionado con las supuestas actividades de los caballeros templarios. No existen testimonios en ninguna parte de que hicieran algo para proteger a los peregrinos. De nuevo, esta información contrasta con el hecho de que en el corto plazo de un

decenio su fama se extendiera por toda Europa. San Bernardo, principal portavoz de la cristiandad en aquel tiempo, publica un opúsculo titulado *En alabanza de la nueva orden de caballería*, en el que declara que los Templarios representan el máximo exponente de los valores cristianos.

En 1127 la mayoría de los nueve caballeros regresaron a Europa, donde se les recibió con una calurosa, vehemente y desproporcionada bienvenida, en gran parte debida al trabajo apologético de san Bernardo. En enero de 1128 se convocó un concilio eclesiástico en Troyes, sede de la corte del conde de la Champagne, inspirado en las propuestas de san Bernardo. En dicho concilio los Templarios fueron reconocidos oficialmente como orden religiosa militar. Por su parte, Hugues de Payen recibió el título de Gran Maestre. A partir de ahora él y sus compañeros se convertirían en monjes guerreros, en la milicia de Cristo -como se les llamó en aquel tiempo. Y será de nuevo san Bernardo quien redacte la regla de conducta de los Templarios, según la cual éstos deberán hacer votos de pobreza, castidad y obediencia. Sin embargo, el paso decisivo se dará en 1139, cuando el papa Inocencio II -protegido de san Bernardo- promulgue una bula según la cual los Templarios no deberán lealtad a ningún poder secular o eclesiástico, excepto al del papa. Con la bula de Inocencio II, los Templarios pasaron a ser, de facto, un imperio independiente. Apenas un año después del concilio de Troyes la Orden poseía vastos territorios en Francia, Inglaterra, Escocia, Flandes, España y Portugal. Diez años más tarde se añadirían a éstos territorios enormes fincas en Italia, Austria, Hungría y gran parte de Oriente Medio.

Cien años después de su fundación los Templarios ejercían una influencia diplomática y política al más alto nivel entre nobles y monarcas a lo largo y ancho del mundo occidental y de tierra santa. Hay crónicas árabes de aquel tiempo sobre los tratados que suscribió la Orden con diferentes emires musulmanes, en los que se establecían las zonas de influencia de unos y otros. Sin embargo, este hecho nada tiene que ver con la visión de vasallaje

que han pretendido dar ciertos historiadores europeos, llegando incluso a decir que los ismaelitas y otros grupos afines rendían tributo a los Templarios y estaban, en algunos casos, a su servicio. Nada más lejos de la realidad. En primer lugar, fue la secta ismaelita de los asesinos la que les enseñó cómo devenir una organización robustamente jerarquizada. Fueron ellos los que dieron forma a las órdenes de caballería, a sus votos y reglas. ¿De dónde, pues, han sacado los cronistas estos rumores? De una mala interpretación de las fuentes árabes. Según éstas -Francesco Gabrieli, *Storici Arabi delle Crociate*- cuando un nutrido número de miembros de la secta ismaelita la fueron abandonando y se fueron asentando fuera de sus fortalezas, quedaron sin protección y a merced de cualquier grupo armado que quisiera robarles sus cosechas u otros bienes. Por ello, hicieron pactos de no agresión - por ejemplo, con los Templarios- a cambio del pago de tributos.

Hemos hablado de su enorme influencia diplomática y política, pero no menor era su poder económico. Hacía tiempo que los musulmanes utilizaban los pagarés como medio de internacionalizar los pagos de sus transacciones comerciales. Habían creado todo un sistema “bancario” de transferencias, depósitos y garantías totalmente desconocido en Europa. Y será esto, y muchos otros “adelantos” sociales y mercantiles, lo que implanten los Templarios en todo Occidente. Su red económica va a controlar la mayor parte de los puertos y rutas comerciales de la Europa occidental; van a organizar administrativamente los territorios europeos hasta erigirse en un macro estado paralelo capaz ya de dirigir, de facto, la política de los monarcas y de la Iglesia. El “misterio” de los Templarios responde más a una fabricación histórica que a una realidad que se ha tratado de presentar como fabulosa y mítica.

Veamos ahora qué se intenta ocultar con dicha fabricación. En primer lugar, ya hemos visto la absoluta imposibilidad de que el objetivo y finalidad de la Orden fuese militar o de proteger a los peregrinos en tierra santa. Lo que Hugues de Payen presentó al rey de Jerusalén no pudo ser el proyecto de crear un “ejército de

salvación” capaz de asegurar las rutas que atravesaban desiertos y desfiladeros... y conectaban pueblos y ciudades. Si alguien hubiera ido con esa propuesta, con la propuesta de que nueve personas se iban a encargar de semejante tarea, el rey, por muy estúpido que hubiese sido -y quizás no era éste el caso de Balduino- habría tomado a burla su plan y muy probablemente le habría encarcelado o deportado de vuelta a Europa. La misión de Hugues era muy distinta y así lo entendió el rey. Tampoco parece razonable hablar de una orden monástica basada en los votos de pobreza, obediencia y castidad. Ya en vida de Hugues de Payen la orden contaba con más propiedades y bienes que cualquier monarca europeo; vivían sus miembros en espléndidos castillos o en imponentes monasterios. Por otro lado, la bula promulgada por Inocencio II eximía a la Orden de toda obediencia a las autoridades civiles o eclesiásticas. En cuanto a la castidad, si bien carece de importancia para el caso que nos ocupa, una de las acusaciones que se vertió sobre los “monjes guerreros” fue la de practicar la homosexualidad.

El otro aspecto insostenible en la historia de los Templarios es el de su carácter guerrero. Según las reglas de la Orden, ningún caballero templario podía caer prisionero, ya que éstos debían luchar hasta la muerte. Sin embargo, su historia militar, fuera de la mítica fabricada en torno a su valor y destreza, muestra a unos soldados que en nada se distinguían de cualquier otro.

En la mañana del lunes del 17 de Rabi' II, dos días después de la victoria, el sultán localizó a los Templarios y Hospitalarios que habían sido capturados y dijo: “Purificaré la tierra de estas dos razas impuras”. Ofreció 50 dinares a cada hombre que hubiera hecho prisionero a uno de ellos y enseguida los soldados trajeron a más de 100. Mandó decapitarlos prefiriendo darles muerte antes que hacerles prisioneros.

*'Imād ad-Dīn, al-Fath al-qussī fi al-fath al-quḍṣī –
El sultán Salahuddīn y su ejército penetran en territorio franky, 18-29.*

La imagen no puede ser más patética -al menos 100 temibles guerreros dispuestos a morir antes que rendirse han sido hechos prisioneros por soldados regulares y llevados de un sitio para otro hasta que son, finalmente, decapitados. Hay decenas de crónicas en las que se cuenta cómo estos “invencibles” caballeros eran capturados o masacrados en el campo de batalla. No menos patética o, al menos, sorprendente, será su detención en 1307 por orden de Felipe IV. Serán detenidos en sus casas, sacados de la cama por alguaciles que podían haber ido acompañados, en el mejor de los casos, de un reducido número de soldados. No se trata de un caso particular -todos, el Gran Maestre Jacques de Molay incluido, fueron apresados de la misma forma, sin que ninguno de estos aguerridos monjes ofreciera la menor resistencia.

La conclusión final parece obvia -ni fueron a tierra santa a proteger a los peregrinos ni fueron nunca una orden militar. ¿Cuál entonces fue su objetivo? ¿Qué se ha tratado de ocultar tras el secretismo y la mitificación de la Orden de los Templarios? Hay preguntas que exigen, si queremos contestarlas con un mínimo de rigor, el estudio de una buena parte de la historia; y sin duda alguna las que acabamos de enunciar pertenecen a este grupo. En el caso que nos ocupa tendremos que retroceder hasta llegar al Centro y seguir, a grandes rasgos, las ondas expansivas que se originaron de él.

Si logramos salirnos del irracional esquema con el que los investigadores europeos han tratado de explicar la historia, entenderemos no sólo el episodio de las cruzadas y de la Orden de los Templarios, sino cualquier otro al que nos acerquemos con un patrón interpretativo basado en el Centro originario. En su esquema las civilizaciones, las lenguas, las religiones, las técnicas... aparecen como por generación espontánea, aquí y allá, y de la misma forma desaparecen. Primero se pensó en Egipto como cuna de la civilización; después se rechazó tal hipótesis y se prefirió la de Mesopotamia... y todo surge de la nada, como un árbol frondoso que hubiera crecido sin semilla. ¿Acaso pudo haberse originado el lenguaje como la ocurrencia de un individuo o de un grupo? El

propio Rousseau rechaza esta posibilidad al convenir que una lengua se crea por consenso de la comunidad que ha decidido establecerla, necesitando a su vez para ello de una lengua con la que poder consensuarla. Esta simple pero irresoluble contradicción nos lleva al hecho de que el lenguaje, como por otra parte el alfabeto, ha tenido que ser dado al hombre por un agente externo encargado de enseñarle el conocimiento básico de todas las ciencias. Sin embargo, en su negligente visión interpretativa de la historia Occidente prefiere relegar el origen de los fenómenos a un pasado irrelevante o mítico.

El verdadero esquema del que nos da cuenta el Qur'an es muy distinto. En primer lugar, tenemos que hablar de un Centro, de un lugar donde vivió la última versión humana -el insan- a quien Allah el Altísimo insufló parte de Su Ruh y le dio la vista, el oído y el corazón, es decir, la consciencia, la comprensión y las capacidades cognoscitivas. Este hombre completo pobló la zona que podríamos delimitar entre el Nayd, la cadena montañosa del Asir y el Hadhramaut -en el actual Yemen. Allí vivió y se comunicó con sus semejantes gracias a la lengua que le enseñaron los ángeles -el árabe fuṣḥā- compuesta de 28 sonidos (algunos de los cuales no existen en ningún otro idioma), representados por 28 letras. De esta lengua original surgieron el siríaco y el fenicio -nombres arbitrarios que utilizamos como una mera referencia. El siríaco se extendería hacia el este y daría origen a las lenguas que podemos denominar orientales, el persa incluido. Por su parte, el fenicio se extendió hacia el occidente, hecho éste que ha quedado reflejado en la propia mitología griega, según la cual el príncipe sirio Ceres fue quien llevó el alfabeto al Peloponeso. Obviamente, con el transcurso de los milenios estas lenguas se ramificarán casi hasta el infinito, mezclándose e influenciándose unas a otras. Sin embargo, y a pesar de este fenómeno lógico e inevitable, todavía hoy podemos rastrear el origen de muchas palabras de la lengua que elijamos hasta llegar al árabe fuṣḥā. Uno de los mejores trabajos a este respecto es el del investigador y lingüista sirio Ahmad Daud. En su libro *Al-Markez -el Centro*, rastrea las

derivaciones y los cambios consonantales que se han ido produciendo en las primeras lenguas desgajadas del árabe fuṣḥā.

Este hombre completo, el insan, no sólo recibió el lenguaje y la escritura, sino también la guía a través de ángeles y más tarde a partir de Nuh, de Profetas, portadores de la hikmah -sabiduría aplicada- y de los Libros Revelados. Este sistema no ha dejado de guiar y de enseñar al hombre desde Adam (a.s) hasta Muhammad (s.a.s).

Dentro de la corriente profética uno de los momentos más cruciales lo representa Ibrahim (a.s), quien restaura el hayy y el tawhid, y con quien Allah el Altísimo establece un pacto por el cual toda la Profecía saldrá de su casa. Este hecho es transcendental. En los manuscritos del Qumran encontramos una de las claves más importantes y decisivas a la hora de construir el patrón interpretativo de la historia:

... Y los hijos de Šādoq, que han asegurado la custodia de
Mi santuario, mientras que los Banu Israil se han alejado
muy lejos de Mí.

Les écrits esséniens découverts près de la mer Morte – les écrits de Damas.
André Dupont-Sommer. Editions Payot, 2010; pag 151.

En la tradición judaica Šādoq reviste una importancia excepcional a pesar de que todos los investigadores bíblicos admiten desconocer la verdadera identidad de este personaje. Sin embargo, si diéramos este texto a un nativo de lengua árabe o a una persona con amplios conocimientos de esta lengua, enseguida concluirían que Šādoq es una corrupción de Šādiq, “el veraz”, calificativo que Allah el Altísimo reserva exclusivamente para Ismail; ningún otro Profeta ha sido nombrado por el Todopoderoso con este sobrenombre:

**Y menciona en el Libro a Ismail, en verdad que fue - šādiq صادق-
veraz en su cumplimiento del Pacto; y fue Mensajero y Profeta.**

Qur'an 19:54

Es cierto que en la misma surah, en la aleya 55, se habla de Idris en los mismos términos, pero la forma que en este caso utiliza el Altísimo es “šid-diq”. El significado es muy parecido -si bien denota, sobre todo, integridad- pero la forma gramatical es diferente; la forma “šādiq” sólo se utiliza para designar a Ismail. Esta es la verdadera identidad de Šādoq, otro enigma desvelado por el Qur’an.

En el texto que acabamos de citar, perteneciente a “los Escritos de Damasco”, vemos la secuencia básica sobre la que se va a montar la historia -Ismail se queda junto al Santuario (la Ka’bah), protegiéndolo y velando para que el tawhid y el hayy no se olviden ni tergiversen. Y ahí han permanecido los vástagos del šādiq hasta la llegada del Profeta Muhammad (s.a.s), descendiente de Ibrahim vía Ismail. En cambio, los Banu Israil, se alejaron y se desperdigaron por todo el mundo, por el este y el oeste, hasta los últimos confines de la Tierra. Pero lo que los judíos llevaban en sus alforjas no era -en muchas ocasiones- el tawhid y la hermandad, sino la rebeldía.

Y en verdad que enviamos a Nuh y a Ibrahim y pusimos en su descendencia la Profecía y el Libro. Entre ellos los hay que están guiados, pero la mayoría son rebeldes.

Qur’an 57:26

Otro momento crucial en esta expansión judía será el del reinado del Profeta Suleyman (a.s), artífice del mayor imperio que haya existido jamás.

Y pusimos a prueba a Suleyman, y echamos un cuerpo en su trono; después se volvió arrepentido. Dijo: Señor mío, perdóname y concédeme un reino que nadie más pueda tener después de mí; en verdad que das sin cesar. Y le subordinamos el viento que corría, bajo su mandato, sin esfuerzo a donde era su objetivo. Y los shayatin, toda clase de albañiles y buceadores. Y otros encadenados a yugos.

Qur’an 38:34-38

En este sentido, nos parece acertada la interpretación de Wadell con respecto al periodo de Sargón el Grande (hacia 3500-4000 a.C.), primer rey de los sumerios, y que nosotros hacemos coincidir con Daud; y a Manis, su hijo, con Suleyman. Hay una clara correspondencia de nombres entre Manis y Menes, rey y unificador del Bajo y Alto Egipto. Más aún, ambos nombres evocan el de Manasyu, que aparece en la épica hindú. Curiosamente, el sufijo "yu" significa en sánscrito "unificador", el mismo título que daban los egipcios a Menes. Y parecida semejanza encontramos entre estos nombres y el del mítico rey cretense, Minos.

Si nos fijamos en la historia de estos reyes -todos ellos relegados a la leyenda durante siglos por los historiadores occidentales- veremos que siempre han estado asociados con el comienzo o, al menos, con un verdadero desarrollo de la civilización -Sargón el Grande y su hijo Manis en Mesopotamia; Menes en Egipto; Manasyu en La India y Minos en Grecia. Este hecho no debería sorprendernos si caemos en la cuenta de que estos cuatro nombres -Manis, Menes, Manasyu y Minos- hacen referencia a una misma persona, a Suleyman, a su grandioso imperio, basado en la civilización, en la Profecía y en la Ley divina. A pesar de la tradición hostil que Atenas ha dejado de Minos -un cretense que conquistó toda Grecia y cuya influencia se extendió allende los mares- en términos generales se le muestra como un poderoso y justo monarca, estrechamente ligado a la religión. Los cuatro centros originarios del imperio de Suleyman serían, pues, Mesopotamia, Egipto, La India y Grecia; y de estos centros se extenderán sus dominios y su civilización al resto del mundo. En este sentido se debería entender el título que los egipcios daban a Menes -El ojo de los cuatro rincones de la tierra. Será, pues, durante el reinado de Suleyman cuando los israelitas, los judíos, lleven a cabo otra gran emigración, llegando a Europa occidental y al resto del mundo.

La pregunta clave que deberemos contestar antes de seguir con el relato es la de por qué los hijos de Ismail se quedaron junto al

Santuario, junto a la Ka'bah, mientras que los Banu Israil se alejaron de él. De nuevo, la respuesta está en el Qur'an:

E hicimos que los Banu Israil cruzaran el mar hasta que llegaron a una gente entregada a la devoción de unos ídolos que tenían.

Dijeron: ¡Oh Musa! Haznos un dios como los dioses que ellos tienen. Dijo: Realmente sois gente ignorante.

Qur'an 7:138

Los judíos se alejaron del Santuario para buscar otra forma de vida, una que les permitiera realizar sus deseos sin la vigilancia divina... pero sólo encontraron esclavitud y penalidades. Sin embargo, nunca ha dejado de ser ese su sueño, su quimera - construir un imperio planetario sin Dios y sin Profetas... sin Ley, como el de esa gente que vieron al cruzar el mar o como el de Suleyman, quien tenía a sus órdenes yins y shayatines que trabajaban para él y le construían portentosas edificaciones.

Este es el patrón interpretativo sin el cual no podremos entender las culturas, los pueblos, las lenguas... a los que se les han dado nombres aleatorios que nada tienen que ver con la realidad, pero que han servido para hacer de la historia un laberinto en el que nadie se atreve a entrar.

Los Banu Israil, se alejaron del santuario "muy lejos", llevando consigo la prodigiosa sabiduría profética, el tawhid, la hikmah y un conocimiento técnico desconocido en el resto del mundo. Durante milenios estos Banu Israil, los judíos, se fueron asentando en los cinco continentes, "controlando" los recursos naturales, que ellos sí sabían explotar, y desarrollando las técnicas que sus Profetas les habían ido enseñando -agricultura, pastoreo, alfarería, metalurgia, arquitectura... Son ellos los que originaron las culturas y no la generación espontánea.

El reinado de Suleyman fue, pues, crucial en la historia no sólo del pueblo judío, sino de toda la humanidad, ya que a las numerosas técnicas recibidas de los Profetas y de los Libros Revelados se añadiría ahora la magia y "eso" que descendió del cielo.

Y seguían lo que decían los shayatines en los dominios de Suleyman. Pero no era Suleyman quien encubría la realidad, sino que eran los shayatines quienes la encubrían enseñando a los hombres la magia y lo que se había hecho descender en Bābil...

Qur'an 2:101-102

Las tribus judías se fueron extendiendo por los dominios de Suleyman, que abarcaban la tierra entera, en sucesivas oleadas a través de corrientes subterráneas, tres de las cuales aflorarán una y otra vez en el escenario europeo, llevando en sus lechos el Relato Profético y su sabiduría. Las denominaremos -la kinanita, la anatoliana y la cristiana, y todas ellas surgirán de Mesopotamia - “Bābil”, como es designada en el Qur'an la tierra que constituía el centro del poder de Suleyman. Desde Bābil unas tribus judías se dirigirán hacia el oeste, llegando a Siria y a Líbano y mezclándose allí con los kinanitas. ¿Por qué les damos este nombre? En cualquier libro de historia se les llamará fenicios, un término que no significa nada ni designa a ningún pueblo, pero que se ha venido utilizando hasta hoy para encubrir su verdadera identidad. La Enciclopedia Británica admite que se desconoce el nombre con el que los fenicios se llamaban a sí mismos en su propia lengua, y apunta a la posibilidad de que fuese el de “Kena'ani”. La vocalización no parece correcta ya que en árabe no existe el sonido “e”; se trataría más bien de “i” como vemos en la forma en la que es vocalizado este nombre en akadio -Kinahna; a continuación, concluye que hace referencia a los “canaanites” - cananeos en la transliteración española. Sin embargo, el pueblo cananeo solamente aparece en el Antiguo Testamento y en ninguna fuente más. Los akadios hablan de los Kinahna y los árabes de los Kinaniyun. Este hecho se debe a que, como ya hemos visto, la Biblia sigue siendo una referencia histórica incontestable, cuya información debe coincidir, “necesariamente”, con los hallazgos arqueológicos y las traducciones de los papiros, tablillas e inscripciones más antiguos. Pero en realidad, el término “canaanites” es una corrupción de “Kinani”; de la misma forma

que “canaan” lo es de “Kinan”; y éste era el nombre de uno de los hijos de Ismail, algunos de cuyos descendientes se irían desplazando hacia el norte desde el Hiyaz (Mekkah) y asentándose en lo que hoy es Siria y Líbano. Por lo tanto, los mal llamados fenicios, los kinani o kinaniyun, no eran judíos sino árabes dedicados en un primer momento al comercio caravanero y más tarde marítimo a lo largo de las costas mediterráneas, llegando hasta el levante hispano. Hablaban un dialecto árabe al que se ha venido denominando fenicio -kinani sería mucho más preciso, cuyo alfabeto constaba en un principio de 26 letras que correspondían a 26 sonidos, dos menos que el alfabeto árabe fuṣḥa.

Estos grupos judíos se mezclarán con sus primos kinani y les acompañarán en sus viajes comerciales a lo largo del mediterráneo, llevando el alfabeto y la lengua kinani a Grecia, norte de África e Hispania. Pasado un tiempo, sin embargo, cambiarán de trayectoria y en vez de volver a Oriente seguirán camino bordeando las costas españolas y remontando la cornisa atlántica se asentarán en Portugal y Galicia. Será a partir de este momento cuando podamos llamar a estas tribus judías -celtas. Su centro estará situado, precisamente, en la esquina noroeste de la antigua Hispania. Desde allí realizarán continuos viajes a Bretaña, Irlanda y Escocia, dando origen a una misma cultura. El exhaustivo estudio de José Ramón Onega en su libro *Los judíos en el reino de Galicia* sitúa la llegada de los “hebreos” a Galicia en el año 2000 a.C. Nos parece más acertado asignar esta fecha a sus asentamientos en la zona galaico-portuguesa, pero sin duda que sus viajes por la cornisa atlántica debieron comenzar mucho antes. Y no se limitaron únicamente a la región norte, sino que descendieron por las costas africanas, asentándose también en lo que hoy es Marruecos y Mauritania. No debemos olvidar que las técnicas de navegación comenzaron a desarrollarse en el periodo subsiguiente a Nuh (a.s), y no es culpa de la historia si los europeos tardaron 20 mil años en aprender a utilizarlas.

Y los llevamos en una embarcación hecha de maderas encajadas con estopa.

Qur'an 54:13

Así se han calafateado tradicionalmente los barcos, untando estopa en brea o alquitrán -palabra árabe que describe la sustancia que resulta de la destilación de materias orgánicas, principalmente de maderas resinosas, y que a veces se mezclaba con pez que se obtenía de la trementina al verterla en agua fría después de haber extraído el aguarrás.

Los árabes, mucho antes de Muhammad (s.a.s) ya eran grandes navegantes y mantenían relaciones comerciales, desde los tiempos más remotos, con las Indias. Hay evidencia de que en el primer siglo de esta era ya conocían la manera de guiarse en los mares.

Sus barcos estaban contruidos enteramente de madera y recubiertos de cuero; no había en ellos nada de hierro.

George Lian. *Os árabes antes da Renascença*.
Associação Brasileira de Escritores. Sao Paulo, 1946.

La importante presencia del afluente celta, cuya influencia se trasladará más tarde a Escocia e Irlanda, perdurará hasta bien entrada la Edad Media, dando origen a una poderosa dinastía judeo-celta, cuyo primer gran rey será David I (1082-1153), hijo del rey escocés Malcolm III y de Margarita, llamada la “dama noruega”, una indicación de la influencia en las islas británicas del afluente danés-vikingo. De hecho, David permitirá e incluso favorecerá que en sus territorios se instalen nobles normandos e ingleses -en realidad vikingos que se han ido asentando en Inglaterra durante sus continuadas invasiones del país anglosajón. En cuanto que judío converso, intentará aprovechar sus buenas relaciones con Roma, lo que irá en detrimento de la Iglesia celta y de la concepción política y espiritual del pueblo escocés. Sin embargo, en 1297 emerge la figura de Robert Bruce, descendiente por línea directa del rey David I. En 1306, tras una larga lucha en la que uno a uno fue eliminando a todos sus oponentes, es coronado

rey de Escocia con el beneplácito y el incondicional apoyo del obispo de St Andrews, Lamberton, y del de Glasgow, Wishart. Ambos clérigos albergan el mismo sueño que Bruce - independizarse de Inglaterra, separarse radicalmente de Roma y crear un reino celta, un reino como el que conocieron sus antepasados cuando moraban en Babil bajo el reinado de Daud y Suleyman. El sueño de Bruce se desvanecerá ante una nobleza europea que se ha alineado, definitivamente, con la Iglesia católica, y cuyas espadas irán acallando las reivindicaciones de las otras denominaciones cristianas -también las de la celta. A su muerte, le sucederá su hijo David II y dejará en su testamento la súplica de que su corazón sea llevado a Jerusalén y enterrado en la Iglesia del Santo Sepulcro, como una forma simbólica de volver al Centro, al Santuario que construyera Ibrahim e Ismail, ahora olvidado por los judíos y erróneamente situado en Palestina.

Sin embargo, el afluente celta no sólo llegará a la cornisa atlántica siguiendo la corriente kinani a través del Mediterráneo, sino también a través del Océano Atlántico. Ya hemos visto cómo uno de los centros de poder del Profeta Suleyman era La India, cuya influencia llegará a China y a las islas del Pacífico. El propio Suleyman, o sus ejércitos, o sus súbditos comerciantes viajarán por este océano llegando a Australia, y haciendo escalas en los diferentes archipiélagos dispersos por todo él arribarán a lo que hoy es Panamá, cuyo canal era entonces un estrecho natural que les permitía pasar rápidamente al Océano Atlántico, continuando viaje hasta llegar a la cornisa atlántica, especialmente a su parte galaico-portuguesa y a lo que hoy son las Islas Canarias. Los barcos que allí llegaban procedían, en última estancia, de Babil. No sólo llevaban consigo el conocimiento profético, sino también yins y shayatines, expertos conocedores de muchas “ciencias”, capaces de actuar cada uno de ellos con la fuerza de miles de hombres.

Dijo: ¡Mis nobles! ¿Cuál de vosotros me traerá su trono antes de que vengan a mí sometidos (*musulmanes*)? Dijo Ifrit que era uno

de los genios: Yo te lo traeré antes de que te levantes de tu asiento; tengo fuerza para ello y soy digno de confianza.

Y dijo el que tenía conocimiento del Libro:

Yo te lo traeré antes de que parpadees de nuevo.

Y cuando lo vio instalado ante él, dijo: Esto es parte del Favor de mi Señor para probarme si soy agradecido o ingrato, y quien es agradecido sólo lo es para sí mismo, y quien es ingrato...

Realmente mi Señor es el Rico, el Generoso.

Qur'an 27:38-40

¿Quién construyó las fabulosas pirámides que se yerguen majestuosas en Méjico y en Perú, semejantes a las de Arabia y a los templos escalonados de La India? ¿Quién les enseñó la escritura a los Mayas y a los Aztecas, y a escudriñar los cielos y a levantar calendarios? Todo ello haría que los habitantes de aquellas tierras sintieran, hace ahora seis mil años, una tremenda conmoción al entrar en contacto con la elevada civilización que traían esos “atlantes”. Pronto surgirán leyendas en las que se hablará de los portentos que realizaban esas gentes venidas de allende los mares hasta crear el mito de la “Atlántida” -un continente que nunca existió, pues en realidad se estaba haciendo referencia a América, el lugar de donde provenían los súbditos de Suleyman. En 1568 el explorador español Álvaro de Mendaña de Neira llegaba a las Islas Salomón situadas al este de Australia, en el meridiano 10, al sur del ecuador. No deja de sorprender que llevaran este nombre estando su emplazamiento a más de veinte mil kilómetros de Palestina, lugar donde según la tradición judeo-cristiana residía el rey Suleyman. Sin embargo, según los rumores que llegaban al continente europeo, Álvaro de Mendaña no sólo habría descubierto oro en estas islas, sino también el lugar de donde el Profeta Suleyman obtenía todo tipo de metales para sus magníficas construcciones. La historia deja de ser inverosímil si le situamos en Bābil y damos a La India el papel de haber sido uno de los centros de influencia de su poder. No sólo de las Islas Salomón, sino de muchos otros lugares de la Tierra sus súbditos, sus

exploradores, sus yins y sus shayatines extraían metales preciosos y muchas otras riquezas del subsuelo y de los fondos marinos. En 1595 este mismo explorador, Álvaro de Mendaña, divisó las Islas Marquesas, situadas en el meridiano 10, al norte del ecuador y al este de las islas Salomón -quizás representaran la última escala de las huestes de Suleyman antes de llegar al estrecho de Panamá. Y ese fue el objetivo del extraordinario viaje que en 1519 emprendió Magallanes desde el puerto de Sevilla –encontrar un lugar en el centro de América que le permitiera pasar de un océano a otro. ¿Qué sentido habría tenido interesarse por un estrecho, el que más tarde llevaría su nombre, en Tierra de Fuego, al final del continente americano? La transmisión que había recibido era correcta, pero en su tiempo ya no había estrecho natural y el paso del Atlántico al Pacífico a través de América Central resultaba imposible.

Otros grupos judíos, siguiendo la corriente anatoliana, bordearon el Mar Negro y se ramificaron dando lugar a cuatro afluentes. Uno de ellos se desparramó por toda la región que hoy denominamos “los Balcanes”. Otro de los afluentes siguió hacia el Norte para después penetrar en Italia y asentarse en el país de Etruria, que abarcaba las zonas de la Toscana y Umbría. Estas tribus pasarán más tarde a llamarse “los etruscos”. Su procedencia era conocida desde la antigüedad, como queda de manifiesto en la obra de Herodoto, quien argumenta que los etruscos provenían de Anatolia e invadieron Etruria en 800 a.C. (una fecha muy tardía). El tercer afluente, el afluente godo, desembocará en las aguas del Rin y del Weser, dando lugar a dos poderosos subafluentes -el franco y el visigodo. Por último, el afluente danés discurrirá hacia el norte llegando a Escandinavia y dando lugar a las sagas vikingas, que tan decisivo papel han de jugar en la historia de Europa. La tercera corriente, la corriente cristiana, cierra el ciclo de las corrientes de Bābil. Las migraciones judías comenzaron con los Banu Israil y se extendieron durante todo el periodo profético hasta Isa, cuyos seguidores se bifurcarán en dos afluentes -el paulino, que pasará más tarde a denominarse católico; y el unitario; secándose con

ellos la fuente originaria de la que habían manado. Todas estas corrientes llevan en su lecho una misma identidad expresada en nombres y leyendas que los historiadores occidentales, desconocedores del Relato Profético, van, en la mayoría de los casos, a malinterpretar.

En la literatura escandinava existe una colección de sagas llamada *Heimskringla* (escrita por Snorri Sturluson en 1220), que rastrea el origen de los reyes noruegos hasta el dios Odin, presentado como una figura histórica, como un gran conquistador y maestro-mago procedente del Mar Negro, cuyo conocimiento de la escritura y de la magia le permitieron hacerse con el poder en toda la península. Su dinastía continuó a través de dieciséis reyes-sacerdotes hasta llegar a la época de los vikingos y su posterior “conversión” al cristianismo. En el relato de *Heimskringla* encontraremos la secuencia completa de la corriente danesa a condición que situemos a sus actores en el tiempo y lugar adecuados. El rey sumerio Sargón no es un personaje salido de la nada, que sin más antecedentes que su propio talento inventa el alfabeto cuneiforme, la escritura, la composición literaria y desarrolla una prodigiosa civilización. Sargón, como ya hemos visto, es Daud, padre de Suleyman y, junto con él, artífice del mayor imperio que haya existido jamás. Ambos eran Profetas y poderosos monarcas bajo cuyo dominio estaban sometidos los yins y los shayatines; conocían el lenguaje de los animales; y los ángeles Harut y Marut enseñaban en su reino a los hombres la magia y “lo” que había descendido del cielo. Daud recibió el Zabur y una gran destreza militar:

**Y los derrotaron con el permiso de Allah.
Daud mató a Yalut y Allah le concedió soberanía
y hikmah, y le enseñó lo que quiso.**

Qur'an 2:251

Uno de los panegíricos con el que se honraba a Sargón era Goth o Got, que L. Austine Waddell traduce como “gran guerrero”. No obstante, la palabra original era Ġoṭhn o Ġodhn. La primera

letra de estas dos palabras correspondería a la letra “ghain” del alfabeto árabe, un sonido “g” gutural inexistente y por lo tanto difícil de pronunciar en la mayoría de las otras lenguas. De ahí que cuando este término penetre en el inglés arcaico, cambie este sonido por el de “wa”, pasando a escribirse Wodhn o Wothn, y la misma transformación tiene lugar en el sajón arcaico. En el alemán que se hablaba hasta el siglo XI en lo que hoy es Alemania del sur, Austria y Suiza el sonido “dh” y “th” será substituido por “t”, dando lugar a Ġotn. Cuando estos términos se introducen en la lengua nórdica, también llamada alemán clásico del norte, y que fue la lengua literaria de las sagas islandesas y de las *Eddas* durante los siglos XII y XIII, se elimina tanto el sonido “ghain” como el sonido “wa”, de forma que Ġothn se convierte en Othn, y Ġodhn en Odhn; y ambas darán origen a Odin al vocalizarse estas palabras y preferirse el sonido “d”, menos fricativo y más fácil de pronunciar que “dh” y “th”. En cambio, en alemán se mantendrá el sonido “t”.

El nombre Odin (Wodhn, Goth, Got, Ġothn, Ġotn,), cuando lo hacemos derivar hasta su origen, vemos que hace referencia a Sargón, a Daud, y por eso mismo, a pesar de formar parte del panteón escandinavo, en las sagas de Snorri Sturluson se le reconoce como un personaje histórico que habría sido un “gran conquistador” y un “maestro-mago”, dos características que sólo confluyen plenamente en Sargón si le hacemos coincidir con el Profeta Daud. Pero la magia de Daud no es chamánica, como se ha tergiversado en la leyenda, sino profética -otro atributo que se le reconoce a Odin en esta misma saga. Y lo que los judíos de la corriente danesa llevan a Escandinavia es el alfabeto y la escritura con la que Daud escribió el Zabur. Con el tiempo, sin embargo, el panegírico Goth o Got se convertirá, en las lenguas anglosajonas, en el nombre de un “dios” investido con las cualidades del Profeta Daud.

Más tarde, pasará a denominar, como nombre genérico, al Creador -God (en alemán, Gott). En las mitologías escandinavas el “dios” Odin -asociado a la sabiduría, la magia, la poesía y la profecía, todas ellas características del Profeta Daud- tenía

numerosos hijos, uno de los cuales era Thor (Zor), a quien se le asociaba con tormentas, adoración y santidad -características a su vez del Profeta Suleyman. Estas tradiciones confirmarían el hecho de que Odin representa a Sargón –Daud, y su hijo Thor a Menes, hijo de Sargón y por tanto a Suleyman, hijo de Daud. Thor va acompañado siempre de dos pájaros con inteligencia humana y con los que dialoga -la misma secuencia que encontramos en el Qur'an referida al Profeta Suleyman.

Y pasó revista a los pájaros, y entonces dijo: ¿Qué ocurre que no veo a la abubilla? ¿Es que acaso se ha ausentado?

La castigaré con un duro castigo o la degollaré a menos que venga con una clara razón.

Mas había permanecido no muy lejos y entonces dijo: He sabido de algo de lo que tú no tienes conocimiento, y he venido hasta ti desde Saba con una noticia cierta.

Qur'an 27:20-22

Thor tiene agarrados en su mano los vientos, los truenos y los rayos que lanza contra el mal -una imagen gemela del poder de Suleyman y de su implacable justicia.

Y a Suleyman le subordinamos el viento; su ida era de un mes y su vuelta era de un mes. E hicimos que manara para él un manantial de cobre fundido. Y había genios que trabajaban para él con permiso de su Señor. Y a quien de ellos se apartara de Nuestro mandato le haríamos gustar el castigo del sa'ir.

Qur'an 34:12

Los yins de los que habla esta aleya corresponderían a los “enanos” que en el poema *Alvíssmál*, perteneciente a la *Edda Poética*, están al servicio de Thor. Dice Thor: “Alvíss debe decirle lo que quiere saber sobre todos los mundos que el enano ha visitado.” En una larga sesión de preguntas y respuestas, Alvíss así lo hace; describe características naturales como son conocidas en las lenguas de diferentes razas de seres que pueblan el mundo, al

tiempo que transmite una gran cantidad de información cosmológica.

Y así fue entendido siglos más tarde y reflejado en la obra *Solomon and Suttur* escrita en inglés y noruego arcaicos, y compuesta de cuatro libros de adivinanzas en los que se asocia al “dios” Thor con el Profeta Suleyman. Si no entendemos que las mitologías de los pueblos antiguos no hacían sino transportar el Relato Profético y sus actores, todas esas leyendas de dioses, de magos y de poderes sobrenaturales resultarán incomprensibles y absurdas.

El poderoso y paulatino avance fluvial deposita en los territorios en los que se asienta la forma de vida y las costumbres establecidas por los Profetas y los Libros Revelados. Son tribus provenientes de la región en la que confluyen el Tigris y el Éufrates, del Nayar, de Arabia... del Centro. Son parte de los primeros pueblos a los que se les enseñó el tawhid y se les dio la hikmah, pero también la rebeldía. Por ello vamos a ver repetida en todos sus asentamientos una espiritualidad profética que irá derivando en prácticas y creencias chamánicas. Por una parte, introducen el enterramiento de los muertos en vez de la cremación, práctica ésta ampliamente extendida por toda Europa. Establecen sociedades claramente patriarcales, en las que las mujeres tienen derecho a pedir el divorcio y a poseer propiedades, como era el caso entre los vikingos, en cuya estructura de poder participaban, en algunos casos, mujeres de excepcional valía. Pero también arrojan en los meandros de sus nuevos asentamientos el “*extispicium*”, palabra latina que significa “adivinación del futuro a través del análisis de ciertas anomalías en las vísceras de los animales, especialmente en el hígado e intestinos”. Se han encontrado modelos de órganos dibujados y “manuales de *extispicium*” en escritura cuneiforme procedentes de Babilonia y de las regiones habitadas por los hititas y otros pueblos. Sin embargo, son ya muchos los investigadores que han sugerido que esa técnica era, en realidad, una forma de autopsia a través de la cual comprobar si los animales habían enfermado debido a la pobreza

nutritiva del pasto del que se alimentaban. La ciencia profética es siempre anterior a las prácticas chamánicas de las que se sirven las castas sacerdotales para desarrollar sus poderes mágicos. Al mismo tiempo, estas tribus desarrollan refinadas técnicas alfareras y metalúrgicas, unidas a la idolatría y los sacrificios humanos.

Todavía nos queda por mencionar la “otra” corriente, la que inundará toda la Tierra. Tiene el mismo origen que las judías -Ibrahim; pero ha surgido de otro manantial, de Ismail, de Şâdoq, de los que se quedaron custodiando el Santuario, la Casa, la Ka’bah. Esta corriente, este Nuevo Cántico ha brotado del mismísimo Centro y ha devuelto al mundo la lengua originaria -el árabe fuṣḥa; con la que el último Profeta -Muhammad (s.a.s)- ha llamado a la humanidad entera a peregrinar al Santuario. La verdadera historia, pues, ha cambiado radicalmente de escenario.

La corriente goda, asentada ya en la región noroeste de Alemania, en la zona delimitada por los ríos Weser y Rin, se dividirá en tres tribus -salianos, ripurianos y hesianos- que en el siglo III darán lugar a los francos, todos ellos pertenecientes al grupo Rin-Weser de habla germana -en realidad, una derivación del godo y, por ende, de la lengua bābil y del árabe. Una de estas tribus -los salianos- se irá desplazando hacia la zona atlántica hasta penetrar en la Galia y ocupar lo que hoy es Bélgica y la región francesa de las Ardenas.

Cuando los francos penetran en la Galia, lo hacen con sus reyes y su aparato de gobierno. No hubo, pues, luchas ni derrocamientos. Desde su llegada la monarquía franca ejerció el poder que traía consigo y lo ejerció con la aureola casi sobrenatural que siempre rodeó a los merovingios.

Según la mayoría de los historiadores, el verdadero fundador de la dinastía fue el rey saliano Clodión VI; si bien es de Meroveo, pariente y sucesor suyo, de quien toma el nombre y la leyenda, según la cual éste era hijo de una mujer y de una criatura marina, simbolizando de esta forma su origen divino o sagrado de allende los mares, unido ahora al de los mortales no judíos. Este hecho corroboraría el que los propios merovingios afirmasen que

descendían del Profeta Nuh (a.s), algo que los cátaros y ciertas logias masonas también habían asumido como parte de sus doctrinas. Nuh (a.s) significa el “segundo comienzo” después del de Adam (a.s) y entre su descendencia estaba Ibrahím (a.s), de quien saldrá toda la Profecía. Por lo tanto, arrogarse tan insigne origen es ya pertenecer a la estirpe de los “elegidos”. Por otra parte, los judíos siempre han querido desligarse de Musa (a.s) y de la Ley que les trajo de parte de su Señor.

En la historia y en la leyenda que se construyó -¿por quién?- en torno a los merovingios hay un buen número de elementos judíos y sobretodo reminiscencias del reinado de Suleyman, símbolo del poder israelita y ejemplo de dominio planetario. Según muchas tradiciones, el rey Meroveo poseía poderes sobrenaturales o, al menos, paranormales, que evocaban a los de Daud y Suleyman. Por ejemplo, se creía que podía comunicarse con los animales. En sus largas cabelleras -como en las del personaje bíblico Sansón- residía su virtud y su poder. Por otra parte, se han encontrado artefactos de la época que reflejan una auténtica maestría artesanal; y sabemos que desde tiempos inmemoriales, los habitantes de Arabia, y por lo tanto los judíos, se daban a los oficios artesanos con sorprendente perfección. Como era costumbre en todo Oriente Medio y Anatolia, cuando un rey merovingio moría, su reino se dividía entre todos sus hijos varones. A menudo se les llamaba los “reyes brujos” y se les creía con poder de curar por imposición de manos. Su comportamiento no era como el de los monarcas paganos de su tiempo; los merovingios parecían más sacerdotes que reyes. En cuanto que descendientes de judíos o emparentados con ellos, muy probablemente practicaban las abluciones rituales, cuidaban escrupulosamente de la limpieza, degollaban sólo los animales “permitidos” por la Ley, se daban a la lectura, escritura y a otras prácticas muy inusuales en el resto de las noblezas europeas.

Pero, quizás, lo que más evoca su origen judío sean las envidias y la crueldad que imperaron entre los propios miembros de la familia merovingia -asesinatos entre hermanos,

conspiraciones de las reinas, torturas y venganzas. En su obra *Diez libros de historias* el historiador franco, Gregorio de Tours, nos relata cómo las rivalidades entre los diferentes lobbies judíos hizo que los poderosos “administradores de palacio” fueran tomando las riendas del poder merovingio hasta que en 750 Pipino el Breve, uno de esos cancilleres del reino de Austrasia, depuso a Childerico III, instaurando, así, la dinastía carolingia.

Pero la caída de los merovingios solamente tendrá base histórica en los libros de texto escolares. Esos reyes descendientes de Nuh (a.s) habían atado más de un cabo y habían echado unos robustos cimientos sobre los que sustentar su proyecto de construir una Europa unificada sobre una Iglesia católica que paulatinamente fuera confundiéndose con el poder monárquico y de cuya unión naciera un estado laico basado, como el de Suleyman (a.s) según sus pretensiones, en la magia, en el control de yins y shayatines, y en “eso” que descendió del cielo.

Y después de que les ha llegado un mensajero de Allah confirmando lo que ya tenían, un grupo de los que recibieron el Libro arroja el Libro de Allah por la espalda, como si no supieran. Y seguían lo que decían los shayatines en los dominios de Suleyman. Pero no era Suleyman quien encubría la realidad, sino que eran los shayatines quienes la encubrían enseñando a los hombres la magia y lo que se había hecho descender en Bābil sobre los dos ángeles Harut y Marut. Y no enseñaban a nadie sin antes decirle: En verdad que somos una prueba, no encubras la realidad.

Qur'an 2:101-102

El paso previo a la unificación y el factor decisivo para recobrar el poder en un futuro incierto pero no muy lejano, será la conversión de Clodoveo al cristianismo -curiosa denominación, sobre todo si tenemos en cuenta que nunca ha existido la “Iglesia cristiana”; pudo haberse convertido al catolicismo, o a la Iglesia de Roma, o a la Iglesia latina, o a cualquiera de las muchas “sectas” cuyo poder, en algunos casos, era mayor que el del papa. Sin

embargo, el término “cristianismo” tiene sus ventajas, pues la Iglesia romana de aquella época nada tenía que ver con la de hoy; no sólo a nivel de poder, sino también en lo que al credo se refiere; no constituía una unidad compacta basada en unos claros prolegómenos. Durante los siglos IV y V los donatistas y los arrianos, entre otros, dominaban el Imperio romano oriental y gran parte del occidental, y hasta finales del siglo VI el arrianismo fue la doctrina oficial de los visigodos en España. Incluso cuando Hermenegildo se convirtió al catolicismo bajo la “influencia” de su esposa Ingunda -hija de Brunhilda y de Segisberto I, rey merovingio- la práctica totalidad de los obispos españoles seguían siendo arrianos.

Clodoveo abrazó el “cristianismo ortodoxo” -léase catolicismo- con el mismo propósito que anteriormente lo hiciera el emperador Constantino -unificar el imperio. ¿Por qué entonces no se unieron con cualquier otra iglesia o denominación, por ejemplo con los arrianos, cuya doctrina era mucho más coherente y comprensible, y estaba más firmemente arraigada en gran parte del Imperio romano? De hecho, Constantino nunca logró aceptar la doctrina católica y lo mismo podemos pensar de Clodoveo, razón por la cual dos años antes de su muerte fue bautizado por Eusebio de Nicomedia, un obispo arriano. Pero el factor político jugó un papel más decisivo que el espiritual. La Iglesia de Roma ofrecía al monarca merovingio dos ventajas por encima de cualquier otra congregación cristiana. Por un lado, mantenía una clara e irreconciliable demarcación con respecto al “judaísmo” -algo por lo que Pablo de Tarso tanto había luchado. Por otro lado, la Iglesia católica estaba, y siempre lo había estado, dispuesta a negociar cualquier aspecto de su credo con tal de preservar su poder y sus privilegios.

En el esquema profético de poder el Todopoderoso estaría representado en la Tierra por una monarquía no hereditaria, constituida por una autoridad de elección divina -a veces un rey- y un consejo, encargados de aplicar la Ley del Altísimo contenida en Sus Libros Revelados y en la hikmah inspirada a los Profetas. Tras la

conversión de Constantino al cristianismo este esquema cambió sustancialmente -el Todopoderoso estaría ahora representado en la Tierra por la Iglesia católica, cuya cabeza visible sería el pontífice de Roma; y esta Iglesia tendría un brazo ejecutor y defensor que sería la monarquía -institución hereditaria y legisladora de su propia ley. Sin embargo, ninguno de estos dos esquemas convenía a los judíos, quienes tenían en mente otro muy distinto -eliminar al Todopoderoso sustituyéndolo por yins, shayatines, fuerzas extrasensoriales, espíritus... que estarían controlados por los “elegidos”, instaurando así, una vez más, el sistema chamánico de dominación. Pero antes de poder implantar su esquema, debían pasar por el anterior, poseerlo y transformarlo desde dentro.

Cuando en 496 Clodoveo se convierte al catolicismo, la Iglesia de Roma estaba a punto de desaparecer o, al menos, de pasar a ser un grupo más, un cisma más de los muchos que se disputaban la supremacía espiritual de Occidente. Es cierto que hacía un siglo que el obispo de Roma había pasado a llamarse “papa”, pero su poder real no era mayor que el de cualquier otro obispo. De ninguna manera representaba a la cristiandad y solamente era la cabeza suprema de un fabuloso cuerpo de intereses creados. Su autoridad no sobrepasaba la de ninguna otra iglesia; no ejercía mayor predominio que, por ejemplo, la Iglesia celta; ni ostentaba, como ya hemos visto, mayor relevancia que los arrianos o los donatistas. La Iglesia de Roma no tenía otra alternativa, si quería sobrevivir y, más aún, convertirse en el único poder eclesiástico, que buscar el apoyo “incondicional” de un poderoso monarca que pudiera convencer con la espada allí donde la Iglesia hubiera fracasado con sus argumentos teológicos. Roma necesitaba unificar a todas las iglesias y a todos los dogmas y credos bajo el suyo propio y bajo su indiscutible autoridad. De la misma forma, Clodoveo necesitaba unificar el imperio franco bajo su dinastía; y ambos deseaban extender su poder y su influencia al resto del mundo. Por lo tanto, aquella “unión” no requirió de un largo cortejo. La forma de hacer pasar a la historia su pacto político con la Iglesia de Roma por pacto espiritual fue atribuyendo la

conversión de Clodoveo a los esfuerzos de su santa esposa Clotilde, canonizada poco después de su muerte. Pero el pacto Clodoveo-Roma revestía un carácter mucho más mundano que el que se le quería dar. Fue un acto político en toda regla en el que jugó un papel fundamental el obispo Remigio de Reims, confesor de Clotilde y, como ella, canonizado. Algunos investigadores modernos dudan del relato de Gregorio de Tours sobre la conversión de Clodoveo, pues afirman que no se convirtió directamente del paganismo al catolicismo, sino que antes ya había abrazado la doctrina arriana y sería hacia 508 cuando se sometiera de forma efectiva a la Iglesia de Roma. Si ello fue así, no deja de tener cierta lógica dentro de nuestra interpretación general de los hechos, ya que, como hemos visto, la Iglesia arriana dominaba en los siglos IV y V la mayor parte del Imperio Romano. En ese caso, Clodoveo habría preferido aliarse con los arrianos, cuya doctrina contenía muchas menos contradicciones que la católica. Sin embargo, el segundo factor que apuntábamos antes - la predisposición de Roma a negociar cualquiera de sus preceptos- pesó más en la elección final de Clodoveo.

Este acuerdo aseguraba a la Iglesia su predominio sobre todas las demás y la instauraba como la suprema autoridad espiritual de Occidente. A cambio de ello, el rey franco recibiría el título de “Novus Constantinus”, presidiendo un imperio unificado, “un Sacro Imperio Romano”. En los planes de Clodoveo esto no era sino un paso, una fase, algo necesario antes de transformar el Sacro Imperio Romano en el “Mágico Imperio Judío”. Antes de producirse la metamorfosis deberían unificarse todas las iglesias y todos los reinos en una misma mano, en un mismo proyecto para, al final del aquelarre, desaparecer convertidos en ese imperio dirigido por la magia como lo fue, según la versión judía, el reino de Suleyman (a.s.).

La conversión de Clodoveo no fue una coronación como a veces se ha pretendido. La Iglesia no coronó al rey franco pues este ya lo era; lo que hizo fue ratificarle y reconocerle como tal. Al

hacerlo, Roma se comprometió no sólo con Clodoveo, sino con toda la estirpe merovingia, como veremos más adelante.

Desde su conversión hasta su muerte en 511 Clodoveo cumplió con creces su parte del pacto -acalló con la espada las voces del resto de las iglesias cristianas y extendió el imperio franco a la práctica totalidad de lo que hoy es Francia y Alemania. Por su parte, la Iglesia sancionó y santificó las conquistas merovingias.

La dinastía, no obstante, languidecía. Monarcas demasiado jóvenes permitían que poderosos y ambiciosos cancilleres de palacio fueran mermando la autoridad del rey y desmembrando el imperio a causa de las rencillas y rivalidades que hábilmente supieron diseminar entre los miembros de la familia merovingia. El último gran monarca franco sin duda fue Dagoberto II. No sólo tuvo un cierto éxito político y militar en la tarea de reunificar Austrasia, sino que además fue un elemento decisivo en la sementación de la dinastía merovingia en Britania. Grimoald, uno de esos poderosos cancilleres de palacio, raptó a Dagoberto cuando éste tenía cinco años con el propósito de coronar rey a su hijo Childoberto. Fue llevado a un monasterio de Irlanda, donde pasó la mayor parte de su juventud. Según las crónicas, a los dieciséis años se casó con Matilde, una princesa celta y al poco tiempo se trasladó a Inglaterra, estableciendo su residencia en York; cerca, pues, de Escocia. Allí conoció al obispo de la ciudad, Wilfrid, quien pasaría a ser su mentor y un factor determinante en el intento de restablecer las relaciones con la iglesia de Roma; o dicho de otro modo, a la hora de ratificar el pacto de Clodoveo tras el ascenso de los carolingios al liderazgo de los francos.

En 675, tras el asesinato de Childerico II, Dagoberto, apoyado por Wilfrid, recobrará el trono y comenzará su labor de reunificar el reino de Austrasia. Sin embargo, todos los esfuerzos del obispo de York por restaurar la situación de compromiso entre Roma y la casa merovingia se verán en parte frustrados por la inclinación del monarca al arrianismo, ahora acentuada por la influencia de su segunda esposa Giselle de Razés, sobrina del rey de los visigodos -y

por lo tanto, arriana. Al morir en el parto Matilde, Wilfrid se apresuró a casarle con una mujer que le emparentase con la realeza visigoda -el otro poder en Occidente, pensando que de esta forma se lograría el proyecto de un macro imperio europeo bajo la bendición papal. Pero como suele ocurrir en estos casos, la maquinación del obispo se volvió contra él y aquel matrimonio no sirvió sino para consolidar el rechazo de Dagoberto a la Iglesia de Roma y su acercamiento al arrianismo. Quizás fuera esa la causa de que, apenas tres años después de haber ascendido al trono de Austrasia, fuese asesinado mientras dormía junto a un arroyo, a la sombra de un árbol. Y si no fue esa la causa, la Iglesia de Roma no derramó, desde luego, lágrimas por el último, de facto, rey merovingio. El proyecto judío tendría que esperar, pero la estructura del edificio laico estaba bien cimentada.

Los carolingios se hicieron cargo del poder vacante dejado por los merovingios y pronto ratificarían el acuerdo con la Iglesia de Roma. De hecho, el papa León III nombró a Carlomagno “Emperador del Restaurado Imperio Romano”. En realidad, eran los lobbies judíos los que se sucedían unos a otros y se repartían, desgarrándolo, el imperio sin llegar nunca a la unificación total. Tampoco Carlomagno lograría una perdurable unidad en la Europa occidental. A la muerte en 840 de su único hijo y sucesor, Luis el Piadoso, y siguiendo la costumbre merovingia de dividir el imperio del rey fallecido entre sus vástagos, sus tres hijos reclamaron la sucesión y en el tratado de Verdún (843) estuvieron de acuerdo en dividir el imperio en tres reinos: Carlos II el Calvo se quedaría con la Francia occidental; la Francia oriental pertenecería a Luis II el Germano; y la Francia Media, incluyendo las provincias de Italia y la propia Roma, pasarían a Lotario, quien asimismo heredaría el título de emperador.

Subsecuentes particiones de los tres reinos junto con el auge de nuevos poderes como el de los normandos y sajones debilitarían el poder carolingio hasta su total extinción en 887 al ser depuesto Carlos III. Los nombres se sucedían, pero el poder

judío seguía tejiendo el entramado que les permitiera, un día, realizar su sueño.

El canciller y leal servidor de Carlos II, Roberto el Fuerte, era miembro de una poderosa familia aristocrática -otra rama o lobby judío- y conde de varias regiones entre los ríos Sena y el Loira -la Champagne. Su éxito militar contra las hordas escandinavas le valió la entrega, por parte del rey, del control de toda Neustria y el afianzamiento en el poder de esta nueva familia que pronto sucedería a la carolingia instaurando la dinastía capeta.

Hugo Capeta, biznieto de Roberto el Fuerte, fue el encargado de liquidar definitivamente la dinastía carolingia, pero su reino se limitaba a la región alrededor de París, mientras que el resto de Francia estaba en manos de poderosos señores locales, hecho éste que será un factor decisivo en los siguientes acontecimientos que constituirán uno de los periodos más cruciales en la historia de Occidente.

En torno a los merovingios se ha ido entretejiendo un poder, no siempre visible, unido a la Iglesia de Roma y que fue conformando un lobby que podríamos denominar -monarquía divina. Gregorio de Tours, historiador de los francos, es canonizado sin que hasta el día de hoy sepamos la causa de tal decisión eclesiástica. Desde luego, nada en su vida -llena de enredos políticos más que de devociones- lo justifica. Asimismo se canoniza a Remigio de Reims y a su pupila Clotilde, esposa de Clodoveo, supuestamente por haber sido parte activa en la conversión del monarca merovingio. Wilfrid, mentor de Dagoberto II e incansable luchador contra la Iglesia celta en favor de la de Roma, es igualmente canonizado; y en el siglo XII será canonizado Bernardo de Clairvaux, uno de los artífices del poder templario... y todo pasa en la región de la Champagne y Languedoc -precisamente donde se habían asentado los lobbies judíos desde hacía milenios y donde al parecer fue a parar Sigisberto IV, el hijo de Dagoberto II, asentándose en el dominio de su madre, Giselle de Razés. Monarcas e Iglesia estaban unidos en un mismo proyecto

compartido en su parte visible -en el pico saliente del iceberg- pero opuesto e irreconciliable en su parte sumergida.

Ya hemos visto cómo en el siglo VIII entra en la escena europea un poder imprevisto -los musulmanes árabes, que no sólo van a traer de Oriente la espada curva, sino también un conocimiento científico y esotérico que hace milenios que han perdido los judíos de Europa. Proveniente del otro lado del Mediterráneo, ha surgido una fuente inagotable de saber de la que continuamente beberán los judíos de la Champagne y de Languedoc. Ahora estos lobbies israelitas han visto más claramente su proyecto y la estrategia a seguir.

En 1095, en el concilio de Clermont, Urbano II hace una llamada general a la “guerra santa” para luchar contra el mundo musulmán y recuperar los territorios que ahistóricamente llamaban santos y cristianos. No deja de ser una ironía que ese concilio se hubiera organizado para declarar ilegales las guerras y establecer la Paz de Dios.

Será ahora cuando esos poderosos señores locales jueguen un papel decisivo en el proyecto judío. Han perdido la monarquía, pero están en condiciones de conquistar Europa y Oriente Medio. Como en el caso de las guerrillas, han adquirido más movilidad y autonomía, al mismo tiempo que poseen un poder económico y militar comparable al de cualquier monarca.

Tras la debacle de la primera cruzada “dirigida” por Pedro el Ermitaño, comenzarán a llegar los nobles franceses provenientes de la Champagne y de Languedoc con el objetivo de ir tomando posiciones en “tierra santa”. El primero en llegar será Saint Gilles, conde de Toulouse y marqués de la Provence, también conocido como Raimundo I de Trípoli, quien tras tomar numerosas plazas en el litoral acabará por rendir la ciudad de Jerusalén en 1099, y allí estará Godofredo de Buillon, duque de la baja Lorena y señor de Buillon en la región de la Champagne. Saint Gilles rehúsa ser nombrado rey de Jerusalén, pues según él entendía, el objetivo de las cruzadas era devolver a la cristiandad los territorios que conformaban la “tierra santa”, uniéndolos a los que todavía poseía

Bizancio. Dicho de otro modo, se trataba de reconstruir el Imperio Romano de Oriente. Godofredo de Buillon -que sí acepta hacerse cargo de Jerusalén como “defensor del Santo Sepulcro”- tiene otros planes y ve las cruzadas desde otro punto de vista muy distinto al de su compatriota Raimundo I.

Si Godofredo fue -como afirman algunos investigadores- descendiente de los merovingios vía Segisberto IV, hijo de Dagoberto II, o por el contrario descendía de otra rama franca o incluso visigoda, poco importa para el caso que nos ocupa. Lo que sí es altamente significativo es que de nuevo se repite el mismo escenario y las mismas conexiones -Godofredo es un noble de la Champagne; el conde de esa misma región jugará un papel decisivo en la creación de la Orden de los Templarios y uno de sus vasallos será Hugues de Payen, fundador de la Orden, quien en 1118 presenta su proyecto al rey Balduino II de Jerusalén, primo de Godofredo de Buillon. Al mismo tiempo, san Bernardo de Clairvaux -localidad de la Champagne- será el principal artífice de la legalidad eclesiástica de la Orden en el concilio de Troyes -capital de la Champagne; y el primer trovador que habla del Grial es Chrétien de Troyes, quien viajó a Inglaterra e introdujo las leyendas artúricas en el continente y quien muy posiblemente acompañara al conde de la Champagne en su último viaje a Jerusalén.

Una de las principales fuentes para el estudio de los Templarios es Guillermo de Tiro, nacido en Siria en el siglo XII, pero perteneciente a una familia franca asentada en los nuevos reinos cristianos de Oriente Medio. Fue tutor del rey Balduino IV de Jerusalén -conocido también con el sobrenombre de “el rey leproso”. El círculo no puede estar mejor cerrado.

Ahora habían llegado a “tierra santa” tras un largo periplo que seguramente comenzó durante el reinado de Suleyman, del rey Minos de Creta, y siguió con los merovingios hasta llegar a las cruzadas. Ya hemos visto que ni a los nobles venidos de la Champagne ni a los Templarios les importaban los peregrinos ni el Santo Sepulcro. Habían venido a Oriente Medio a tomar su sabiduría, sus concepciones religiosas y esotéricas, su magia, sus

poderes, así como sus tierras en las que construir uno de los sustentos de su proyecto milenario; el otro sería Europa. La maquinación parecía marchar tal y como sus artífices la habían planeado; pero no por mucho tiempo. Como en el caso de los merovingios, las disputas y rivalidades entre los nobles cruzados y el paulatino despertar de la consciencia de los musulmanes dieron al traste con el sustento de Oriente y debieron conformarse con el de Occidente.

Para entonces, los Templarios poseían inmensos territorios en toda Europa -castillos, abadías, conventos... y sobre todo, un sistema financiero y administrativo -tomado de Oriente- con el que dominar su economía, su transporte y su política. Los Templarios funcionaban como un agujero negro irresistible que iba absorbiendo los poderes civiles y eclesiásticos, atrayéndoles a su proyecto milenario de construir un imperio mágico sobre una religión laica. Para ello había que eliminar para siempre el vigilante ojo metafísico de Dios y romper Su espada justiciera en la tierra -la monarquía.

Cuando estudiamos este periodo de la historia vemos cómo, en efecto, la Iglesia de Roma, o al menos sus máximos exponentes, como es el caso de san Bernardo, estaban convencidos de que el proyecto judío, aun sin tener nombre ni constitución, era la única forma de asegurarse un "bien merecido" paraíso terrenal. Un dato que se debe siempre obviar cuando nos acercamos al estudio de las crónicas francas es el de los retiros y austeridades de los prohombres de la Iglesia. Todos ellos, en un momento determinado e indefectiblemente se retiran a algún monasterio y dedican los últimos años de su vida a la oración y al más estricto ascetismo, mereciendo por ello su posterior canonización. Nada más lejos de la realidad. Estos "santos", hasta inhalar su último aliento, lucharon por instaurar el poder judío y sirvieron a la causa con todas sus fuerzas y con toda su astucia. Veamos un ejemplo. Robert de Molesme, canonizado como toda la camarilla eclesiástica judía de aquel tiempo, nació en 1027 en Troyes, capital, como sabemos, de la Champagne. Sus padres pertenecían

a la nobleza franca, como era de esperar. Siendo muy joven, ingresó en el monasterio benedictino de Moutier-la-Celle cerca de su ciudad natal. Más tarde, fue nombrado abad de Saint-Michel-de-Tonnerre, cerca de Langres, en la región de la Champagne-Ardenas, al noreste de Dijon. Tras fracasar en su empeño por “reformular” la orden, en 1075 se estableció con un grupo de “ermitaños” en Molesme. Su austera forma de vida pronto se relajará y en 1098 Robert y unos veinte monjes se instalarán en Cîteaux, formando el núcleo de lo que más tarde sería la orden cisterciense. Muere dos años más tarde y san Bernardo, aconsejado por el abad de Cîteaux, Stephen Harding, decide ingresar en esta pequeña comunidad fundada por Robert de Molesme en un intento de “restaurar la austera forma de vida de los benedictinos”. En 1115 Stephen Harding lo elige para liderar un pequeño grupo de monjes con los que establecer un monasterio en Clairvaux, al sureste de Troyes. Cuatro hermanos, dos primos, un arquitecto y dos monjes veteranos fundan el monasterio, convirtiéndose en la verdadera sede cisterciense. Bernardo, como es de suponer, solo busca la austeridad con la misma pasión con la que la buscara Robert de Molesme, pero poco tiempo después de su fundación Clairvaux pasará a ser no solo el centro de mayor influencia “espiritual” de la Europa cristiana, sino también un poder económico de primer orden. Desde 1115 no deja de afluir al monasterio dinero y todo tipo de riquezas. De hecho, en 1119 la orden consigue una bula del papa Calixtus II por la cual se les autoriza a construir nueve monasterios más, todos ellos dependientes del abad de Clairvaux. Por otro lado, aprovechando la desunión que reina en la Iglesia de Roma, Bernardo será el confidente de cinco papas, dictando, de facto, su política. De esta manera, los lobbies judíos trataron de tejer una fuerte red económica y militar sustentada y santificada por “austeros” hombres de la Iglesia. Pero lo que los cistercienses querían, al igual que los Templarios, era penetrar en el tejido social, político y religioso de Francia primero y del resto de Europa después, y poseerlo, transformando la espiritualidad en magia y esoterismo,

en lo que algunos ingenuos investigadores han dado en llamar el “misticismo” de san Bernardo.

Otro ejemplo, quizás el más atronador, de la escandalosa arbitrariedad con la que la Iglesia fabrica a sus santos para fines políticos es el de Juana de Arco. Fue quemada viva en 1431, supuestamente por hereje, lo que no impidió que en 1920 fuera canonizada por Benedicto XV y en ese mismo año el parlamento francés la elevara al rango de heroína nacional. Su verdadera identidad, sin embargo, no fue, como veremos, la de una santa ni la de una legendaria amazona, sino la de una víctima.

La llamada “guerra de los cien años” no empezó en 1337, como enseñan los libros de texto, sino en 911, cuando el líder danés Rollo (o Rolf) invade el norte de Francia y tras el tratado de Saint-Clair-sur-Epte, el rey carolingio le concede una buena parte de Neustria, que más tarde pasará a llamarse Normandía (la tierra de los hombres del norte). De esta forma, la corriente subterránea danesa penetraba en suelo galo y tomaba posiciones en la estratégica región normanda frente a la Champagne dominada por la otra corriente judía -la goda.

Pero la nueva dinastía danesa, asentada ahora en Francia, tenía planes mucho más ambiciosos que el de conformarse con un ducado bajo protectorado real. A la muerte de Rollo, su hijo Guillermo Longsword buscará por todos los medios posibles expandir sus territorios, especialmente hacia el norte. Ve una posibilidad de conseguirlo uniéndose a la revuelta que prepara Hugo el Grande contra el rey Luis IV, pero sólo consigue con ello del monarca su ratificación como soberano de Normandía.

Su hijo Ricardo I tendrá más éxito al lograr que su cuñado Hugo Capeto se haga con la corona de Francia, instaurándose así la dinastía capeta. Ésta intentará unificar la concepción laica que ha venido de Dinamarca, y que no está dispuesta a aceptar la intromisión de Roma en los asuntos de estado, con la merovingia, más inclinada a legitimar su poder monárquico a través de una Iglesia fácil de manejar. Los acontecimientos posteriores, sin embargo, demostrarán la imposibilidad de tal amalgama. Dos

sucesos inesperados durante el gobierno de su hijo Ricardo II van a cambiar radicalmente el curso de la historia europea.

El rey Sweyn I, perteneciente a otra saga judía danesa, conquista Inglaterra en 1013, por lo que el rey inglés Ethelred II huye a Normandía. Allí contrae matrimonio con Emma, hija del duque normando Ricardo I. De esta unión nacerá Eduardo, legítimo heredero, por tanto, del ducado de Normandía y del trono de Inglaterra. Emma demostrará su ascendencia judía al casarse, tras la muerte de su esposo inglés, con Canute, hijo del rey danés Sweyn I, con quien tendrá a Hardecanute, un segundo heredero legítimo de los mismos territorios que su hermanastro Eduardo. A Canute se le representa en un grabado de George Vertue (s. XVII) con una larga y cuidada barba y una piedra atada a la frente, algo que sólo utilizaban los judíos para la postración; ritual que más tarde adoptarán los shi'a. De esta forma, Emma sostiene en sus manos las riendas de tres reinos -Dinamarca, Inglaterra y Normandía. Sin embargo, esta confluencia de coronas será sólo nominal, ya que Ethelred II ha tenido hijos también con su anterior esposa y, para más enredo, Canute ha contraído matrimonio con Aelfgifu, hija de un oficial del importante principado anglosajón de Northumbria, quien dará a luz a Harold, el tercer heredero legítimo.

Veamos a dónde nos llevan todos estos episodios. La corriente franco-merovingia está asentada en la región de la Champagne-Ardenas y Languedoc, alimentando aspiraciones expansionistas hacia la Europa del este y del sur con el beneplácito y la bendición papal. Por otro lado, la corriente danesa está ocupada en afianzar el triángulo Dinamarca-Inglaterra-Norte de Francia con el fin de lanzarse más tarde a una conquista continental y del resto de Escandinavia, siempre en clara confrontación con el poder de Roma. El rey Sweyn I ha iniciado tan ambicioso plan, y ya su hijo Canute gobierna sobre un amplio reino anglo-escandinavo que incluye Suecia. Pero ya hemos visto que estas dos corrientes se van a entremezclar en Emma, surgiendo de ella una nueva estirpe en la que todos sus descendientes serán daneses, ingleses y normandos.

Todos llevan las mismas sangres y todos quieren lo mismo -la dominación planetaria; pero el método y el escenario en el que presumiblemente ésta pueda desarrollarse, difieren. La guerra, pues, debe continuar; pero cuanto más avanzamos en el tiempo más penetramos en el olvido. A partir de ahora, muchos de los reyes de ambas corrientes no tendrán en mente otra cuita que la de mantener la corona sobre sus cabezas, ajenos al gran proyecto judío; muñecos sumisos a sus ventrílocuos.

En esta encrucijada de intereses entra en escena Guillermo I el Conquistador, nieto de Ricardo II y por lo tanto sobrino de Emma. Un legítimo heredero olvidado -quizás por ser hijo bastardo- que no está dispuesto a ceder su derecho al trono de Inglaterra; derecho que hace efectivo por las armas en 1066. Ahora parece posible realizar el sueño de Rollo, su ancestro danés, de unificar Francia, Inglaterra y Dinamarca bajo un mismo rey y un mismo proyecto. Pero quizás se olvidaron de la otra corriente, la franca, que alberga las mismas esperanzas de poder y que espera hacerlas realidad siguiendo una estrategia muy diferente.

Guillermo I era hijo ilegítimo de Roberto I y de Herleva. Su padre lo nombró heredero cuando tan sólo contaba con siete años de edad antes de partir en peregrinación a Jerusalén -algo que sólo hacen los reyes o nobles de ascendencia judía y que veremos repetido una y otra vez en la nobleza de las tres corrientes. Sin embargo, donde realmente querían ir en peregrinación era a la verdadera Jerusalén -Mekkah- y al verdadero santuario -la Casa, la Ka'bah- pero hace ya mucho tiempo que los Banu Israil se han olvidado de su origen y han perdido la orientación -ya no saben dónde está el Centro.

Roberto I no contaba con morir ese mismo año en su viaje de vuelta. La aristocracia normanda y el propio Enrique I, rey de Francia, aceptaron su nombramiento; pero como era de esperar, a la muerte de su padre toda la nobleza afilará sus colmillos para despedazar a ese mocoso bastardo. Tenía ciertos protectores que se mantenían fieles al heredero, pero no eran suficientes para detener y neutralizar los crecientes complots contra su vida. De

hecho, tres de sus guardianes murieron de forma violenta y su tutor fue asesinado. Tampoco la familia de su padre le prestó la menor ayuda, ya que su muerte les hubiese resultado de gran provecho.

En 1043 Guillermo tan sólo tiene quince años, pero ya se siente con la fuerza suficiente para gobernar. Desde 1046 hasta 1055 tendrá que enfrentarse a las continuas rebeliones de los nobles normandos y de sus propios parientes, y lo hace con un aplastante éxito. Tras las sucesivas victorias conseguidas en las batallas de Val-ès-Dunes, Mortemer y Varaville en 1063 y la posterior toma de Maine se convierte en el gobernante más poderoso del Norte de Francia.

Sin embargo, no deja de sorprendernos cómo logró sobrevivir un heredero bastardo de siete años en una corte en la que todos deseaban su muerte. No será fácil descifrar este enigma si adjudicamos al joven duque el mérito de su brillante reinado y a su madre la habilidad de protegerle -como han tratado de convencernos una buena parte de los historiadores occidentales. La realidad, como siempre, dista mucho de coincidir con la versión oficial. Para los lobbies judíos provenientes de Dinamarca y asentados en Normandía la Iglesia de Roma suponía una continua merma de su poder y una fuerte confrontación con su proyecto laico. Ya hemos visto que este proyecto deberá realizarse, necesariamente, por fases, y una de ellas será la de fortalecer la Iglesia normanda frente a la de Roma. Y aquí es donde entran en juego los verdaderos “protectores” de Guillermo -la parte del clero judío que deseaba convertir la religiosidad de la Iglesia en un eficaz poder laico que substituyera a las monarquías. Este clero será el verdadero actor en la política del inexperto e impulsivo Guillermo. Sabrán convencerle para que nombre a los obispos que ejecutarán sus órdenes y para que asista y legisle en los concilios. De la misma forma le instarán a que favorezca la llegada a la corte de sabios y piadosos monjes extranjeros. Uno de ellos será el “benedictino” italiano Lanfranc, de quien no tenemos ni tan siquiera su nombre de pila -una práctica común de los judíos, especialmente en la

Edad Media y el Renacimiento, era la de borrar sus genealogías y la de ocupar puestos importantes en las instituciones educativas y religiosas. No obstante, sabemos que estableció una escuela en Normandía que pronto adquirió una enorme reputación. Lanfranc será uno de los artífices de la nueva Iglesia normanda y responsable de introducir en Inglaterra las nuevas corrientes que trae de Pavía, su ciudad natal -una tajante separación de funciones y prerrogativas entre el poder secular y el eclesiástico. Para asegurarse la aplicación de esta política destituye a todos los obispos anglosajones y pone en su lugar a prelados normandos -en realidad, judíos daneses.

Normandía va creciendo en poder político y extendiendo sus fronteras al mismo tiempo que se va desarrollando una cada vez mayor consciencia nacionalista en clara confrontación con el concepto mismo de dinastías monárquicas, tan contrario a la *fiṭrah*, y que no logrará dirimirse nunca en la historia de Europa; y serán estos enredos de coronas hereditarias los que den lugar 400 años más tarde al problema de la sucesión al trono de Francia por parte de dos legítimos pretendientes -el francés Carlos, hijo de Carlos VI de la casa Valois, y el rey inglés Enrique VI de la casa Lancaster, una rama de la casa Plantagenet que se establece en Inglaterra tras el matrimonio de Geoffrey, conde de Anjou, y la emperatriz Matilde, hija de Enrique I, que a su vez era hijo de Guillermo I el Conquistador y por lo tanto rey de Inglaterra y duque de Normandía. De nuevo enfrentadas las dos corrientes, la danesa -representada ahora por la casa Lancaster, y la franca -representada por la casa Valois -rama de la dinastía capeta que sucedió a la carolingia y ésta a los reyes merovingios.

Pero ya hemos visto que cuando un trono real quedaba vacante en estos reinos europeos de poco servían las credenciales sanguíneas. Tampoco en este caso sirvieron de nada. La historia, como de costumbre, estuvo llena de enredos palaciegos.

La reina consorte de Carlos VI de Francia, Isabela de Baviera, era de hecho la regenta debido a los constantes ataques de demencia que sufría su marido y fue ella la que firmó el desastroso

Tratado de Troyes (1420), en virtud del cual se despojaba al príncipe Carlos, su propio hijo, del derecho a la corona, nombrando en su lugar a Enrique V rey de Francia. Para legitimar todavía más este nombramiento Enrique V contrae matrimonio con la hija de Carlos VI y de esta forma el viejo sueño dinástico de unir Francia e Inglaterra bajo una misma corona parecía hacerse realidad. Cuando en 1422 muere Enrique V y a las pocas semanas Carlos VI, el príncipe Enrique se convierte, de facto, en rey de ambos países. Sin embargo, el Tratado de Troyes, más que en un sueño convirtió la sucesión al trono de Francia en una pesadilla -la guerra de los cien años, de hecho de más de cuatrocientos, continuaba.

La situación, no obstante, era más grave y profunda que una mera cuestión monárquica. Ya hemos visto cómo los hombres más influyentes de la corte de Guillermo el Conquistador habían llevado a cabo una reforma radical de la Iglesia normanda, reforma que más tarde Lanfranc trasladaría a Inglaterra, dando lugar a una clara confrontación con Roma. Si el pretendiente inglés lograba hacerse con el trono de Francia, muy probablemente la entente monarquía-papado que instaurara el merovingio Clodoveo se vendría abajo.

Es este escenario aparece Juana, una campesina de 16 años natural de Domrémy, una pequeña localidad en la frontera entre los ducados de Bar y Lorena, muy cerca de la Champagne. Al parecer, era hija de un agricultor arrendatario; tenía visiones y oía voces desde los trece años. En su “misión” de expulsar a los ingleses y a sus aliados borgoñeses estaba guiada por las “voces” de san Miguel, santa Catalina, santa Margarita y de otros santos. A sus dones visionarios se añadía -algo muy poco usual en una doncella de su edad- una excepcional fuerza mental y física.

Los ejércitos de Enrique VI, en alianza con el duque de Borgoña Felipe III el Bueno, ocupaban gran parte del norte de Francia, incluida la ciudad de Reims, donde tradicionalmente se coronaba a los reyes. El Tratado de Troyes había desplazado a Carlos, hijo del rey de Francia Carlos VI, pero no había logrado

legitimar de facto a Enrique VI. Más que de un acuerdo se trató de un golpe de estado -los constantes ataques de demencia que sufría Carlos VI fueron hábilmente aprovechados por el duque de Borgoña, quien convenció a la regenta Isabela para que firmase el tratado en nombre del rey, siendo el heredero natural, el príncipe Carlos, mandado al exilio. De vuelta a Francia reclamaba ahora su “legítimo” derecho a la corona. Pero él mismo dudaba de ese derecho. La nobleza y el clero de la corriente franca temían que, finalmente, Enrique VI se hiciera con el trono de Francia. Necesitaban una legitimidad que no proviniera de las maquinaciones humanas; una legitimidad incontestable más allá de tratados y acuerdos una y otra vez violados o convertidos en papel mojado... necesitaban una legitimidad divina.

Alguien pensó en esa joven campesina que desde hacía tres años estaba en comunicación con santos, vírgenes y el mismísimo padre celestial. Alguien la había estado guiando en sus visiones y preparándola para la gran misión de transmitir al príncipe Carlos el deseo divino de ver sobre su cabeza la corona de Francia. A este respecto hay varios sospechosos, si bien el verdadero artífice de la trama habría sido la Iglesia franca, la que trataba de sobrevivir a las reformas que había introducido Lanfranc en Normandía y en Inglaterra durante el reinado de Guillermo I el Conquistador -la Iglesia de Clodoveo y de Felipe IV el Hermoso; la Iglesia de Pablo, heredera del hijo de Dios.

La situación del pretendiente francés es desesperada y decide recibir a esa joven campesina y escuchar sus benditas conversaciones con los santos. Juana de Arco le anima a luchar contra los ingleses y a coronarse rey de Francia en Reims. Para ello, el primer paso es liberar Orleans, sitiada desde hace meses por Thomas de Monatgu, comandante en jefe del ejército de Henrique VI. El príncipe Carlos la hace comparecer ante las autoridades eclesiásticas en presencia del duque d'Alençon, quien enseguida se muestra predispuesto a defender su causa. Más tarde es trasladada a Poitiers, donde es interrogada de nuevo por “eminentes” teólogos, “aliados” del pretendiente francés. Y a

todos les parecieron bien las propuestas de Juana. Nobles y clérigos estaban convencidos de poder utilizar a esa muchacha para sus fines políticos -coronar a Carlos rey de Francia. Ninguno de los prelados puso objeciones a su forma de entender la religión católica. No vieron en las declaraciones de la campesina herejía alguna, si bien dos años más tarde será quemada viva por hereje. Como diría Maquiavelo, “razón de estado”.

No existe documentación alguna sobre esos interrogatorios ni sobre las entrevistas que mantuvo con el príncipe Carlos. La historia de Juana se montó después, mucho después de su muerte. Sin embargo, sus huellas siguen impresas en el escenario. Muy probablemente fuese un clérigo de su pueblo natal o de alguna localidad cercana quien conociese los arrebatos místicos de Juana y advirtiera de ellos a la corte a través de algún prelado cercano al poder, o incluso del propio duque d'Alençon. Este clérigo dirigiría las visiones de Juana hasta darles un cariz político. En ese momento Juana es presentada al príncipe heredero y a los “eminentes” teólogos. Ahora, la nobleza de la Champagne y el clero fiel a Roma tienen una razón para luchar y para coronar a Carlos rey de Francia. Es la propia divinidad y todos sus santos quienes lo proclaman y lo exigen. Juana va a la batalla vestida de hombre y lleva un estandarte con la imagen de Cristo el día del juicio y una bandera en la que está inscrito el nombre “Jesús”. Los franceses se levantan en armas. La duda sobre quién tiene derecho al trono de Francia ha sido por fin despejada. Es el propio Cristo quien lo ha decidido y lo ha anunciado por boca de Juana.

Victoria tras victoria, los ejércitos franceses bajo el “liderazgo” de la joven campesina entran en Reims y en julio de 1429 el príncipe heredero es coronado rey, convirtiéndose en Carlos VII.

El papel de Juana de Arco ha terminado. Los lobbies judíos ya no la necesitan. En mayo de 1430 es capturada por Juan de Luxemburgo, capitán de los borgoñeses, en Compiègne. El rey Carlos, quien está negociando una tregua con el duque de Borgoña, no hace nada para salvarla. Va a ser juzgada por una iglesia posicionada con los ingleses y por lo tanto su juicio irá

encaminado a demostrar que la legitimidad de Carlos como rey de Francia está basada en las argucias de una bruja. Para todos los implicados la mejor opción es la hoguera. El 24 de mayo sus jueces deciden unánimemente que sea entregada a las autoridades seculares. Al día siguiente será atada a un poste y quemada viva.

Pero los judíos nunca eliminan totalmente los archivos que han echado al *recycle bin* de la historia. Saben que todo material puede ser reciclado y usado de nuevo. Aquella sentencia por hereje dejaba en evidencia la legitimidad de la casa Valois. Quizás debido a ese “detalle” veinte años más tarde, al entrar en Rouen, Carlos VII manda que se reabra el sumario de Juana. Dos años más tarde el cardenal Guillaume d'Estouteville revisa de nuevo el caso. Finalmente, por orden del papa Calisto III se revoca la sentencia de 1431. Pero Juana de Arco todavía está en el *recycle bin*, por lo que 500 años más tarde el papa Benedicto XV hace *restore* y el 16 de mayo de 1920 la declara santa. En junio de ese mismo año el parlamento de una Francia devastada por la guerra eleva a Juana al rango de heroína nacional. Ahora esa joven campesina es santa; ha luchado contra los enemigos de Francia inspirada por Dios, impidiendo que los ingleses coronasen en Reims a su candidato. Juana de Arco es un símbolo alrededor del cual los franceses volverán a recuperar el entusiasmo por ser ellos quienes dirijan el destino de Europa.

En todos los acontecimientos históricos hay siempre un muñeco que se agita y gesticula y detrás de él, escondidos, camuflados, están los ventrílocuos que son los que hablan y mueven su cuerpecito. Los verdaderos actores de la historia no son los reyes, los papas, los emperadores..., sino los ventrílocuos que les hacen hablar y actuar, pues son ellos los que tienen un plan, un proyecto que sólo podrán ejecutar a través de sus muñecos. Pero el decorado completo exige que haya también una estrella fulgurante en la que sublimar el bien y el mal. Ya hemos visto cómo el verdadero protagonista de la película *Bailando con lobos* es Kevin Costner, un joven oficial del ejército norteamericano que está por encima de la ingenua bondad de los indios y de la maldad

de los blancos. Es él quien representa la civilización, quien muestra la indiscutible superioridad de las elites occidentales. Es el mismo esquema que vemos en *Memorias de África (Out of Africa)*, dirigida por el judío Sidney Pollack en 1985. El protagonista es Robert Redford, una de las estrellas más refulgentes del cielo hollywoodense. Hace el papel de un guía que organiza safaris para los aburridos europeos. La protagonista es una mujer madura de origen danés que ha comprado un terreno en Kenia para el cultivo del café. Desea educar a los explotados y analfabetos africanos para de esta forma acortar la distancia que los separa de los explotadores y letrados occidentales. Se enfrenta a las autoridades inglesas que controlan toda esa zona y que en la película son presentados como arrogantes y crueles gobernantes. Redford, sin embargo, se sitúa por encima de la simplicidad emocional de la protagonista y de la indiferencia al sufrimiento ajeno de los ingleses. Redford los redime a ambos.

Las historias dinásticas han encubierto un hecho fundamental a la hora de entender la historia -los vikingos eran tribus judías asentadas en Dinamarca. No eran embrutecidos guerreros, sino excelentes y hábiles comerciantes. Emprendieron la navegación oceánica mucho antes de que lo hicieran sus vecinos europeos, llegando a finales del siglo X al norte de América y de Canadá, y estableciendo allí varios asentamientos que se mantuvieron poblados hasta finales del siglo XI. Muy posiblemente fuera a esa tierra a la que denominaron Vinland y que aparece dibujada en el mapa que se encontró junto con el código *Historya Tartarorum* del siglo XIII. A mediados del siglo XI conquistan toda Escandinavia, Inglaterra y el norte de Francia, creando un poder que no dejará hasta hoy de influenciar el devenir de Europa. Ya en el siglo XVII hay grupos de colonos daneses por todo Oriente Medio y pronto comenzarán una frenética actividad arqueológica. En el 2001 se abre en Damasco, en la restaurada casa donde murió Salahuddin al-Ayubi, el Centro Cultural Danés, una institución privada en cuyo emblema aparece la estrella de David. En Dinamarca y en Suecia se desarrollará un programa social y educativo basado en una total

libertad sexual, que rechazará toda aproximación moral o religiosa al asunto; y será en Dinamarca donde se preparen las caricaturas contra el Profeta Muhammad (s.a.s).

Cada vez que nos adentramos en la historia antigua y media de Francia, no dejamos de ver el protagonismo absoluto de la región de la Champagne y Languedoc, y de un grupo de familias de ascendencia judía asentadas en el trono real -como es el caso de los merovingios y de otros- o fundando órdenes monacales y militares en un intento mutuo de establecer el proyecto milenarista judío -un reino salomónico dirigido por la magia y por los poderes de yins y shayatines.

A pesar de conocer la historia del “cristianismo”, no deja de sorprendernos que abades, santos y papas fueran judíos. Hasta tal punto ha funcionado el trabajo de separación entre judaísmo y cristianismo llevado a cabo por Pablo de Tarso que nos sigue pareciendo imposible que un judío pudiera ocupar un cargo en la jerarquía eclesiástica. Pero ¿acaso Sayddina Isa (a.s) no nació en el seno de una familia judía? ¿No eran judíos sus discípulos -Pedro, Juan, Bernabé...? Es cierto que de forma paulatina el Mensaje de Isa (a.s) fue llegando a los gentiles, pero el grueso de las comunidades “cristianas” y sus dirigentes fueron judíos durante mucho tiempo. Podemos preguntarnos ahora si todos esos judíos estaban realmente convencidos de la deidad de Isa y de que éste no fuese el Mesías esperado. Obviamente, no todos. Nunca ha dejado de haber un grupo más o menos numeroso de israelitas que conoce la verdad de los hechos.

El mismo fenómeno se ha reproducido en el Islam. Desde el comienzo no han dejado de “convertirse” judíos a la “nueva” religión. Si algunos, o muchos de ellos, abrazaron el Islam con toda la sinceridad de su corazón, otros en cambio lo hicieron con el objetivo de dominar desde dentro un poder que ya desde sus albores presagiaba la conquista del mundo. De una forma u otra, estos “conversos” han introducido en el Islam la cosmología judía a través de sus sabios. Ibn Hisham, procedente de una familia judía, ha sido tradicionalmente la fuente historiográfica más importante

de la que han bebido Tabarani, Ibn Kazir y otros, transvasando a los musulmanes las genealogías de la Torá y del Antiguo Testamento, introduciendo ahadiz israelitas... privándonos de esta forma de una concepción coránica de la historia y sumergiéndonos en las oscuras y confusas aguas de la suya. Si nos alejamos de esta perspectiva, el horizonte histórico se hará cada vez más borroso e indescifrable.

En cierto sentido Los cruzados habían fracasado, pero los Templarios parecían triunfar en Europa. Las abadías, los monasterios, los centros en realidad más influyentes de la Iglesia, apuntalaban a la orden “militar” y ésta parecía apoyarles y protegerles con sus riquezas y con su creciente prestigio; pero se olvidaron del enemigo común -la monarquía. Felipe IV el Hermoso tenía los mismos planes de expansión y de dominación planetaria que los Templarios, sólo que en su caso pensaba lograr su objetivo a través de una monarquía divina santificada por la única iglesia legítima heredera de Pedro -la Iglesia católica de Roma. Felipe IV era rey por designación divina y por lo tanto todas sus actuaciones deberían entenderse en este sentido -el sentido de la infalibilidad. Estas prerrogativas, no obstante, chocaban frontalmente con las papales, que pretendían lo mismo que el rey capeto, pero desde el lado eclesiástico. Decididamente, había más cartas sobre la mesa que las que se habían barajado cuando Clodoveo “abrazó” el catolicismo. En el acuerdo que se estableció entre la monarquía merovingia y Roma ambos poderes se apoyaban el uno sobre el otro, pero permaneciendo independientes. La Iglesia ratificaba la legitimidad del rey y éste, a su vez, la protegía de ser desbancada por otras congregaciones cristianas. Sin embargo, Pipino III no solamente fue ratificado como rey de los francos (comenzando la dinastía carolingia), sino que fue “uncido” rey; es decir, fue coronado por el papa Estéfano II. De esta forma la monarquía perdía su paridad de poder con la Iglesia, convirtiéndose en súbdito de ésta, algo que Felipe IV no estaba dispuesto a mantener, ya que era la Iglesia la que debía supeditarse a las

“necesidades” de la corona. Este matiz les costará la vida a los Templarios y una vez más dará al traste con el proyecto judío.

El último papa que se enfrentará a la monarquía será Bonifacio VIII. El conflicto -muy probablemente provocado por el rey- arranca de la disposición promulgada por Felipe IV de hacer tributar al clero francés -quizás con el propósito de ver hasta qué punto la Iglesia estaba dispuesta a mantener su independencia y hegemonía con respecto al poder real. El papa responde al desafío del monarca capeto emitiendo la bula *Clericis laicos*, por la que se prohíbe bajo pena de excomunión el cobro de impuestos al clero sin el consentimiento papal. Felipe IV ignora tales disposiciones y obliga a Roma a firmar un acuerdo por el que se le reconoce la potestad de fijar tributos al clero, en casos de “extrema necesidad”, sin contar con la autorización previa del papa. En 1301 la situación empeora al ser detenido el obispo de Pamiers, Bernard Saisset, acusado de alta traición. Según las actas del sumario, Saisset habría intentado arrastrar al conde de Foix en un complot cuya finalidad era levantar en armas al Languedoc contra el rey. Al mismo tiempo se le acusaba de haber difundido una falsa profecía de san Luis, según la cual la dinastía de los capetos perdería la corona bajo su reinado. En la carta que el legalista Guillermo de Nogaret envía al papa justificando la actuación del monarca, a las acusaciones previas se añade la de herejía, al haber afirmado que la fornicación no era pecado y que el sacramento de la penitencia era algo inútil. Felipe el Hermoso intentó obtener la aprobación del papa, pero Bonifacio emitió como toda respuesta la bula *Ausculda fili*, en la que reprueba al rey francés su pertinaz desobediencia al obispo de Roma.

En 1302 se da una vuelta de tuerca y Bonifacio organiza un concilio en Roma, al que deberá asistir el rey y el episcopado francés, con el objetivo de fijar de una vez por todas la relación que deberá prevalecer entre el poder temporal y la iglesia, pero también para juzgar al rey por sus inauditos abusos contra el clero. La convocatoria de este concilio es la prueba de que el papa estaba

muy lejos de entender el juego que se estaba librando en el tablero de la política europea.

La respuesta de Felipe no se deja esperar. Acusa a Bonifacio de herejía y convoca en París un concilio paralelo con el objetivo de juzgarle, al mismo tiempo que prohíbe la asistencia del clero francés al concilio de Roma. A su vez, el papa responde con la promulgación de la bula *Unam sanctam*, en la que se dejaba clara y radical constancia de la posición papal: "... existen dos gobiernos, el espiritual y el temporal, y ambos pertenecen a la Iglesia..." Decididamente, Bonifacio estaba pidiendo a gritos el duelo final. Y llegó antes de lo que éste se imaginó. El 12 de marzo de 1303 Felipe IV el Hermoso, reunido en asamblea en el Louvre, acusa al papa de herejía y simonía, y ordena a Guillermo de Nogaret su arresto y traslado a París. Para esta acción, más allá de cualquier desafío, Guillermo de Nogaret contaba con el apoyo de Sciarra Colonna, acérrimo enemigo de Bonifacio, de la alta burguesía de Anagni, y de parte del colegio cardenalicio. Con estos poderes guardándole las espaldas él y un pequeño destacamento de soldados atacan el palacio papal de Anagni -residencia veraniega del humilde siervo de Jesús- y detiene a Bonifacio que les esperaba sentado en su trono, engalanado con todas las vestimentas de su rango, lo que no impidió que Colonna le abofeteara y que durante tres días sufriera toda clase de injurias y malos tratos. En septiembre de ese mismo año fue trasladado a Roma, donde murió un mes más tarde. De esta forma, Felipe IV acababa con las pretensiones de dominio universal de la Iglesia de Roma.

La corona del poder terrenal volvía a lucir en la cabeza del rey. Ningún papa podría ya arrebatársela y si la institución papal no quería desaparecer aplastada por los ejércitos imperiales, debería a partir de ahora conducirse con prudencia y sumisión ante los incipientes poderes europeos. Sin embargo, a pesar del aparente triunfo real, la ecuación seguía desequilibrada, como siglos después caería en la cuenta Luis XVI frente a la guillotina. La legitimidad de la monarquía sólo podía provenir de Dios a través de su brazo terrenal -la Iglesia. Si esta institución se debilitaba y

perdía credibilidad, la misma suerte correría la monarquía, cuya autoridad se vería ahora puesta en entredicho al haber sido abandonada por la divinidad. Parecía una cuenta imposible de cuadrar. Para Felipe IV, empero, la cuestión era mucho más transcendental que una mera ecuación de fuerzas. En primer lugar, puso en orden a toda la “nobleza” francesa, a la pequeña burguesía que se arremolinaba en las ciudades y al clero. Extendió sus fronteras, si no territorialmente, al menos en cuanto a influencia y soberanía. Las consecutivas victorias contra Flandes e Inglaterra supusieron la firma del tratado de paz de 1303, en el que se estipulaba que la hija de Felipe, Isabela, debería casarse con el futuro rey de Inglaterra, Eduardo II, lo que aseguraba una paz duradera entre ambos reinos. A las reformas administrativas siguieron dos disposiciones que cambiarían radicalmente el curso de la historia europea -en 1306 Felipe expulsa a “todos” los judíos de Francia. Una medida inútil si se tiene en consideración que la comunidad judía verdaderamente influyente hacía mucho tiempo que había penetrado en la sociedad francesa y europea a través de sucesivas “conversiones” al cristianismo; pero al mismo tiempo muy significativa, pues mostraba una clara consciencia por parte del rey de la existencia del otro poder, consciencia que quedó ratificada con la segunda disposición -el cierre de la Orden de los Templarios y la posterior ejecución en 1314 de Jacques de Molay, Gran Maestre, de sus máximos dirigentes y de la mayoría de sus miembros. Por su parte, el papa Clemente V, si bien en un principio trató de proteger a la Orden y sus intereses, guardaba en la memoria la suerte que al tratar de oponerse a Felipe IV habían corrido sus dos predecesores -Bonifacio VIII y Benedicto XI (cuyo mandato duró menos de un año y que muy probablemente muriera envenenado). La sede papal se había trasladado a Aviñón como un claro mensaje -el reino espiritual también pertenecía a la corona imperial.

Los judíos habían aprendido la lección -ni monarquía ni iglesia. Los Templarios que habían logrado sobrevivir a la persecución de Felipe se refugiaron en Gran Bretaña -especialmente en Escocia-

España, Portugal e Italia. Nace de esta forma la masonería como un río subterráneo que arrastra las aguas merovingias, las aguas templarias y cistercienses hacía nuevos territorios. En España y Portugal harán florecer la navegación como un medio de enriquecerse, pero también como un medio de explorar los océanos y tratar de encontrar así una nueva tierra, quizás la “prometida”. En Italia darán comienzo al Renacimiento como un preludio de la fundación en Inglaterra de la Royal Society, que aglutinará el conocimiento de Oriente y de al-Ándalus con miras a desarrollar una tecnología que les de la supremacía cultural, económica y militar sobre el otro imperio espiritual -el Sultanato de Estambul. Al mismo tiempo, un poderoso lobby judío se ha trasladado a Holanda, Suiza y Norte de Alemania, dando lugar a otra corriente subterránea que irá aflorando en órdenes religiosas, centros de copia de manuscritos e instituciones educativas a través de las cuales se irá difundiendo una ideología anti-clerical y anti-Roma a la espera de que surja un segundo Pablo de Tarso que dé el golpe definitivo a la Iglesia católica y prepare el terreno para la implantación, en Europa primero y en el resto del mundo después, de una religión laica, humanista y permisiva con los deseos y pasiones que anidan en el corazón de los hombres.

Al-Ándalus y más tarde las cruzadas han transvasado a ciertas elites judías de Europa un claro conocimiento del Islam y de las ciencias tanto especulativas como exactas. Por su parte, la historiografía occidental trabajará ardua e incansablemente para que este hecho quede minimizado y en algunos casos desaparezca por completo. Sin embargo, obviando en la fórmula general interpretativa la poderosa influencia de la tenaza al-Ándalus-Oriente, la historia de Europa -su tardío desarrollo literario, filosófico y científico- quedaría dramáticamente inexplicada. Desde esta perspectiva debemos entender la obra de Guillermo de Occam, el primer germen de esa corriente subterránea de la que hacíamos mención antes y que dará origen a dos grandes ríos -el de la Reforma protestante y el del positivismo.

11. LOS GITANOS, OTRA TRIBU PERDIDA DE LOS BANU ISRAIL

Las primeras migraciones del pueblo judío son anteriores al reinado de Suleyman y están relacionadas con la idolatría que prevalecía en Misr, donde vivían desde los tiempos de su ancestro el Profeta Yusuf (a.s). Los seguidores del tawhid eran brutalmente perseguidos, especialmente durante el gobierno de Fira'un, y la única manera que tenían de sobrevivir era aceptando la divinidad de este tiránico gobernante. No obstante, la persecución que sufrían los Banu Israil era más étnica que religiosa, debido por una parte a que habían sido ellos los que habían introducido el tawhid en una Arabia mayoritariamente politeísta; y por otra, a que su negligencia a la hora de mantener el Pacto con Allah el Altísimo les había debilitado y había hecho que una buena parte de ellos se diera a prácticas paganas, dejando de ser un poder espiritual para convertirse en un gueto separado del resto de los ciudadanos y fácilmente reconocible.

En este escenario, en el que reinaba la más absoluta confusión espiritual y doctrinal, aparece la figura del Profeta Musa (a.s), quien por orden de su Señor intentará despertar la consciencia de Fira'un a su errónea visión de la existencia, a su ateísmo y a su intolerable soberbia. Tras el pertinaz rechazo por parte del “señor” de Misr a las exhortaciones de Musa, Allah el Altísimo permite a Su Profeta abandonar Misr con los Banu Israil y con todos aquellos que habían seguido su llamada al tawhid.

A lo que este gran Profeta les insta es a huir de aquel malsano lugar para establecerse en un nuevo territorio en el que poder adorar debidamente al Creador del universo y llevar después Su Mensaje a todos los rincones de la Tierra. Pero lo que muchos de esos Banu Israil albergaban en su corazón era un deseo de poder y de establecer sociedades paganas. Por ello, cuando Musa acude a la cita a la que le ha emplazado el Todopoderoso dejando a su hermano Harún a cargo de la comunidad, un grupo de los Banu Israil, liderado por Samirí, un enigmático personaje que los

historiadores han preferido obviar, se entrega a la adoración del becerro.

¿Y qué te hizo adelantarte a tu gente, oh Musa? Dijo: Ellos iban siguiendo mis huellas y me adelanté a Tu encuentro, Señor, buscando Tu Complacencia.

Con esta lacónica observación Allah el Altísimo recrimina a Musa por haberse alejado precipitadamente sin darse cuenta que el suyo no es un pueblo de creyentes y que en el momento que se vean libres de su vigilancia, se entregarán a sus habituales prácticas paganas; por ello le informa de lo que están haciendo en su ausencia.

Dijo: Es cierto que, en tu ausencia, hemos puesto a prueba a tu gente y el Samirí los ha extraviado. Entonces Musa regresó a su gente enojado y dolido, y dijo: ¡Oh gente mía! ¿Acaso no os hizo vuestro Señor una hermosa promesa? ¿Se os ha hecho largo el plazo o es que queréis que la ira de vuestro Señor caiga sobre vosotros? Habéis incumplido lo que me prometisteis. Dijeron: No hemos faltado a la promesa que te hicimos por nuestro propio poder, sino que nos hicieron cargar con el peso de las alhajas de la gente y las lanzamos, y así también las arrojó el Samirí. Y sacó para ellos el cuerpo de un becerro que mugía. Dijeron: Éste es vuestro dios y el dios de Musa, pero se ha olvidado. ¿Es que no veían que no les contestaba ni tenía el poder de perjudicarles o beneficiarles? Anteriormente, Harún les había dicho: ¡Oh gente mía! Con esto se os está poniendo a prueba, realmente vuestro Señor es Misericordioso, seguidme y haced lo que os ordeno. Dijeron: No vamos a dejar de adorarlo hasta que vuelva Musa.

Dijo: ¡Harún! ¿Qué te impidió, al ver que se extraviaban, seguirme? ¿Es que desobedeciste mi orden? Dijo: ¡Oh hijo de mi madre! No me cojas de la barba ni de la cabeza, en verdad que temí que dijeras: Has dividido a los Banu Israil y no has respetado mi palabra.

Musa se siente entre furioso y desolado. No puede entender cómo un pueblo que ha sido protegido constantemente por el Todopoderoso a través de portentosos milagros ha podido actuar de manera tan degradante. Se vuelve incluso contra su hermano Harún y le increpa mientras le agarra de la barba. Pero pronto descubre de quién se ha servido el shaytan para corromper a los Banu Israil. El Qur'an menciona su nombre -Samirí, pero en la Biblia se borra y se substituye por el de Harún, dando a entender de esta forma que fue él quien modeló el becerro y ordenó a su gente adorarlo. Sin embargo, en las aleyas que acabamos de citar se muestra claramente cómo se desarrolló este episodio. Es evidente que entre la gente que conformaba la comunidad de Musa había dos grupos: el de creyentes, que se habían mantenido fieles en su intención al pacto con Musa -su participación en la fiesta pagana de Samirí habría estado motivada por el temor a que sus partidarios hubieran podido causarles algún daño si se negaban a lanzar al fuego sus alajas y todo lo que tuvieran de oro: *“No hemos faltado a la promesa que te hicimos por nuestro propio poder, sino que nos hicieron cargar con el peso de las alhajas de la gente;”* y el de los inclinados al paganismo, que junto con él se habían dado a la adoración del becerro. En Éxodo se describe aún más este escenario, dando a entender que la adoración del becerro estuvo acompañada de una auténtica bacanal, incluyendo sacrificios (holocaustos) que pudieron incluso haber sido humanos.

Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y presentaron ofrendas de paz; y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse.

Éxodo 32:6

Dijo: Y tú Samirí, ¿Qué tienes que decir? Dijo: Vi lo que ellos no vieron, así que tomé un puñado de las huellas del mensajero y lo lancé. De esta forma fui tentado. Dijo: ¡Vete! Mientras vivas dirás: No me toques. Y tienes una cita que no podrás eludir. Mira a tu dios, ése a cuyo culto te entregaste, lo quemaremos y esparciremos por el mar.

En estas aleyas se encuentran encriptados los dos elementos básicos que van a señalar a Samirí, a su descendencia y a sus seguidores como la tribu de los Banu Israil mejor camuflada de la historia -los gitanos. El primer elemento es la estrecha relación entre Samirí y determinadas entidades no humanas -shayatines y yins, que le hicieron ver lo que el resto de la comunidad de Musa no vio, ordenándole que tomara un puñado de la tierra marcada por sus huellas y lo lanzara. En el Qur'an se utiliza la palabra "mensajero", es decir, alguien que es enviado con una misión, y en este caso pudo haber sido también un ángel al que se le habría encomendado poner a prueba al Samirí. Su relación con estas entidades dará lugar más adelante al desarrollo de prácticas conectadas con la magia, la adivinación ("*vi lo que ellos no vieron*") y un tipo de vida chamánico; el mismo tipo de vida de los judíos, verdaderos inventores del Tarot e introductores de la magia y la adivinación en las logias masonas.

A finales del siglo XV, la familia Sinclair, de ascendencia judía, estaba fuertemente asentada en Escocia formando parte de su más distinguida nobleza y de la incipiente franco-masonería. Un siglo más tarde, la situación de los gitanos en el reino escocés se deterioró hasta el punto de que las nuevas disposiciones ordenaban estigmatizarles marcándoles a fuego en la mejilla o incluso cortándoles una oreja. William Sinclair, por aquel entonces Presidente del Tribunal Supremo de Justicia de Escocia, hizo todo lo posible por protegerles, aunque no obtuvo sino un precario éxito. En 1616 se introduce una legislación todavía más severa resultando en una deportación en masa hacia Virginia, los Barbados y Jamaica, lugares éstos que más tarde se convertirán en verdaderos centros de la magia, de la música "esotérica" y del chamanismo. Resulta difícil de entender el decidido y arriesgo apoyo que los Sinclair brindaron a los gitanos si lo desligamos del hecho de que ambos grupos -judíos y gitanos- tienen un mismo origen -los Banu Israil. Desde su mismísimo comienzo, la

adivinación formará parte de las prácticas masonas como queda reflejado en el siguiente poema:

Pues formamos parte de la hermandad de los Rosa Cruz;
tenemos la palabra Mason, y la adivinación;
lo que ha de venir podemos sin error predecir...

Henry Adamson, *The MusesThrenodie*. 1638

El segundo elemento lo constituye la maldición que Musa (a.s) arroja sobre Samirí y su descendencia, la misma maldición que arrojó el Altísimo sobre Iblis.

La maldición caerá sobre ti hasta el Día de la Rendición de cuentas. Dijo: ¡Señor mío! Dame tiempo hasta el día en que se le devuelva a la vida. Dijo: Entonces serás de los que esperan hasta el día cuyo tiempo ha sido fijado. Dijo: ¡Señor mío! Puesto que me has extraviado, les haré creer en lo falso en la tierra y los extraviaré a todos. A excepción de aquellos siervos Tuyo que sean sinceros.

Qur'an 15:35-40

Son las mismas palabras con las que Musa maldice a Samirí. Hasta que llegue la Hora podrán él y su descendencia, y todos aquellos que les sigan, incitar a los hombres a que adoren al becerro y pasen su tiempo comiendo, bebiendo y “regocijándose”. Pero en la maldición de Musa hay un elemento nuevo y determinante a la hora de entender por qué el pueblo gitano es el único pueblo de la Tierra que lleva, desde los tiempos de Samirí hasta hoy, asentándose en todas las naciones sin asimilarse en lo más mínimo a ninguna de ellas -“*mientras vivas dirás: no me toques*”. Aquí, “no me toques” tiene un valor recíproco. Los gitanos son impuros para los no-gitanos de la misma manera que los gentiles lo son para aquellos.

Samirí, pues, se aleja de la gente de Musa y vemos reaparecer a sus descendientes en los Banu Murrah en su contienda contra los Banu Kilab que nos relata una tradición popular árabe llamada *Harb al-Basus*. El héroe de esta transmisión, recogida por la

historia, es al-Zira Sālama, de la raíz “salma”, de la que deriva el nombre Suleyman. Muy probablemente los gitanos de aquella época, los descendientes de Samirí, aprovecharon la situación que se había creado en los dominios del Profeta y monarca más poderoso de la tierra para hacerse con el poder aliándose con yins y shaytines. Ante esta rebelión, Suleyman reacciona de forma contundente -aplastando la revuelta de los Banu Murrah y añadiendo a la maldición de Musa nuevas imposiciones que jugarán un papel decisivo a la hora de determinar la forma de vida gitana. Suleyman les prohíbe portar armas y participar en guerras o revueltas. Les ordena vivir errantes, sin tener casas propias; y dado que corrompieron a la gente con sus “regocijos”, se ganarán la vida bailando y cantando, acompañándose de panderos y flautas, con la magia y la adivinación. A partir de esta derrota sufrida por los gitanos en la batalla de al-Basus comenzará su diáspora por toda la Tierra.

Un pueblo puede vivir sin casas, puede vivir sin escritura, sin libros, sin una lengua propia, pero no sin una identidad. Los gitanos, pertenecientes en su origen a los Banu Israil, portarán con ellos a dondequiera que vayan y a dondequiera que se asienten la identidad profética. Sin embargo, en cuanto que pueblo errante, ha ido añadiendo a sus tradiciones originales las de otros pueblos, como el fuego mazdeísta, que tomaron de Irán. Cualquiera que haya vivido en un barrio de mayoría gitana tendrá gravadas en su retina pequeñas hogueras que son avivadas de noche y de día. Hoy, ese fuego ha sido substituido por la televisión, siempre encendida aunque nadie la mire. Un objeto pagano, pues; reminiscencia electrónica del mazdeísmo, que ya forma parte de la vida cotidiana de cristianos y musulmanes.

Por otra parte, la minoría de entre ellos que ha logrado que prevalezca su identidad profética sobre la chamánica, optará por el protestantismo -sin imágenes y sin intermediarios- o el Islam, que les recordará el puro tawhid de Musa. Raras veces los veremos asociados a prácticas orientales, en las que el concepto de reencarnación entra en una clara e irreconciliable confrontación

con su creencia en el Día del Juicio y, por lo tanto, en la resurrección.

Como en el caso de los judíos, la corrupción, la tentación... es siempre hacia fuera. Se corrompe, se engaña, se roba, a los no gitanos, pero dentro de sus comunidades imperan rigurosos principios morales con severos castigos para quienes los transgredan. Únicamente gitanos y judíos tienen dos leyes -una que aplican exclusivamente a su gente y otra con la que juzgan al resto de la humanidad.

Cuando observamos a judíos y gitanos a lo largo de su devenir histórico, vemos que se trata de un mismo pueblo que un día, hace ahora miles de años, Musa separó para siempre. Sin embargo, sus destinos discurren por caminos paralelos. De todos los pueblos que habitan la Tierra, solamente sus nombres han pasado a ser un atributo. Decimos de alguien que es un “judío” o un “gitano”, queriendo significar prácticamente lo mismo.

Y serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla
a todos los pueblos a los cuales te llevará el Señor.

Deuteronomio 28:37

Son los únicos dos pueblos en toda la historia de la humanidad que no han conseguido jamás tener una patria ni asentarse en un territorio que les sea propio, a pesar de que nada, objetivamente hablando, se lo ha impedido nunca.

Iblis se mantiene fiel a su misión de sacar al hombre del recuerdo de su Creador, susurrándole que no hay más vida ni más realidad que la de este mundo. Y de la misma forma, los Banu Samirí -el nombre que en todo rigor mejor denomina a los gitanos, han sido fieles a la suya, dando lugar allí donde se han asentado a sociedades chamánicas, basadas en la misma bacanal que la gente de Musa -comida, bebida y “regocijo”, los tres elementos propios de la negligencia, del olvido y de la inconsciencia. ¿En qué se ha convertido la vida de los occidentales? Trabajan, por un salario, realizando actividades que en nada les incumben, y su tiempo libre lo pasan en restaurantes, cafeterías, discotecas, salas de fiesta,

clubes nocturnos, cines y teatros, como si fueran a vivir eternamente, como si no les estuviera esperando, tras la muerte, una angustiada pregunta: ¿En qué habéis pasado la vida? A la que la mayoría de los hombres, los que prestaron oído al susurró del shaytan y siguieron la forma de vida gitana, solamente podrán responder: “Comiendo, bebiendo y regocijándonos.”

12. REFORMA PROTESTANTE VERSUS UNITARIANISMO

La bomba de relojería que Pablo de Tarso había colocado en el corazón mismo de la creencia resultó ser tan destructiva para los que siguieron sus innovaciones como para el propio “judaísmo”. Habiendo sido éste barrido de Europa y de Oriente Medio, perseguido y mancillado, no les quedó a los judíos otro camino que el de “convertirse” a la falsa religión que ellos mismos habían fabricado.

Cuando llegaron a ellos sus mensajeros con las Pruebas Claras se jactaron del conocimiento que tenían, y les rodeó aquello de lo que se burlaban.

Qur'an 40:83

Una vez más, su maquinación se había vuelto contra ellos. Ahora se trataba de socavar desde dentro los pilares mismos del Vaticano colocando en sus bases el corrosivo ácido de los errores que los propios judíos habían introducido en el credo de Sayddinah Isa (a.s.).

Guillermo de Occam había nacido en Ockham, Inglaterra, en 1285. Siendo muy joven ingresó en la Orden franciscana en cuyo seno, como en el de la Iglesia, se debatía por aquel entonces el tema de la estricta visión del concepto de pobreza por parte de su fundador. Al haber deificado a Isa (a.s), los cristianos se encontraban sin un modelo humano al que seguir; y al haber excluido la Ley que Allah el Altísimo había revelado a Musa (a.s), carecían de un cuerpo legislativo que les permitiera gobernar o, al

menos, establecer amplias normas de comportamiento. Todo ello hacía que proliferasen las órdenes y las comunidades religiosas y que en sus credos hubiese elementos, más o menos velados, contrarios a los de Roma. Pero el trabajo de Occam iba más allá de estas disputas de frailes; su pasión por la lógica le hizo desarrollar un método de análisis aplicable también a la teología. Insistía en evaluar los temas de forma racional, otorgando una total confianza a las capacidades cognoscitivas del hombre. Desde su legalidad de franciscano este judío de Surrey estaba introduciendo una visión laica del conocimiento. Durante su estancia en Aviñón conoció al general de la Orden, Miguel de Cesena, y a su ministro general, Bonagratia -ambos en abierta confrontación con el papa Juan XXII. Cuando la polémica llegó al punto de ruptura, los tres franciscanos se refugiaron en Pisa en el año 1328, bajo la protección de Luis IV de Baviera, quien había sido excomulgado cuatro años antes, perdiendo su legitimidad como emperador del Sacro Imperio Romano. Franciscanos y agustinos abrían un claro frente no sólo contra el lujo papal, tan contrario a la forma de vida de Isa (a.s), aunque se tratase del hijo de Dios, sino también contra el tomismo y su influencia aristotélica. Impregnados de las corrientes esotéricas sufís, basaban su teología en los principios neoplatónicos-agustinianos claramente expresados por el franciscano italiano Buenaventura. Cuando de vuelta a Inglaterra Guillermo de la Mare escribe su obra *Correctorium fratris Thomae*, una crítica a los escritos de Tomás de Aquino, Bonagratia la aprueba como texto básico para toda la Orden, prohibiendo la lectura de la *Summa theologiae* de Aquino si no era cotejada con el *Correctorium*. La influencia del Islam en la Orden franciscana se refleja incluso en sus normas -la norma XVII exhorta a los monjes a mantener, allí donde se diera el caso, una relación fraternal con los musulmanes, hecho éste que explicaría la presencia de conventos franciscanos en la mayoría de los países musulmanes.

En el plano secular, ya desde su ascensión a la corona imperial, Luis IV abría otro frente al luchar por el derecho a elegir al emperador con independencia papal. Occam muere en 1349 -

posiblemente a causa de la peste negra, pero la corriente subterránea continua. En 1340 nace en Deventer, Holanda, Gerard Groote. Como es habitual en la biografía de los judíos, también en su caso se desconoce su genealogía. Lo único que sabemos de él es que era hijo de una “pudiente familia” que lo envió a París para estudiar teología. Pero el acontecimiento realmente importante de su vida será el encuentro en 1371 con Florentius Radewunius, otro judío holandés, originario de Leerdam, en la región de Utrecht, que estudia en la universidad de Praga y más tarde es nombrado vicario de Deventer. Juntos fundan un centro de copia de manuscritos -uno no puede por menos de preguntarse qué manuscritos podían circular en el siglo XIV en la Europa del Norte si no eran manuscritos árabes traducidos al latín. Este centro dará lugar a la Comunidad de Hermanos, una orden aprobada por el papa Gregorio XI que influenciará decisivamente los patrones de la educación primaria y secundaria de toda Europa estableciendo grados académicos y libros de texto, algo que los jesuitas de Francia desarrollarán de forma más efectiva. Erasmus de Rotterdam será uno de los muchos “sabios” europeos que estudien en las instituciones educativas de la Comunidad de Hermanos. Cada vez son más robustos los pilares del edificio laico judío. Del centro de copia de manuscritos y de las instituciones educativas de la Comunidad, las logias masonas recogerán un conocimiento y un método de estudio y de investigación que desembocará en la Royal Society y en el posterior y vertiginoso desarrollo tecnológico propiciado desde el positivismo, afluente del mismo río.

Si hasta ahora los judíos se habían ido infiltrando en la Iglesia creando órdenes “religiosas”, comunidades “espirituales”... para de esa forma controlar y transformar el catolicismo en instrumento suyo, a partir de la Reforma esos mismos judíos se irán transformando en ideólogos políticos y en una nueva clase social que pronto adquirirá el papel sacerdotal que ha perdido Roma -la comunidad científica que reducirá la inabarcable realidad al tamaño de sus limitadas capacidades cognoscitivas. El

Dictionnaire historique et critique que Pierre Bayle publica en 1697 es una buena prueba de ello. Ambas congregaciones, la católica y la protestante, tachan este trabajo enciclopédico de herético y contrario a la “ortodoxia” de las dos Iglesias, algo que ya no convence a nadie. A través de eruditas anotaciones, anécdotas y comentarios, el famoso diccionario de Bayle adquiere la forma de un tratado en el que se preconiza la superioridad del más radical escepticismo, del ateísmo y del epicureísmo por encima de cualquier sistema religioso, método éste que los enciclopedistas del siglo XVIII utilizarán en todas sus obras. El físico alemán Georg Lichtenberg que nace en 1742 y muere rozando el siglo XIX, ridiculiza en sus *Aforismos* toda aproximación metafísica al conocimiento sin tener ya que utilizar ningún tipo de lenguaje cifrado. En 1854 aparecerá la obra más importante de Auguste Comte *System de politique positive*, en la que básicamente expone su rechazo a la teología y a la metafísica como modos imperfectos de conocimiento, al tiempo que propone la investigación positiva basada en los fenómenos naturales, en sus propiedades y relaciones, que sólo las ciencias empíricas pueden verificar. Ésta y otras corrientes subterráneas en las que los judíos han ido vertiendo su concepción atea y antropomórfica de la existencia desembocarán en el océano de la Revolución Rusa, donde se mezclarán y se desarrollarán hasta dar nacimiento al nuevo superhombre, ésta vez de origen humilde, de origen proletario, pero investido de la misma tarea divina de vencer al mal, a la opresión, a la tiranía y de conducir a la humanidad hacia un luminoso futuro de libertad.

Sin embargo, y a pesar de estos robustos pilares milenarios, los judíos no lograban plasmar en una nítida imagen su larga experiencia. Se habían creado órdenes, logias, sociedades secretas... pero no había una sociedad capaz toda ella de aunar lo material con lo espiritual, lo secular con lo clerical; una sociedad que no necesitase reyes ni papas.

Las aguas subterráneas holandesas aflorarán en Alemania dando lugar al desbordante río de la Reforma. Martín Lutero tiene

la respuesta. Las elites judías europeas llevan siglos buceando en el Islam de al-Ándalus y de Oriente. Allí está la solución. El propio Lutero lo enuncia en los prolegómenos de su propuesta teológica - construir una sociedad de sacerdotes seculares. Ese ha sido el éxito del Islam. Por ello, las sociedades musulmanas no han necesitado papas ni vaticanos, obispos ni concilios... no les ha hecho falta atormentar a sus sabios con el celibato ni diferenciarles del resto de los creyentes con chamánicos uniformes. Todos ellos son santos que trabajan, se casan y tienen hijos; santos que llevan el Mensaje del Todopoderoso hasta el último rincón de la tierra y lo hacen a riesgo de sus bienes y personas; santos que luchan, que escriben tratados teológicos, matemáticos, de astronomía... Lutero ha encontrado la solución pero quiere encubrir la fuente. Toma del Islam todos los elementos de su reforma, pero deja la Trinidad, la deidad de Isa (a.s), ya que es el principio que separa el cristianismo del judaísmo y del Islam; un principio erróneo y blasfemo que no va a dejar de horadar el cerebro de católicos y protestantes como si de una barrena se tratase. Sin embargo, los elementos islámicos que tiene en la mano son más que suficientes para enfrentarse a Roma, denunciar sus absurdas innovaciones y crear una nueva Iglesia.

¿De dónde tomó Lutero esos principios islámicos y ese odio por el extravagante lujo de Roma? Todo eso lo tomó de la Comunidad de Hermanos, con quienes también él estudió en uno de sus colegios en Magdeburg.

Se rompen las imágenes; se bautiza con agua a una edad en la que la persona es capaz de comprender lo que está pasando, no a las pocas semanas de nacer; se elimina la confesión, pues no puede haber intermediarios entre el Creador y el hombre; la Biblia se convierte en un libro que todo creyente debe leer y sacar sus propias conclusiones; nadie, tampoco el papa, está investido de infalibilidad; la mayoría de los santos son invenciones populares y de los clérigos y por lo tanto se deberán revisar sus vidas y su realidad histórica antes de considerarlos como tales.

Junto a tan saludable purga corrían otras aguas más turbias. Lutero era ese anhelado segundo Pablo de Tarso y como él llevaba escondidas en algún lugar de su vestimenta dos potentes bombas de relojería -el capitalismo y el colonialismo.

La Reforma, siguiendo el método judío por excelencia, fue una revolución en toda regla; una revolución que, como el resto de las revoluciones promovidas por los ideólogos judíos, costó innumerables vidas humanas; en realidad, simples peones, marionetas que se movían al son de su clarín hechicero. Sigamos, a vuelo de pájaro, todo el proceso.

En otoño de 1517 un suceso, aparentemente insignificante, va a cambiar el rumbo de la historia europea. El dominico alemán Johann Tetzel había comenzado a introducir en sus prédicas a los fieles la idea de que la obtención de una bula papal llevaba consigo la remisión de los pecados. Aquella proposición irritó a Lutero de tal manera que se decidió a escribir un borrador con 99 tesis dirigido al arzobispo Alberto de Mainz, en el que le exhortaba a que pusiese fin a los extravagantes sermones de Tetzel. Las 99 tesis llegaron a Roma y comenzaron a circular por toda Alemania. El espíritu del borrador iba más allá de un mero rapapolvo teológico; se dirigía como una flecha envenenada al corazón de la Iglesia y del Vaticano. Muchas de las tesis comenzaban con la palabra “cristianos” en vez de católicos y la propuesta de la tesis 86 era claramente provocativa –“¿Por qué el papa, cuya riqueza es mucho mayor que la del César, no construye la basílica de San Pedro con su propio dinero y no con el de los creyentes?”

En el verano de 1518 la *causa Lutheri* se ha complicado más de la cuenta y es llamado a Roma para ser examinado sobre sus doctrinas. Frente a él va a estar la cabeza de la Orden dominicana, el italiano Gaetano, un acérrimo defensor del tomismo y uno de los hombres mejor preparados de la curia romana. No obstante, la confrontación teológica no llevó a ninguna parte. Sabiéndose en peligro y contando con la protección de Federico III de Sajonia, Lutero huye a Wittenberg, desde donde promulga una llamada a un concilio general de la Iglesia para que sean escuchadas sus

proposiciones. Pero el Papa León X ya ha tomado partido y ha declarado herética la doctrina de Lutero. La mecha, sin embargo, ha comenzado a arder y se dirige como una serpiente perseguida en dirección a un barril de pólvora -la Reforma está en la calle, en el clero, en las instituciones educativas... corre de boca en boca y sus partidarios se cuentan ya por miles. En 1520 Lutero arroja la bula papal a una hoguera que habían encendido algunos de sus estudiantes en las afueras de la ciudad. En ella se condenaban por heréticos 41 puntos doctrinales que habían aparecido en sus diferentes escritos. La respuesta de Roma a tal desafío no se hizo esperar -en 1521 Martín Lutero es excomulgado. Pero el asunto no podía zanjarse de ese modo, precisamente porque la Reforma venía a expresar el descontento generalizado de la cristiandad por la autoritaria y en la mayoría de los casos injustificada forma de actuar que tenía la Iglesia católica. Quizás por ello se decide convocar en ese mismo año una asamblea en Worms en la que Lutero pueda defender personalmente su posición. Se trataba en el fondo de lograr que se retractase de esos 41 puntos “heréticos”, de forma que las aguas volviesen a su cauce. Lutero, sin embargo, no se retractó de ninguno de los principios doctrinales que le separaban radicalmente de la Iglesia y tras una intensa actividad diplomática de unos y otros, Carlos V firmó el *Edicto de Worms* por el que se declaraba a Lutero hereje y por lo tanto reo de muerte. Antes de ser apresado, soldados de Federico III lo “secuestran” y lo llevan al castillo de Wantburg, donde permanecerá escondido hasta finales de ese mismo año. Durante su estancia en Wantburg, Lutero llevó a cabo una de las grandes tareas que justificarían la redacción de la Biblia septuaginta -su traducción al alemán. Con ello apuntalaba todavía más los muros del edificio laico judío -establecía la base del nacionalismo alemán, sostenido desde ahora por una misma lengua vernácula, al mismo tiempo que transvasaba la visión judía de la historia con todas las falsificaciones que éstos habían vertido en la traducción al griego de la Biblia siriaca. Y de alguna forma, aquí acaba su tarea, también su fama. Cuando vuelve a Wittenberg, se encuentra con una

situación totalmente distinta a la que en un principio debería haber prevalecido tras el Edicto de Worms. La Reforma ha dejado de ser una cuestión teológica para convertirse en una propuesta política, económica y social. Los teólogos, el clero... ya no serán los encargados de dirigirla ni de interpretarla. Serán ahora los campesinos, los ideólogos, los príncipes y los intelectuales laicos los que debatan su aplicación. Para colmo de males, han surgido otros líderes con una visión más social y radical que la del propio Lutero, dispuestos a ser ellos quienes lleven hasta sus últimas consecuencias aquel borrador de 1517 y sus 99 tesis. Lutero creó una estructura teológica capaz de sostener el creciente y generalizado rechazo del Norte de Europa al papado, a su credo y a sus ritos; rechazo, a su vez, compartido por muchos de los principales actores políticos de la época.

Sin embargo, el enlace que ensamblará los elementos todavía sueltos del edificio laico judío será Thomas Müntzer, verdadero precursor del marxismo y tan visionario que incluso en el siglo XVI intuyó la Revolución Rusa sin necesidad de pasar por la francesa; demasiado visionario para su tiempo y como todo judío demasiado apocalíptico. Fue el líder indiscutible de las revueltas de campesinos de Alemania que acabaron en una total masacre; revueltas contra las que se opusieron Lutero y Erasmo -uno por prudencia y otro por mezquindad. El fracaso de la revuelta le pareció a Müntzer ser el juicio de Dios sobre una gente todavía impura para la enorme tarea que se había impuesto a sí misma, pero en absoluto le pareció la derrota de su idea de una nueva sociedad. Müntzer fue detenido, torturado y en mayo de 1525 ejecutado. Su verdadera misión debería esperar casi 400 años antes de poderse realizar.

La labor de Lutero ha terminado. Sus aguas se desparramarán por sangrientas simas, por guerras interminables; producirán las amargas plantas de pseudopapados, inquisiciones, sistemas políticos y económicos tan malsanos como los que pretendían eliminar. El protestantismo no sólo cercena la autoridad absoluta de la Iglesia de Roma, sino también la de Dios. Después de crear el

universo y de predestinar el destino de todas Sus criaturas, no Le ha quedado otra función que la de retirarse del escenario existencial y descansar en algún paraje metafísico. Ahora, el hombre no tendrá otra elección ni otra responsabilidad que la de vivir plenamente el destino que se le ha decretado de antemano. Si soy rico y blanco -la raza superior- es porque así lo ha querido Dios, así me ha predestinado. Me ha dado los medios para atesorar la riqueza que poseo y el derecho a servirme de los que ese mismo decreto ha hecho negros, o indios, o aborígenes... pobres e ignorantes. Dios los ha maldecido y los ha condenado a la esclavitud perpetua y a servir con humildad a sus hermanos blancos.

Y despertó Noé de su embriaguez, y supo lo que había hecho su hijo más joven, y dijo: Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos. Dijo más: Bendito por mi Dios sea Sem, y sea Canaán su siervo. Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo.

Génesis 9:24-27

El burdo concepto protestante de predestinación nada tiene que ver con el Decreto Divino. Éste responde a una sabiduría que sólo Allah el Altísimo puede concebir y que le está velada al hombre, cuyo raciocinio no puede comprender. Pero lo que sí puede comprender y sentir plenamente es, por una parte, que ese decreto es el mejor posible y el más misericordioso; y, por otra, que el hombre tiene plena responsabilidad de sus actos. En ningún Libro Revelado se ha dicho que el blanco sea superior al negro ni el rico al pobre. De ser así, deberíamos concluir que los Profetas han sido las criaturas más inferiores y malditas de la creación, pues todos ellos eran pobres y muchos de ellos negros o de tez muy oscura, oscura como la tierra de la que hemos sido creados.

Y vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, más el hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza.

Con la predestinación en la mano y la eficacia, el éxito, la riqueza y la blancura como sus manifestaciones divinas, los protestantes van a establecer un salvaje capitalismo y el más atroz colonialismo. Cientos de pueblos van a ser invadidos, sus riquezas expoliadas y sus habitantes masacrados o esclavizados. Estos nuevos misioneros van a concluir que los negros, los indios y todos aquellos que presentan rasgos faciales diferentes a los del hombre blanco han sido maldecidos por Dios y entregados a satanás y por lo tanto ningún cristiano debe casarse con ellos ni ser su amigo ni su vecino, ni tampoco su compañero de clase o de trabajo... Todavía en 1967 había, de facto, una fuerte segregación racial en los Estados Unidos. En Sudáfrica, colonizada por los holandeses, el apartheid continuó oficialmente hasta bien entrados los 90.

A mediados del siglo XIX, John L. O'Sullivan acuñaba en su revista *United States Magazine and Democratic Review* de julio-agosto de 1845, la expresión *the manifest destiny*, una obra de arte semántica que podríamos traducir por la "inevitabilidad del destino". Los congresistas adoptaron rápidamente el término en sus debates sobre la expansión del continente, ahora santificada por la Providencia. Aunque en un principio se presentó como un postulado de los demócratas, a partir de 1890 pasó a convertirse en piedra angular de la política republicana. "Nada podemos hacer por evitar nuestro avance hacia el Pacífico, hacia Méjico, hacia las islas, hacia Alaska... está escrito... dominar el mundo es nuestro inevitable destino." De esta forma, los protestantes voceaban el discurso de sus ventrílocuos -el manoseado concepto de "pueblo elegido". El pueblo de Israel era ese pueblo elegido actuando ahora bajo la cobertura de los países ricos europeos y de los esforzados colonos americanos. Un día, no obstante, tendrían su propia tierra y ese día todos los demás pueblos deberían someterse a ellos y servirles, como la manifestación de un "destino inevitable y providencial". En la Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., se conserva una cromolitografía de 1873

titulada *The Manifest Destiny*, réplica de la pintura original de John Gast que en 1872 le encargó George Crofutt, editor de una popular serie de guías para viajar al Oeste. El cuadro muestra el paisaje paradisiaco de una Arcadia perdida entre bucólico y amenazador. En la parte derecha hay un cielo luminoso y despejado bajo el cual se despliega la civilización del hombre blanco -al fondo se pueden distinguir barcos surcando un ancho río; el ferrocarril atravesando las hasta ahora inhóspitas praderas del oeste americano; una elegante diligencia tirada por seis caballos que corren a todo galope... Delante, un grupo de colonos que llenos de determinación van arando la tierra mientras caminan. La parte izquierda, en cambio, está mucho más oscura. Negros nubarrones se ciernen sobre ella. Todavía no ha llegado la civilización europea y la barbarie india prevalece -se ven manadas de búfalos y un bravo jinete que cabalga hacia ellos con la intención de alejarlos de una tierra en la que pronto crecerá abundante pasto para sus ganados; un grupo de indios huye, como los búfalos, hacia el oeste donde, no tendrán más opción que arrojarse al océano o perecer en las interminables deportaciones que el hombre blanco les impondrá con implacable eficacia. Parece “inevitable” el destino de unos y otros. Pero ¿quién legitima este escenario? Una bellísima mujer con una larga y dorada caballera que vuela por encima de los colonos como su líder, su guía... su razón de ser. No aparece entre las nubes la honrosa cabeza de un venerable anciano representando a Dios como en las pinturas renacentistas de Miguel Ángel, ni el Profeta Musa portando la Ley. América no se va a construir sobre una religión ni sobre Ley Divina alguna. Esa hermosa mujer lleva debajo de su brazo derecho un libro como símbolo del conocimiento, de la observación, del análisis, de la investigación... y de ese mismo brazo le cuelga una madeja de hilo cuyo extremo sostiene con la mano izquierda; es el hilo del telégrafo, símbolo de la tecnología, del progreso que los indios -inevitablemente- no han sabido entender ni desarrollar.

El otro padre de la Reforma -Calvino- trabajó incansablemente por establecer todas las instituciones contra las que con tanto

ahínco habían luchado los reformistas; entre ellas, la Inquisición. Se trataba de sustituir a Roma, no de eliminar el poder eclesiástico que ahora, sin la pompa papal, se ocuparía cada vez más de los asuntos mundanos. Calvino establece la Academia Genovesa como un centro humanista en el que preparar a los estudiantes para que ocupen puestos de liderazgo secular. En este sentido, la verdadera corriente reformista, la más eficaz en la tarea de edificar la macro estructura laica judía, fue la de Erasmo de Rotterdam, cuyas aguas tintó con el nombre de humanismo. El hombre se convierte en la medida de todas las cosas y, lo más importante, posee las capacidades suficientes para desarrollar un conocimiento sin límites, un poder que no necesita de ningún dios. De haberles importado el espíritu, el verdadero credo transmitido por los Profetas desde la noche de los tiempos, ¿habrían dejado intacto esos padres reformistas el aberrante concepto de la Trinidad? ¿La chamánica visión de la eucaristía? Ya hemos visto que estos blasfemos principios son, precisamente, los que han separado al cristianismo del judaísmo y del Islam, convirtiéndolo en una religión independiente y excluyente de todo lo demás. Este hecho quedó de sobras probado en el caso Servet. Al-Ándalus, donde la cruz cristiana había enterrado el Islam a finales del siglo XV, seguía dando las mentes más lúcidas y libres de Europa. Miguel Servet no tenía que hacer concesiones a nadie y desde la irrefutable perspectiva islámica atacó con virulencia tanto a católicos como a protestantes, ya que ambas corrientes seguían siendo esclavas del concilio de Nicea. Su visión cristiana, contraria a la Trinidad, le hizo mantener una profusa y crispante correspondencia con Calvino. Aquella cartas mostraban claramente la superioridad teológica del sabio español y la mediocridad intelectual de Calvino. Por ello, cuando en 1553 publica su gran obra *Christianismi Restitutio*, añade al final del volumen las treinta cartas donde se plasmaba su polémica con el reformador ginebrino. Aquello supuso el mayor escándalo teológico de la época y tan indignado se sintió Calvino que le denunció a la Inquisición. Se le encarceló en Viena y su libro fue quemado. De alguna forma, hasta hoy desconocida, logró

escapar de la prisión. Se dirigió a Nápoles, y para ello se vio obligado a pasar por Ginebra, donde fue reconocido en una iglesia y Calvino lo denunció a las autoridades. Después del fraudulento juicio en el que fue declarado hereje, los católicos estaban dispuestos a liberarle o, al menos, a reconsiderar la sentencia. Sin embargo, Calvino presionó para que se le condenara de forma definitiva y absoluta y se le quemara vivo. Los calvinistas de Ginebra se encargaron muy gustosos de ejecutar la orden de su superior utilizando leña verde para que durase más el suplicio. Aquel crimen contra una de las mentes más penetrantes que ha dado la cristiandad europea causó un profundo malestar en las propias iglesias reformistas, pero Calvino les obligó a que aprobasen su conducta y el propio Melanchthon lo calificó de *pium et memorabile ad omnem posteritatem exemplum*. Este es el trabajo en el que siempre han destacado los judíos -falsificar, encubrir y asesinar a las verdaderas elites de la humanidad. Miguel Servet había sido ajusticiado de forma salvaje por los humanistas y reformadores europeos, pero su obra influenció de forma decisiva a Laelius Socinus, el más importante, quizás, de los nuevos impulsores del unitarismo anti-trinitario. Al mismo tiempo, Peter Gonesius, un estudiante polaco, defendió varias de las tesis de Servet en un sínodo de la Iglesia Reformada de Polonia, lo que dio origen a un cisma entre las diferentes posiciones de las iglesias reformistas y a la formación de la “Iglesia Menor Reformada”, también conocida con el nombre de “Hermandad Polaca”, que llegó a tener 300 congregaciones en todo el territorio de la Rzeczpospolita -el estado más grande de Europa en aquel tiempo, formado por Polonia y Lituania. Y de la misma forma, los postulados de Servet llegan a John Biddle, el máximo exponente del unitarismo en Gran Bretaña. Esta corriente servetiana anti-trinitaria será una y otra vez perseguida y aplastada por el movimiento anti-reforma primero, y por los jesuitas después. Sin embargo, logrará sobrevivir hasta el siglo XX. En 1928 el acuerdo entre la Asociación Unitaria Británica y Extranjera con la Conferencia Nacional dio como resultado la fundación de la

Asamblea General Unitaria y de las Iglesias Cristianas Libres. El unitarismo anti-trinitario podría ser en un futuro cercano el lugar de encuentro de todos los cristianos del mundo que buscan con sinceridad la luz de la verdad y al mismo tiempo el enlace con el Islam.

Desde la llegada de los Templarios procedentes de “tierra santa” a Europa y su asentamiento en el continente no ha dejado de obsesionar a las mentes judías más perspicaces de occidente la imagen de un mundo secular, laico y “republicano”. Este mundo ateo sostenido por ratificadores plebiscitos deberá tener, no obstante, una válvula de escape. Habrá crímenes, genocidios, mentiras, traiciones y acuerdos secretos que no podrán someterse al juicio popular, al asentimiento de las masas. Este sistema parlamentario que dará origen, más tarde, a la democracia necesita una carta trucada con la que cuadrar la jugada. Al mismo tiempo, le hace falta una base ideológica que convierta la trampa en “inevitabilidad”. De todo ello les proveerá Nicolás Maquiavelo. Ha escuchado muy atentamente los sermones de Girolamo Savonarola, en los que el monje dominicano arremete contra el clero, el gobierno de los Médicis y el papa, lo que, finalmente, le costara la vida -en 1498 es colgado por hereje y su cuerpo quemado en la plaza pública. Tras la ejecución de Savonarola y la expulsión de Piero di Lorenzo de Medici, se hace con el gobierno de la República de Florencia Piero Soderini, instaurando en la sociedad florentina la moderación y una sabia política exterior. En este clímax de tolerancia Maquiavelo va confeccionando sus dos obras más importantes -*El Príncipe* y *Discursos sobre los 10 primeros libros de Tito Livio*. En ellos desarrollará los dos principios que pasarán a formar la base política sobre la que se asentarán los sistemas parlamentarios y su colofón democrático -“la razón de estado” y “el fin justifica los medios.”

Los ideólogos europeos tratarán de hacer creer a la ciudadanía que Maquiavelo no fue sino un esperpéntico y cínico hereje, cuyas teorías no tuvieron mayores consecuencias que su encarcelamiento y posterior exilio. Sin embargo, nada más lejos de

la realidad -tanto la sociología como las ciencias políticas que se desarrollarán más tarde en Occidente serán hijas, o hijastras, inseparables de esos dos principios que acuñó el maquiavélico florentino y en los que Europa y América han basado sus fechorías. No es fácil rastrear esta poderosa influencia, ya que todas las obras de Maquiavelo fueron puestas en el *Index librorum prohibitorum*. Mencionar su nombre o algunos de sus postulados podía conllevar la misma suerte que la suya o al menos un claro desprestigio. Sin embargo, y aun a pesar de la espada de Damocles que pendía sobre las cabezas de todos los pensadores europeos, Francis Bacon (1561-1623) y el filósofo político inglés James Harrington (1611-1677) hablan con admiración de Maquiavelo, dándole el calificativo de “príncipe de los políticos”. De la misma manera, el filósofo judío Spinoza (1632-1677) defiende las buenas intenciones de Maquiavelo al enseñar a los tiranos cómo hacerse con el poder, y afirma en su *Tratado político* que Maquiavelo era un republicano. Y en esa misma corriente hay que situar la definición que el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) da del pensador florentino en su *Contrato social*: “Un hombre honesto y un excelente ciudadano.” Y con respecto a su libro *El Príncipe* declara que “es el libro de los republicanos”. Hubo otros pensadores que se sirvieron de los principios e ideas de Maquiavelo sin mencionarle. Tal es el caso del filósofo italiano Giovanni Botero (1540-1617), que introduce en sus obras el concepto maquiavélico de que el estado está exento de toda moral. *El Príncipe* de Maquiavelo será la base argumental y justificativa del uso restrictivo de la voluntad popular por parte de los poderes parlamentarios, republicanos y, finalmente, democráticos. *El Príncipe* lo ha expresado claramente: No se puede ni se debe consultar al pueblo a la hora de tomar ciertas decisiones, por muy dolorosas y contrarias a la propia constitución que sean. Y cuando un ciudadano norteamericano pregunte dentro de 50 años por qué el gobierno federal derribó las torres gemelas, le dirán que fue “razón de estado” y añadirán que “el fin justifica los medios”.

A los ojos de las logias francesas la Reforma no parece, sin embargo, que sea capaz de implantar en Europa su proyecto laico. En 1789 una buena parte de la burguesía francesa liderada por los judíos masones se alza con el poder en lo que se ha dado en llamar “la Revolución Francesa”, derrocando a la monarquía y guillotinando a Luis XVI en 1793. De esta forma, se daba por terminada la dinastía de los capetos -una de cuyas ramas era la casa de Borbón, la casa del guillotinado rey- a la que había pertenecido Felipe IV el Hermoso. No es de extrañar -aunque bien pudiera ser una leyenda fabricada posteriormente- que después de la ejecución en la plaza de la Revolución de París un hombre subiera al cadalso y, untando su mano en la sangre del rey, gritara a la multitud: “¡Jacques de Molay! ¡Hoy has sido vengado!” La historia -por decreto de Allah el Altísimo- volvía al punto de partida, pero no en círculo, sino es espiral -ni monarquía ni clero; ni papas ni iglesia -el proyecto judío, ahora sin camuflajes ni alianzas contra natura.

La Revolución Francesa no fue, como ya hemos visto, el fruto de un levantamiento popular. Durante casi 40 años, más de la mitad del territorio francés -toda la región de la Vendée- se alzó en armas para defender el otro proyecto, el de Felipe IV, el de una monarquía legitimada por Dios y no por los hombres. Más de 500 mil muertos atestiguan la sinceridad y determinación de la clase rural y artesanal de Francia. Víctor Hugo, a pesar de su condición de Gran Maestre masón, declararía años más tarde: “Francia era entonces más grande que Europa; la Vendée era entonces más grande que Francia.”

Hippolyte Taine, uno de los pensadores positivistas más estimados del siglo XIX, mantenía en su libro *Les Origines de la France Contemporaine* la tesis de que lejos de promover libertad, como la mayoría de los franceses cree, la Revolución transfirió absoluto poder a unas manos más déspotas que las monárquicas.

Catapultados por un Imperio Otomano en declive, por una rápida conquista de las Américas y por una nueva clase científica que no cesaba de experimentar los descubrimientos, las teorías,

las ecuaciones y los misterios de Oriente que durante siglos habían permanecido incomprensidos para las mentes europeas, los judíos intentan de nuevo establecer en Francia su gran proyecto laico.

La monarquía ha sido arrancada de raíz y el clero francés será elegido por la Asamblea Nacional, a la que deberá absoluta sumisión -no al papa. Sin embargo, no sólo en la Vandée, sino en el propio París, los royalistas no se dan por vencidos y siguen luchando por restablecer la monarquía. En reacción a este poder que aún sigue vivo y activo en la política revolucionaria, los judíos establecen el club Jacobino -al que inmediatamente se une Napoleón- como su cuartel general desde el cual fortalecer la revolución, instaurar definitivamente la república y liderar el movimiento de descristianización. En 1793 se calcula que había entre cinco y ocho mil clubs jacobinos en toda Francia, con más de 500 mil afiliados. Y será desde este club, cuya máxima era libertad e igualdad para todos, desde el que se lance “el Reino del Terror”, que tendrá su máximo apogeo durante el periodo comprendido entre el 5 de septiembre de 1793 y el 27 de julio de 1794. A partir de esa fecha toda persona sospechosa de maquinar contra la Revolución será encarcelada o ejecutada, ya que al aprobarse la ley del 22 de *prairial* -según el nuevo calendario revolucionario y que correspondería al mes de mayo- a los tribunales sólo se les dejaba la opción de absolver o condenar a muerte. Durante este periodo el Comité de Seguridad Nacional -dominado por Robespierre- ejercerá un control dictatorial sobre el gobierno francés, eliminando a sus enemigos del ala izquierda -los hébertistas y a los del ala derecha -seguidores de Georges Danton. Durante el reino del terror fueron detenidos 300 mil sospechosos; 17 mil fueron oficialmente ejecutados y muchos otros murieron en prisión sin haber sido juzgados.

Robespierre, el inspirador y ejecutor de los ideales jacobinos, fue depuesto por la Convención Nacional en julio de 1794 y ejecutado un día más tarde. Al mismo tiempo se derogaban las leyes que habían dado cobertura al reino del terror y los grupos

royalistas volvían a defender la restauración de la monarquía en las nuevas instituciones del poder revolucionario.

La constitución que la Convención Nacional aprobó en el año III de la revolución colocaba el poder ejecutivo en un Directorio de cinco miembros y el poder legislativo en dos cámaras -el Consejo de Ancianos y el Consejo de los Quinientos. Sin embargo, la guerra entre revolucionarios y contrarrevolucionarios continuó tanto dentro como fuera de las fronteras de Francia. Las disputas, que no hacían sino enturbiar cada vez más las aguas recién aclaradas por la constitución, se dirimían con golpes de estado, especialmente el del 4 de septiembre de 1797, que expulsaba a los royalistas del Directorio y de los Consejos. El 9 de noviembre de 1799 Napoleón Bonaparte abole el Directorio y se erige en único líder de Francia y su primer cónsul.

El “caso Napoleón” es otra de las fabricaciones judías de la historia. A pesar de la debacle política, económica y militar en la que quedó sumida Francia a su muerte y a pesar del torrente hostil de libros que empezaron a fluir aun en vida de Bonaparte, como los del conocido escritor Chateaubriand, pronto reaccionarán las logias judeo-masónicas asumiendo la tarea de defender a Napoleón contra viento y marea; es decir, contra cualquier crítica por muy objetiva y bien fundada que ésta pudiera estar. Conocidos escritores de la talla de Lord Byron, Heinrich Heine o el novelista francés Stendhal, junto con sumisos “trabajadores” de las logias, comenzarán la tarea de su rehabilitación. Idealizarán su vida dando lugar a la leyenda napoleónica. Sin embargo, si nos atenemos a los datos históricos y nos alejamos de los tópicos que se asocian a su vida, nos encontraremos con un italiano de Córcega “educado” en Francia a instancias de su padre Carlo Buonaparte, quien se había unido a Pasquale Paoli en un intento de resistir a la ocupación de la isla por parte del ejército francés, pero a quien abandona para negociar con la metrópoli y obtener el puesto de asesor judicial de Ajaccio en 1771 y la admisión de sus dos hijos mayores, José y Napoleón, en el Colegio de Autun.

Napoleón, extranjero en uno y otro país, sirve como mercenario en el ejército francés cuando el puesto y la misión que se le encarga son de su agrado. De hecho, en 1792 es declarado desertor por no haberse incorporado a su destino como lugarteniente de la guardia nacional, enredado como estaba en los complots de Paoli. En más de una ocasión consideró la posibilidad de ofrecer sus servicios al Sultán de Estambul.

Su “genial” carrera militar estuvo plagada de derrotas a causa de su torpeza estratégica y su desmesurada ambición. En 1805 es vencido en la batalla de Trafalgar a pesar de contar con el respaldo de la flota española; en agosto de 1798 su ejército es completamente destruido en la batalla del Nilo por el almirante Nelson; en su retirada intenta penetrar en suelo sirio, pero los turcos detienen su avance y comienza una desastrosa retirada hacia Egipto; en septiembre de 1812 Napoleón llega a Moscú con un ejército de 600 mil hombres y se retira en noviembre de ese mismo año cruzando el río Berezina con tan sólo 10 mil -el resto perecerá a causa del frío y el agotamiento; en 1815 es vencido en Waterloo por el general Wellington; en 1814 todas las fronteras de Francia estaban siendo atacadas por la coalición europea sin que Bonaparte pudiera combatirles ni llegar a ningún acuerdo de paz; el 30 de marzo toman París; el Gran Ejército de Napoleón es hecho trizas en la batalla de Leipzig; en junio de ese mismo año, tras la derrota del ejército francés en España, se retira de la península y en octubre los británicos atacan sus defensas al norte de los Pirineos; en Italia los austriacos toman la ofensiva, cruzan el río Adige y ocupan Romagna.

En realidad, nunca le importó Francia. Su obsesión era establecer el reino universal que los merovingios nunca lograron implantar. Quizás por ello, siempre estuvo muy interesado en las genealogías merovingias, pues si lograba rastrear la suya hasta la de aquellos, quedaría justificada su traición a los que le habían elevado al poder -los jacobinos y la propia Revolución. De nuevo, no se lograba equilibrar la ecuación. Robespierre había finiquitado la monarquía y el papado, pero no logró encontrar una verdadera

legitimación a su poder -la Vendée estaba en armas, los royalistas ocupaban una buena parte del Directorio y de los Consejos y, para colmo de males, la mitad de Europa se había unido en una alianza contra los revolucionarios. Francia estaba sumida en un caos interno y en una continua amenaza externa, amenaza que Napoleón aprovechará para abrir varios frentes en Italia y Austria y conseguir salvar las fronteras de Francia. A cambio, instaurará la monarquía, coronándose emperador, y restablecerá la paz con Roma tras la firma del Concordato de 1801 con el papa Pío VII. La historia parecía burlarse de todos los intentos judíos de establecer un poder universal laico, lejos de la vigilancia profética y al margen de la Ley divina.

Cuando en 1804 los servicios secretos de Napoleón descubrieron un complot británico para asesinarle, Bonaparte decidió reaccionar enérgicamente con el fin de desanimar a sus oponentes a que lo intentasen de nuevo. El jefe de la seguridad, Joseph Fouché, estaba convencido de que el verdadero cerebro de la operación era el joven duque de Enghien, descendiente de la casa de los Borbón. Apoyándose en el acuerdo de Talleyrand -en el que se contemplaba una especie de ley de extradición con los países que quedaban dentro de la influencia de Francia- Joseph Fouché secuestró al duque en suelo neutral y lo trasladó a Vincennes, donde fue juzgado y fusilado, incidente éste que provocaría el resurgimiento de una fuerte oposición por parte de la aristocracia europea.

Fouché es otro de esos personajes judíos que parecen salidos de debajo de la tierra. Pocos intrigantes en la historia han dado su talla. Su eficacia y oportunismo le permitió servir a todos los gobiernos que hubo desde 1792 a 1815. Fue presidente del club de los jacobinos y votó a favor de guillotinar al rey, posición ésta que no le impidió acceder al cargo de ministro plenipotenciario de Dresde bajo la recién restaurada monarquía de Luis XVIII, hermano del rey guillotinado ni tampoco le impidió organizar los servicios secretos durante el gobierno de Napoleón, a pesar de sus intrigas con los royalistas y los británicos. Pero su acción más decisiva y la

que más cara costaría a Francia fue su conversación con Napoleón tras el fusilamiento del duque de Enghien. En ella Fouché convenció a Bonaparte de que la mejor manera de evitar futuras conspiraciones era la de transformar el consulado vitalicio en monarquía hereditaria, ya que el hecho de que hubiera un heredero eliminaría toda esperanza de cambiar el régimen por medio del asesinato. Napoleón no se hizo de rogar y el 28 de mayo de 1804 se proclamó oficialmente la monarquía napoleónica. Como emperador, revivió numerosas instituciones monárquicas que habían sido abolidas por la Revolución. Más aún, quiso ser consagrado por el mismísimo papa, de forma que su coronación fuese todavía más impresionante que la de los reyes de Francia. Pio VII accedió a venir a París y la ceremonia, tan ultrajante para los royalistas como para los soldados de la Revolución, se celebró en la catedral de Notre Dame en diciembre de 1804.

Pero también esta vez los lobbies judíos calcularon mal el salto y el mercenario corso, el “genio militar”, comenzó a perder las posesiones del Imperio, su prestigio y su poder. Fue expulsado de Portugal y de España, de Italia y de Austria, y la coalición europea, liderada por Gran Bretaña, llegó a las puertas de París el 30 de marzo de 1814. El 6 de abril abdicaba el emperador y era deportado a la isla de Elba. Tras un intento fallido de hacerse de nuevo con el poder, fue finalmente deportado en octubre de 1815 a la isla de Santa Helena, donde murió 6 años más tarde. Luis XVIII, hermano del guillotinado Luis XVI, recuperaba la corona de Francia y establecía de nuevo el linaje borbón de la dinastía capeta. Las aguas volvían a su cauce para desesperación y agonía de los hijos de la Revolución.

Un dato, sin duda, muy importante, y que la mayoría de los historiadores han pasado por alto, es el intento de Napoleón, tras su fallido golpe de estado, de huir a los Estados Unidos. La mayoría de las logias masonas y de los judíos comenzaban a perder la esperanza de que Europa fuese la tierra prometida. Mil años de intentos fallidos, millones de muertos en guerras inútiles, asesinatos y traiciones, resultaban una pesada carga con la que

presentarse ante la historia. Había en este viejo continente como una maldición que les impedía establecer su reino de forma duradera y estable. Quizás era tiempo de intentarlo en el nuevo mundo, una tierra virgen e inmensa, sin un pasado monárquico que reclamase derechos y prebendas, sin papas, sin vaticanos ni romas -un lugar donde se pudiera comenzar desde los mismísimos cimientos a construir su edificio laico de dominación universal. De forma paulatina, los lobbies judíos irán trasladándose a las Américas, esparciendo sus redes bancarias y sus negocios de prestamistas; editando los primeros periódicos y controlando los incipientes mass media; ocupando puestos en las diversas administraciones; redactando su constitución y “coronándose” presidentes de los nuevos Estados Unidos.

13. EL TIRO DE GRACIO AL IMPERIO OTOMANO

Pero aún quedaban balas en la recámara y lobbies judíos deseosos de dominar Europa y hacer de ella su tierra prometida. Antes sin embargo, había que desmembrar al gigante otomano, el otro poder que, como la monarquía, se había establecido por decreto divino. El sultán de Estambul era, de hecho, la única autoridad legítima de la Tierra. Su ascendencia política llegaba hasta el Profeta Muhammad (s.a.s), Sello de la Profecía y descendiente de Ibrahim (a.s) por la rama de Ismail. Ningún monarca podía atribuirse tan excelso linaje. Por si ello no fuera suficiente, el sultanato se había instalado en Estambul tras derrotar a los cruzados -es decir, a todas las monarquías; tras liquidar el imperio bizantino, tomar su capital -la antigua Constantinopla, y conquistar la práctica totalidad del mundo. Mientras los caballos otomanos siguieran bebiendo en las aguas del Vístula y del Danubio y sus jinetes cabalgaran sin tener que mostrar credencial alguna desde Marruecos hasta el Golfo Pérsico, el sueño judío no se podría llevar a cabo. Decidieron, pues, abrir dos frentes. En uno, Lawrence de Arabia se encargaba de

reagrupar a las tribus árabes y de sublevarlas contra las autoridades otomanas a través de un nuevo concepto, el panarabismo. En el otro, los serbios, instigados por Rusia, organizaban las guerras de los Balcanes y arrancaban al sultanato la mayor parte de sus posesiones en la Europa oriental.

A pesar de las victorias conseguidas contra los turcos y los búlgaros en la primera y segunda Guerra de los Balcanes (1912-1913), los serbios aspiraban a mucho más; aspiraban a anexionarse toda la región, la propia Bulgaria, Croacia, Macedonia, Albania, Montenegro... y crear una liga de naciones serbias. La idea se fraguó política y militarmente en el seno de la sociedad secreta "Unión o Muerte" -también conocida como "la Mano Negra"- organizada y dirigida por el coronel Dragutin Dimitrijević, jefe de los servicios secretos serbios. Como jefe de esta organización respondía al apodo de "Apis" (nombre de una de las principales deidades de Egipto); curioso apodo para un militar, pero no tan curioso para el jefe de una logia masona.

Las guerras de los Balcanes reorganizaron las fronteras de media Europa de forma que no satisfizo a nadie. Bulgaria perdía Macedonia y buscaba apoyo en Austria, quien a su vez obligaba a Serbia a abandonar sus conquistas en Albania, lo que hacía que ésta mirase a Viena con mucha más hostilidad que antes. La Mano Negra decide actuar y el 28 de Junio de 1914 Gavrilo Princip, uno de sus miembros, con cuatro revolucionarios más, asesina en Sarajevo al archiduque Francis Ferdinand, heredero al trono austro-húngaro, dando comienzo, de facto, a la Primera Guerra Mundial.

En otro escenario -el de la blanca Rusia- y desde 1905 los lobbies judíos luchaban por implantar la revolución que Marx y Engels propusieran al mundo en su *Manifiesto* de 1848. Como ya hemos dicho, estos dos amigos, burgueses y judíos, representaban la fuente que afloraba de la corriente subterránea de Thomas Müntzer, reformista en un sentido pero, ante todo, portador de una visión interior que, si bien en su época no podía dejar de ser religiosa, contenía todos los elementos necesarios para erigirse en

basamento de la nueva religión laica judía. Comenzó su revuelta contra la doctrina oficial católica siguiendo los pasos de Lutero, pero enseguida se desligaría de él y continuaría solo su camino. Según la clara comprensión a la que su propia experiencia le había llevado, la enseñanza provenía del Espíritu Santo y no de las Escrituras, como defendía la mayoría de los reformistas. Hacía ya varios siglos que circulaban decenas de tratados como la *Tufha* del franciscano Anselmo de Turmeda, convertido al Islam a finales del siglo XIV, en los que claramente se exponían las contradicciones y errores que contenían los “libros sagrados”, lo que hacía que para muchos pensadores como Müntzer la Biblia careciese de una infalible autoridad. Ya en el siglo XI y XII el judío andalusí Isaac ibn Yashush hacía una crítica de la validez histórica de algunos pasajes del Génesis, como la lista de reyes edomitas que vivieron mucho después de la muerte de Musa (a.s). De este estudio se hace eco el rabino judeo-andalusí Abraham ibn Ezra y amplía el hallazgo de Yashush a otros pasajes bíblicos igualmente en clara contradicción con el tiempo histórico. En esa misma línea habría que situar el trabajo del erudito damasceno Bonfils.

Los radicales postulados de Müntzer pronto chocarán irreconciliablemente con la “ortodoxia reformista” y serán esos humanistas, liberales y antiautoritarios luteranos los que lo expulsen de Nordhausen. Intenta conseguir el apoyo de los Taboritas -un grupo de reformistas de Bohemia que seguía las enseñanzas de Jan Hus -quemado vivo por orden de las autoridades eclesiásticas de Constancia, y discípulo a su vez del inglés John Wycliff, verdadero precursor de la Reforma, quien ya en el siglo XIV exigía a Roma en sus ingenuos escritos que devolviera todas sus inmensas riquezas y propiedades a los feligreses más pobres. Al mismo tiempo, condenaba por idólatra y anti-bíblica la idea de la transubstanciación, por la cual en la eucaristía el pan y el vino se convertían en verdadero cuerpo y verdadera sangre de Cristo.

Pero la visión de Müntzer iba más allá de una mera disputa doctrinal. Proyectaba el final de la historia, el verdadero

apocalipsis. El anti-Cristo gobernará, inevitablemente, sobre la Tierra, algo absolutamente intolerable para los creyentes. Éstos deberán luchar hasta desterrar el mal de este mundo. Pero cuando mira a su alrededor, no ve sino acomodados burgueses, ignorantes terratenientes y corruptos clérigos. ¿Quién entonces asumirá tan ardua y a la vez sublime tarea? La respuesta la encuentra en Zwickau, una ciudad fundada por colonos eslavos en el siglo XI, y que ahora sufría grandes tensiones entre las clases acomodadas y los incipientes gremios de mineros. En su trabajo de pastor reformista entra en contacto con los mineros, con los campesinos, con los desheredados. Ve en ellos una inocencia de la que los otros grupos sociales más acomodados carecen. Su humilde y pura forma de vida les confiere una “santidad” que impresiona profundamente a Müntzer. El Espíritu Santo deposita en su corazón la certeza de que son los desvalidos del mundo los elegidos por Dios para luchar contra el anti-Cristo, para derrocar al mal -el mismo patrón sobre el que Marx erige su teoría.

Desde los albores de la historia, la maldad no ha dejado de imponerse una y otra vez sobre las sociedades obligándoles a desarrollar los más variados sistemas tiránicos de gobierno. Ese mal estará representado para Marx -un hombre del siglo XIX, judío y por lo tanto portador de un concepto laico de la religión- en la aristocracia y más tarde en la burguesía. ¿Quién entonces podrá luchar contra ese mal y vencerlo? Marx responderá de la misma forma que Müntzer -los desvalidos, los campesinos, los desheredados... que ahora trabajan en grandes fábricas urbanas y reciben el nombre de “proletarios”. Marx rodea a esta clase social de la misma aura de pureza y santidad con la que Müntzer rodeaba a los campesinos alemanes. Estaba convencido de que si el proletariado asumía el liderazgo y llegaba a establecer su dictadura, el mal dejaría de tener poder sobre la tierra; los hombres vivirían en paz y armonía; se acabaría la injusticia, la explotación del hombre por el hombre y sobrevendría una nueva era de felicidad. Esa visión apocalíptica y ateo-religiosa de Marx llegará al siglo XX convertida en una revolución liderada por otros

dos judíos, Leo Trotsky y Lenin. Tras ellos, los ideólogos soviéticos, ajenos al verdadero proyecto de Müntzer y de Marx, irán cayendo en una cada vez mayor confusión que desembocará en la no menos confusa “perestroika”.

Las corrientes subterráneas, que no han dejado nunca de regar los extensos campos del poder judío, hacían su trabajo. Las logias masonas, las ideas renacentistas originarias de la reforma y del humanismo, las revoluciones... apuntalaban con más y más contrafuertes el edificio laico judío que se erigía en medio de un apoteósico escenario -frente a un universo creado y sustentado por un Dios Omnipotente surgía la imagen de una poderosa e inteligente materia estudiada, comprendida y controlada por el intelecto humano -único señor del firmamento. El muro de Berlín caía ante los atónitos y esperanzadores ojos de la ciudadanía occidental, pero la Revolución Rusa había cumplido su doble misión -acabar con el tercer y último poder monárquico hereditario, el de los zares; e instaurar una fiṭrah secular -la cultura.

La Revolución Francesa había fracasado en la inmediatez de sus logros, pero en 1905 una nueva ley separaba la Iglesia del estado y se liquidaba el Concordato de 1801. La práctica totalidad de Europa era laica y republicana aunque todavía se mantuviese el juego de unas monarquías “constitucionales” que hacían el papel de “estado” cuando en realidad eran la burguesía y el sufragio universal los medios que los judíos utilizaban ahora para imponer sus programas de gobierno, su economía bancaria y su “religioso” ateísmo.

El ya debilitado, casi moribundo, Imperio Otomano recibía el tiro de gracia al involucrarse en la Primera Guerra Mundial del lado de los poderes centrales -Alemania y el Imperio austro-húngaro- siguiendo la desastrosa política exterior de “Los Jóvenes Turcos”. Volvamos unos años atrás y busquemos la corriente subterránea de la que afloró este calamitoso río que desbordó sus propias riberas e inundó los fértiles campos otomanos.

En 1889 una conspiración contra el sultán Abdelhamid II, preparada en el colegio médico militar, se extendió a otros colegios de Estambul. Los conspiradores se dieron en llamar “Comité de Unión y Progreso -CUP (*ittihad ve Terakki Cemiyeti*)- más conocidos comúnmente como “Los Jóvenes Turcos”. Cuando se descubre la trama, algunos de sus líderes abandonan el país y se exilian en El Cairo, Ginebra y París, donde preparan la futura revolución sobre la base de una crítica general del sistema Hamadiano. No obstante, pronto surgirá una facción rival, la liderada por el príncipe Sabaheddin. Su grupo, llamado “Liga de Iniciativa Privada y Descentralización”, exponía muchos de los principios propuestos por el CUP, pero frente a su idea de una mayor centralización administrativa y de la absoluta exclusión de influencias extranjeras, la Liga abogaba por una radical descentralización y la asistencia europea a la hora de implantar las nuevas reformas.

Los emigrados podían ofrecer sustento ideológico a los disidentes, pero Abdelhamid no podría ser derrocado mientras el ejército se mantuviera fiel al sultanato. Por ello, el verdadero origen de la revolución de Los Jóvenes Turcos de 1908 descansa en el descontento que cundía en el Tercer Regimiento estacionado en Macedonia, cuyos oficiales actuaban al margen de los dirigentes del CUP en París. Obviamente, esta disparidad de programas no convenía al proyecto de hacerse con el poder y derrocar al sultán. Por ello, un grupo de logias masonas, tanto de Francia e Inglaterra como de dentro de la propia Turquía, irán amalgamando a todos los disidentes -incluida la Liga y los oficiales del Tercer Regimiento- en el CUP, hasta que en julio de 1908 la coalición está lista para lanzar sus ataques por todo el país, obligando a Abdelhamid II a restaurar la constitución de 1876 y a llamar de nuevo al parlamento. Los Jóvenes Turcos han logrado establecer un gobierno constitucional, pero sus desavenencias internas les impedirán tomar verdadero control del mismo hasta 1913.

Su verdadero objetivo no era -como la historia oficial europea ha dado a entender- la mejora educativa y la industrialización del

país, pues no hicieron ni una cosa ni otra, sino la liquidación definitiva del sultanato; de la misma forma que la Revolución Rusa aspiraba, ante todo, a la abolición del zarismo, y la Revolución Francesa a la “decapitación” de la monarquía. Y todo ello era parte del sueño y de la estrategia judía para construir su gran edificio laico.

En 1909 es depuesto Abdelhamid II y reemplazado por Mehmed V. Su tarea no será ya la de gobernar, sino la de emendar la constitución y transferir el verdadero poder al parlamento. Durante todo este tiempo, y casi desde la fundación del CUP, ha jugado un claro liderazgo un joven turco, un joven masón bien entrenado por las logias de Francia y, sobre todo, de Inglaterra - Kamal Ataturk.

Desde el punto de vista islámico su actuación durante los años siguientes a la Primera Guerra Mundial y su posterior gobierno fueron desastrosos y definitivos, ya que a instancias suyas en noviembre de 1922 se vota la derogación del sultanato y en marzo de 1924 se abole el califato como forma de gobierno de la nación musulmana. Se desmantelan las madrasas, se eliminan las cortes religiosas y cientos de ‘ulamah son colgados en el paseo que se extiende desde un presuntuoso obelisco hasta la Mezquita del Sultán Ahmad. La audacia siempre audacia fue aún más audaz cuando el propio Ataturk, pizarra en mano, se decide a recorrer toda Turquía enseñando a la gente el nuevo alfabeto, el alfabeto latino, que a partir de ahora substituirá al árabe, privando a millones de musulmanes del magnífico e inestimable legado en lengua otomana -osmanli. Esta aberrante medida nos hace pensar en la propuesta que Fatih Sultán Mehmed (1432-1481) hizo a sus consecutivos shuyuj -Mulla Fahrettin, Mulla Husrey y Mulla Güranir- de unificar en el árabe todas las lenguas del Imperio. Unánimemente le aconsejaron que no lo hiciera, alegando las más peregrinas razones con el objetivo de ocultar la verdadera -el temor a que de esta forma se construyera una verdadera nación musulmana basada en la lengua del Qur’an y del hadiz en vez de un reino turco sufi. No es difícil imaginar qué habría sucedido si

desde Marruecos hasta China todas las comunidades islámicas hubieran hecho suya la lengua árabe. La influencia cultural de Occidente se habría estrellado contra la fiṭrah ahora robustecida por el idioma original, en el que se había vertido la milenaria sabiduría profética.

En ese viaje Atatürk no sólo lleva una pizarra debajo del brazo, sino también el mensaje urgente de europeizar el estilo de vida turco, la economía, la educación y los valores de la sociedad -la incuestionable laicización. Aquellos judíos que desde Grecia y Anatolia habían ido penetrando en la Europa continental y que más tarde llegarían a la Champagne francesa convertidos en francos y en merovingios... aquellos mismos judíos que intentaron hacerse con Oriente Medio y con Europa a través de las cruzadas y de las órdenes de caballería y que en 1793 gritaban: “¡Jacques de Molay! ¡Hoy has sido vengado!”... estaban ahora apuntalando su edificio laico con fuertes muros de contravalación -la monarquía, el sultanato y el zarismo se hundían en las turbulentas aguas de una fiṭrah corrompida y aparecía en su lugar la nueva religión atea liderada por la masonería y otras organizaciones secretas, y asentada sobre un nuevo sistema político cuya legitimidad se apoyaba en las urnas y en la capacidad demagógica de sus principales protagonistas.

Si buscamos un culpable o una causa de tal descalabro, no hará falta ir muy lejos. Ya hemos visto que la forma de gobierno propia de la fiṭrah es la de una autoridad absoluta custodiada por un consejo. En principio, la monarquía, el zarismo o el sultanato, bien podrían responder a esta fórmula, si no fuera porque otra de las características que deben categóricamente acompañar a esa forma de gobierno es la absoluta exclusión de las dinastías. La autoridad, el sultanato, no se hereda. Se obtiene por obvedad, por méritos acumulados a lo largo de una práctica conocida por las elites de la sociedad. Los sultanes, los reyes o los zares sólo se preocupaban de asegurar el trono a sus vástagos, rodeándose para ello de gente fiel pero, en muchos casos, inexperta e ineficaz. En el transcurso de ese poder dinástico, las riquezas de sus vastos

territorios, sus gentes... todo pasaba a ser de su propiedad. Ya no eran ellos los que servían al pueblo, sino que era el pueblo el que tenía que servirles y morir para defender ese trono en el que se sentaba, indefectiblemente, la misma sangre. Al mismo tiempo, estos sistemas hereditarios habían substituido el consejo asesor y custodio por un chamán-mago que protegía a esas dinastías de las que tantos privilegios obtenía.

Grigory Yefimovich, más conocido como Rasputín, era un judío dado al libertinaje más escandaloso que logró penetrar en los círculos religiosos de San Petersburgo y más tarde en la mismísima corte del zar Nicolás II y de su influyente esposa Alejandra. Se sabe que siendo muy joven ingresó en el monasterio de Verkhoture, donde fue presentado a la secta Khlysty (los flagelantes). Logró pervertir su doctrina asceta afirmando que la forma más eficaz de acercarse a Dios era realizando lo que él llamaba “la sagrada impasibilidad” y que la mejor manera de alcanzar tal estado era a través de la “extenuación sexual”, que solamente podía lograrse tras un prolongado periodo de depravación. Así contado podría parecer demasiado vesánico, pero no muy lejos de esta teoría están ciertos grupos tantra. Dada la fama de mago y curandero de la que se había investido, en 1908 fue llamado al palacio de Nicolás y Alejandra con la esperanza de que pudiera curar a su hijo hemofílico de las constantes hemorragias que padecía. Rasputín logro aliviar el sufrimiento del pequeño, y al salir del palacio advirtió a los padres que el destino de su hijo, como el de la dinastía misma, estaba irrevocablemente unido al suyo. De esta manera empezaba la década de la poderosa influencia de Rasputín sobre la familia imperial y los asuntos de estado. Su aspecto imponentemente místico, sus poderes de curar y de predecir el futuro, su elocuencia y sagacidad lograron que sus extravagancias y perversiones denunciadas al zar repetidamente no hicieran mella en la buena reputación de la que gozaba ante la pareja real. Todos sus consejos iban encaminados a afianzar su poder sin importarle que ello resultara en un grave perjuicio para el gobierno de Rusia. Tan negativa y funesta era su influencia, que ya abarcaba incluso

disposiciones militares, que en numerosas ocasiones se intentó, sin éxito, asesinarle. No sería hasta 1916 cuando un grupo de conservadores, que incluía al Duque Paulovich, logró acabar con su vida envenenándole, disparándole dos veces a quemarropa y arrojándole, finalmente, a un hoyo perforado en el hielo.

Chamanes-magos como Rasputín fueron, en numerosas ocasiones, los consejeros de monarcas y reyes, de la misma forma que los shuyuj-merlines fueron los consejeros de los sultanes. El resultado habla por sí solo. Mientras el sultán y muchos de esos 'ulamah que más tarde serían colgados públicamente firmaban en 1920 el tratado de Sevres, por el que los aliados europeos se repartían la casi totalidad del territorio otomano, Ataturk, rechazando tan humillante acuerdo, reunía un ejército de 18 mil hombres y comenzaba una heroica ofensiva que obligó a Grecia y al resto de las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial a retirarse a sus posiciones anteriores. En 1923 los aliados no tuvieron otra salida que firmar el tratado de Lausanne, que desplazaba la frontera turca con Europa hasta el río Maritsa, al este de la Tracia.

14. LAS DOS GUERRAS: 100 MILLONES DE MUERTOS

La Primera Guerra Mundial tuvo la gravísima consecuencia de destruir moral e ideológicamente a Europa y, de alguna forma, al mundo entero. Habían muerto 40 millones de seres humanos y se habían dado por desaparecidos 8 millones más. El golpe fue demasiado duro como para no sacar alguna lección de él. Para unos, para la inmensa mayoría, se trataba de una pesadilla que durante cuatro años había substituido a la realidad y que a su paso no había dejado sino muerte y destrucción. Sin embargo, esa inmensa mayoría nunca entendió lo que verdaderamente había ocurrido. Simplemente, se sintió víctima de un malhadado viento venido de allende los mares. Como en el juego del ajedrez, todas las fichas debían sacrificarse para divertir a los dos jugadores. Por

el contrario, los artífices de la masacre sí extrajeron de aquel delirio mortífero dos importantes lecciones -a partir de ahora, las guerras se ganarían con la tecnología, quedando el factor humano relegado a un segundo plano. Por otro lado, muchos de los lobbies judíos, de los maestros masones habían llegado a la conclusión de que tras mil años de un continuado fracaso la consolidación de una gran Europa unida en un mismo proyecto debería realizarse a través de la paz y no de la guerra como hasta entonces. Se trataría, pues, de crear una supra nación, armada con una potente e innovadora tecnología capaz por sí sola de disuadir a terceros de entretener sueños de grandeza. Por otro lado, se debería ir configurando esa nación a través de alianzas y tratados que hermanasen a todos esos lobos que durante siglos se habían estado devorando entre sí.

En este sentido habría que entender el cese en 1939 del Ministro soviético de Asuntos Exteriores Maksim Litvinov por parte de Stalin. Litvinov, en cuanto que judío, participaba activamente en los movimientos que propugnaban un desarme colectivo y una “entente” entre las potencias que formaban la recién creada Liga de Naciones. Cuando Stalin tomó la decisión final de llegar a un pacto de no agresión con Alemania, Litvinov se encontraba negociando con Francia y Checoslovaquia una alianza que se opusiera al poder nazi y le impidiera llevar a cabo sus planes expansionistas. Esta posición, viniendo de su propio Ministro de Exteriores, en absoluto convenía a Stalin, por lo que decidió reemplazarlo por Mikhaylovich Molotov, un declarado anti-occidentalista, que no veía con malos ojos una Europa debilitada frente a una Alemania de la que les separaba una amplia tierra quemada formada por la Europa del este.

Pero cualquiera que fueran los planes europeos, el factor decisivo iba a ser América. Los lobbies judíos de allende los mares vieron claramente que había llegado el momento de mostrar sus mejores cartas. Ya no se trataba de que los Estados Unidos jugasen el mismo papel simbólico que habían jugado en la Primera Guerra Mundial. Esta vez, el nuevo dibujo de fronteras y los pesos en la

balanza de poderes iban a ser radicalmente diferentes -dos potencias se repartirían el mundo dejando unos cuantos comodines bajo la denominación de “países no alineados”.

Los lobbies judíos de América habían sacado las mismas conclusiones que sus hermanos europeos -desarrollar una tecnología punta y declarar a los cuatro vientos la “pax mundi”. Por muy cínico que pueda resultar, la bomba atómica y el rastro de 160 mil muertos que dejó escasos minutos después de la explosión se convirtió en el símbolo de esa paz asegurada por la tecnología.

Sin embargo, el proyecto de la pax mundi tecnificada no pudo llevarse a cabo nada más terminar la Primera Guerra Mundial por dos factores que de improviso aparecieron en escena -las desavenencias, las envidias y las discordias entre los propios lobbies judíos. Allah el Altísimo nos advierte repetidamente en el Qur'an que si bien los judíos aparentan formar una comunidad estrechamente unida, en realidad es todo lo contrario -las disputas y vendettas son una práctica habitual y milenaria entre ellos. En el Antiguo Testamento queda reflejada esta actitud en numerosos pasajes:

Yo llegué a Gabaa de Benjamín con mi concubina, para pasar allí la noche. Y levantándose contra mí los de Gabaa, rodearon contra mí la casa por la noche, con idea de matarme, y a mi concubina la humillaron de tal manera que murió.

Jueces 20:4-5

A continuación, en los siguientes versículos de este mismo capítulo se narra la guerra entre la tribu de Benjamín y las otras tribus de Israel, y cómo se masacraron mutuamente. Ya hemos visto a lo largo de este trabajo las rencillas, las maquinaciones y asesinatos dentro de las casas merovingia, carolingia, capeta... conspiraciones papales, venganzas y toda clase de otros desmanes.

Tampoco en este caso hubo acuerdo y mientras unos grupos judíos abogaban por el proyecto de una Europa unida esta vez por la paz y por una tecnología superior que impidiera que terceros

países supusieran una seria amenaza, otros grupos seguían empeñados en continuar con la tradicional estrategia de imponerse por la fuerza.

La política del “appeasement” -negociar para evitar la guerra- del Primer Ministro británico Chamberlain va todavía más allá de la posición de Litvinov, si bien ambas persiguen el mismo objetivo -conseguir el poder por la paz.

Sin embargo, los judíos alemanes no se resignaban a que el asunto terminase de esta forma. Hasta el momento no habían hecho sino jugar en la historia un papel secundario, de apoyo y, a veces, de víctima. Pero ahora tenían ventaja sobre el resto de sus hermanos europeos. Es aquí donde surge el segundo factor que coge por sorpresa a todas las facciones judías -Alemania no ha sido vencida militarmente, sino por la clase política y el propio Kaiser Guillermo II. El general Ludendorff, jefe del Estado Mayor alemán al final de la guerra, comprende la gran dificultad que supondría vencer de forma total y pide que se abran las negociaciones para un armisticio; pero cuando se da cuenta de las severas condiciones que los aliados exigen para un definitivo alto el fuego, Ludendorff insiste en que la guerra debe continuar. Sin embargo, la rendición la han negociado los políticos y será un político y no un militar quien firme el armisticio por parte de Alemania. Ludendorff no cejará hasta su muerte de proclamar que al ejército alemán “le han clavado un puñal por la espalda”. Los historiadores occidentales hablarán de la “leyenda Ludendorff”, pero algo de verdad debía haber en esa “leyenda”, pues cuando Hitler invade Europa, lo hace sin que ninguna de las naciones “vencedoras” en la Primera Guerra Mundial oponga la menor resistencia. En efecto, eran ellas las que se estaban reconstruyendo; habían sido ellas las derrotadas. El impacto emocional de 50 millones de muertos había hecho que progresase la política del desarme, de la Liga de Naciones, del “appeasement” y del aislacionismo estadounidense. El discurso de despedida del Presidente norteamericano, el masón George Washington, en el que instaba a sus sucesores a “observar buena fe y justicia con todas las naciones; a cultivar la paz y la armonía

con todas ellas” encontraba su colofón en la llamada “doctrina Monroe”, que propugnaba la no intervención en los conflictos entre las naciones europeas. No obstante, donde mejor puede aplicarse el término “aislacionismo” es a la atmósfera política que reinaba en los Estados Unidos en los años 30. El senador judío Hiram Johnson propuso en 1934 la ley que lleva su nombre y que prevenía al gobierno americano de ofrecer ayuda económica y militar a los países europeos que entrasen en disputa. A partir de ahora había que vencer con alianzas, con negociaciones, con un constante tira y afloja que impidiese que se rompiera la cuerda. La facción judía que proponía esta política parecía triunfar en todo Occidente, especialmente en América, de donde había salido.

Ya hemos visto que los judíos buscan poder, pero sobre todo buscan su tierra prometida, su paraíso perdido, su Arcadia. Tras haber fracasado en la inhóspita Europa, sus lobbies se van trasladando al “nuevo” continente -inmenso, fértil, henchido de incalculables riquezas. Judíos y masones van tomando posiciones, van construyendo la gran pirámide escalonada, peldaño a peldaño, fase a fase. Sin embargo, nada más lejos de la realidad que esa imagen bucólica y fraternal que muchos autores occidentales han tratado de dar a la masonería y a su labor en el continente americano de edificar un mundo nuevo basado en las utópicas consignas de la Revolución Francesa. Se trataba de plantar las semillas de la rebeldía, del humanismo xenófobo y del más altivo individualismo, como queda reflejado en un conocido dicho de los colonos de Minnesota -“Un hombre vale un hombre; dos hombres valen la mitad de un hombre; tres hombres no valen nada en absoluto.” Si fueron realmente esas las semillas que sembraron o fueron otras muy distintas, nunca lo sabremos, pero lo cierto es que los frutos que dieron no podían estar más lejos de aquellos sublimes principios. Esclavizaron a millones de africanos durante siglos en las condiciones más inhumanas de cuantas ha registrado la historia y exterminaron a la población indígena tras haber violado más de 800 contratos suscritos con los indios de América. Sin embargo, y a pesar de tan indecoroso y criminal comienzo,

sobre todo si tenemos en cuenta que se trataba de construir el paraíso, una facción judía insistía en aislar el país y mantenerlo al margen de cualquier conflicto internacional, especialmente en Europa. La política judeo-masónica de esta facción se sustentaba en tres grandes pilares -conseguir la independencia de las potencias coloniales, Francia, Gran Bretaña y España; unificar todo el territorio americano, e impedir que se recolonizara América del Sur. Una vez alcanzados estos tres objetivos, la nueva Arcadia abriría sus puertas al milenarista proyecto judío.

Dos elementos, a menudo obviados por los historiadores, explican la idiosincrasia y los programas de asentamiento de los colonos venidos del viejo continente -el libro del andalusí Ibn Tufail *El filósofo autodidacto*, escrito en el siglo XII y que llegó a ser un verdadero bestseller en casi toda Europa a finales del XVII y durante todo el XVIII. En él abogaba por la deducción, la observación y el razonamiento como los medios idóneos para alcanzar el conocimiento, sin necesidad de iglesias ni cleros que lo único que hacían era llenar de supersticiones las mentes de quienes les escuchaban y seguían. Al mismo tiempo sublimaba el escenario de un hombre solo, unido a la naturaleza y a su “dios”, capaz de salir adelante y de dominar su medio. Justo lo que necesitaban los colonos llegados a una tierra desconocida e inmensa en la que, muchas veces, se veían obligados a vivir aislados, lejos de cualquier centro urbano, por pequeño que fuese. No importaba, seguirían el ejemplo de Hayy ibn Yaqzan, el protagonista del libro, y se harían uno con aquella tierra, por hostil que resultase, siempre ayudados por su dios y su razón.

El otro elemento consistía en el concepto protestante del destino y de la salvación. Los negros, los indios, los pobres, los fracasados, los lisiados... todos ellos debían su condición a la voluntad de “Dios” de castigarles y maldecirles. Esta aberrante concepción de las iglesias nacidas de la Reforma luterana, hija de las mismas doctrinas judías, permitiría a las naciones anglosajonas la exterminación de los indios, la absoluta prohibición de casarse con ellos, la esclavización de gran parte de la población africana, y

la invasión y colonización de los países más “pobres” o más “débiles” que ellos. Con estos dos elementos en la mano, las facciones judeo-masonas de América fueron extendiendo su influencia controlando la economía, el transporte, la tecnología, los medios de comunicación y el gobierno de una nación sin más ideólogos y dirigentes que ellos mismos.

Sin embargo, otras facciones judías seguían empeñadas en construir el paraíso en Europa. Nunca se les presentaría mejor ocasión. Frente a una zona occidental ocupada en reconstruirse y sumergida en las doctrinas del aislacionismo americano y del *appeasement* británico, la economía y la tecnología alemanas - eufemismo de judías- dominaban el mundo. Había llegado la hora de lanzar el ataque definitivo. Como en el caso de Napoleón y de muchos otros personajes que se han paseado por la historia como verdaderos fantasmas, los lobbies judíos de Alemania fabricaron uno más, que en un brevísimo periodo de tiempo pasó a ser la figura central sobre la que giró la política del mundo entero. Llegado de alguna constelación lejana, un austriaco, sin genealogía, sin pasado, como todos los judíos, se presentará como el nuevo líder europeo, como la cabeza visible del “laico imperio romano”. La banca judía y sus grandes consorcios económicos lanzarán a Hitler a la gloria, tan efímera y catastrófica como la de sus predecesores.

La maquinaria de guerra estaba preparada y también la diplomática. Todos los esfuerzos de la Unión Soviética por crear una alianza con Francia y Gran Bretaña contra un bélico resurgimiento alemán fracasarán; incluso la propuesta de Litvinov de aislar a Alemania y crear una amplia liga de naciones les resultará demasiado provocativa. Es mejor mantener buenas relaciones con todo el mundo, Alemania incluida. Stalin no quiere perder más tiempo con sus colegas europeos que parecen hablar y actuar bajo los efectos del opio o de un trauma paralizante. En agosto de 1939 la Unión Soviética firma con Hitler un pacto de no agresión, que incluye un protocolo secreto en el que se estipula el reparto por ambos países de la Europa del este. Pero quizás Hitler

estaba imbuido del mismo misticismo apocalíptico de Müntzer y de Marx, y creyó que esta vez los encargados de derrotar al mal serían los arios, los sumerios, los hijos, en definitiva, de Suleyman; y sin más preámbulo, en 1941 ataca a la Unión Soviética, que fue como cavar su propia tumba y la de sus ejércitos.

Por su parte, Japón había invadido China y ahora ansiaba hacerse con todo el Lejano Oriente y el Pacífico; Italia atacaba el Norte de África; Grecia se apoderaba de una gran parte del territorio albanio; Turquía enviaba sus ejércitos a la Tracia para detener el avance italiano en Grecia... pero en ese todos contra todos había un plan que se estaba elaborando lejos de Europa, de África y de Asia. Los lobbies judíos que habían desembarcado en América en el siglo XVII veían ahora su oportunidad dorada de cambiar los platillos de la balanza en favor de una inevitable división -los Estados Unidos controlarían el mundo occidental capitalista y la Unión Soviética el mundo oriental comunista. Durante los años de la guerra fría acabarían ambas potencias por repartirse el mundo, dejando a China meditar su “ser o no ser”.

Los lobbies judíos de América y sus logias masonas se encontraban en una posición envidiable para cumplir con la primera condición que ellos mismos se habían impuesto para dominar el mundo -un aplastante desarrollo tecnológico militar. La segunda condición -la pax mundi, se lograría con el uso de la demagogia sostenida por unos poderosos medios de comunicación y por esa fiṭrah artificial -la cultura- que se iba a poner de parte del “mundo libre” capitalista, abandonando a sus ideólogos soviéticos, incapaces de competir con el consumo, el bienestar material y la destrucción del mojigato dique que hasta ahora había separado la libertad del libertinaje. Surgía así una nueva fuente de las subterráneas aguas templarias, renacentistas, reformistas y humanistas; de las corrientes inconformistas e iconoclastas que, en muchas ocasiones, habían llevado a sus ideólogos a las hogueras de Roma y de Ginebra -nacía la “beat generation”.

Estas lejanas aguas afloraban en los años cincuenta en barrios de San Francisco, los Ángeles y Nueva York. Pronto originaron un

torrente anti-guerras, anti-imperialismo... proponiendo la búsqueda interior a través de las drogas, la música, el sexo y el budismo Zen. Como de costumbre, después de haber generado un sistema, los judíos ya están listos para derrocarlo y destruirlo con alguna revolución o con un drenaje por el que se desagüe su energía. La *beat generation* dio lugar al movimiento hippie, que a su vez propició el mayo del 68. Ese drenaje seguía vertiendo el mensaje mesiánico-judío-masónico de Müntzer y Marx, mezclado con una nueva estética influida, en el fondo, por la cultura americana. De nuevo, se enfrentaban las dos facciones judías -una propugnaba la obtención del paraíso a través de la tecnología militar y la pax mundi; la otra se inclinaba por una sobrecogedora dominación. Pero esta vez, la facción belicista no sólo había puesto toda la carne en el asador, sino también toda la flota del Pacífico en la base naval de Pearl Harbor. Los japoneses quizás entendieron la treta que se les había preparado, pero estaban metidos en un torbellino del que no era fácil salir. Habían declarado la guerra a los Estados Unidos y a Gran Bretaña y no les quedó otro remedio que atacar Pearl Harbor y destruir los barcos de guerra y los aviones de combate allí estacionados, sin que hasta la fecha de hoy se pueda explicar de forma racional la desastrosa ineptitud del general MacArthur quien, según los archivos de la AIMS multimedia, supo con 8 horas de antelación que el mando militar japonés había decidido atacar la base naval americana. Según el artículo *Pearl Harbor Attack* de la Enciclopedia Británica, cuando un soldado detectó la aparición en el radar de un gran número de aviones en dirección a Pearl Harbor, se le ordenó que lo ignorase, ya que se esperaba la llegada del vuelo B-17 desde el continente. Sin embargo, lo que ese soldado divisó en el radar no era un objeto volador, sino decenas de ellos. ¿Qué pasó realmente? Audacia siempre audacia. La opinión pública americana y muchos senadores y políticos estaban claramente en contra de una intervención militar de los Estados Unidos en el conflicto de Europa; estaban incluso en contra de ayudar económicamente a cualquier nación que estuviera enfrentada con otra. Sólo había una

forma de que Roosevelt lograra la aprobación del congreso para entrar de lleno en la Segunda Guerra Mundial y poder así dirigir el escenario que de ella resultase -recibir un contundente ataque de una de las potencias beligerantes. Murieron cerca de 3000 soldados americanos, sobre cuyos restos mortales se levantó un espléndido monumento conmemorativo -algo que no dejan nunca de promover los judíos, pues incluso las masacres exigen una cierta cortesía y diseño. Peones humanos, barcos, aviones... todo ello se hundía en las aguas del Pacífico y daba pie para continuar con el plan de dominación planetaria. El 8 de diciembre el congreso americano declaraba formalmente la guerra a Japón.

Sin embargo, la tecnología estadounidense todavía no era superior a la alemana y la guerra que acababa de iniciar con Japón -tercera potencia del eje tripartito- no presagiaba un final feliz. Más aún, el tiempo les enseñaría a los estrategas americanos que el Imperio del Sol Naciente tenía la capacidad militar y humana de mantener la guerra indefinidamente e, incluso, de trasladarla a la casa de la Unión. Si Alemania e Italia lograban estabilizar su posición en Europa, cabía la posibilidad de que el escenario bélico se trasladara al Pacífico y Japón recibiera una sustancial ayuda militar de sus aliados. América necesitaba una nueva arma que hiciera de su ejército un poder invencible, irresistible. Los judíos de la facción belicista ya la habían encontrado y se preparaban para fabricarla. Sólo hacía falta que Roosevelt comprendiese la importancia del proyecto y la absoluta necesidad de que fuesen los Estados Unidos los primeros en tener este arma de destrucción masiva. El encargado de convencerle fue el físico judío Albert Einstein. En su carta al Presidente americano fechada el 2 de agosto de 1939 le informa de que -“En el transcurso de los últimos cuatro meses se ha podido comprobar que es posible -gracias al trabajo de Joliot en Francia y de Fermi y Szilard en América- provocar una reacción nuclear en cadena en una gran masa de uranio, la cual generaría un gran poder y grandes cantidades de elementos del tipo radio. Ahora parece más que seguro que se pueda lograr en un futuro cercano. Este nuevo fenómeno podría

conducirnos a la construcción de poderosísimas bombas. Una sola bomba de estas características transportada en un buque y explosionada en un puerto lo destruiría completamente y parte sus las zonas colindantes.”

El “pacifista” Einstein nos huela la sangre con sus consejos al Presidente, en los que muestra su total desprecio por la vida humana. Y en lo que respecta a las materias primas necesarias para fabricar este destructor artefacto se abren nuevas perspectivas nada halagüeñas para el Congo Belga -en su carta, deja caer, a modo de sugerencia, “que la fuente más importante de uranio se encuentra en este país.”

Los especialistas judíos del maquillaje sabían cómo fabricar una estrella antes de que inventaran el cine y establecieran Hollywood. Con ese especial dominio de las apariencias fabricaron a Einstein de la misma forma que antes habían fabricado a Newton. Se trataba, como siempre, de encubrir la realidad.

Desde hacía siglos no dejaban de afluir a la Europa cristiana cientos de tratados en árabe y en latín provenientes de los sabios musulmanes de al-Ándalus y de Oriente y de sus traducciones de obras persas, chinas, babilónicas e hindús; pero la débil base científica de Europa en ese tiempo no les permitía entender y desarrollar convenientemente lo que leían. En pleno siglo XVII, el propio Kepler sigue hablando de orbitas circulares cuando Abu Rayhan al-Biruni, ya en el siglo X, critica a Aristóteles por su injustificada insistencia en afirmar que los planetas no pueden girar en órbitas elípticas. Frente a este estado de cosas, la labor fundamental de la Royal Society consistió, precisamente, en unir a todos esos investigadores en un mismo lugar y en darles un mismo objetivo: Destripar el sistema operativo del universo para dominar y subyugar a todas las naciones del mundo. Habían fracasado con las cruzadas, habían fracasado con los Templarios... pero esta vez, la tercera, tenían que triunfar.

La Royal necesitaba ahora una cabeza visible que aportara prestigio y liderazgo en el campo de la ciencia y de la política; y si no encontraban esta rara flor -rara en verdad para aquella Europa-

habría que crearla... y apareció Newton, una de las mejores falsificaciones de la historia. La mayor parte de su vida profesional estuvo dedicada a la alquimia, al esoterismo, a la cábala y a hurgar en diferentes sectas cristianas -algunos investigadores hablan de su secreta adhesión al arrianismo, si bien parece más plausible que su pretendido rechazo a Roma y a sus dogmas -como el de la Trinidad- derivase de las corrientes islámicas y las unitarias que, como ya hemos visto, afloraron con la obra de Miguel Servet y pervivieron en la masonería a la que pertenecían Newton y las principales “cabezas” de la Royal.

Europa necesitaba borrar esas molestas huellas islámicas de su currículo científico. Nada más apasionante para los maquilladores judíos, que no han dejado desde entonces de fabricar “genios” -Copérnico, Galileo, Kepler, Newton... Einstein.

El astrónomo italiano Galileo ha venido siendo un paradigma del investigador que desarrolla sus teorías a través de un método racional y experimental. No obstante, después de recrear algunas de sus investigaciones, más de un historiador duda de que Galileo llevase a cabo los experimentos por los que se ha hecho famoso. Quizás su habilidad estribase en convencer a los otros de sus teorías, más que en demostrarlas.

Otro famoso científico -Isaac Newton- está bajo sospecha de haber fabricado datos para que cuadrasen sus teorías, así como de haber sido particularmente activo en desacreditar a sus oponentes.

Christopher King. *Fraud in Science*

No sólo hubo falsificación de datos, sino un trabajo de copiar y pegar las teorías, fórmulas y postulados que contenían los manuscritos de sabios musulmanes -un trabajo de compilación que en muchos casos resultó erróneo. Según el investigador Henry Lincoln, antes de morir Newton quemó -ayudado por algunos de sus colaboradores más cercanos- cajas enteras de manuscritos y otros papeles. Como apunta Michael Morgan en su libro *Lost History* -National Geographic Society: “Newton no descubrió la ley

de la gravedad al observar cómo caía una manzana del árbol, sino estudiando los tratados del musulmán iraquí Ibn al-Haytham (965-1040).” Pero los maquilladores judíos hicieron de él un dios laico, un dios mortal que eclipsó toda la historia anterior.

Otra de las insignes cabezas y verdadero fundador de la Royal fue Robert Boyle, nacido en Lismore Castle, Irlanda en 1627. Aprendió latín siendo un niño, lo cual le permitiría más tarde tener acceso al valiosísimo material científico árabe del que, ahora sí, podían sacar los investigadores europeos un verdadero provecho. En 1645 se unió a un grupo llamado “el Colegio Invisible” cuyo objetivo era el desarrollo de lo que se dio en llamar “la nueva filosofía”. Su epistemología promovía nuevos métodos para las ciencias experimentales, a través de los cuales los científicos pudieran comprobar o rechazar hipótesis por medio de cuidadosos experimentos -lo que podemos llamar “el método científico”, planteado y desarrollado por el musulmán iraquí Ibn al-Haytham. En 1654 Boyle se trasladó a Oxford, donde tenían lugar las reuniones del Colegio Invisible. En 1661 -tras la muerte de Cromwell- se restablece la monarquía de los Estuardo con Carlos II como rey, lo que permite que el Colegio Invisible se transforme en la Royal Society, creándose un equipo de investigación estable y oficial -ya en 1663 recibe la cédula real, pasando a formar parte de las instituciones de la corona británica. Sin embargo, una buena parte de sus actividades y de sus miembros siguieron siendo invisibles. A la Royal Society y a sus postulados ateo-mesiánicos se irán uniendo el resto de los científicos europeos, especialmente franceses y alemanes.

La ciencia del siglo XX, representada por la comunidad chamánica de judíos belicistas, necesitaba una estrella refulgente que brillara en su cielo artificial del conocimiento; una estrella como la que había necesitado la ciencia del siglo XVIII -y decidieron fabricar a Einstein.

En 1939 un grupo de científicos judíos europeos, que emigrarán a los Estados Unidos por parecerles una tierra más propicia para desarrollar su proyecto laico están de acuerdo en

aplicar la nueva física de fusión al campo militar. En ese mismo año, G.B. Pegram, de la Universidad de Columbia, organiza un encuentro entre Enrico Fermi y responsables de la marina de guerra estadounidense. ¿Quién era -podemos preguntarnos ahora- este Enrico Fermi? Aunque una respuesta con todo rigor nos exigiría un trabajo independiente al actual, podemos aventurar que fue el verdadero Einstein o, al menos, una buena parte de él. Fue el padre indiscutible de la física subatómica y de la física de fusión, y el principal arquitecto de la era nuclear. Otra parte fue el físico indio Satyendra Nath Bose, nacido en Calcuta en 1894. Sus numerosos trabajos científicos contribuyeron al estudio de las propiedades electromagnéticas de la ionosfera, al desarrollo de las teorías de la cristalografía y termoluminiscencia de los rayos-X, así como a la enunciación de la teoría del campo unificado. Su trabajo *Planck's Law and the Hypothesis of Light Quanta* llevó a Einstein a buscar su “colaboración”.

Sin embargo, Einstein poseía una personalidad más propicia para ser lanzado al estrellato, algo que convenía a la comunidad judía americana que guardaba grandes proyectos en su caja de Pandora. Había otras opciones, como la de Robert Oppenheimer, otro científico judío a tener en cuenta. Fue director del secreto Laboratorio científico de los Álamos durante el desarrollo de la bomba atómica y del Instituto de estudios avanzados de Princeton; pero a pesar de su brillante currículo, algo había en su carácter que no encajaba con el prototipo que buscaban los maquilladores. Quizás eran sus escrúpulos a la hora de propiciar un desarrollo armamentístico incontrolado; y quizás por ello se le acusó de deslealtad al gobierno americano y se le destituyó de su puesto de asesor y consejero de las más altas instancias gubernamentales. Decididamente, Einstein era su hombre, y su mediación surtió el efecto esperado -laboratorios, centros de investigación, agencias de coordinación científica, dinero y científicos llegando a Los Álamos procedentes de medio mundo.

De hecho, ya a principios de 1939 los científicos-emigrantes judíos que vivían en los Estados Unidos, entre ellos Leo Szilard,

Eugene Wigner y Edward Teller, quien más tarde testificará contra su jefe y colaborador Oppenheimer, habían diseñado la campaña de presión al gobierno estadounidense para que éste tomara consciencia de la importancia estratégica que revestía la investigación nuclear. Dado que el viaje a Washington que realizó Enrico Fermi para alertar a la marina estadounidense de tal necesidad (nadie se imaginaba entonces que una bomba atómica pudiera ser lanzada desde un avión) no dio como resultado sino una insignificante subvención, decidieron buscar el apoyo del “científico más famoso del mundo”, con quien se reunieron en su casa de verano en Long Island. Einstein puso su firma al pie de la carta que recibió el Presidente Roosevelt y que cambiaría dramáticamente el curso de la historia.

Los maquilladores y asesores de imagen judíos rodearon ese frenético periodo de cinco años de un halo místico que encubría la terrible manipulación del sistema operativo del universo, por esos irresponsables científicos, presentando a Einstein y a la investigación armamentística como parte de la “pax mundi”. Sin embargo, cuando comparamos las biografías de los numerosos científicos implicados en el asunto de la construcción de la bomba atómica, y de los artífices de la ciencia del siglo XX en general, vemos que Einstein fue el que menos granos aportó al granero de la verdadera investigación. Allí está Leo Szilard, un elemento decisivo en la iniciación del Proyecto Manhattan, o Max Planck -el padre de la teoría cuántica. Allí están los investigadores alemanes - Otto Hahn, Fritz Strassmann, Lise Meitner y Otto Frisch; y allí están los descubrimientos del físico británico James Chadwick (1932) y de los químicos franceses Frédéric e Irène Joliot-Curie (1934).

Nadie niega que Einstein tuviera amplios conocimientos de matemáticas y de física. Pero su estatura real fue la de una estrella fabricada. Los que realmente hicieron avanzar la física que podemos denominar “moderna” fueron otros. Einstein, como anteriormente Newton y Copérnico, abrogó toda la ciencia anterior, eclipsando con su luz de estudio hollywoodense a los verdaderos científicos, de quienes tomó el conocimiento que más

tarde se le atribuiría injustamente a él. En todas las escuelas de Occidente se presenta a Einstein como el paradigma del investigador científico, relegando al olvido a hombres como Fermi o Planck, y haciendo desaparecer por completo el origen de todos ellos -los sabios musulmanes de Oriente y de Al-Ándalus, quienes ejercieron una decisiva influencia en la concepción científica de Occidente.

La primera bomba atómica explotaba el 16 de julio de 1945 en la base aérea de Alamogordo, 193 kilómetros al sur de Albuquerque, Nuevo Méjico. Se trataba de una prueba. El poder destructivo de aquel diabólico artilugio satisfizo plenamente a políticos y científicos. Un mes más tarde estaban listas dos nuevas bombas atómicas. Esta vez se tiraron en Hiroshima y Nagasaki. El Imperio del Sol Naciente se derrumbó y el mundo entero guardó silencio. El 9 de agosto de 1945, en una solemne ceremonia a bordo del buque insignia americano *Missouri*, el general MacArthur aceptaba la rendición de Japón. El 9 de septiembre de ese mismo año el finiquitado Imperio japonés capitulaba en Nanking ante China. Los poderes beligerantes dieron así por finalizada la Segunda Guerra Mundial y pasaron esa hoja de la historia con el peso de 60 millones de muertos. El muñeco movió los labios con un gesto de pesadumbre: “En verdad que el hombre es cruel”; y todos hicieron votos por enmendar la naturaleza humana.

15. EL HOLOCAUSTO: UN CHEQUE EN BLANCO PARA LAS ELITES JUDÍAS

Ahora los lobbies judíos tenían las manos libres para fabricar su segunda bomba atómica. Esta vez no necesitaron uranio ni plutonio, sino una nueva falsificación de la historia -nacía el Holocausto, y con él una dictadura ideológica judía que ha impedido que en los últimos 70 años se haya podido desarrollar una verdadera investigación al respecto. Más aún, en numerosos países europeos negar el Holocausto tal y como lo han presentado

los judíos -juez y parte- es un delito. El austriaco David Irving fue condenado a tres años de cárcel por haberlo negado. Tras haber cumplido trece meses de la pena, un juez de Viena lo puso en libertad. En Francia cualquier manifestación "anti-semita" tiene pena de cárcel.

Sin embargo, en el momento en el que hurgamos en la historia más reciente, encontramos tantas irregularidades, eufemismos, falsificaciones... que no podemos por menos de mostrar las cartas marcadas de los ventrílocuos.

El primer corrimiento tectónico lo encontramos en el concepto mismo de "anti-semitismo", ya que para que exista tal cosa debería existir primero el semitismo, un término inventado por los judíos y convertido más tarde en diana hacia la que se han dirigido todas las flechas no-semitas. Justa recompensa por haber tratado de fabricarse un origen sublime que los situase por encima de la especie humana.

El primero en utilizar este vocablo fue el historiador alemán August Ludwig von Schlözer cuando en 1781 introdujo el adjetivo *semitisch* para indicar el grupo de lenguas -siriaco, arameo, árabe, hebreo, fenicio- habladas por las poblaciones que un pasaje bíblico (Gen. 10, 21-31) hace descender de Sem, hijo de Nuh. Más tarde, en 1879, Wilhelm Marr utilizó este mismo término para referirse a las campañas anti-judías que en esa época tenían lugar en toda Europa Central.

Podemos entender que los judíos, obsesionados como están por ser el pueblo elegido portador de la sabiduría primigenia, quisieran hacer remontar el origen de su lengua hasta el Profeta Nuh (a.s), pero nos cuesta aceptar que una Europa atea aplastada por una academia laica que detesta las religiones y los "libros sagrados" haya incorporado el término "semita" a su vocabulario y a su "científica" ordenación de las lenguas.

En un principio, y aún a riesgo de pecar de falta de rigor, no vemos inconveniente en admitir que uno de los hijos de Nuh se llamase Sem; pero entonces, ¿qué lengua hablaba? Todas las que cita Schlözer son lenguas comunes, lo que nos hace concluir que o

bien se originaron a partir de la que hablaba Sem o bien una de ellas es el tronco original del que derivan las demás. Y este hecho es el que se lleva tratando de ocultar desde hace milenios -la lengua original, la primera, es el árabe fuṣḥa, de la que derivan las lenguas que ahora llamamos siríaco y fenicio -Kinani. El arameo, el griego, el persa, el sánscrito son, a su vez, derivaciones de aquellas.

Si ahora, haciendo gala de una total falta de rigor, admitimos que los judíos hablaban una lengua derivada de la de Sem y a la que dieron el nombre de “semita”, deberemos concluir -teniendo en cuenta que Nuh es el segundo padre de la humanidad- que la práctica totalidad de las lenguas que hablan los distintos pueblos de la tierra son igualmente “semitas” y por lo tanto el anti-semitismo haría referencia a un odio hacia todos los seres humanos. ¿Podemos realmente entender la historia utilizando nombres, lugares, dataciones e interpretaciones cuya función principal es encubrir la verdad de los hechos?

La “judeofobia” sería un término mucho más exacto, y tiene sus causas.

Michael Berenbaum comenta en su artículo *The Origins of Chistian Anti-semitism* que tan pronto como los judíos abandonaban los territorios de Arabia y más tarde de Palestina, y se asentaban en las zonas greco-romanas, generaban una fuerte judeofobia -y ello por su carácter arrogante, rebelde, envidioso y cínico. Cualquier persona llevaría a cabo un profundo examen de conciencia si todos sus vecinos tuvieran una mala opinión de él y quisieran que abandonase el barrio. Pero este examen de conciencia que de tantos sufrimientos les habría librado choca frontalmente con su arrogancia y su cinismo.

Un detalle de suma importancia a la hora de entender la historia es el de la discordia y las divisiones que siempre han existido en el seno de la comunidad judía. Su verdadera ideología no es la creencia, el monoteísmo, sino el derecho a dominar a todos los pueblos de la tierra y a satisfacer todos sus deseos. Para lograrlo “sacrificarán” a cuantos peones hagan falta sin importarles si esos peones son judíos o gentiles -sólo las elites judías pueden

arrogarse tal prerrogativa. Cuando hablamos de “expulsión de los judíos”, ¿a quién nos estamos refiriendo? Esas elites llevan milenios “convirtiéndose” y penetrando en las sociedades gentiles, ya fueran éstas paganas, cristianas o musulmanas. Veamos un caso concreto. Para afianzar su posición en la sociedad castellana y posteriormente asegurar su permanencia en Castilla, los judíos recurren, junto a la conversión, a la obtención de la carta de hidalguía. Para obtener este valioso documento que reconocía la tan ansiada pureza de sangre, los judeo-conversos contribuyeron más que nadie a la deformación de la historia alterando en la medida de sus posibilidades los expedientes que podían poner en tela de juicio su pasado. Durante cerca de 300 años los miembros de la minoría judeo-conversa falsificaron y destruyeron todo tipo de documentos; y lo hicieron con tal eficacia que reconstruir el devenir de las familias conversas resulta hoy imposible en la mayoría de los casos. Por otra parte, la Corona, siempre necesitada de nuevos recursos económicos, vio en la venta de cartas de hidalguías una nueva fuente de ingresos para la Hacienda Real. El resto, los peones, el lumpen judío tendrá que abandonar los países de los que son expulsados, mientras que sus “hermanos lobeznos” permanecen en los puestos de poder y de influencia, dirigen la economía, la política y la cultura. “Pero no os vayáis muy lejos - parecen decir- os podríamos necesitar.” Y en verdad que los necesitaron y aun los utilizaron con tal maestría que no les hicieron falta otras fichas para ganar la partida.

Llegamos de esta forma al segundo corrimiento tectónico que oculta una flagrante falla -el Holocausto. Curiosa palabra, sacada del griego *holokauston* y acuñada por los propios judíos. Más curioso aún es su significado -“sacrificio por el fuego”. Pero el verbo “sacrificar” viene delimitado, obligatoriamente, por dos complementos -uno directo: ¿qué se sacrifica?; y otro indirecto: ¿a quién va dirigido el sacrificio? Conocemos el elemento pasivo del primer complemento -los judíos; pero desconocemos el elemento pasivo del otro complemento: ¿a quién? ¿A quién se sacrificó a los judíos? Ya hemos dicho que una de las peculiaridades del carácter

judío es el cinismo. Y esta característica judía va a jugar un papel determinante en todas sus estrategias de poder -Pearl Harbor, las torres gemelas... el Holocausto.

El Qur'an confirma esta "delictiva" inclinación:

Después de eso, sois vosotros mismos los que os matáis unos a otros, y los que expulsáis de sus hogares a una parte de vosotros, apoyando para ello a sus enemigos, recurriendo para ello al delito y a la injusticia. Y no obstante, si luego vienen a vosotros cautivos de otros, pagabais su rescate cuando, en contra de la prohibición, habíais sido vosotros mismos quienes los habíais expulsado.

Qur'an 2:85

Una exacta descripción de la trama judía para fabricar el Holocausto y recibir de Occidente el cheque en blanco que les permitiese preparar el nuevo orden mundial.

Cuando leemos sobre la actividad política y las declaraciones públicas de Vladimir Zhirinovsky, a duras penas podemos imaginar que se trate de un judío, hecho éste que eludió durante años y que, finalmente, confirmó en 2001 cuando visitaba la tumba de su padre en Israel.

En 1990 fundó el Partido Liberal-Democrático de Rusia y ya en las elecciones presidenciales de 1991 Zhirinovsky ganó casi el 8% de los votos, quedando en tercer lugar después de Boris Yeltsin y Nikolay Ivanovich Ryzhkov. En las elecciones parlamentarias de 1993, su partido consiguió el 23% de los votos, casi el doble del partido comunista ruso (12.4%). En varias ocasiones había afirmado su adherencia a los valores democráticos, los derechos humanos, sistema multipartidista y el estado de derecho. Sin embargo, en 1991 declaraba: "Lo digo claramente, cuando llegue al poder instauraré una dictadura; Rusia necesita ahora un dictador." Y añadió: "Actuaré sin piedad; cerraré todos los periódicos... Puede que tenga que fusilar a 100 mil personas, pero los 300 millones restantes, vivirán en paz. Si quieres llamar a mi programa "fascismo ruso", puedes hacerlo."

A pesar de su origen y de haber participado activamente en una organización pro-judío fundada en Rusia hacia 1989 -algo que nos trae reminiscencias de Flavio Josefo- se complacía en declararse racista y anti-semita. Se quejaba de que la Revolución Rusa de 1917 hubiese sido el trabajo de “judíos bautizados” y de que el estado de Israel y el Mossad estuvieran involucrados en conspirar contra Rusia. En una ocasión declaró que sólo una alianza entre los Estados Unidos, Alemania y Rusia podía “preservar la raza blanca en Europa y América”. En otra ocasión declaró sin ningún tipo de ambages que eran los judíos y las logias masonas las que habían empobrecido a Rusia.

Únicamente las elites judías se benefician de sus planes de dominación; el resto de los humanos -judíos lumpen incluidos- no son sino fichas, pilas y muñecos.

Los aliados, a pesar de tener exacta información desde el principio de la situación de los judíos, no hicieron ningún esfuerzo militar para rescatarlos o bombardear los campos de trabajo, o las vías férreas que llegaban hasta allí. Sonaron las alarmas, se pronunciaron condenas, se hicieron planes para juzgar a los culpables después de la guerra, pero no se tomó ninguna acción concreta para detener el “genocidio”.

El informe Vrba-Wetzler ofrecía una clara imagen de la vida y muerte en Auschwitz. Como consecuencia de ello, los líderes judíos de Slovakia, algunas organizaciones judías americanas y la junta de los refugiados de guerra, insistían en la intervención de los aliados. Sin embargo, esa insistencia estaba lejos de ser unánime. El liderazgo judío estaba dividido. La máxima autoridad judía reconocida oficialmente se mostraba reacia a presionar para que se tomase una acción militar dirigida específicamente a salvar a los judíos.

Sería un error pensar que el anti-semitismo o la indiferencia hacia la grave situación de los judíos -aunque ambos existían- fueran la causa principal de la falta de apoyo a los bombardeos. El asunto es más complejo. El 11 de junio de 1944 el comité ejecutivo de la agencia judía en su reunión en Jerusalén se negó a exigir el bombardeo de Auschwitz. Los

líderes judíos en Palestina no eran obviamente ni anti-semitas ni indiferentes a la situación de sus hermanos. David Ben-Gurion, presidente del comité ejecutivo, dijo: “No conocemos la verdad de lo que está sucediendo en Polonia, y parece que no vamos a poder proponer nada con respecto a este asunto.”

Aunque no se ha encontrado ninguna documentación específica del cambio de decisión del 11 de junio, un mes más tarde los miembros de la agencia judía llamaban insistentemente a que se llevara a cabo el bombardeo de Auschwitz.

Michael Berenbaum, *Why wasn't Auschwitz bombed?*

Resulta confuso que en el mismo texto se diga que los aliados tenían conocimiento “desde el principio” de la situación de los judíos y al mismo tiempo se hable del informe Vrba-Wetzler -dos presos que lograron escapar de Auschwitz- redactado en 1944 como la causa de que la agencia judía pidiera a Inglaterra, en julio de ese mismo año, que bombardease el campo. Lo cierto es que la resistencia polaca no dejó un instante de pasar información a sus enlaces en Gran Bretaña no sólo de los campos de trabajo, sino también de la exacta localización de bases en las que se estaba investigando y construyendo armamento especial. Ese fue el caso de la isla Peenemünde situada en el Báltico, en el estuario del río Peene y desde donde los alemanes lanzaron sus nuevos y terribles misiles V-1 y V-2. Aquel lugar estaba rodeado del más absoluto secretismo y de no haber sido por la información que recibieron los británicos de la resistencia polaca, nunca habrían dado con él y la guerra podría haber tomado un cariz muy diferente.

Todavía más confuso resulta el consejo que nos da el autor de no pensar que fue el anti-semitismo o la indiferencia la causa principal de no apoyar los bombardeos. ¡Realmente extraño! ¿Cómo se puede siquiera contemplar la posibilidad de que los líderes judíos fuesen anti-semitas? Pero el propio texto lo afirma, aunque no lo considera la causa principal.

En julio de 1944 -si bien no hay ninguna documentación sobre este drástico cambio de opinión- la agencia judía pide a Gran Bretaña que ataque Auschwitz, a lo que Winston Churchill reacciona dando a su Secretario de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, la crítica sugerencia: "Intenta sacar algún aparato de la fuerza aérea. Puedes mencionar mi nombre si lo ves necesario." Sin embargo, los británicos nunca llevaron a cabo el bombardeo.

Si ahora retrocedemos hasta la invasión alemana de Polonia y los acontecimientos subsiguientes, tendremos una imagen mucho más nítida de los hechos. Y nada mejor para movernos por aquel escabroso escenario que la guía del médico, escritor y pedagogo judío Janusz Korczak, seudónimo de Henryk Goldszmit, responsable de un orfanato en Varsovia y principal ideólogo de los nuevos métodos educativos que poco a poco se irán introduciendo en Europa. Su extraordinaria labor en el gueto y su inquebrantable lealtad al cuidado de los huérfanos judío-polacos que había tomado a su cargo habrían quedado enterradas en el olvido de no haber sido por el cineasta polaco Andrzej Wajda, que en 1990 dirige la película *Korczak* sobre el guión de la judía Agnieszka Holland. En la filmación vemos escenas que nos hielan la sangre y al mismo tiempo nos llenan de confusión. En las estaciones de tren desde las que son deportados masivamente los judíos hacia los campos de trabajo, vemos a oficiales de la Waffen-SS junto a miembros de la elite judía decidiendo quienes deben subir al tren y quienes quedarse en tierra. Por la noche celebran sentados a la misma mesa la buena marcha de la guerra y los pingües beneficios que los grandes consorcios económicos judíos están obteniendo de ella. Korczak se mantiene al margen de todas esas maquinaciones y les advierte que un día u otro los lobos atacarán a sus dueños. Pero incluso dentro de la elite judía hay grados y estratificación. Los elegidos tienen listo el dinero y los falsos pasaportes para emigrar a Suiza, donde se ha ido reuniendo la nata más elitista y el dinero de los judíos que morirán en los campos de trabajo. Korczak es un hombre pobre, dedicado en cuerpo y alma a sus huérfanos, pero quizás una de las mentes más lúcidas de su

tiempo. Los judíos lo necesitan para construir el nuevo orden mundial. Le ofrecen dinero y un pasaporte falso -destino, Suiza. Korczak les pregunta con inquisitiva mirada -“¿Y los huérfanos?” Los sicarios judíos sonríen y le recriminan por su estúpida compasión. Ellos tienen grandes proyectos y a él sólo se le ocurre preocuparse por esos desheredados. Korczak les devuelve la caja con el dinero y el pasaporte. En su mirada hay ahora desprecio y recriminación. Unos días más tarde, los niños del orfanato suben a uno de los trenes de la muerte; Korczak sube con ellos. Y esa imagen atormentará a los judíos hasta el Día del Juicio Final. Esa imagen es el dedo índice que señala a las elites judías y les acusa de anti-semitas y de haber sacrificado, siglo tras siglo, a millones de sus hermanos, a millones de huérfanos y desheredados para conseguir, con hipócrita victimismo, el cheque en blanco que les permita construir su edificio laico, su edificio corrupto y nefasto en el que, uno a uno, serán enterrados por la historia.

Después de eso, sois vosotros mismos los que os matáis unos a otros, y los que expulsáis de sus hogares a una parte de vosotros, apoyando para ello a sus enemigos, recurriendo para ello al delito y a la injusticia. Y no obstante, si luego vienen a vosotros cautivos de otros, pagabais su rescate cuando, en contra de la prohibición, habíais sido vosotros mismos quienes los habíais expulsado.

Qur'an 2:85

La historia del Holocausto no puede ser más siniestra. Pero aún nos queda explicar sus antecedentes; la trama que lo ideó y preparó; sus artífices y sus beneficiarios.

En 1917, una fecha sorprendentemente temprana, Arthur James Balfour, Ministro de Asuntos Exteriores británico, escribe una carta a Lionel Walter Rothschild, líder de la comunidad judía en Inglaterra, en la que le asegura el total apoyo de Gran Bretaña al establecimiento en Palestina de la patria judía -*national home for the Jewish people*. Sin embargo, a los líderes sionistas asentados en Londres, especialmente a Chaim Weizmann y a

Nahum Sokolow, les pareció una declaración demasiado ambigua que no correspondía plenamente con sus expectativas. No veían con buenos ojos que se hiciera referencia en ella a los derechos civiles y religiosos de las comunidades no-judías de Palestina, a pesar de que ni se especificaban cuáles eran esos derechos ni tan siquiera se las citaba por su nombre. En cualquier caso, la declaración Balfour hacía surgir nuevas esperanzas en los medios judíos más radicales y se acercaba lo suficiente a sus aspiraciones como para ser aceptada por la Organización Mundial Sionista.

Sin embargo, la declaración Balfour significaba, ante todo, una fragante violación del acuerdo alcanzado entre Hussayn Ibn 'Ali (Emir de Mekkah) y Henry McMahon, alto Comisionado británico en Egipto. Durante los años 1915 y 1916 ambos mandatarios intercambiaron una profusa correspondencia, cuyo contenido se podría sintetizar en la firme voluntad por parte de Gran Bretaña de favorecer la creación de un estado árabe independiente a cambio de recibir de éste un sustancial apoyo en la guerra que las potencias europeas libraban contra el Imperio Otomano. El juego, sin embargo, resultó ser triple. A mediados de 1916 se celebró una convención secreta entre el representante británico Mark Sykes y el francés Georges Picot -con el asentimiento de Rusia- para dilucidar cómo iban a repartirse las provincias del moribundo Imperio Otomano. En aquel cuerpo despedazado que habían dejado los civilizados europeos quedaba un trozo al que todavía no habían desgarrado sus colmillos -el territorio palestino. Debido a las diferentes etnias y religiones que convivían en él quedaría bajo mandato internacional. La declaración Balfour abrogaba de un plumazo todos esos acuerdos, pactos y correspondencias, y preparaba el terreno para el establecimiento del Estado de Israel a través de la invasión armada de Palestina y la posterior deportación de sus legítimos moradores.

El nuevo asentamiento en Palestina de una población judía pro-británica ayudaría a Gran Bretaña a proteger los accesos al Canal de Suez en el vecino Egipto y le aseguraría una ruta vital con sus posesiones en La India. En cuanto a los judíos, se trataba de

volver a pisar “tierra santa”, ahora como hogar definitivo y atalaya desde la que lanzar sus tentáculos de poder a los cinco continentes.

En 1917 desaparece la Rusia imperial y en su lugar se erige la Unión Soviética, que se desliga de los compromisos y alianzas de los zares y por lo tanto del acuerdo Sykes-Picot. Sin embargo, en su haber obran las resoluciones seretas a las que han llegado ambas potencias y decide hacerlas públicas para agonía de los escandalizados árabes que empiezan a entender el triple juego que se llevaban entre manos sus libertadores europeos.

Lawrence de Arabia había hecho su trabajo. Había unificado las tribus árabes y sobre todo había despertado en ellos la consciencia de formar una nación independiente con derecho a gobernarse a sí misma sin la intromisión turca. Pero este sentimiento nacionalista que Lawrence había inoculado en las células de sus muñecos del desierto con elocuente demagogia se volvía ahora contra Balfour y sus enredos. La vigorosa y recién creada nación árabe no estaba dispuesta a permitir que se jugara de forma tan escandalosa con su futuro. Se habían firmado acuerdos y se habían hecho promesas... y habría que cumplirlos.

En mayo de 1939 el gobierno británico cambia de posición y emite un comunicado “administrativo”, recomendando que se limite a 75 mil el número de inmigrantes judíos que puedan asentarse en Palestina y que dicha emigración se concluya en 1944, a menos que los residentes árabes consientan en futuras inmigraciones. Como es de imaginar, aquel nuevo texto no agradó a los sionistas que veían una clara inclinación de la balanza a favor de los árabes.

Sin embargo, la sangre no llegaría al río. Ya hemos visto el valor que tienen los pactos y acuerdos cuando los firmantes son las “potencias” europeas. Entre bastidores se preparaba el Holocausto, un audaz remedio contra las críticas y el posible rechazo de la comunidad internacional a un proyecto claramente injusto y sionista. Pero aquel comunicado había acallado las voces árabes y el estallido de la Segunda Guerra Mundial y el

establecimiento en 1948 del Estado de Israel silenciaron para siempre el juego sucio de británicos y judíos.

Cuerpos famélicos deambulando por los campos de concentración nazis; cadáveres calcinados en fosas comunes y niños desamparados ahora huérfanos y sin una patria a donde ir fueron el cheque en blanco que dio el poder a los lobbies judíos en América y en Europa. Todos los atropellos que pudieran cometer a partir de ahora quedarían sobreseídos por el recuerdo del tremendo sufrimiento que el pueblo elegido de Dios había sufrido en los campos de exterminio.

Los británicos nunca atacaron Auschwitz a pesar de que nada, en realidad, les impedía hacerlo. Los líderes judíos no veían razón alguna para desperdiciar munición en la defensa de sus hermanos. Había que esperar. Aquel sacrificio por el fuego es el que iba a purificar su historia pasada y futura; el que les iba a permitir entrar, por fin, en la tierra, pero no en la tierra prometida sino en una tierra usurpada.

Es cierto que la fortaleza de la fiṭrah ha sufrido innumerables ataques de los asaltantes y sólo queda en pie la torre central. Miles de muñecos vociferan a los centinelas que abandonen sus posiciones y depongan las armas, pues todas las naciones del mundo se han reunido alrededor de los derechos humanos, de la libertad y de la igualdad. Los ventrílocuos agitan los bracitos de trapo de los muñecos mientras cubren sus rostros con tupidas alas negras. Uno de los centinelas se ha encaramado a lo más alto de la atalaya y ha gritado desde allí a los muñecos: “¿Acaso no es hora de que expulséis el maleficio que os posee, que os hace hablar y moveos? ¿Acaso no es hora de que arranquéis la garganta transgresora de los ventrílocuos y acudáis prestos a levantar los muros de la fiṭrah?”

ⁱ Hay numerosas Aleyas en las que se menciona a Mariam como la madre de ‘Îsâ, pero hay 5 en las que se relata su historia y como se llevó a cabo la concepción de su hijo, el

bendito 'Îsâ -estas son 4:171, 5:110, 19:16-22, 23:50 y 66:12. Veámoslas.

¡Oh Gente del Libro! No estéis tan erróneamente apegados a vuestro Dîn y no digáis de Allah sino la verdad. El Masîh, hijo de Mariam, no fue sino uno de los Mensajeros de Allah, una Orden Suya de creación depositada en Mariam y un Rûh proveniente de Él.

Qur-an 4:171

Cuando Allah dijo a 'Îsâ hijo de Mariam: “Recuerda la Gracia que te concedí a ti y a tu madre cuando te apoyé con el Rûh Qudus y de esta forma pudiste hablar a la gente cuando estabas en la cuna y ya de mayor.

Qur-an 5:110

En estas dos primeras Aleyas, se habla de una Orden Suya de Creación y del Rûh como los instrumentos que propiciaron la concepción de 'Îsâ; sin embargo, estas indicaciones no tienen demasiado sentido para nosotros pues no entendemos cómo se materializaron, cómo fecundaron a Mariam. La tercera Aleya, en cambio, es mucho más explícita:

Y Mariam, la hija de Imrân, la que guardó (*supo cuidar bien de*) su abertura, e insuflamos en ella parte de Nuestro Rûh. Y la que creyó en la veracidad de las Palabras de su Señor y en Sus Libros y fue de las piadosas.

Qur-an 66:12

La palabra árabe utilizada en el Qur-an es -faryy- y en esta Aleya viene acompañada del pronombre posesivo –de ella, hâ- resultando la expresión -faryahâ- que significa -su apertura, su vulva. Y fue allí, en la apertura, donde se insufló el Rûh. Pero seguimos sin comprender cómo se manifestó

ese acto de insuflarle el Rûḥ. La explicación completa la encontramos en la sûrah de Mariam:

Y menciona en el Libro a Mariam cuando se apartó de su gente retirándose a un lugar al este. Y se ocultó de ellos con un velo; y le enviamos Nuestro Rûḥ que asumió la forma de un bashar -ser humano- en todos los aspectos. Dijo: “Me refugio en el Misericordioso de ti, si eres temeroso (*de Él*).”

Dijo: “En verdad que soy un Mensajero de tu Señor para concederte un niño puro.” Dijo: “Me anuncia un niño pero con ningún bashar -mortal- he tenido relaciones ni soy una fornicadora?”

Dijo: “Así ha dicho tu Señor: ‘Eso es algo de poca importancia para Mí; será un Signo para los hombres y una Misericordia. Es un asunto decretado.’ ” Y concibió; y se retiró lejos de allí.

19:16-22

En estas Aleyas se nos aclara que el Rûḥ se manifestó en forma de hombre, de bashar, y se añade la palabra -sawiya- que significa -completo, correcto, sin que le falte nada, en todos los sentidos, en todos los aspectos. Es decir, una entidad humana con todos sus elementos o, si se quiere, con todos sus órganos, con todos sus miembros. Y fue a través de ese Rûḥ -con apariencia humana- como se le eyaculó el agua primordial, dando lugar a un ser humano con características muy especiales. Y Allah es el que sabe.